Sigmund Freud
Obras completas

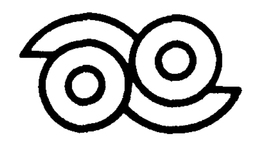
comentarios y notas
es Strachey,
ción de Anna Freud

De la historia de una neurosis infantil
(el «Hombre de los Lobos»)
y otras obras
(1917-1919)

XVII

Amorrortu editores

Obras completas
Sigmund Freud



Volumen 17

Obras completas
Sigmund Freud

Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey
con la colaboración de Anna Freud,
asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson

Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry

Volumen 17 (1917-19)

De la historia de una neurosis infantil y otras obras

Amorrortu editores

Primera edición en castellano, 1979; segunda edición, 1986; primera reimpresión, 1988; segunda reimpresión, 1990; tercera reimpresión, 1992

Traducción directa del alemán: José Luis Etcheverry
Traducción de los comentarios y notas de James Strachey: Leandro Wolfson
Asesoramiento: Santiago Dubcovsky y Jorge Colapinto
Corrección de pruebas: Rolando Trozzi y Mario Leff

Publicada con autorización de Sigmund Freud Copyrights Ltd., The Hogarth Press Ltd., The Institute of Psychoanalysis (Londres) y Angela Richards. Primera edición en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, 1955; séptima reimpresión, 1975.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723.

Industria argentina. Made in Argentina.

ISBN 950-518-575-8 (Obras completas)
ISBN 950-518-593-6 (Volumen 17)

Indice general

Volumen 17

xi Advertencia sobre la edición en castellano
xiv Lista de abreviaturas

1 **De la historia de una neurosis infantil (1918 [1914])**

3 Nota introductoria, *James Strachey*
9 *De la historia de una neurosis infantil*

9 I. Puntualizaciones previas
14 II. Panorama sobre el ambiente del enfermo y su historial clínico
19 III. La seducción y sus consecuencias inmediatas
29 IV. El sueño y la escena primordial
47 V. Algunas discusiones
58 VI. La neurosis obsesiva
67 VII. Erotismo anal y complejo de castración
82 VIII. Complementos desde el tiempo primordial. Solución
95 IX. Recapitulación y problemas
112 Apéndice. Historiales clínicos más extensos de Freud

113 **Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal (1917)**

115 Nota introductoria, *James Strachey*
117 *Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal*

125 **Una dificultad del psicoanálisis (1917 [1916])**

127 Nota introductoria, *James Strachey*
129 *Una dificultad del psicoanálisis*

137 Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad* (1917)

139 Nota introductoria, *James Strachey*
141 *Un recuerdo de infancia en* Poesía y verdad

151 Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica (1919 [1918])

153 Nota introductoria, *James Strachey*
155 *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*

165 ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad? (1919 [1918])

167 Nota introductoria, *James Strachey*
169 *¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?*

173 «Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919)

175 Nota introductoria, *James Strachey*
177 *«Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*

201 Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen* (1919)

203 Nota introductoria, *James Strachey*
205 *Introducción a* Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen

209 Apéndice. Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra (1955 [1920])

215 Lo ominoso (1919)

217 Nota introductoria, *James Strachey*
219 *Lo ominoso*

253 Escritos breves (1919)

255 Prólogo a Theodor Reik, *Probleme der Religionspsychologie*
260 La Editorial Psicoanalítica Internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos
264 James J. Putnam
266 Victor Tausk

269 Bibliografía e índice de autores
281 Indice alfabético

Advertencia sobre la edición en castellano

El presente libro forma parte de las *Obras completas* de Sigmund Freud, edición en 24 volúmenes que ha sido publicada entre los años 1978 y 1985. En un opúsculo que acompaña a esta colección (titulado *Sobre la versión castellana*) se exponen los criterios generales con que fue abordada esta nueva versión y se fundamenta la terminología adoptada. Aquí sólo haremos un breve resumen de las fuentes utilizadas, del contenido de la edición y de ciertos datos relativos a su aparato crítico.

La primera recopilación de los escritos de Freud fueron los *Gesammelte Schriften*,[1] publicados aún en vida del autor; luego de su muerte, ocurrida en 1939, y durante un lapso de doce años, aparecieron las *Gesammelte Werke*,[2] edición ordenada, no con un criterio temático, como la anterior, sino cronológico. En 1948, el Instituto de Psicoanálisis de Londres encargó a James B. Strachey la preparación de lo que se denominaría *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, cuyos primeros 23 volúmenes vieron la luz entre 1953 y 1966, y el 24° (índices y bibliografía general, amén de una fe de erratas), en 1974.[3]

La *Standard Edition*, ordenada también, en líneas generales, cronológicamente, incluyó además de los textos de Freud el siguiente material: 1) Comentarios de Strachey previos a cada escrito (titulados a veces «*Note*», otras «*Introducción*»).

[1] Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 12 vols., 1924-34. La edición castellana traducida por Luis López-Ballesteros (Madrid: Biblioteca Nueva, 17 vols., 1922-34) fue, como puede verse, contemporánea de aquella, y fue también la primera recopilación en un idioma extranjero; se anticipó así a la primera colección inglesa, que terminó de publicarse en 1950 (*Collected Papers*, Londres: The Hogarth Press, 5 vols., 1924-50).

[2] Londres: Imago Publishing Co., 17 vols., 1940-52; el vol. 18 (índices y bibliografía general) se publicó en Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

[3] Londres: The Hogarth Press, 24 vols., 1953-74. Para otros detalles sobre el plan de la *Standard Edition*, los manuscritos utilizados por Strachey y los criterios aplicados en su traducción, véase su «General Preface», vol. 1, págs. xiii-xxii (traducido, en lo que no se refiere específicamente a la lengua inglesa, en la presente edición como «Prólogo general», vol. 1, págs. xv-xxv).

2) Notas numeradas de pie de página que figuran entre corchetes para diferenciarlas de las de Freud; en ellas se indican variantes en las diversas ediciones alemanas de un mismo texto; se explican ciertas referencias geográficas, históricas, literarias, etc.; se consignan problemas de la traducción al inglés, y se incluyen gran número de remisiones internas a otras obras de Freud. 3) Intercalaciones entre corchetes en el cuerpo principal del texto, que corresponden también a remisiones internas o a breves apostillas que Strachey estimó indispensables para su correcta comprensión. 4) Bibliografía general, al final de cada volumen, de todos los libros, artículos, etc., en él mencionados. 5) Indice alfabético de autores y temas, a los que se le suman en ciertos casos algunos índices especiales (p.ej., «Indice de sueños», «Indice de operaciones fallidas», etc.).

El rigor y exhaustividad con que Strachey encaró esta aproximación a una edición crítica de la obra de Freud, así como su excelente traducción, dieron a la *Standard Edition* justo renombre e hicieron de ella una obra de consulta indispensable.

La presente edición castellana, traducida directamente del alemán,[4] ha sido cotejada con la *Standard Edition*, abarca los mismos trabajos y su división en volúmenes se corresponde con la de ésta. Con la sola excepción de algunas notas sobre problemas de traducción al inglés, irrelevantes en este caso, se ha recogido todo el material crítico de Strachey, el cual, como queda dicho, aparece siempre entre corchetes.[5]

Además, esta edición castellana incluye: 1) Notas de pie de página entre llaves, identificadas con un asterisco en el cuerpo principal, y referidas las más de las veces a problemas propios de la traducción al castellano. 2) Intercalaciones entre llaves en el cuerpo principal, ya sea para reproducir la palabra o frase original en alemán o para explicitar ciertas variantes de traducción (los vocablos alemanes se dan en nominativo singular, o tratándose de verbos, en infinitivo). 3) Un «Glosario alemán-castellano» de los principales términos especializados, anexo al antes mencionado opúsculo *Sobre la versión castellana*.

Antes de cada trabajo de Freud, se consignan en la *Standard Edition* sus sucesivas ediciones en alemán y en inglés; por nues-

[4] Se ha tomado como base la 4ª reimpresión de las *Gesammelte Werke*, publicada por S. Fischer Verlag en 1972; para las dudas sobre posibles erratas se consultó, además, Freud, *Studienausgabe* (Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 11 vols., 1969-75), en cuyo comité editorial participó James Strachey y que contiene (traducidos al alemán) los comentarios y notas de este último.

[5] En el volumen 24 se da una lista de equivalencias, página por página, entre las *Gesammelte Werke*, la *Standard Edition* y la presente edición.

tra parte proporcionamos los datos de las ediciones en alemán y las principales versiones existentes en castellano.[6]

Con respecto a las grafías de las palabras castellanas y al vocabulario utilizado, conviene aclarar que: *a*) En el caso de las grafías dobles autorizadas por las Academias de la Lengua, hemos optado siempre por la de escritura más simple («trasferencia» en vez de «transferencia», «sustancia» en vez de «substancia», «remplazar» en vez de «reemplazar», etc.), siguiendo así una línea que desde hace varias décadas parece imponerse en la norma lingüística. Nuestra única innovación en este aspecto ha sido la adopción de las palabras «conciente» e «inconciente» en lugar de «consciente» e «inconsciente», innovación esta que aún no fue aprobada por las Academias pero que parecería natural, ya que «conciencia» sí goza de legitimidad. *b*) En materia de léxico, no hemos vacilado en recurrir a algunos arcaísmos cuando estos permiten rescatar matices presentes en las voces alemanas originales y que se perderían en caso de dar preferencia exclusiva al uso actual.

Análogamente a lo sucedido con la *Standard Edition*, los 24 volúmenes que integran esta colección no fueron publicados en orden numérico o cronológico, sino según el orden impuesto por el contenido mismo de un material que debió ser objeto de una amplia elaboración previa antes de adoptar determinadas decisiones de índole conceptual o terminológica.[7]

[6] A este fin entendemos por «principales» la primera traducción (cronológicamente hablando) de cada trabajo y sus publicaciones sucesivas dentro de una colección de obras completas. La historia de estas publicaciones se pormenoriza en *Sobre la versión castellana*, donde se indican también las dificultades de establecer con certeza quién fue el traductor de algunos de los trabajos incluidos en las ediciones de Biblioteca Nueva de 1967-68 (3 vols.) y 1972-75 (9 vols.).

En las notas de pie de página y en la bibliografía que aparece al final del volumen, los títulos en castellano de los trabajos de Freud son los adoptados en la presente edición. En muchos casos, estos títulos no coinciden con los de las versiones castellanas anteriores.

[7] El orden de publicación de los volúmenes de la *Standard Edition* figura en *AE*, 1, pág. xxi, *n*. 7. Para esta versión castellana, el orden ha sido el siguiente: 1978: vols. 7, 15, 16; 1979: vols. 4, 5, 8, 9, 11, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22; 1980: vols. 2, 6, 10, 12, 13, 23; 1981: vols. 1, 3; 1985: vol. 24.

Lista de abreviaturas

(Para otros detalles sobre abreviaturas y caracteres tipográficos, véase la aclaración incluida en la bibliografía, *infra*, pág. 269.)

AE Freud, *Obras completas* (24 vols., en curso de publicación). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1978–.

BN Freud, *Obras completas.* Madrid: Biblioteca Nueva.*

EA Freud, *Obras completas* (19 vols.). Buenos Aires: Editorial Americana, 1943-44.

GS Freud, *Gesammelte Schriften* (12 vols.). Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 1924-34.

GW Freud, *Gesammelte Werke* (18 vols.). Volúmenes 1-17, Londres: Imago Publishing Co., 1940-52; volumen 18, Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1968.

RP *Revista de Psicoanálisis.* Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1943–.

SA Freud, *Studienausgabe* (11 vols.). Francfort del Meno: S. Fischer Verlag, 1969-75.

SE Freud, *The Standard Edition of the Complete Psychological Works* (24 vols.). Londres: The Hogarth Press, 1953-74.

SKSN Freud, *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre* (5 vols.). Viena, 1906-22.

SR Freud, *Obras completas* (22 vols.). Buenos Aires: Santiago Rueda, 1952-56.

* Utilizaremos la sigla *BN* para todas las ediciones publicadas por Biblioteca Nueva, distinguiéndolas entre sí por la cantidad de volúmenes: edición de 1922-34, 17 vols.; edición de 1948, 2 vols.; edición de 1967-68, 3 vols.; edición de 1972-75, 9 vols.

Dichtung und Kunst	Freud, *Psychoanalytische Studien an Werken der Dichtung und Kunst.* Viena, 1924.
Neurosenlehre und Technik	Freud, *Schriften zur Neurosenlehre und zur psychoanalytischen Technik (1913-1926).* Viena, 1931.
Psychoanalyse der Neurosen	Freud, *Studien zur Psychoanalyse der Neurosen aus den Jahren 1913-1925.* Viena, 1926.
Sexualtheorie und Traumlehre	Freud, *Kleine Schriften zur Sexualtheorie und zur Traumlehre.* Viena, 1931.
Technik und Metapsychol.	Freud, *Zur Technik der Psychoanalyse und zur Metapsychologie.* Viena, 1924.

De la historia de una neurosis infantil[1] (1918 [1914])

Nota introductoria

«Aus der Geschichte einer infantilen Neurose»

Ediciones en alemán

1918 *SKSN*, **4**, págs. 578-717.
1922 *SKSN*, **5**, págs. 1-140.
1924 Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 132 págs.
1924 *GS*, **8**, págs. 439-567.
1931 *Neurosenlehre und Technik*, págs. 37-171.
1947 *GW*, **12**, págs. 29-157.
1975 *SA*, **8**, págs. 125-232.

*Traducciones en castellano**

1932 «Historia de una neurosis infantil». *BN* (17 vols.), **16**, págs. 161-(?). Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **16**, págs. 179-318. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 693-750. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **16**, págs. 143-251. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 785-841. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 1941-2009. El mismo traductor.

En la edición alemana de 1924 se introdujeron algunos cambios, principalmente en materia de fechas, y se agregó una larga nota al final.

Es este el más elaborado y, sin duda, el más importante de todos los historiales clínicos de Freud. Su protagonista, un

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

acaudalado joven ruso, inició su análisis con él en febrero de 1910. Aquí se informa sobre su primer período de tratamiento, que se extendió hasta julio de 1914, cuando Freud consideró terminado el caso. Comenzó a escribir el historial en octubre de ese año y lo concluyó a comienzos de noviembre.[1] No obstante, postergó por cuatro años su publicación. Ningún cambio de importancia, nos dice (cf. *infra*, pág. 9*n*.), fue introducido en su forma definitiva, pero se le agregaron dos largos pasajes. La historia del caso luego de ese primer período fue descrita por Freud en la nota que añadió al final de la edición alemana de 1924 (págs. 110-1). Suministramos allí alguna información posterior aún, procedente en parte de publicaciones subsiguientes del propio Freud y en parte de datos que han salido a la luz después de la muerte de este.

Freud se refirió en varias oportunidades al caso del «Hombre de los Lobos» en obras editadas antes y después de este historial; tal vez sea útil enumerar esas referencias. La primera evidencia impresa de su interés por el caso fue un párrafo que apareció con su firma, a comienzos del otoño de 1912, en *Zentralblatt für Psychoanalyse* (**2**, pág. 680),* cuya motivación evidente es el sueño de los lobos que constituye el elemento más destacado del historial:

«A los colegas que ejercen el análisis les solicito que reúnan y analicen cuidadosamente sueños de sus pacientes cuya interpretación autorice la inferencia de que *los soñantes han sido en su primera infancia espectadores de un comercio sexual.* Basta con una mera indicación para que se comprenda el particularísimo valor que revisten estos sueños en más de un aspecto. Desde luego, sólo habrán de considerarse probatorios los sueños que hayan sobrevenido durante la infancia misma y se los recuerde desde ella».

Otro pasaje acerca de este tema apareció a comienzos de 1913 en *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*

[1] Estas fechas fueron extraídas de Ernest Jones (1955, pág. 312), quien las tomó de la correspondencia de Freud; en la nota de pág. 9, *infra*, Freud dice que redactó el historial en el invierno de 1914-15.

* {Pedido a los psicoanalistas de ejemplos de sueños de niños de un significado especial, con el título «Offener Sprechsaal» («Foro abierto»).}

(**1**, pág. 79) con el título «Sueños infantiles de significado especial»: *

«En el "Foro abierto" de *Zentralblatt für Psychoanalyse*, **2**, pág. 680, requerí de mis colegas que dieran a publicidad cualquier sueño sobrevenido en la infancia "cuya interpretación autorice la inferencia de que los soñantes han sido en su primera infancia espectadores de un comercio sexual". Debo ahora agradecer a la doctora Mira Gincburg (de Breitenau-Schaffhausen) por una primera contribución que parece cumplir con las condiciones indicadas. Prefiero posponer la apreciación de este sueño hasta que dispongamos de un material más vasto, con vistas a un examen comparativo».

A esta nota le seguía el informe de la doctora Gincburg sobre el sueño en cuestión. Ese mismo año, Hitschmann informó acerca de un sueño similar (*Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse*, **1**, pág. 476), pero no hubo más comunicaciones de Freud sobre el tema. En el curso de ese verano, empero, dio a publicidad «Materiales del cuento tradicional en los sueños» (1913*d*), donde de hecho se relataba el sueño de los lobos; la parte correspondiente de ese trabajo fue reproducida aquí (*infra*, págs. 29 y sigs.). Y a principios del año siguiente apareció «Acerca del *fausse reconnaissance* ("*déjà raconté*") en el curso del trabajo psicoanalítico» (1914*a*), en que se describía otro episodio del caso y que también fue en parte reproducido aquí (*infra*, pág. 79). Hay, asimismo, una referencia indirecta al «Hombre de los Lobos» en el examen de los tempranos recuerdos infantiles en «Recordar, repetir y reelaborar» (1914*g*), *AE*, **12**, pág. 151.

El trabajo metapsicológico sobre «La represión» (1915*d*), publicado antes que este historial pero escrito con posterioridad, contiene un párrafo referido a la fobia del paciente a los lobos. Muchos años después, Freud volvió a ocuparse del caso al examinar las zoofobias de los niños en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*); en los capítulos IV y VII de esa obra, la fobia a los lobos de este paciente es comparada con la fobia a los caballos analizada en el caso del pequeño Hans (1909*b*). Finalmente, en uno de sus últimos trabajos, «Análisis terminable e interminable» (1937*c*), Freud hizo algunos comentarios críticos acerca de la innovación técnica

* {«Kindheitsträume mit spezieller Bedeutung». *Traducción en castellano:* 1956: «Sueños infantiles de significado especial», *RP*, **13**, nº 3, págs. 283-4, trad. de L. Rosenthal.}

de fijar un plazo al tratamiento, introducida en el presente caso (cf. *infra*, págs. 12-3).

Para Freud, la importancia fundamental de este historial clínico en el momento de su publicación residía claramente en el apoyo que le ofrecía para sus críticas a Adler, y, más aún, a Jung. Contenía pruebas concluyentes para refutar cualquier rechazo de la sexualidad infantil. Pero durante el tratamiento surgieron muchas otras cosas de gran valor, algunas de las cuales ya habían sido presentadas ante el mundo en el intervalo de cuatro años que medió entre la redacción del historial y su publicación. Por ejemplo, el nexo entre las «escenas primordiales» y las «fantasías primordiales», que condujo en forma directa al oscuro problema del posible carácter hereditario del contenido psíquico de estas últimas. Este problema, ya examinado en la 23ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 336-8, fue ulteriormente tratado aquí en dos pasajes añadidos por Freud (*infra*, págs. 54 y sigs. y 87 y sigs.). Asimismo, el notable material de la sección VII, relacionado con el erotismo anal del paciente, fue utilizado en «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal» (1917*c*), *infra*, págs. 113 y sigs.

Más importante todavía fue la luz que arrojó el presente análisis en cuanto a la fase anterior, oral, de organización de la libido, examinada con cierta extensión *infra*, págs. 97-8. La primera referencia *publicada* de Freud a esta fase se halla en un párrafo agregado en 1915 a la tercera edición de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 180. El prólogo de esta edición está fechado en «octubre de 1914», justamente el mes en que se dedicó a redactar el historial del «Hombre de los Lobos». Parece probable que el material «canibálico» revelado en este análisis haya tenido un papel destacado en la preparación de algunas de las más trascendentales teorías que ocuparon a Freud por esta época: las interrelaciones entre incorporación, identificación, la formación de un ideal del yo, el sentimiento de culpa y los estados patológicos de depresión. De estas teorías, algunas habían sido propuestas en el último ensayo de *Tótem y tabú* (1912-13), escrito a mediados de 1913, y en «Introducción del narcisismo» (1914*c*), concluido a principios de 1914; otras aparecerían en «Duelo y melancolía» (1917*e*). Si bien este último no se publicó hasta 1917, ya se le había dado su forma definitiva a comienzos de mayo de 1915, y muchas de las opiniones en él vertidas fueron expuestas por Freud en la

Sociedad Psicoanalítica de Viena el 30 de diciembre de 1914, apenas unas semanas después de terminar la redacción de este historial (Jones, 1955, pág. 367).

De los hallazgos clínicos, quizás el principal fue la revelación del papel determinante que tuvieron en la neurosis del paciente sus mociones femeninas *primarias*. Su muy marcada bisexualidad no hizo sino confirmar puntos de vista que Freud había sostenido desde mucho tiempo atrás y que se remontaban a la época de su amistad con Fliess. Pero en sus escritos posteriores Freud hizo más hincapié que antes en el carácter *universal* de la bisexualidad y en la existencia de un complejo de Edipo «invertido» o «negativo», tesis que alcanzó su más clara expresión en el capítulo III de *El yo y el ello* (1923*b*), al tratar el complejo de Edipo «completo». Por otro lado, se resiste aquí fuertemente a la tentadora inferencia teórica de que motivos vinculados a la bisexualidad son los determinantes invariables de la represión (*infra*, págs. 100-1), tema sobre el cual se explayaría poco después en «"Pegan a un niño"» (1919*e*), *infra*, págs. 196 y sigs.

Finalmente, tal vez sea legítimo llamar la atención sobre el extraordinario talento literario con que Freud expuso el caso. Enfrentaba una tarea de pionero: la de ofrecer una descripción científica de sucesos psicológicos cuya novedad y complejidad no habían sido jamás imaginadas. El resultado es una obra que no sólo elude los peligros de la confusión y la oscuridad sino que, además, mantiene fascinado al lector desde el principio hasta el fin.

James Strachey

I. Puntualizaciones previas

El caso clínico sobre el que informaré aquí —si bien sólo de manera fragmentaria— se singulariza por cierto número de particularidades que es preciso poner de relieve antes de pasar a su exposición. Se trata de un joven que sufrió un quebranto patológico a los dieciocho años, tras una infección de gonorrea; cuando entró en tratamiento psicoanalítico, varios años después, era una persona por completo dependiente e incapaz de sobrellevar la existencia. Había vivido de una manera cercana a la normal los diez años de su mocedad transcurridos hasta el momento en que contrajo la enfermedad, aprobando sin grandes problemas sus estudios secundarios. Pero en su primera infancia estuvo dominado por una grave perturbación neurótica que se inició, poco antes de cumplir los cuatro años, como una histeria de angustia (zoofobia);

[1] {Corresponde a la llamada que aparece en el título, *supra*, pág. 1.} El presente historial clínico fue redactado poco después de terminado el tratamiento, en el invierno de 1914-15, bajo la impresión fresca de las reinterpretaciones que de los resultados del psicoanálisis pretendían hacer C. G. Jung y A. Adler. Se relaciona, pues, con mi ensayo «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico», publicado en 1914 en el *Jahrbuch der Psychoanalyse*. Complementa el contenido de dicho ensayo, que es en lo esencial una polémica personal, mediante una apreciación objetiva del material analítico. En su origen estuvo destinado al volumen siguiente del *Jahrbuch*, pero como los impedimentos que opuso la Guerra Mundial [la Primera] postergaron sin término su aparición, me decidí a agregarlo a la presente colección [*SKSN*, 4 {cf. la «Lista de abreviaturas», *supra*, pág. xiv}], publicada por un nuevo editor [Heller en lugar de Deuticke]. En las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* que pronuncié entretanto, en 1916-17, me vi llevado a tratar mucho de lo que estaba destinado a formularse por primera vez en este trabajo. El texto de la primera redacción no experimentó cambios de importancia; los agregados se ponen de relieve por medio de corchetes. [Hay sólo dos de estos últimos, y aparecen en las págs. 54 y 87. {En el resto de este trabajo, como en todos los volúmenes de la edición de Amorrortu editores, los demás corchetes indican los agregados de James Strachey, según se aclara en la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xii. Al término «reinterpretaciones» («*Umdeutungen*») que aparece en la presente nota se le añadió en la versión inglesa de 1925, por indicación del propio Freud, el calificativo de «retorcidas» («*twisted reinterpretations*»).}]

se traspuso luego en una neurosis obsesiva de contenido religioso, y sus ramificaciones llegaron hasta su décimo año.[2]

Sólo esta neurosis infantil será tema de mis comunicaciones. A pesar de que el propio paciente me instó a hacerlo, he declinado escribir la historia completa de la contracción de su enfermedad, su tratamiento y curación, porque lo considero una tarea irrealizable desde el punto de vista técnico e inadmisible socialmente. Es cierto que así se pierde la posibilidad de rastrear el nexo entre su neurosis infantil y su posterior enfermedad definitiva. Sobre esta última sólo me es posible anotar que por su causa el enfermo pasó largo tiempo en sanatorios alemanes y fue clasificado en esa época por las autoridades competentes[3] como un caso de «insania maníaco-depresiva». Ese diagnóstico era sin duda aplicable al padre del paciente, cuya vida, rica en actividad y en intereses, se había visto perturbada por repetidos ataques de depresión grave. Pero en cuanto al hijo, en varios años de observación no pude registrar alternancia ninguna del talante que por su intensidad o las condiciones de su emergencia fuese desproporcionada con respecto a la situación psíquica visible. Así me formé la idea de que este caso, como tantos otros a los que la psiquiatría clínica pone el marbete de variados y cambiantes diagnósticos, debía concebirse como secuela de una neurosis obsesiva que se extinguió de manera espontánea, pero sanó deficientemente.

Mi descripción tratará entonces de una neurosis infantil que no fue objeto de análisis mientras persistía, sino sólo quince años después de pasada. Si se la compara con otras, esta situación ofrece sus ventajas y sus inconvenientes. El análisis consumado en el propio niño neurótico parecerá de antemano más digno de confianza, pero su contenido no puede ser muy rico; será preciso prestar al niño demasiadas palabras y pensamientos,[4] y aun así los estratos más profundos pueden resultar impenetrables para la conciencia. En cambio, el análisis de una perturbación de la infancia a través del recuerdo de la persona adulta e intelectualmente madura está libre de estas limitaciones; no obstante, será preciso tener en cuenta la deformación y el aderezo a que es sometido el propio pasado cuando se lo mira retrospectivamente desde un tiempo posterior. Quizás el primer caso

2 [En las ediciones anteriores a 1924 decía aquí «su octavo año».]

3 [Según Jones (1955), entre los destacados psiquiatras que consultó el paciente se contaron Ziehen, en Berlín, y Kraepelin, en Munich.]

4 [En su historial clínico del pequeño Hans (1909*b*), *AE*, **10**, págs. 7-8 y 84 y sigs., Freud se ocupó del valor probatorio que tiene el análisis de un niño.]

proporcione los resultados más convincentes pero el segundo sea mucho más instructivo.

De todas maneras, es lícito aseverar que los análisis de neurosis de la infancia pueden ofrecer un interés teórico particularmente grande. El servicio que prestan a la recta comprensión de las neurosis de los adultos equivale, más o menos, al que los sueños de los niños brindan respecto de los de aquellos. Y no porque sean más trasparentes o más pobres en elementos; al contrario, para el médico es harto dificultoso lograr una empatía de la vida anímica infantil. Lo que ocurre es que en ellos sale a la luz de manera inequívoca lo esencial de la neurosis porque están ausentes las numerosas estratificaciones que se depositan luego. Es notorio que en la actual fase de la lucha por el psicoanálisis la resistencia a sus conclusiones ha cobrado una nueva forma. Antes se contentaban con impugnar la efectiva realidad de los hechos aseverados por el análisis, para lo cual la mejor técnica parecía ser evitar su comprobación. Cabe pensar que ese procedimiento se fue agotando con el tiempo; el camino que ahora siguen es admitir los hechos, pero eliminando mediante unas reinterpretaciones lo que de ellos se deduce, y así otra vez se defienden de esas escandalosas novedades. El estudio de las neurosis de la infancia prueba la total ineptitud de esos superficiales o forzados intentos de reinterpretación. Demuestra en cuán sorprendente medida las fuerzas pulsionales libidinosas, que tan de buena gana se desmienten, participan en la conformación de la neurosis, y permite discernir la ausencia de unas aspiraciones a remotas metas culturales de las que el niño por cierto nada sabe, y que por tanto no pueden significar nada para él.

Otro rasgo que realza el interés del análisis aquí comunicado se relaciona estrechamente con la gravedad de la neurosis y la duración de su tratamiento. Los análisis que obtienen un resultado favorable en breve lapso quizá resulten valiosos para el sentimiento de sí del terapeuta y demuestren la significación médica del psicoanálisis; pero las más de las veces son infecundos para el avance del conocimiento científico. Nada nuevo se aprende de ellos. Se lograron tan rápido porque ya se sabía todo lo necesario para su solución. Sólo se puede aprender algo nuevo de análisis que ofrecen particulares dificultades, cuya superación demanda mucho tiempo. Unicamente en estos casos se consigue descender hasta los estratos más profundos y primitivos del desarrollo anímico y recoger desde ahí las soluciones para los problemas de las conformaciones posteriores. Uno se dice entonces que, en rigor, sólo merece llamarse «análisis» el que ha avanzado

hasta ese punto. Desde luego, un caso único no enseña todo cuanto se querría saber. Mejor dicho: podría enseñarlo todo si se fuera capaz de aprehenderlo todo y no hubiera que contentarse con poco por la impericia de la propia percepción.

En materia de esas fructíferas dificultades, el caso clínico que aquí se describe no dejó nada que desear. Los primeros años de tratamiento apenas si lograron cambio alguno. No obstante ello, una feliz constelación de circunstancias externas permitió continuar el ensayo terapéutico. Bien advierto que en condiciones menos favorables habría debido resignarse el tratamiento tras breve lapso. Ateniéndome al punto de vista del médico, sólo puedo enunciar que en casos semejantes, si quiere averiguar y conseguir algo, él debe comportarse de manera tan «atemporal» como lo inconciente mismo.[5] Lo podrá lograr si es capaz de renunciar a una ambición terapéutica de cortas miras. Difícilmente sea lícito esperar en otros casos, del paciente y sus allegados, el grado requerido de paciencia, ductilidad, comprensión y confianza. Pero el analista está autorizado a decirse que los resultados que obtuvo para un paciente en un trabajo tan prolongado contribuirán a abreviar sustancialmente la duración del tratamiento de una enfermedad ulterior de igual gravedad, y a superar de ese modo en el sentido de un progreso la atemporalidad de lo inconciente, tras haberse sometido a ella la primera vez.[6]

El paciente de quien trato aquí se atrincheró durante largo tiempo tras una postura inabordable de dócil apatía. Escuchaba, comprendía, pero no permitía aproximación alguna. Su intacta inteligencia estaba como cortada de las fuerzas pulsionales que gobernaban su comportamiento en las escasas relaciones vitales que le restaban. Hizo falta una prolongada educación para moverlo a participar de manera autónoma en el trabajo, y cuando a raíz de este empeño emergieron las primeras liberaciones, él suspendió al punto el trabajo a fin de prevenir ulteriores alteraciones y mantenerse cómodo en la situación establecida. Su horror a una existencia autónoma era tan grande que contrarrestaba todas las penurias de la condición de enfermo. Para superarlo, se halló un único camino. Me vi precisado a esperar hasta que la ligazón con mi persona deviniera lo bastante intensa para equilibrarlo, y en ese momento hice jugar este factor en contra del otro. Resolví, no sin orientarme por buenos indicios en cuanto a la oportunidad, que el tratamiento debía terminar en cierto

[5] [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), parte V.]
[6] [El problema de la duración de los análisis fue tratado por Freud en «Análisis terminable e interminable» (1937*c*).]

plazo, independientemente de cuán lejos se hubiera llegado. Estaba decidido a respetar ese plazo; el paciente terminó por creer en la seriedad de mi propósito. Y bajo la presión intransigente que aquel significaba, cedió su resistencia, su fijación a la condición de enfermo, y el análisis brindó en un lapso incomparablemente breve todo el material que posibilitó la cancelación de sus síntomas. De este último período de trabajo, en que la resistencia desaparecía por momentos y el enfermo hacía la impresión de tener una lucidez que de ordinario sólo se alcanza en estado hipnótico, provinieron también todos los esclarecimientos que me permitieron inteligir su neurosis de la infancia.[7]

Así, el periplo de este tratamiento ilustró la tesis ya apreciada desde hacía tiempo por la técnica analítica: la longitud del camino que el análisis debe recorrer con el paciente y la profusión del material que debe ser dominado transitándolo no cuentan en comparación con la resistencia que uno encuentra en el curso del trabajo, y sólo cuentan en la medida en que son necesariamente proporcionales a ella. Una situación idéntica sería la de un ejército enemigo que hoy gastara semanas y meses para salvar un tramo de territorio que en tiempos de paz insumiría unas horas de tren expreso y que el ejército propio recorrió poco antes en unos días.

Una tercera peculiaridad del análisis aquí descrito no hizo sino volver más difícil la decisión de comunicarlo. En su conjunto, sus resultados respondieron de manera satisfactoria al saber que teníamos hasta entonces o se acomodaron bien a él. Sin embargo, muchas de sus peculiaridades me parecieron tan asombrosas e increíbles que dudé en requerir a otros que las creyesen. Exhorté al paciente a ejercer la crítica más severa sobre sus recuerdos, pero no halló nada de improbable en sus enunciados y los refirmó. Los lectores pueden tener al menos el convencimiento de que sólo informo lo que se me ofreció como vivencia independiente, no influida por mi expectativa. Así pues, no puedo hacer más que recordar el sabio aforismo de que entre el Cielo y la Tierra hay cosas con que la sabiduría académica ni sueña.[8] Quien se las ingeniara para hacer a un lado de manera todavía más radical sus convencimientos previos descubriría sin duda más cosas de esa naturaleza.[9]

[7] [Las consecuencias de fijar un plazo al tratamiento fueron examinadas, con relación a este caso en particular, en la sección I del trabajo que acabamos de citar (1937*c*).]

[8] [Cf. *Hamlet*, acto I, escena 5.]

[9] [La cronología algo complicada de este caso resultará más clara si se consulta *infra*, pág. 110*n*.]

II. Panorama sobre el ambiente del enfermo y su historial clínico

No puedo escribir la historia de mi paciente en términos puramente históricos o pragmáticos; no puedo brindar ni un historial clínico ni uno del tratamiento, sino que me veré precisado a combinar entre sí ambos modos de exposición. Ya es notorio que no se ha encontrado un camino que permita dar cabida de algún modo, en el relato del análisis, al convencimiento que dimana de él. De nada valdrían para esto, ciertamente, unos protocolos exhaustivos de cuanto sucede en las sesiones de análisis; por lo demás, la técnica misma del tratamiento excluye su confección. En consecuencia, uno no publica tales análisis para producir convicción en quienes hasta el momento han tenido una conducta de rechazo e incredulidad. Lo único que se espera es aportar algo nuevo a investigadores que por sus propias experiencias con enfermos ya se hayan procurado convencimientos.

Empezaré por pintar el mundo del niño y por comunicar de su historia infantil todo aquello que se averiguó sin esfuerzo y a lo largo de varios años no fue ni completado ni aclarado más.

Sus padres se casaron jóvenes; siguen viviendo un matrimonio dichoso sobre el que pronto las enfermedades de ambos arrojan las primeras sombras: las afecciones abdominales de la madre y los primeros ataques de desazón del padre, que lo habían llevado a ausentarse de la casa. Desde luego, sólo mucho después llegó el paciente a comprender la enfermedad del padre; en cambio, el quebranto de la madre se le hizo notorio ya desde su primera infancia. A causa de sus achaques la madre se dedicaba relativamente poco a sus hijos. Un día, sin duda antes de cumplir los cuatro años,[1] su madre lo lleva de la mano acompañando al médico a la salida de la casa; en esas circunstancias la escucha dirigirle a aquel sus quejas, y sus palabras se le graban hasta el punto de aplicárselas más tarde a sí mismo [cf. pág. 71]. No es hijo único; le precede una hermana dos años mayor, vivaracha, inteligente y pre-

[1] [Cf. pág. 71*n*. En las ediciones anteriores a 1924 rezaba aquí «tal vez cuando tenía seis años».]

maturamente díscola, que desempeñaría un importante papel en su vida.

Lo cuida un aya; por lo que recuerda, era una anciana inculta, de humilde origen, que le demostraba incansable ternura. Le hace las veces de sustituto de un hijo propio que ella perdiera temprano. La familia vive en una finca que para los veranos es trocada por otra. La gran ciudad no está lejos de estas dos propiedades agrarias. Constituye un punto de fractura en su infancia el momento en que sus padres venden ambas fincas y se instalan en la ciudad. Parientes cercanos vienen a pasar a menudo largas temporadas en una u otra de aquellas: hermanos del padre, hermanas de la madre con sus hijos, los abuelos maternos. En verano los padres suelen partir de viaje unas semanas. Un recuerdo encubridor {*Deckerinnerung*} le muestra cómo él, junto a su aya, contempla alejarse el carruaje que lleva a su padre, su madre y su hermana, y luego regresa tranquilo a la casa. Tiene que haber sido muy pequeño en ese momento.[2] El verano siguiente dejaron a la hermana en casa y tomaron a una gobernanta inglesa, encargada de la vigilancia de los niños.

En años posteriores le contaron mucho acerca de su niñez.[3] Gran parte ya lo sabía, pero desde luego sin su trabazón temporal o argumental. Una de estas tradiciones, que le fue repetida innumerables veces con ocasión de la enfermedad que después contrajo, nos familiariza con el problema cuya solución habrá de ocuparnos. Parece que al principio fue un niño manso, dócil y más bien tranquilo, y por eso solían decir que él habría debido ser la niña, y su hermana mayor el varón. Pero cierta vez que sus padres regresaron del viaje de verano lo hallaron mudado. Se había vuelto descontentadizo, irritable, violento, se consideraba afrentado por cualquier motivo y entonces se embravecía y gritaba como un salvaje, a punto tal que los padres, viendo que ese estado duraba, expresaron el temor de no poder mandarlo nunca a la escuela. Era el

[2] 2½ años. Casi todas las fechas pudieron determinarse con certeza luego.

[3] En general, es lícito usar las comunicaciones de esta clase como un material digno de toda fe. Por eso parece tentador llenar sin esfuerzo alguno las lagunas que presenta el recuerdo del paciente mediante averiguaciones practicadas entre sus familiares. Pero yo desaconsejo esa técnica de manera terminante. Lo que los parientes refieren cuando se les pregunta y se les solicita información está expuesto a todos los reparos críticos que puedan concebirse. Por lo común, uno lamenta después haberse creado una dependencia de tales informes: ha estropeado la confianza dentro del análisis y ha instituido otra instancia por encima de él. Todo cuanto pueda ser recordado sale a la luz en la ulterior trayectoria del análisis mismo.

verano en que estuvo presente la gobernanta inglesa; esta resultó ser una persona chiflada, intratable y por añadidura dada a la bebida. Por eso la madre se inclinó a relacionar la alteración de carácter del muchacho con la influencia de esta inglesa y supuso que lo había irritado por el trato que le daba. La perspicaz abuela, que había compartido el verano con los niños, sustentó la opinión de que esa irritabilidad había sido provocada por las disputas entre la inglesa y el aya. Aquella había motejado varias veces a esta de bruja, obligándola a abandonar la sala; el pequeño tomó partido abiertamente en favor de su amada «ñaña»* y dio pruebas de su odio a la gobernanta. Comoquiera que hubiese sido, la inglesa fue despedida poco tiempo después del regreso de los padres, sin que se modificara en nada la naturaleza insufrible del niño.

El recuerdo de ese período díscolo se ha conservado en el paciente. Cree haber hecho la primera de sus escenas cierta vez en que para Navidad no recibió el doble regalo que le habría correspondido, ya que el día de Navidad era al mismo tiempo el de su cumpleaños. Sus exigencias y susceptibilidades ni siquiera perdonaron a la amada ñaña, y hasta fue a ella, quizás, a quien martirizó de la manera más despiadada. Ahora bien, esta fase de la alteración de carácter se enlaza inseparablemente en su recuerdo con muchos otros fenómenos raros y patológicos que él no sabe ordenar en el tiempo. Todo aquello sobre lo cual ahora pasaremos a informar, que no puede haber sido simultáneo y además presenta innúmeras contradicciones en su contenido, él lo agolpa en un único período que denomina «estando aún en la primera finca». Cree que tenía cinco años cuando abandonaron esa finca.[4] Sabe contar, también, que padecía de una angustia que su hermana aprovechaba para martirizarlo. Había cierto libro ilustrado donde se figuraba a un lobo erguido y en posición de avanzar. Cuando veía esa figura empezaba a gritar como enfurecido, tenía miedo de que viniera el lobo y se lo comiera. Pero su hermana siempre se las arreglaba para que no tuviera más remedio que ver esa imagen, y se divertía con su terror. Entretanto, también tenía miedo a otros animales, grandes y pequeños. Cierta vez corría tras una gran mariposa con alas

* {La palabra rusa (también empleada, por lo demás, en algunos países hispanoamericanos) para niñera o «chacha».}

[4] [Es probable que el paciente se refiriese a la finca en que vivía la familia durante la mayor parte del año (cf. pág. 15). Poco tiempo después de ser vendidas las dos fincas primitivas, la familia adquirió una nueva, según informó Freud a los traductores de este trabajo al inglés {Alix y James Strachey} (cf. pág. 85).]

veteadas de amarillo a fin de cogerla. (Era sin duda un «macaón».[5]) De pronto fue presa de tremenda angustia ante el animal; dando gritos, desistió de perseguirlo. También sentía angustia y horror ante escarabajos y orugas. Sabía acordarse, empero, de que en esa misma época martirizaba escarabajos y cortaba orugas en pedacitos; también los caballos le resultaban ominosos {*unheimlich*}. Se ponía a gritar cuando un caballo era azotado {*schlagen*} y por esa razón se vio obligado una vez a salir de un circo. Otras veces gustaba de azotar él mismo a los caballos. Su recuerdo no permitió decidir si estas clases contrapuestas de conducta hacia los animales tuvieron efectivamente una vigencia simultánea, o si más bien se relevaron una a la otra, ni, para este último caso, la secuencia y el momento en que pudo ocurrir. Tampoco pudo decir si su período díscolo fue sustituido por una fase de enfermedad o se prolongó a lo largo de esta última. Sin embargo, sus comunicaciones —las que expongo acto seguido— justifican el supuesto de que en su infancia pasó por una neurosis obsesiva bien reconocible. Refirió que durante largo tiempo había sido muy piadoso. Antes de dormir se veía precisado a rezar largo rato y a hacerse la señal de la cruz innumerables veces. Al anochecer, y llevando una banqueta a la que se trepaba, solía también hacer la ronda por todas las imágenes sagradas colgadas en la habitación y besarlas con unción una por una. Muy mal —o quizá perfectamente bien— armonizaba con este ceremonial piadoso su recuerdo de haber tenido pensamientos sacrílegos que le venían a la mente como un envío del Diablo. Era obligado a pensar: «Dios-cochino» o «Dios-caca». Alguna vez, en un viaje a una estación termal alemana, lo martirizó la compulsión a pensar en la Santísima Trinidad cuando veía sobre la calzada tres montoncitos de bosta de caballo o alguna otra porquería. Por esa época observaba también un curioso ceremonial cuando veía gente que le causaba pena, pordioseros, tullidos, ancianos: debía espirar con ruido para no volverse como ellos; y en ciertas otras condiciones, también inspirar con fuerza. Desde luego, me pareció evidente suponer que esos síntomas nítidos de neurosis obsesiva pertenecieron a una época y a un estadio de desarrollo algo más tardíos que los signos de angustia y acciones crueles hacia animales.

Los años más maduros del paciente estuvieron regidos por una relación muy desfavorable con su padre, quien, por ese tiempo, tras repetidos ataques de depresión, no podía ocultar

5 [«*Schwalbenschwanz*». Aquí y al principio de la sección VIII (pág. 82), en las ediciones anteriores a 1924 decía «*Admiral*» {literalmente, «almirante», nombre de un molusco de vivos colores}.]

los costados patológicos de su carácter. En los primeros años de su infancia esa relación había sido muy tierna, como lo atestiguaba el recuerdo del hijo. El padre lo amaba mucho y gustaba de jugar con él. De pequeño estaba orgulloso de su padre y no hacía más que decir que quería llegar a ser un señor como él. La ñaña le había dicho que su hermana era hija de la madre, pero él lo era del padre, lo cual le contentaba mucho. Fue al terminar la niñez cuando sobrevino una enajenación entre él y el padre. Era indudable que este prefería a la hija, lo cual lo afrentó mucho. Más tarde se volvió dominante la angustia frente al padre.

Más o menos hacia el octavo año desaparecieron todos los fenómenos que el paciente atribuye a la fase de su vida iniciada con su conducta díscola. No lo hicieron de golpe, pues retornaban algunas veces, pero al fin —según cree el enfermo— cedieron al influjo de los maestros y educadores que remplazaron a las personas de sexo femenino encargadas de su crianza. He ahí, pues, delineados de la manera más sucinta los enigmas cuya solución se encomendó al análisis: ¿A qué se debió la repentina alteración de carácter del muchacho, qué intencionalidad {*bedeuten*} tenían su fobia y sus perversidades, cómo llegó a su piedad compulsiva y de qué modo se entraman todos estos fenómenos? Vuelvo a recordar que nuestro trabajo terapéutico se aplicó a una posterior neurosis reciente y las noticias sobre aquellos problemas más tempranos sólo pudieron obtenerse cuando la trayectoria del análisis nos alejó por un tiempo del presente, constriñéndonos a transitar por el desvío de esa época primordial infantil.

III. La seducción y sus consecuencias inmediatas

Como es natural, la primera conjetura apuntó a la gobernanta inglesa durante cuya presencia sobrevino la alteración del niño. Referidos a ella, se conservan dos recuerdos encubridores incomprensibles en sí mismos. Una vez que marchaba delante, dijo a los que venían detrás: «¡Pero miren mi rabito!». Otra vez que iban en coche se le voló el sombrero, para gran satisfacción de los hermanitos. Esto apuntaba al complejo de castración y podía admitir esta construcción: una amenaza de ella dirigida al niño habría contribuido mucho a la génesis de su comportamiento anormal. Es por completo inofensivo comunicar al analizado tales construcciones; nunca perjudican al análisis aunque sean erróneas, y no se las formula si no se tienen perspectivas de lograr por medio de ellas alguna aproximación a la realidad.[1] Como efecto inmediato de esa formulación emergieron sueños que no fue posible interpretar acabadamente, pero que siempre parecían jugar con un mismo contenido. Hasta donde se los podía comprender, se trataba en ellos de acciones agresivas del muchacho hacia su hermana o hacia la gobernanta, y de reprimendas y correctivos enérgicos por ese motivo. «Como si . . . después del baño . . . hubiera querido . . . desvestir a su hermana . . . arrancarle las vestiduras . . . o velos», y cosas de este tenor. Pero no se conseguía desde la interpretación un contenido cierto, y cuando se tuvo la impresión de que en esos sueños se procesaba una y otra vez de maneras variables el mismo contenido, resultó certificada la concepción de estas presuntas reminiscencias. Sólo podía tratarse de fantasías que el soñante se hubiera formado acerca de su infancia en algún momento, probablemente en su pubertad, y que ahora volvían a aflorar en forma harto irreconocible.

Nuestro entendimiento sobrevino de golpe cuando el paciente se acordó de manera repentina de este hecho: su hermana, siendo él «todavía muy pequeño, en la primera finca», lo había seducido a incurrir en manejos sexuales. Primero

1 [Freud incursionó en este tema más extensamente en «Construcciones en el análisis» (*1937d*), sobre todo en la sección II.]

acudió el recuerdo de que en el escusado, que los niños a menudo usaban en común, ella le propuso: «Enseñémonos la cola», y la acción siguió a la palabra. Después de esto acudió lo más esencial de la seducción, con todos sus detalles de tiempo y lugar. Fue en la primavera, en una época en que el padre estaba ausente; los niños jugaban en el suelo en una habitación, mientras la madre hacía labores en la vecina. La hermana le agarró {*greifen*} el miembro, jugó con este y tras eso dijo a modo de explicación unas cosas inconcebibles {*unbegreiflich*} sobre la ñaña. Que la ñaña hacía lo mismo con toda la gente, por ejemplo con el jardinero: lo ponía dado vuelta {*auf den Kopf stellen*} y luego le agarraba los genitales.

Esto permitió entender con evidencia las fantasías hasta ese momento colegidas. Estaban destinadas a extinguir el recuerdo de un suceso que más tarde pareció chocante al viril sentimiento de sí del paciente, remplazando la verdad histórica {*historisch*} por un opuesto de deseo. Según estas fantasías, no había desempeñado frente a la hermana el papel pasivo, sino al contrario: había sido agresivo, había querido verla desvestida, fue rechazado y castigado, y por eso cayó en ese estado de furia al que tanto se refería la tradición hogareña. También era adecuado al fin entretejer a la gobernanta en este relato de invención {*Dichtung*}, puesto que su madre y su abuela le habían atribuido lo principal de la culpa por sus ataques de furia. Así, esas fantasías correspondían exactamente a la formación de sagas mediante las cuales una nación después grande y orgullosa procura esconder sus insignificantes e infortunados comienzos.[2]

En realidad, la gobernanta sólo pudo tener una participación muy lejana en la seducción y sus consecuencias. Las escenas con la hermana ocurrieron en la primavera del mismo año en cuyos meses de verano apareció la inglesa como sustituto de los padres ausentes. La hostilidad del niño hacia la gobernanta se produjo más bien de otra manera. Al insultar al aya y motejarla de bruja, se le apareció siguiendo los pasos de su hermana, que antes le había contado aquellas enormidades sobre el aya, y así le permitió sacar a relucir en la gobernanta la repugnancia que, como veremos, había desarrollado hacia su hermana a raíz de la seducción.

Ahora bien, la seducción por la hermana no era ciertamente una fantasía. Su credibilidad se reforzaba en virtud de una comunicación que le habían hecho años después,

[2] [Esto se examina con más detenimiento en el estudio sobre Leonardo (Freud, 1910*c*), *AE*, **11**, págs. 78-9.]

cuando ya no era un niño, y que nunca olvidó. Un primo más de diez años mayor que él le había dicho, platicando sobre su hermana, que se acordaba muy bien qué clase de personita sensual y curiosa había sido. Cierta vez, teniendo la niña cuatro o cinco años, se le sentó en el regazo y le abrió los calzones para agarrarle el miembro.

En este punto prefiero interrumpir la historia infantil de mi paciente para hablar de esa hermana, de su desarrollo y ulteriores peripecias, así como de su influjo sobre él. Era dos años mayor y siempre lo aventajó. De niña fue como un varoncito, indomeñable, y luego inició un brillante desarrollo intelectual, se destacó por una inteligencia aguda y realista, prefirió en sus estudios las ciencias naturales, pero también produjo poesías que el padre apreciaba mucho. Era de espiritualidad muy superior a sus numerosos primeros pretendientes y solía burlarse de ellos. Pero a poco de cumplir los veinte años empezó a sufrir desazón, se quejaba de no ser lo bastante bella y se apartó de todo trato social. Tras hacer un viaje en compañía de una dama mayor, amiga de la familia, al regresar a casa contó cosas de todo punto inverosímiles, como que su acompañante la había maltratado, a pesar de lo cual permaneció manifiestamente fijada a la supuesta atormentadora. Poco después, en un segundo viaje, se envenenó y murió lejos del hogar. Es probable que su afección correspondiera a una *dementia praecox* incipiente. Era una de las pruebas, en modo alguno la única, de la considerable herencia neuropática de la familia. Un tío, hermano del padre, murió, tras largos años de llevar una existencia solitaria, con signos que permiten inferir una neurosis obsesiva grave; buen número de los parientes colaterales estuvieron —y están— afectados de perturbaciones neuróticas leves.

Para nuestro paciente, su hermana fue en la niñez —y prescindiendo por ahora de la seducción— una incómoda competidora en el reconocimiento de los padres; sentía como algo muy opresivo la superioridad de ella, mostrada despiadadamente. En particular, le envidió después el respeto que su padre testimoniaba a sus aptitudes y logros intelectuales, mientras que él, inhibido en ese terreno a partir de su neurosis obsesiva, debía conformarse con una mediocre estima. Desde que cumplió los catorce años empezó a mejorar su relación con la hermana; una disposición espiritual semejante y una común oposición a los padres los acercaron tanto que convivieron como los mejores cama-

acudió el recuerdo de que en el escusado, que los niños a menudo usaban en común, ella le propuso: «Enseñémonos la cola», y la acción siguió a la palabra. Después de esto acudió lo más esencial de la seducción, con todos sus detalles de tiempo y lugar. Fue en la primavera, en una época en que el padre estaba ausente; los niños jugaban en el suelo en una habitación, mientras la madre hacía labores en la vecina. La hermana le agarró {*greifen*} el miembro, jugó con este y tras eso dijo a modo de explicación unas cosas inconcebibles {*unbegreiflich*} sobre la ñaña. Que la ñaña hacía lo mismo con toda la gente, por ejemplo con el jardinero: lo ponía dado vuelta {*auf den Kopf stellen*} y luego le agarraba los genitales.

Esto permitió entender con evidencia las fantasías hasta ese momento colegidas. Estaban destinadas a extinguir el recuerdo de un suceso que más tarde pareció chocante al viril sentimiento de sí del paciente, remplazando la verdad histórica {*historisch*} por un opuesto de deseo. Según estas fantasías, no había desempeñado frente a la hermana el papel pasivo, sino al contrario: había sido agresivo, había querido verla desvestida, fue rechazado y castigado, y por eso cayó en ese estado de furia al que tanto se refería la tradición hogareña. También era adecuado al fin entretejer a la gobernanta en este relato de invención {*Dichtung*}, puesto que su madre y su abuela le habían atribuido lo principal de la culpa por sus ataques de furia. Así, esas fantasías correspondían exactamente a la formación de sagas mediante las cuales una nación después grande y orgullosa procura esconder sus insignificantes e infortunados comienzos.[2]

En realidad, la gobernanta sólo pudo tener una participación muy lejana en la seducción y sus consecuencias. Las escenas con la hermana ocurrieron en la primavera del mismo año en cuyos meses de verano apareció la inglesa como sustituto de los padres ausentes. La hostilidad del niño hacia la gobernanta se produjo más bien de otra manera. Al insultar al aya y motejarla de bruja, se le apareció siguiendo los pasos de su hermana, que antes le había contado aquellas enormidades sobre el aya, y así le permitió sacar a relucir en la gobernanta la repugnancia que, como veremos, había desarrollado hacia su hermana a raíz de la seducción.

Ahora bien, la seducción por la hermana no era ciertamente una fantasía. Su credibilidad se reforzaba en virtud de una comunicación que le habían hecho años después,

[2] [Esto se examina con más detenimiento en el estudio sobre Leonardo (Freud, 1910*c*), *AE*, **11**, págs. 78-9.]

cuando ya no era un niño, y que nunca olvidó. Un primo más de diez años mayor que él le había dicho, platicando sobre su hermana, que se acordaba muy bien qué clase de personita sensual y curiosa había sido. Cierta vez, teniendo la niña cuatro o cinco años, se le sentó en el regazo y le abrió los calzones para agarrarle el miembro.

En este punto prefiero interrumpir la historia infantil de mi paciente para hablar de esa hermana, de su desarrollo y ulteriores peripecias, así como de su influjo sobre él. Era dos años mayor y siempre lo aventajó. De niña fue como un varoncito, indomeñable, y luego inició un brillante desarrollo intelectual, se destacó por una inteligencia aguda y realista, prefirió en sus estudios las ciencias naturales, pero también produjo poesías que el padre apreciaba mucho. Era de espiritualidad muy superior a sus numerosos primeros pretendientes y solía burlarse de ellos. Pero a poco de cumplir los veinte años empezó a sufrir desazón, se quejaba de no ser lo bastante bella y se apartó de todo trato social. Tras hacer un viaje en compañía de una dama mayor, amiga de la familia, al regresar a casa contó cosas de todo punto inverosímiles, como que su acompañante la había maltratado, a pesar de lo cual permaneció manifiestamente fijada a la supuesta atormentadora. Poco después, en un segundo viaje, se envenenó y murió lejos del hogar. Es probable que su afección correspondiera a una *dementia praecox* incipiente. Era una de las pruebas, en modo alguno la única, de la considerable herencia neuropática de la familia. Un tío, hermano del padre, murió, tras largos años de llevar una existencia solitaria, con signos que permiten inferir una neurosis obsesiva grave; buen número de los parientes colaterales estuvieron —y están— afectados de perturbaciones neuróticas leves.

Para nuestro paciente, su hermana fue en la niñez —y prescindiendo por ahora de la seducción— una incómoda competidora en el reconocimiento de los padres; sentía como algo muy opresivo la superioridad de ella, mostrada despiadadamente. En particular, le envidió después el respeto que su padre testimoniaba a sus aptitudes y logros intelectuales, mientras que él, inhibido en ese terreno a partir de su neurosis obsesiva, debía conformarse con una mediocre estima. Desde que cumplió los catorce años empezó a mejorar su relación con la hermana; una disposición espiritual semejante y una común oposición a los padres los acercaron tanto que convivieron como los mejores cama-

radas. En el tormentoso estado de excitación sexual de su pubertad, él osó buscar una aproximación física íntima. Y al sufrir un rechazo tan terminante como hábil, se apartó al punto de ella para volverse a una muchachita campesina que servía en la casa y tenía el mismo nombre que la hermana. Con esto consumaba un paso decisivo para su elección de objeto heterosexual, pues todas las muchachas de quienes se enamoró después, a menudo bajo los signos más nítidos de la compulsión, fueron igualmente personas de servicio cuya formación e inteligencia eran por fuerza muy inferiores a las suyas. Si todos esos objetos de amor fueron personas sustitutivas de la hermana que se le denegó, sería irrefutable que una tendencia a degradar a esta, a cancelar la superioridad que tanto lo oprimió antaño, recibía así el poder de decidir su elección de objeto.[3]

La conducta sexual de los seres humanos, como todo lo demás, ha sido subordinada por Alfred Adler a motivos de este tipo, que provienen de la voluntad de poder, la pulsión de autoafirmación del individuo. Sin desconocer la vigencia de tales motivos de poder y privilegio, nunca logré convencerme de que pudieran desempeñar el papel dominante y exclusivo que se les atribuía. Pero de no haber llevado hasta el final el análisis de mi paciente, la observación de este caso habría debido inducirme a corregir en el sentido de Adler ese prejuicio mío. De modo inesperado, la conclusión de este análisis aportó un material nuevo que volvió a demostrar que esos motivos de poder (en nuestro caso, la tendencia a degradar) habían comandado la elección de objeto sólo en el sentido de algo coadyuvante y de una racionalización, en tanto que el determinismo genuino, más profundo, me permitió mantener mis convicciones.[4]

El paciente refirió que al tener noticia de la muerte de su hermana apenas sintió indicio alguno de dolor. Se compelió a dar muestras de duelo, y con toda frialdad pudo alegrarse de que ahora pasaría a ser el único heredero de la fortuna. Cuando ocurrieron estos hechos, hacía ya varios años que se encontraba afectado por su enfermedad reciente. Ahora bien, esa comunicación del paciente me hizo dudar en cuanto a la apreciación diagnóstica del caso durante todo un período. Cabía suponer, es cierto, que el dolor por la pérdida de ese miembro amado de su familia

[3] [Véase un trabajo anterior de Freud, «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912*d*).]

[4] Cf. *infra*, pág. 86. [Para un examen más completo de las concepciones de Adler, véase la parte III de «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (Freud, 1914*d*).]

experimentara, en virtud de los celos todavía eficaces hacia su hermana y la contaminación del enamoramiento incestuoso devenido inconciente, una inhibición para expresarse; pero yo no podía renunciar a un sustituto de ese estallido interceptado de dolor. Por fin se lo halló en otra exteriorización de sentimientos que él nunca había comprendido. Pocos meses después de la muerte de su hermana hizo a su vez un viaje a la comarca donde ella había fallecido, buscó allí la tumba de un gran poeta que era por entonces su ideal y vertió ardientes lágrimas sobre esa tumba. Fue una reacción extraña para él, pues sabía que habían pasado más de dos generaciones desde la muerte del venerado poeta. Sólo la comprendió al recordar que su padre solía comparar las poesías de la hermana muerta con las de ese gran poeta. Y él mismo, por medio de un error que pude sacar a la luz en este punto, me había proporcionado otro indicio para la concepción recta de ese homenaje en apariencia dirigido al poeta. Antes había señalado repetidas veces que su hermana se había pegado un tiro, y luego se vio obligado a rectificar: había tomado veneno. Era el poeta quien había muerto de un tiro en un duelo a pistola.[5]

Vuelvo ahora a la historia del hermano; téngase en cuenta que desde aquí y durante cierto trecho deberé exponerla pragmáticamente. La edad del niño en el momento en que su hermana inició sus acciones de seducción pudo establecerse en los 3¼ años.[6] Ocurrió, como dijimos, la primavera del mismo año en que los padres, al regresar en el otoño, lo hallaron tan radicalmente mudado. Parece atinado relacionar esa mudanza con el despertar, sobrevenido entretanto, de su actividad sexual.

¿Cómo reaccionó el niño ante las seducciones de su hermana mayor? He aquí la respuesta: con desautorización, pero la desautorización se dirigía a la persona, no a la cosa misma. La hermana no le resultaba grata como objeto sexual, probablemente porque su relación con ella ya estaba marcada en sentido hostil por la competencia en torno del amor de los padres. La rehuyó, y también los cortejamientos de ella pronto terminaron. Sin embargo, buscó granjearse en su remplazo a otra persona, más amada, y

5 [Según las propias declaraciones del «Hombre de los Lobos», se refiere a Lermontov.]

6 [En las ediciones anteriores a 1924 decía «de los 3¼ a los 3½ años».]

unas comunicaciones de la propia hermana, quien había invocado el modelo de la ñaña, orientaron su elección hacia esta. Empezó entonces a jugar con su miembro ante la ñaña, lo cual, como en tantos otros casos en que el niño no oculta su onanismo, debe ser concebido como un intento de seducción. La ñaña lo desengañó, le puso cara seria y le declaró que eso no estaba bien. Los niños que hacen eso reciben ahí una «herida».

El efecto de esta comunicación, que equivalía a una amenaza, debe perseguirse en diversas direcciones. Resultó aflojada su dependencia de la ñaña. Bien pudo enojarse con ella; y luego, cuando empezaron sus ataques de furia, mostró que efectivamente sentía encono hacia ella. Sólo que lo característico de él era proteger al comienzo con obstinación, frente a lo nuevo, cada posición libidinal que debía resignar. Cuando apareció en el escenario la gobernanta e insultó a la ñaña, echándola de la sala y queriendo aniquilar su autoridad, él tendió a exagerar su amor por la amenazada y se comportó hacia la gobernanta ofensora {*angreifend*} con rechazo y desafío. Mas a pesar de ello empezó a buscar en secreto otro objeto sexual. La seducción le había dado la meta pasiva de ser tocado en los genitales; luego sabremos con quién quiso conseguirlo y qué caminos lo llevaron a esta elección.

Responde en un todo a nuestras expectativas enterarnos de que con sus primeras excitaciones genitales se inició su investigación sexual y que pronto recaló en el problema de la castración. En esa época pudo observar a dos niñas —su hermana y una amiga de esta— en el acto de orinar. Ya a raíz de esa visión su inteligencia le habría permitido entender las cosas, sólo que se comportó como suelen hacerlo otros niños varones. Desautorizó la idea de que ahí veía corroborada la herida con que amenazaba la ñaña, y se entregó a la explicación de que era la «cola de adelante» de las niñas. El tema de la castración no quedaba despachado con esta decisión {*Entscheidung*}; de todo cuanto escuchaba tomaba nuevas referencias sobre él. Cierta vez que se repartieron entre los niños unos alfeñiques de colores, la gobernanta, muy dada a las fantasías crueles, declaró que eran unos pedacitos de serpientes cortadas. Desde ahí recordó que el padre una vez había encontrado una serpiente durante una excursión y la cortó en pedazos con su bastón. Escuchó leer (de *Maese raposo*) la historia de cómo el lobo quiso pescar peces en invierno usando su rabo como carnada, y entonces el rabo se le partió en el hielo. Se enteró de los diversos nombres con que se designa al caballo según que su sexo

esté o no entero. Por tanto, se ocupaba de pensamientos relativos a la castración, pero todavía no creía en ella, ni lo angustiaba. Otros problemas sexuales le plantearon los cuentos con que se familiarizó por esa época. En «Caperucita Roja» y en «Los siete cabritos» los niños son rescatados del vientre del lobo. ¿Era entonces el lobo un ser femenino, o también varones podían tener niños en el vientre? Esto no se decidió en ese momento todavía. Por otra parte, en la época en que se realizó esta investigación no conoció angustia ninguna frente al lobo.

Una de las comunicaciones del paciente nos allanará el camino para entender la alteración de carácter que le sobrevino durante la ausencia de los padres y en un empalme más distante con la seducción. Refirió que tras el rechazo y la amenaza de la ñaña abandonó muy pronto el onanismo. *Así, la incipiente vida sexual regida por la zona genital sucumbió a una inhibición externa y por el influjo de esta fue arrojada hacia atrás, hasta una fase anterior de organización pregenital.* A consecuencia de la sofocación del onanismo, la vida sexual del niño cobró caracteres sádico-anales. Se volvió irritable, atormentador, se satisfacía de esa manera en animales y seres humanos. Su objeto principal era la amada ñaña, a quien se las ingeniaba para atormentar hasta arrancarle lágrimas. Así se vengaba de ella por el rechazo sufrido y al mismo tiempo satisfacía su concupiscencia sexual en la forma correspondiente a la fase regresiva. Empezó a cometer crueldades en animales pequeños, a coger mariposas para arrancarles las alas, a despedazar escarabajos; en su fantasía gustaba de azotar también a animales grandes, caballos. Eran, pues, unos quehaceres enteramente activos, sádicos; en un contexto posterior nos referiremos a las mociones anales de esa época.

Es muy digno de tenerse en cuenta que en el recuerdo del paciente emergieran también fantasías simultáneas de tipo muy diverso; su contenido: unos muchachos eran castigados y azotados; en particular, les pegaban en el pene;* y es fácil colegir a quién servían estos objetos anónimos como chivo expiatorio, a partir de otras fantasías que pintaban cómo el sucesor del trono era encerrado en una habitación y azotado. El sucesor del trono era sin duda él mismo; por tanto, el sadismo se había vuelto hacia la persona propia en la fantasía, dando un vuelco hacia el masoquismo. El detalle de que precisamente el miembro sexual recibiera el castigo

* {Sobre el uso de los verbos «pegar», «azotar», etc., véase la nota de la traducción castellana *infra*, pág. 177.}

permite deducir que en esa trasmudación ya participaba un sentimiento de culpa referido al onanismo.[7]

En el análisis no quedó ninguna duda de que esas aspiraciones pasivas habían emergido al mismo tiempo que las activo-sádicas o muy poco después.[8] Esto corresponde a la *ambivalencia*[9] inusualmente nítida, intensa y duradera de este enfermo, que se exteriorizó aquí por primera vez en el hecho de que ambos términos del par de pulsiones parciales opuestas alcanzaron una conformación de medida igual. En lo sucesivo, esta conducta siguió siendo tan característica de él como el otro rasgo de que en verdad ninguna de sus posiciones libidinales, una vez establecida, era cancelada por completo por una más tardía. Más bien subsistía junto a las demás permitiéndole una oscilación constante que demostró ser inconciliable con la adquisición de un carácter fijo.

Las aspiraciones masoquistas del niño nos conducen a otro punto cuya mención me reservé porque sólo puede ser certificado mediante el análisis de la siguiente fase de su desarrollo. Ya dije que tras el rechazo de la ñaña su expectativa libidinosa se soltó de ella y miró hacia otra persona como objeto sexual. Esta persona fue el padre, ausente por entonces. A esta elección fue llevado por una conjunción de factores, entre ellos algunos accidentales, como el recuerdo del despedazamiento de la serpiente; pero sobre todo renovó así su primera y más originaria elección de objeto, que, según corresponde al narcisismo del niño pequeño, se había consumado por la vía de la identificación.[10] Dijimos que el padre había sido su admirado modelo, y cuando le preguntaban qué quería ser de grande solía responder: «Un señor como mi padre». Pues bien; este objeto de identificación de su corriente activa pasó a ser el objeto sexual de una corriente pasiva en la fase sádico-anal. Uno tiene la impresión de que la seducción por su hermana lo habría esforzado al papel pasivo dándole una meta sexual pasiva. Bajo el continuado influjo de esta vivencia describe ahora

7 [Sobre las «fantasías de paliza», véase «"Pegan a un niño"» (1919*e*), *infra*, págs. 173 y sigs.]

8 Por aspiraciones pasivas entiendo aquí las de meta sexual pasiva, pero no estoy pensando en una mudanza pulsional, sino sólo en una mudanza de la meta.

9 [Este uso poco común del término «ambivalencia» para referirse a la actividad y la pasividad es comentado por mí en una nota al pie de «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*), *AE*, **14**, pág. 126, *n*. 26.]

10 [En el capítulo VII de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*) se hallará una discusión más amplia de la identificación.]

la trayectoria que va desde la hermana, pasando por la ñaña, hasta el padre —desde la postura {*Einstellung*} pasiva hacia la mujer hasta la misma postura hacia el varón—, con lo cual, empero, no hacía sino hallar el anudamiento con su temprana fase de desarrollo espontáneo. Ahora de nuevo era el padre su objeto, la identificación era relevada por la elección de objeto de acuerdo con el desarrollo más elevado, y la mudanza de la postura activa en pasiva era el resultado y el signo de la seducción sobrevenida en el ínterin. Una postura activa hacia el padre hiperpotente no era desde luego tan fácil de realizar en la fase sádica. Cuando el padre regresó a fines del verano o en el otoño, sus ataques de furia y escenas de rabia hallaron un nuevo empleo. Frente a la ñaña habían servido a fines activo-sádicos; frente al padre perseguían propósitos masoquistas. Mediante la exhibición de su conducta díscola quería obligar al padre a aplicarle correctivos y pegarle, recibiendo así de él la anhelada satisfacción sexual masoquista. Por tanto, sus ataques de gritos eran directamente intentos de seducción. Y en consonancia con la motivación del masoquismo, habría hallado en tales correctivos al mismo tiempo la satisfacción de su sentimiento de culpa. El paciente ha retenido este recuerdo: cómo durante una de esas escenas de conducta díscola redobló sus gritos cuando el padre vino a él. Pero este no le pegó, sino que procuró calmarlo jugando a la pelota frente a él con el almohadón de su camita.

No sé cuán a menudo los padres y educadores tendrán ocasión, frente a la inexplicada conducta díscola de un niño, de recordar esta trabazón típica. El niño que se comporta de manera tan indomeñable está haciendo una confesión y quiere provocar un castigo. Busca en el correctivo al mismo tiempo el apaciguamiento de su conciencia de culpa y la satisfacción de su aspiración sexual masoquista.[11]

Ahora bien; debemos la ulterior aclaración de nuestro caso clínico al recuerdo, emergido con gran nitidez, de que todos los síntomas de angustia sólo se presentaron como signos de la alteración de carácter a partir de cierto suceso. Antes no había existido ninguna angustia, e inmediatamente después del suceso la angustia se exteriorizó en forma martirizadora. El momento temporal de esta mudanza puede indicarse con certeza: fue muy poco antes de cumplir el paciente sus cuatro años. Así, su infancia, de la que nos propusimos ocuparnos, se descompone, merced a este punto

11 [Cf. «Los que delinquen por conciencia de culpa», tercera sección del ensayo de Freud «Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico» (1916*d*), *AE*, **14**, págs. 338 y sigs.]

de apoyo, en dos fases: una primera de conducta díscola y perversidad, desde la seducción a los 3¼ años hasta los cuatro años, y una subsiguiente más prolongada, en la que predominan los signos de la neurosis. Ahora bien, el suceso que permite esta separación no fue un trauma externo, sino un sueño del que despertó con angustia.

IV. El sueño y la escena primordial

Ya en otro lugar he publicado este sueño por su riqueza en materiales tomados de los cuentos tradicionales,[1] y repetiré primero lo comunicado allí:

«"*He soñado que es de noche y estoy en mi cama. (Mi cama tenía los pies hacia la ventana, frente a la ventana había una hilera de viejos nogales. Sé que era invierno cuando soñé, y de noche.) De repente, la ventana se abre sola y veo con gran terror que sobre el nogal grande frente a la ventana están sentados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete. Los lobos eran totalmente blancos y parecían más bien como unos zorros o perros ovejeros, pues tenían grandes rabos como zorros y sus orejas tiesas como de perros al acecho. Presa de gran angustia, evidentemente de ser devorado por los lobos, rompo a gritar* y despierto. Mi aya se precipita a mi cama para averiguar qué me había ocurrido. Pasó largo rato hasta convencerme de que sólo había sido un sueño, tan natural y nítida se me había aparecido la imagen de cómo la ventana se abre y los lobos están sentados sobre el árbol. Por fin me tranquilicé, me sentí como librado de un peligro y torné a dormirme.

»"En el sueño, la única acción fue el abrirse la ventana, pues los lobos estaban sentados totalmente tranquilos y sin hacer movimiento alguno sobre las ramas del árbol, a derecha e izquierda del tronco, y me miraban. Parecía como si hubieran dirigido a mí toda su atención. — Creo que este fue mi primer sueño de angustia. Tenía tres, cuatro, a lo sumo cinco años. Desde entonces, y hasta los once o doce años, siempre tuve angustia de ver algo terrible en sueños".

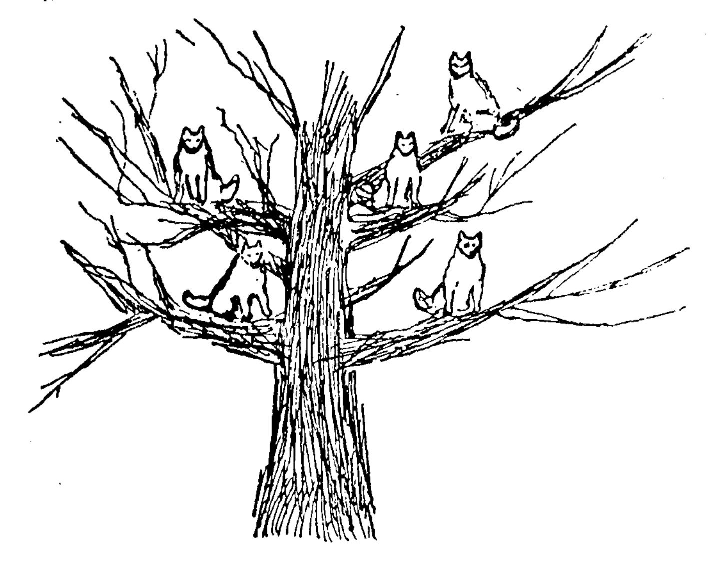
»Además, realizó un dibujo del árbol con los lobos, confirmatorio de su descripción [figura 1]. El análisis del sueño trae a la luz el siguiente material.

»El siempre puso este sueño en relación con el recuerdo de que en esos años de su infancia mostraba una angustia intensísima ante la imagen de un lobo figurada en un libro

[1] Cf. «Materiales del cuento tradicional en los sueños» (1913*d*).

de cuentos tradicionales. Su hermana mayor, que le aventajaba en mucho, solía embromarlo poniéndolo bajo cualquier pretexto ante esa imagen, tras lo cual empezaba a gritar despavorido. La imagen mostraba al lobo erguido en posición vertical, avanzando con una de sus patas traseras, las zarpas extendidas y las orejas tiesas. Cree haber conocido esta imagen como ilustración del cuento "Caperucita Roja".

Figura 1.



»¿Por qué son blancos los lobos? Esto lo lleva a pensar en las ovejas, de las que había grandes majadas en las proximidades de la finca. En ocasiones el padre lo llevaba a inspeccionar esas majadas y él siempre quedaba muy orgulloso y contento. Luego —según averiguaciones practicadas, es posible que fuera poco antes de este sueño— estalló una peste entre esas ovejas. El padre llamó a un discípulo de Pasteur que inoculó a los animales, pero tras la vacunación morían en cantidades aún mayores.

»¿Cómo llegan los lobos a subirse al árbol? Sobre esto se le ocurre una historia que escuchó contar al abuelo. No puede recordar si fue antes o después del sueño, pero su contenido aboga terminantemente en favor de lo primero. He aquí la historia: Un sastre está sentado en su cuarto dedicado a su labor; de pronto la ventana se abre y salta dentro un lobo. El sastre le pega siguiéndolo con la vara... no —se corrige el paciente—; lo toma por el rabo y se lo

arranca, de modo que el lobo sale corriendo aterrorizado. Tiempo después el sastre se interna en el bosque y de repente ve acercarse una manada de lobos, de los que se refugia subiéndose a un árbol. Al comienzo los lobos se desconciertan, pero el mutilado, que está entre ellos y quiere vengarse del sastre, propone que se monten uno sobre otro hasta que el último alcance al sastre. El mismo —es un lobo viejo y vigoroso— quiere formar la base de esta pirámide. Así lo hacen los lobos, pero el sastre a todo esto ha reconocido a su castigado visitante y exclama de pronto como aquella vez: "¡Toma al viejo {*Grau*} por el rabo!". El lobo rabón se aterra con este recuerdo, sale disparando y los otros caen dando tumbos.

»En este relato aparece el árbol sobre el cual están sentados los lobos en el sueño. Pero contiene también un anudamiento inequívoco al complejo de castración. El lobo *viejo* fue privado de su rabo por el sastre. Los rabos de zorro de los lobos en el sueño son, entonces, compensaciones de esta falta de rabo.

»¿Por qué hay seis o siete lobos? Esta pregunta parecía no tener respuesta hasta que puse en duda que su imagen angustiante pudiera en verdad ilustrar el cuento de Caperucita Roja. Este sólo da ocasión a dos ilustraciones: el encuentro de Caperucita con el lobo en el bosque y la escena en que el lobo está en la cama con la cofia de la abuelita. Por tanto, tenía que esconderse otro cuento tras el recuerdo de la imagen. El mismo descubrió enseguida que sólo podía tratarse de la historia "El lobo y los siete cabritos". En esta se encuentra el número siete, pero también el seis, pues el lobo se come sólo a seis cabritos (el séptimo se había escondido en la caja del reloj). También el color blanco aparece en esta historia, pues el lobo se hace enharinar la pata en casa del panadero después que en su primera visita los cabritos lo reconocieron por la pata gris {*grau*}. Por lo demás, los dos cuentos tienen mucho en común. En ambos se encuentra el devorar, el abrir la panza, el sacar afuera a las personas devoradas, su sustitución por pesadas piedras, y por último, en ambos muere el lobo malo. En el cuento de los cabritos aparece, además, el árbol. El lobo, tras el banquete, se echa bajo un árbol y ronca {*schnarchen*}.

»A raíz de una circunstancia particular, deberé volver a ocuparme en otro lugar de este sueño, e interpretarlo y apreciarlo a fondo entonces. Es que se trata de un primer sueño de angustia recordado de la infancia, cuyo contenido, entramado con otros sueños que le siguieron pronto, así como con ciertos episodios de la infancia del soñante, despierta

un interés de índole muy especial. Aquí nos circunscribimos al nexo del sueño con dos cuentos tradicionales que tienen mucho en común: "Caperucita Roja" y "El lobo y los siete cabritos". La impresión que estos cuentos tradicionales produjeron en este niño soñante se exterioriza en una auténtica zoofobia que, respecto de otros casos parecidos, se singulariza por el hecho de que el animal angustiante no es un objeto fácilmente accesible a la percepción (como el caballo o el perro), sino que sólo se tiene noticia de él por un relato y un libro ilustrado.

»En otra ocasión expondré la explicación de estas zoofobias y la intencionalidad a que responden. Sólo anotaré, anticipándome, que esa explicación armoniza muy bien con el carácter principal que la neurosis de nuestro soñante permite discernir en épocas más tardías de su vida. La angustia frente al padre había sido la más intensa fuerza motora {*Motiv*} para la contracción de su enfermedad, y la actitud ambivalente frente a cada sustituto del padre gobernaba su vida así como su conducta en el tratamiento.

»Si en mi paciente el lobo no fue más que el primer sustituto del padre, cabe preguntarse si el contenido secreto de los cuentos sobre el lobo que devora a los cabritos, y el de Caperucita Roja, es otro que la angustia infantil ante el padre.[2] Por otra parte, el padre de mi paciente tenía la peculiaridad de reprenderlo con el "*regaño tierno*" que tantas personas muestran en el trato con sus hijos, y en los primeros años, cuando ese padre, más tarde severo, solía jugar con su hijito y mimarlo, bien pudo pronunciar más de una vez la amenaza en broma: "Te como". Una de mis pacientes me refiere que sus dos hijos no podían encariñarse con el abuelo porque este, en sus juegos tiernos, solía asustarlos con que les abriría la panza».

Ahora dejemos de lado todo cuanto se adelantaba en ese ensayo sobre la valoración del sueño y pasemos a su interpretación más inmediata. Quiero puntualizar que obtenerla fue una tarea cuya solución abarcó varios años. El paciente había comunicado su sueño muy al comienzo, y enseguida aceptó mi convencimiento de que tras él se escondía la causación de su neurosis infantil. En el tratamiento volvimos muchas veces sobre ese sueño, pero sólo en los últimos meses de la cura se logró comprenderlo del todo, y por cierto

[2] «Véase la semejanza, destacada por O. Rank (1912*a*), entre estos dos cuentos tradicionales y el mito de Cronos».

merced al trabajo espontáneo del paciente. Siempre había destacado que dos aspectos del sueño le provocaron la máxima impresión: en primer lugar, el total reposo e inmovilidad de los lobos, y segundo, la tensa atención con que todos ellos lo miraban. También le parecía digno de notarse el duradero sentimiento de realidad efectiva en que desembocó el sueño.

Anudaremos nuestras consideraciones a esto último. Por nuestras experiencias en la interpretación de sueños sabemos que ese sentimiento de realidad posee una determinada intencionalidad. Nos asegura que dentro del material latente del sueño hay algo que reclama realidad efectiva en el recuerdo, vale decir, que el sueño se refiere a un episodio ocurrido de hecho y no meramente fantaseado.[3] Desde luego, sólo puede tratarse de la realidad efectiva de algo ignorado {*Unbekannt*}; por ejemplo, la convicción de que el abuelo había contado efectivamente la historia del sastre y el lobo, o de que efectivamente le habían leído en voz alta los cuentos de Caperucita Roja y de los siete cabritos, nunca podría haberse sustituido por ese sentimiento de efectiva realidad que sobrevivió al sueño. Este parece apuntar en su sentido {*hindeuten*} a un episodio cuya realidad objetiva es destacada justamente por la oposición de la irrealidad de los cuentos tradicionales.

Si cabía suponer tras el contenido del sueño una escena ignorada, o sea, ya olvidada en el momento en que se lo soñó, por fuerza tenía que haber ocurrido a edad muy temprana. En efecto, el soñante dice: «Tenía entonces tres, cuatro, a lo sumo cinco años». Podemos agregar: «Y por el sueño me acordé de algo que por fuerza perteneció a una época todavía más temprana».

Tenía que llevarnos hasta el contenido de esta escena lo que el soñante destaca en el contenido manifiesto del sueño, a saber, los aspectos del mirar atento y de la inmovilidad. Desde luego, esperamos que ese material devuelva dentro de alguna desfiguración el material ignorado de la escena; quizá dentro de la desfiguración por la relación de oposición.

De la materia prima obtenida en el primer análisis con el paciente podían extraerse ya varias conclusiones que era preciso insertar en la trama buscada. Tras la mención de la cría de ovejas debían buscarse las pruebas de su investigación sexual, cuyos intereses pudo satisfacer en sus visitas con el padre, pero sin duda estaban ahí presentes también unas indicaciones de angustia de muerte, pues la mayoría

[3] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 377.]

dimentar el convencimiento en la existencia de la castración. Entonces, fue la angustia de castración el motor de la mudanza de afecto.

En este punto me veo precisado a dejar de apuntalarme en la trayectoria del análisis. Temo que sea también el lugar en que me abandone el crédito de los lectores.

Lo que esa noche se activó del caos de las huellas de impresiones inconcientes fue la imagen de un coito entre los padres bajo circunstancias no del todo habituales y particularmente favorables a la observación. Poco a poco se consiguieron respuestas satisfactorias para todas las preguntas que pudieron anudarse a esa escena, a medida que en el circuito de la cura aquel primer sueño se iba repitiendo en innumerables variantes y reediciones, a las que el análisis aportaba los esclarecimientos deseados. Así, primero se estableció la edad del niño en el momento de la observación más o menos en 1½ año.[5] Por entonces padeció de una malaria cuyos ataques se repetían diariamente a determinadas horas.[6] A partir de su décimo año estuvo sometido a depresiones temporarias que empezaban después de mediodía y culminaban hacia las cinco de la tarde. Este síntoma persistía aún en la época del tratamiento analítico. La depresión recurrente sustituía al ataque de fiebre o fatiga de entonces; las cinco de la tarde fue o el momento de máxima fiebre o el de la observación del coito, a menos que ambos coincidiesen.[7] Es probable que justamente a raíz de esta enfermedad él se encontrara en el dormitorio de los padres. La contracción de este mal, certificada también por tradición directa, nos sugiere situar el hecho en el verano* y suponer entonces para nuestro paciente, nacido el día de Navidad, una edad de $n + 1½$ años.[8] Dormía, pues, en su camita en la habitación de sus padres cuando despertó, tal vez a con-

[5] Junto a esa fecha se consideró la edad de ½ año, mucho menos probable y en verdad apenas sostenible.

[6] Véanse las posteriores trasformaciones que experimentó este factor en la neurosis obsesiva. En los sueños sobrevenidos en el curso de la cura, sustitución por un viento fuerte. [*Agregado* en 1924:] («*Aria*» = «aire».)

[7] Relaciónese con ello el hecho de que el paciente sólo dibujó *cinco* lobos para su sueño, aunque el texto habla de seis o siete.

* {La malaria es una enfermedad propia de la época estival en las zonas de clima templado.}

[8] [Quizá sería más clara la fórmula «$n + ½$ años». Debido al intervalo de 6 meses trascurrido entre el nacimiento del paciente y el verano, su edad en el momento del episodio traumático tenía que ser 0 año + 6 meses, o 1 año + 6 meses, o 2 años + 6 meses, etc. No obstante, la edad de «0 + ½ año» queda excluida por lo dicho en la nota 5.]

secuencia de un aumento de la fiebre, pasado el mediodía, quizás hacia las cinco de la tarde, la hora señalada luego para la depresión. Armoniza con la hipótesis de un caluroso día de verano que los padres desvestidos a medias [9] se hubieran retirado para dormir la siesta. Al despertar fue testigo de un *coitus a tergo* repetido tres veces,[10] pudo ver los genitales de la madre así como el miembro del padre y comprendió el hecho así como su significado.[11] Por último, perturbó el comercio entre los padres de una manera a que luego nos referiremos [pág. 74].

En el fondo esto no tiene nada de extraordinario; no impresiona como el producto de una desaforada fantasía que una pareja joven, casada hacía pocos años, iniciara tras la siesta de un caluroso día de verano un tierno comercio, olvidando la presencia del niñito de 1½ año que dormía en su camita. Opino que sería algo enteramente trivial, cotidiano, y en nada puede modificar este juicio la posición descubierta en el coito. Sobre todo porque del material probatorio *no* surge que las tres veces se hubiera consumado desde atrás. Una sola vez habría bastado para procurar al espectador la oportunidad de hacer observaciones que otras posiciones de los amantes habrían dificultado o excluido. Por tanto, el contenido mismo de esta escena no puede constituir un argumento contra su credibilidad. El reparo de improbabilidad habrá de dirigirse a otros tres puntos: el primero, que un niño a la tierna edad de 1½ año sea capaz de recoger la percepción de un proceso tan complicado y conservarlo de manera tan fiel en su inconciente; el segundo, que a los 4 años sea posible elaborar con posterioridad {*nachträglich*}, hasta llegar a entenderlas, esas impresiones así recibidas, y, por último, que mediante algún procedimiento pueda lograrse hacer conciente, de una manera coherente y convincente, una escena vivenciada y comprendida en tales circunstancias.[12]

[9] Con ropa interior blanca: los lobos *blancos*.

[10] ¿De dónde vienen las tres veces? En cierta oportunidad sostuvo repentinamente que yo había pesquisado ese detalle por interpretación. No era así. Se trató de una ocurrencia espontánea, sustraída de toda crítica ulterior, que él me atribuyó como era su costumbre, volviéndola digna de crédito mediante esa proyección.

[11] Opino que lo comprendió en la época del sueño, a los 4 años, no en la de la observación. Cuando contaba 1½ año recibió las impresiones cuya comprensión con efecto retardado {*nachträglich*} le fue posibilitada luego, en la época del sueño, por su desarrollo, su excitación sexual y su investigación sexual.

[12] No cabe desembarazarse de la primera de estas dificultades mediante el supuesto de que en la época de la observación el niño probablemente fuera un año mayor, vale decir, tuviera 2½ años,

Más adelante someteré a cuidadoso examen estos y otros reparos; aseguro al lector que mi actitud frente a la hipótesis de semejante observación del niño no es menos crítica que la suya, y le pido que se resuelva conmigo a prestar una creencia *provisional* en la realidad de esa escena. Primero continuaremos el estudio de los vínculos de esta «*escena primordial*» [13] con el sueño, con los síntomas y con la biografía del paciente. Perseguiremos por separado los efectos que partieron del contenido esencial de la escena y de una de sus impresiones visuales.

Por esto último me refiero a las posiciones que él vio adoptar a los padres: la erguida del hombre y la agachada, al modo de los animales, de la mujer. Ya dije [págs. 29-30] que en la época de su angustia la hermana solía aterrorizarlo con la imagen de un libro de cuentos en que se figuraba al lobo erguido en posición vertical, adelantando una de sus patas traseras, las zarpas extendidas y las orejas tiesas. En el curso de la cura el enfermo no descansó en la pesquisa de tiendas de anticuarios hasta reencontrar el libro de cuentos ilustrados de su infancia, y reconoció su imagen terrorífica en una ilustración a la historia de «El lobo y los siete cabritos». Opinó que la posición del lobo en esa imagen habría podido recordarle a la del padre durante la escena primordial construida. Comoquiera que fuese, esta imagen se convirtió en el punto de partida de ulteriores efectos angustiantes. Cierta vez que en su séptimo u octavo año le anunciaron que al día siguiente tendría un nuevo maestro, por la noche lo soñó como un león que se acercaba rugiendo a su cama en la posición que tenía el lobo en aquella imagen, y de nuevo despertó con angustia. Para entonces ya había superado la fobia al lobo, y por eso estaba en libertad de elegirse un nuevo animal angustiante; además, en este sueño tardío reconoció al maestro como un sustituto del padre. En los años posteriores de su infancia, cada uno de sus maes-

edad a la cual quizá ya poseyera plena capacidad lingüística. En el caso de mi paciente, todas las circunstancias colaterales excluían prácticamente ese desplazamiento de fechas. Por otra parte, téngase en cuenta que en el análisis no es raro en absoluto el descubrimiento de tales escenas de coito entre los padres. Ahora bien, su condición es, justamente, que correspondan a la más temprana infancia. Mientras más edad tenga el niño, más cuidado pondrán los padres —dentro de cierto nivel social— en no ofrecerle la oportunidad de realizar esa observación.

13 [«*Urszene*». Parece ser esta la primera vez que Freud usó el término en una publicación, aunque ya lo había empleado, en un sentido casi idéntico, en su carta a Fliess del 2 de mayo de 1897 (Freud, 1950*a*, Carta 61), *AE*, **1**, pág. 289.]

tros desempeñó idéntico papel paterno y para bien o para mal fue dotado con el influjo del padre.

En su época de estudiante secundario, el destino le deparó una rara ocasión para refrescar su fobia al lobo y para convertir en punto de partida de graves inhibiciones la relación que estaba en su base. El maestro que tenía a su cargo las lecciones de latín se llamaba *Wolf* {lobo}. Desde el comienzo lo amedrentó; una vez se atrajo una grave reprimenda de su parte porque en una traducción del latín había cometido un error tonto, y a partir de entonces no pudo librarse de una angustia paralizante frente a ese maestro, que pronto se trasfirió a otros. Ahora bien, la oportunidad en que dio ese traspié en la traducción no dejaba de tener su sentido. Debía traducir la palabra latina «*filius*» y lo hizo por la francesa «*fils*» en vez de usar la correspondiente de su lengua materna. Es que el lobo seguía siendo el padre.[14]

El primero de los «síntomas pasajeros» [15] que el paciente produjo en el tratamiento se remontaba también a la fobia al lobo y al cuento de los siete cabritos. En la sala donde se desarrollaron las primeras sesiones había un gran reloj de pared frente al paciente, quien permanecía tendido sobre un diván de espaldas a mí. Me llamó la atención que de tiempo en tiempo se volviera hacia mí, mirándome de manera muy amistosa, como sosegándose, y acto seguido dirigiera su mirada al reloj. Pensé entonces que era un signo de su anhelo de que terminara la sesión. Mucho más tarde el paciente me recordó ese juego de ademanes y me proporcionó su explicación acordándose de que el menor de los siete cabritos había hallado un escondrijo en la caja del reloj de pared, mientras sus seis hermanitos eran comidos por el lobo. He aquí, pues, lo que en esa época quería decirme: «Sé bueno conmigo. ¿Debo tenerte miedo? ¿Quieres comerme? ¿Debo esconderme de ti en la caja del reloj de pared como el menor de los cabritos?».

El lobo al que tenía miedo era sin duda el padre, pero la

14 Tras esta reprimenda del maestro-lobo, se enteró de que la opinión general de sus condiscípulos era que el maestro, para apaciguarse, esperaba de él... dinero. Volveremos sobre esto [págs. 67 y sigs.]. — Imagino qué alivio significaría para la explicación racionalista de una historia infantil como esta que se pudiera suponer que toda la angustia ante el lobo partió en realidad del profesor de latín del mismo nombre, fue proyectada hacia la infancia y, apuntalándose en la ilustración del cuento, causó la fantasía de la escena primordial. Sólo que esto es insostenible; la prioridad temporal de la fobia al lobo y su ubicación en los años de infancia pasados en la primera finca está abonada por demasiadas pruebas. ¿Y el sueño a los 4 años?

15 Ferenczi (1912*a*).

angustia ante el lobo estaba ligada a la condición de la posición erguida. Su recuerdo aseveraba con gran exactitud que no le habían aterrorizado imágenes del lobo andando sobre sus cuatro patas o, como en el cuento de Caperucita Roja, acostado en la cama. No menos significatividad se atrajo la posición que, según nuestra construcción de la escena primordial, había visto adoptar a la mujer; pero esa significatividad permaneció limitada al campo sexual. El fenómeno más llamativo de su vida amorosa tras llegar a la madurez eran ataques de un enamoramiento sensual compulsivo que emergían en enigmática secuencia y volvían a desaparecer, desencadenaban en él una gigantesca energía aun en épocas en que se encontraba inhibido en los demás terrenos, y se sustraían por entero a su gobierno. A causa de unos notables nexos, debo posponer todavía la apreciación plena de estos amores compulsivos [cf. págs. 84 y sigs.], pero puedo señalar aquí que estaban atados a una determinada condición, oculta para su conciencia, que sólo en la cura pudo discernirse. La mujer tenía que haber adoptado la posición que atribuimos a la madre en la escena primordial. A partir de la pubertad sintió como el mayor encanto de la mujer grandes y llamativas nalgas; otro coito que no fuera desde atrás apenas le deparaba goce. Por cierto que el juicio crítico tiene derecho a objetar aquí que tal predilección sexual por las partes posteriores del cuerpo es un rasgo universal de las personas inclinadas hacia la neurosis obsesiva y no justifica que se la derive de una particular impresión recibida en la infancia. Pertenece a la ensambladura de la propensión anal-erótica y se cuenta entre los rasgos arcaicos que singularizan a esta constitución. Es lícito concebir el acoplamiento desde atrás —*more ferarum*— como la forma filogenéticamente más antigua. También sobre este punto volveremos en un examen posterior, cuando hayamos completado el material relativo a su condición inconciente de amor. [Cf. págs. 54 y 85.]

Sigamos ahora elucidando los vínculos entre sueño y escena primordial. Según las expectativas que hemos concebido hasta aquí, el sueño estaba destinado a exhibir ante el niño, que se regocijaba del cumplimiento de sus deseos navideños, la imagen de la satisfacción sexual por el padre según la había visto en aquella escena primordial, y como arquetipo de la satisfacción que él mismo anhelaba del padre. Ahora bien, en vez de esta imagen emerge el material de la historia que su abuelo le había contado poco antes: el árbol, los lobos, la falta de rabo (en forma de sobrecompensación en las colas frondosas de los supuestos lobos). Aquí nos falta un nexo,

un puente asociativo que lleve desde el contenido de la historia primordial hasta el de la historia del lobo. De nuevo, esa conexión es dada por la postura, y sólo por ella. En el relato del abuelo, el lobo rabón pide a los otros que *monten sobre él*. Mediante este detalle despertó el recuerdo de la imagen de la escena primordial, y por este camino el material de esta última pudo ser subrogado por el de la historia del lobo, al par que el número de dos de los padres era sustituido convenientemente por la multiplicidad de los lobos. El contenido del sueño experimentó un nuevo cambio cuando el material de la historia del lobo se adecuó al contenido del cuento de los siete cabritos, tomando prestado de este el número siete.[16]

La migración del material (escena primordial–historia del lobo–cuento de los siete cabritos) es el reflejo del progreso del pensamiento en el curso de la formación del sueño: añoranza de satisfacción sexual por el padre–intelección de que ella está condicionada a la castración–angustia ante el padre. Opino que sólo ahora ha quedado esclarecido en todas sus partes el sueño de angustia de este niño de cuatro años.[17]

16 En el sueño se dice 6 o 7. Seis es el número de los niños devorados; el séptimo se salvó escondiéndose en la caja del reloj. Sigue siendo ley rigurosa de la interpretación del sueño que todo detalle encuentre su esclarecimiento.

17 Ahora que hemos logrado la síntesis de este sueño, intentaré una exposición panorámica de los vínculos entre su contenido manifiesto y los pensamientos oníricos latentes. [Véase la síntesis del primer sueño de «Dora» (1905*e*), *AE*, 7, págs. 77 y sigs.]

Es de noche y estoy en mi cama. Lo segundo es el comienzo de la reproducción de la escena primordial. «Es de noche» es desfiguración de «Yo había dormido». La observación «Sé que era invierno cuando soñé, y de noche» se refiere al recuerdo del sueño, no pertenece a su contenido. Es correcta: era una de las noches anteriores a su cumpleaños (o sea, al día de Navidad).

De repente, la ventana se abre sola. Cabe traducirlo: «De repente me despierto solo», recuerdo de la escena primordial. La historia del lobo que saltaba adentro por la ventana hace valer su influjo modificatorio y muda la expresión directa en una figural. Al mismo tiempo, la introducción de la ventana sirve para colocar en el presente lo que resta del contenido del sueño. La víspera de Navidad las puertas se abren de repente y uno ve frente a sí el árbol con los regalos. Aquí se hace valer entonces el influjo de la espera actual de la Navidad, que también incluye a la satisfacción sexual.

El nogal grande. Subrogador del árbol de Navidad, vale decir, actual: además, el árbol de la historia del lobo, en que se refugia el sastre perseguido y bajo el cual los lobos lo acechan. El árbol alto es también —de esto he podido convencerme a menudo— un símbolo de la observación, del voyeurismo. Si uno se sienta sobre el árbol puede ver todo lo que pasa abajo, y no es visto a su vez. Recuérdese la conocida historia de Boccaccio y anécdotas parecidas.

Los lobos. Su número: *seis o siete*. En la historia del lobo se trata

Luego de todo lo dicho hasta aquí, puedo abreviar la exposición del efecto patógeno de la escena primordial y de la alteración que provocó en el desarrollo sexual del paciente el ulterior despertar de esa escena. Seguiremos sólo aquel efecto que el sueño expresa. Más adelante se nos volverá claro que de la escena primordial no partió una única corriente sexual, sino toda una serie de ellas, directamente una fragmentación de la libido. Además, se nos evidenciará que la activación de esa escena (adrede evito el término «recuerdo») tiene el mismo efecto que si ella fuera una vivencia reciente. La escena produce efectos con posterioridad {*nachträglich*} y nada ha perdido de su frescura entretanto, en el intervalo de 1 ½ a 4 años. Acaso en lo que sigue hallaremos todavía un punto de apoyo para pensar que ya había producido determinados efectos en la época de su percepción, o sea a partir del año y medio.

de una manada sin indicación de número. La precisión de este último muestra la influencia del cuento de los siete cabritos, de los que seis fueron comidos. La sustitución del número de dos por una multitud, lo cual sería absurdo en la escena primordial, es bienvenida —por la resistencia— como un medio de desfiguración. En el dibujo agregado al sueño, el soñante dio expresión al número 5, probablemente destinado a corregir la indicación «Es de noche».

Están sentados sobre el árbol. En primer lugar sustituyen a los regalos de Navidad pendientes del árbol; pero también están situados sobre el árbol porque eso puede significar que miran. En la historia del abuelo estaban agazapados abajo, alrededor del árbol. Por tanto, en el sueño se ha invertido su relación con el árbol, de lo cual cabe inferir que en el contenido del sueño se produjeron todavía otras inversiones del material latente.

Lo miraban con tensa atención. Este rasgo ha llegado al sueño enteramente desde la escena primordial, a expensas de un total trastorno.

Son totalmente blancos. Este rasgo en sí inesencial, destacado con fuerza en el relato del soñante, debe su intensidad a una vasta fusión de elementos provenientes de todos los estratos del material, y reúne además un detalle accesorio de las otras fuentes oníricas con un fragmento más significativo de la escena primordial. Este último determinismo procede sin duda de la ropa interior y las sábanas blancas de los padres; además, de la blancura de las majadas, de los perros ovejeros, como alusión a sus investigaciones sexuales en animales, y de lo blanco en el cuento de los siete cabritos, en que la madre es reconocida por su pata blanca. Luego entenderemos también la ropa blanca como alusión a la muerte. [De hecho, en lo que sigue no parece haber una referencia clara a este punto. Acaso haya una relación con el episodio de la mortaja (pág. 90).]

Estaban ahí sentados, inmóviles. Con esto es contradicho el contenido más llamativo de la escena observada: la movilidad, que, por la posición a que lleva, establece la conexión entre escena primordial e historia del lobo.

Tienen rabos como zorros. Está destinado a contradecir un resultado que se obtuvo por la repercusión de la escena primordial sobre la

Cuando el paciente profundizó en la situación de la escena primordial sacó a la luz las siguientes autopercepciones: Antes ha supuesto que el proceso observado era un acto violento,[18] sólo que no armonizaba con ello el rostro de contento que vio poner a la madre; debió reconocer que se trata de una satisfacción.[19] Lo esencialmente nuevo que le aportó la observación del comercio sexual entre los padres fue el convencimiento de la efectiva realidad de la castración, cuya posibilidad ya antes había ocupado su pensamiento. (La visión de las dos niñas orinando, la amenaza de la ñaña, la interpretación de la gobernanta sobre los alfeñiques, el recuerdo de que

historia del lobo y que ha de reconocerse como la conclusión más importante de la investigación sexual: «Por consiguiente, existe de hecho una castración». El terror con que es recibido este resultado del pensamiento se abre paso por fin en el sueño y le pone término.

La angustia de ser devorado por los lobos. Al soñante le pareció no motivada por el contenido del sueño. Dijo: «No habría debido sentir miedo, pues los lobos tenían más bien el aspecto de zorros o perros; tampoco se abalanzaban sobre mí como para morderme, sino que estaban muy tranquilos y no parecían temibles». Discernimos que el trabajo onírico se empeñó durante un lapso en volver inocuos los contenidos penosos mediante su mudanza en lo contrario. («Ellos no se mueven, tienen hermosísimos rabos».) Hasta que por último este recurso fracasa y estalla la angustia. Ella encuentra su expresión con auxilio del cuento en que los cabritos-hijos son devorados por el lobo-padre. Es posible que este contenido del cuento trajese a la memoria, a su vez, amenazas en broma del padre en sus juegos con el hijo, de suerte que la angustia de ser devorado por el lobo bien podría ser a la vez una reminiscencia y un sustituto por desplazamiento.

Las fuerzas motrices de deseo de este sueño son palmarias; a los deseos diurnos superficiales de que ojalá llegue ya la noche de Navidad con sus regalos (sueño de impaciencia) se asocia el deseo más profundo, permanente por esa época, de ser satisfecho sexualmente por el padre, deseo que al comienzo es sustituido por el de volver a ver lo que aquella vez resultó tan cautivante. Luego el proceso psíquico describe esta trayectoria: desde el cumplimiento de ese deseo en la escena primordial convocada, hasta la desautorización del deseo, que ahora se ha vuelto inevitable, y la represión.

El empeño de ofrecer al lector algún equivalente de la fuerza probatoria de un análisis que él mismo pudiera realizar me ha obligado a esta extensa y prolija exposición; acaso ella lo disuada también de pedir la publicación de casos cuyo análisis se haya extendido durante varios años.

18 [Véase al respecto el trabajo de Freud «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908*c*), *AE*, **9**, págs. 196-7.]

19 Acaso sólo daríamos razón de los enunciados del paciente suponiendo que el objeto de su observación fue primero un coito en posición normal, que debió despertarle la impresión de un acto sádico. Sólo después de esto se mudó la postura, de suerte que tuvo oportunidad de hacer otras observaciones y juicios. Sin embargo, esta hipótesis no fue certificada, y tampoco me parece indispensable. A lo largo de la exposición resumida del texto no perdamos de vista la situación real, a saber: que el analizado expresaba, a la edad de 25 años, unas impresiones y mociones de su cuarto año de vida con palabras que en

el padre había partido en pedazos una serpiente.) En efecto, ahora veía con sus propios ojos la herida de que había hablado la ñaña, y comprendía que su presencia era una condición para el comercio sexual con el padre. Ya no podía confundirla con la «cola», como en la observación de las niñitas.[20]

El desenlace del sueño fue una angustia de la que no se calmó hasta no tener junto a sí a su ñaña. Se refugió pues en ella, huyendo del padre. La angustia fue una desautorización {*Ablehnung*} del deseo de satisfacción sexual por el padre, aspiración esta última que le había sido instilada por el sueño. Su expresión, «ser comido por el lobo», no era más que una trasposición —regresiva, como luego veremos— del deseo de ser poseído sexualmente por el padre, vale decir, de ser satisfecho del mismo modo que la madre. Su última meta sexual, la actitud pasiva hacia el padre, había sucumbido a una represión {esfuerzo de desalojo}, remplazándola la angustia ante el padre en la forma de la fobia al lobo.

¿Y la fuerza pulsionante de esa represión? De acuerdo con toda la situación, no pudo ser sino la libido narcisista genital que, como cuidado por su miembro viril, se revolvió contra una satisfacción que parecía condicionada por la renuncia a

esa época no habría hallado. Si se descuida esta puntualización, fácilmente se hallará cómico e increíble que un niño de cuatro años pudiera ser capaz de tales juicios expertos y sabios pensamientos. Este es, simplemente, un segundo caso de *posterioridad* {*Nachträglichkeit*, «efecto retardado»}. Cuando tiene 1 ½ año el niño recibe una impresión frente a la cual no puede reaccionar suficientemente; sólo la comprende y es capturado por ella cuando es reanimada a los cuatro años, y sólo dos decenios después, en el análisis, puede asir con una actividad de pensamiento conciente lo que ocurrió entonces dentro de él. El analizado prescinde, pues, con razón de las tres fases temporales e introduce su yo presente en la situación del lejano pasado. Y lo seguimos en eso, ya que si una observación de sí y una interpretación son correctas, el efecto tiene que resultar como si uno pudiera desdeñar la distancia entre la segunda y la tercera fase temporal. Por lo demás, no tenemos ningún otro medio de describir los procesos de la segunda fase. [Esta teoría del «efecto retardado» ya había sido propuesta por Freud en *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, págs. 175 y sigs., al examinar lo que denominó en esa oportunidad «histeria de retención». También dio una descripción muy detallada de este efecto en la histeria en su «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, págs. 403 y 406. Pero en esas exposiciones primitivas los efectos de la escena primordial eran diferidos al menos hasta la pubertad, y en ningún momento se suponía en ellas que la propia escena primordial podía presentarse en una edad tan temprana como en el presente caso.]

[20] Más adelante, cuando estudiemos su erotismo anal [págs. 72 y sigs.], veremos de qué manera se las arregló luego con esta parte del problema.

ese miembro. Del narcisismo amenazado tomó él la masculinidad con la que se defendió de la actitud pasiva hacia el padre.

Ahora caemos en la cuenta de que en este punto de la exposición tenemos que cambiar nuestra terminología. En el curso del sueño había alcanzado una nueva fase de su organización sexual. Hasta ese momento los opuestos sexuales eran para él *activo* y *pasivo*. Desde la seducción, su meta sexual era pasiva: ser tocado en los genitales; luego se tornó, por regresión al estadio anterior de la organización sádico-anal, en la meta masoquista de recibir un correctivo, de ser castigado. Le era indiferente que esa meta se alcanzase en el varón o en la mujer. Sin miramiento alguno por la diferencia de sexo había migrado de la ñaña al padre, pidiendo de aquella ser tocado en el miembro, y queriendo provocar el correctivo de aquel. En esto no contaban los genitales; en la fantasía de ser azotado en el pene se exteriorizaba aún la conexión ocultada por la regresión. Entonces la activación de la escena primordial en el sueño lo devolvió a la organización genital. Descubrió la vagina y el significado biológico de masculino y femenino. Ahora comprendió que activo equivalía a masculino, y pasivo a femenino. Así, su meta sexual pasiva no podía menos que mudarse en una meta femenina, cobrar esta expresión: «ser poseído sexualmente por el padre», en vez de «ser azotado por él en los genitales o en la cola». Pues bien, esta meta femenina cayó bajo la represión y se vio precisada a dejarse sustituir por la angustia ante el lobo.

Debemos interrumpir aquí el examen de su desarrollo sexual hasta que posteriores estadios de su historia proyecten retrospectivamente nueva luz sobre esos estadios tempranos. Agreguemos todavía, en cuanto a la apreciación de la fobia al lobo, que padre y madre —ambos— devinieron lobos. En efecto, la madre representaba el papel del lobo castrado que hacía que los otros se le montaran encima, y el padre, el del lobo que se montaba. Sin embargo, según lo hemos escuchado asegurarnos, su angustia se dirigía sólo al lobo erguido, o sea, al padre. Además, nos llama por fuerza la atención que la angustia en que desembocó el sueño tuviera un modelo en el relato del abuelo. En efecto, el lobo castrado, que hace que los otros se le monten encima, cae presa de angustia tan pronto le recuerdan su falta de rabo. Parece, pues, que en el curso del proceso onírico se hubiera identificado con la madre castrada y ahora se revolviera contra este resultado. En una traducción que confiamos sea correcta: «Si quieres ser satisfecho por el padre tienes que consentir en la castración como la madre; pero yo no quiero». ¡Una nítida protesta de la

masculinidad, entonces! Por lo demás, tengamos en claro que el desarrollo sexual del caso aquí estudiado presenta para nuestra investigación la considerable desventaja de no estar exento de perturbaciones. Primero es influido de manera decisiva por la seducción, y luego desviado por la escena de la observación del coito que con posterioridad {*nachträglich*} ejerce el efecto de una segunda seducción.[21]

[21] [Rank intentó después (1926) utilizar este sueño de los lobos en apoyo de sus concepciones acerca del análisis de la trasferencia. Sus argumentos fueron criticados por Ferenczi (1927), quien citó el texto de una carta del propio «Hombre de los Lobos» que Freud puso a su disposición.]

V. Algunas discusiones

El oso blanco y la ballena, se ha dicho, no pueden declararse la guerra porque, limitado cada uno a su elemento, nunca se encuentran frente a frente. Igualmente imposible me resulta entablar una discusión con trabajadores del campo de la psicología o de la teoría de las neurosis que no admitan las premisas del psicoanálisis y juzguen artificiosos sus resultados. Pero, junto a ellos, se ha desarrollado en los últimos años una oposición de parte de otros que —al menos así opinan ellos— pisan el terreno del análisis, no ponen en tela de juicio su técnica ni sus resultados, sino que sólo se consideran autorizados a deducir del mismo material consecuencias diversas y a someterlo a otras concepciones.

Ahora bien, la controversia teórica es las más de las veces infecunda. Tan pronto uno empieza a distanciarse del material del que debe nutrirse, corre el riesgo de embriagarse con sus propias aseveraciones y terminar sustentando opiniones que cualquier observación habría refutado. Por eso considero muchísimo más adecuado combatir concepciones divergentes poniéndolas a prueba en casos y problemas singulares.

Antes consigné (pág. 37) que se considerará sin duda improbable «que un niño a la tierna edad de 1½ año sea capaz de recoger la percepción de un proceso tan complicado y conservarlo de manera tan fiel en su inconciente; el segundo, que a los 4 años sea posible elaborar con posterioridad {*nachträglich*}, hasta llegar a entenderlas, esas impresiones así recibidas, y, por último, que mediante algún procedimiento pueda lograrse hacer conciente, de una manera coherente y convincente, una escena vivenciada y comprendida en tales circunstancias».

Esta última cuestión es puramente fáctica. Quien se tome el trabajo de llevar el análisis por medio de la técnica prescrita hasta esas profundidades se convencerá de que es muy posible; quien omita hacerlo e interrumpa el análisis en algún estrato superior deberá abstenerse de juzgar. Pero con ello no queda decidida la concepción de lo obtenido por el análisis de lo profundo.

Los otros dos reparos se apoyan en un menosprecio por las

impresiones de la temprana infancia, a las que no se concede unos efectos tan duraderos. Pretenden buscar la causación de las neurosis casi exclusivamente en los serios conflictos de la vida posterior, y suponen que la sustantividad de la infancia no es sino un espejismo que nos provoca en el análisis la tendencia de los neuróticos a expresar sus intereses del presente en reminiscencias y símbolos del lejano pasado. Con semejante apreciación del factor infantil se eliminan muchas de las que han sido las características más íntimas del análisis y, entre ellas, muchas de las que le valieron resistencias y le enajenaron la confianza de los extraños.

Sometamos a examen, pues, la concepción de que esas escenas de la primera infancia, como nos las brinda un análisis exhaustivo de las neurosis (en nuestro caso, por ejemplo), no serían reproducciones de episodios reales a los que fuera lícito atribuir una influencia en la configuración de la vida posterior y en la formación de síntoma, sino unas formaciones de la fantasía cuya incitación proviniera de la madurez, que estuvieran destinadas a procurar cierta subrogación simbólica a deseos e intereses reales y debieran su génesis a una tendencia regresiva, a un extrañamiento de las tareas del presente. Si así fuera, uno podría desde luego ahorrarse aquellas extrañas atribuciones a la vida anímica y a la operación intelectual de niños de cortísima edad.

Toda clase de circunstancias de hecho —además del deseo, común a todos, de racionalizar y simplificar una tarea difícil— solicitan esta concepción. Ahora bien, de antemano cabe aventar un reparo que podría plantearse justamente al analista práctico. Es preciso admitir que si la mencionada concepción de estas escenas infantiles fuera la correcta, en nada cambiaría al principio la práctica del análisis. Si en verdad el neurótico tuviera esta mala peculiaridad de extrañar su interés del presente y adherirlo a esas formaciones sustitutivas, regresivas, de su fantasía, no se podría hacer otra cosa que seguirlo por ese camino y llevar a su conciencia esas producciones inconcientes, puesto que, aun prescindiendo por completo de su disvalor objetivo, poseen para nosotros supremo valor en cuanto son por el momento las portadoras y poseedoras del interés que queremos liberar para orientarlo hacia las tareas del presente. Así, la trayectoria del análisis debería ser exactamente igual a la del análisis ingenuo que tiene por verdaderas estas fantasías. Sólo al final, tras el descubrimiento de tales fantasías, se establecería la diferencia. Entonces uno diría al enfermo: «Muy bien; el curso de su neurosis ha sido como si usted hubiera recibido en su infancia esas impresiones, urdiendo desde ellas la trama. Bien advierte

que eso no es posible. Eran productos de su fantasía destinados a desviarlo de las tareas objetivas que lo aguardaban. Consienta en que pesquisemos ahora cuáles eran esas tareas y qué vías de conexión existieron entre ellas y sus fantasías». Tras esa tramitación de las fantasías infantiles podría iniciarse un segundo tramo del tratamiento, vuelto hacia la vida real.

Una abreviación de ese camino, vale decir, una modificación de la cura psicoanalítica como se la ha ejercido hasta hoy, sería técnicamente inadmisible. Si uno no hace conciente al enfermo de estas fantasías en toda su amplitud, tampoco puede poner a su disposición el interés ligado a ellas. Si se lo desvía de ellas tan pronto se vislumbra su existencia y su esbozo general, no se hará sino apoyar la obra de la represión en virtud de la cual se han vuelto intocables a pesar de todos los empeños del enfermo. Si se las desvaloriza prematuramente, por ejemplo revelándole que no se trata sino de fantasías que no tienen ningún valor objetivo, nunca se conseguirá su cooperación para llevarlas a la conciencia. Por lo tanto, comoquiera que se aprecie a estas escenas infantiles, la técnica analítica no experimentará ningún cambio si se procede correctamente.

Ya consigné que podían invocarse muchos factores de hecho en apoyo de la concepción de estas escenas como unas fantasías regresivas. Sobre todo este: tales escenas infantiles no son reproducidas en la cura como recuerdos —al menos hasta donde alcanza mi experiencia—, sino que son resultado de la construcción. Sin duda que a muchos les parecerá que con esta sola confesión queda ya zanjada la polémica.

Que se me entienda bien. Todo analista sabe, y lo ha experimentado incontables veces, que en una cura lograda el paciente comunica buen número de recuerdos infantiles espontáneos por cuyo afloramiento (puede ser el primero) el analista se siente libre de todo cargo, pues no ha insinuado al enfermo un contenido semejante mediante ninguna clase de intento de construcción. Estos recuerdos antes inconcientes no tienen por qué ser siempre verdaderos; pueden serlo, pero a menudo están dislocados {*entstellen*, «desfigurados»} respecto de la verdad, impregnados de elementos fantaseados, de manera en un todo semejante a los llamados *recuerdos encubridores* que se han conservado espontáneamente. He aquí lo único que yo quiero decir: escenas como las de mi paciente, de una época tan temprana y de semejante contenido, que luego reclaman una significatividad tan extraordinaria para la historia del caso, no son por lo general reproducidas como recuerdos, sino que es preciso cole-

girlas —construirlas— paso a paso y laboriosamente a partir de una suma de indicaciones.[1] Y aun bastaría, para mi argumentación, admitir que tales escenas no devienen concientes como recuerdos en los casos de neurosis obsesiva, o limitar esa indicación a este solo caso que estamos estudiando.

Ahora bien, no soy de la opinión de que esas escenas deban ser necesariamente fantasías por el hecho de que no reaparezcan como recuerdos. Hay algo que a mi juicio tiene exactamente el mismo valor que el recuerdo: el hecho de que —como en nuestro caso— se sustituyan por sueños cuyo análisis reconduce de manera regular a la misma escena y que reproducen, en una infatigable labor de refundición, cada fragmento de su contenido. Es que el soñar es también un recordar, si bien sometido a las condiciones nocturnas y de la formación del sueño. Por este retorno en el soñar me explico que en los pacientes mismos se forme poco a poco un convencimiento cierto de la realidad de esas escenas primordiales, un convencimiento que en modo alguno le va en zaga al fundado en el recuerdo.[2]

No hace falta que los contradictores se den por vencidos frente a este argumento. Es sabido que los sueños son guiables.[3] Y el convencimiento del analizado puede ser producto de la «sugestión», para la cual se sigue todavía buscando un papel en el juego de fuerzas del tratamiento analítico. El psicoterapeuta de viejo cuño sugeriría a su paciente que está sano, que ha superado sus inhibiciones, etc.; y el psicoanalista no haría sino sugerirle que de niño ha tenido tal o cual vivencia que es preciso que recuerde ahora para ponerse sano. Esta sería la diferencia entre ambos.

Tengamos en claro que este último intento de explicación de nuestro contrincante desemboca en una resolución de las escenas infantiles mucho más radical que la anunciada al comienzo. Se pretendía que no eran realidades, sino fantasías. Y ahora resulta, con evidencia, que no son fantasías del

1 [Véase sobre esto el trabajo de Freud «Construcciones en el análisis» (1937*d*).]

2 Un pasaje de la primera edición de mi obra *La interpretación de los sueños* (1900*a*) prueba cuán temprano me ocupé de este problema. En la página 126 de esa obra [*AE*, **4**, pág. 199] escribo, respecto del análisis de un dicho que apareció en un sueño, «*De eso no tenemos más*»: ese dicho provenía de mí mismo; unos días antes yo le había explicado [a la soñante] que «a las vivencias infantiles más antiguas *no las tenemos más* como tales, sino que son remplazadas en el análisis por "trasferencias" y sueños».

3 El mecanismo del sueño no puede ser influido, pero el material del sueño puede ser parcialmente comandado {*Kommandieren*}. [Cf. la sección VII de «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923*c*).]

enfermo, sino del propio analista, quien las impone al analizado desde algún complejo personal. Es indudable que el analista, enterado de este reproche, querrá alegar para su descargo cuán paso a paso se llegó a la construcción de estas fantasías supuestamente instiladas por él, cuán independiente de la incitación médica demostró ser en muchos puntos su resultado final, cómo a partir de cierta fase del tratamiento todo parecía converger hacia ellas y ahora, en la síntesis, los más diversos y notables resultados irradian de ellas, y cómo justamente mediante su supuesto hallaron solución los grandes y los más pequeños problemas así como las rarezas del historial clínico; aducirá que no se atribuye a sí mismo suficiente ingenio para urdir un episodio que pudiera llenar al mismo tiempo todas esas exigencias. Pero tampoco este alegato tendrá efecto alguno sobre la otra parte, que no ha vivenciado el análisis por sí misma. Una parte imputará a la otra un refinado autoengaño, y a su vez será acusada de miopía en el juicio: no se llegará a una decisión.

Consideremos ahora otro factor que sostiene a nuestros oponentes en su concepción de las escenas infantiles construidas. *Es el siguiente: Todos los procesos que se han invocado* para esclarecer estas cuestionables formaciones como fantasías existen de hecho y su significatividad se admite. El extrañamiento del interés respecto de las tareas de la vida real,[4] la existencia de fantasías como formaciones sustitutivas de las acciones omitidas, la tendencia regresiva que se expresa en estas creaciones —regresiva en más de un sentido, en tanto sobreviene al mismo tiempo un retiro de la vida real y un remontarse al pasado—, todo eso es cierto y el análisis lo puede corroborar regularmente. Cabría pensar entonces que ello basta para esclarecer esas supuestas reminiscencias de la primera infancia, y de acuerdo con el principio de economía vigente en la ciencia, esa explicación sería preferible a otra que no puede prescindir de nuevas y extrañas hipótesis.

Me permito hacer notar en este punto que en la bibliografía psicoanalítica de hoy las contradicciones suelen regirse por el principio de *pars pro toto*. De un conjunto en extremo compuesto se extrae un sector de los factores operantes, se lo proclama como la verdad y en aras de él se contradice al otro sector y al todo. Si uno mira un poco más de cerca el grupo

[4] Tengo buenas razones para preferir esta otra formulación: «El extrañamiento de la *libido* respecto de los *conflictos* actuales». [La concepción de Freud sobre las relaciones entre libido e interés se expone en «Introducción del narcisismo» (1914*c*), *AE*, **14**, págs. 77-9.]

que ha merecido esa preferencia, halla que es el que contiene lo consabido ya en algún otro campo, o lo que más se le aproxima. Así en Jung la actualidad y la regresión, en Adler los motivos egoístas. Pero se relega y desestima como error justamente lo que hay de nuevo en el psicoanálisis y le es peculiar. Es el camino más fácil para rechazar los revolucionarios avances del molesto psicoanálisis.

No es superfluo destacarlo: a ninguno de los factores aducidos por esta divergente concepción de las escenas de la infancia les hizo falta que Jung los enseñara como algo novedoso. El conflicto actual, el extrañamiento de la realidad, la satisfacción sustitutiva en la fantasía, la regresión al material del pasado, todo eso ha integrado desde siempre mi propia doctrina y por cierto dentro de idéntica trabazón, quizá con mínimas variantes terminológicas. Pero no era toda mi doctrina, sino sólo la parte de la causación que produce sus efectos en el sentido regresivo desde la realidad hacia la formación de la neurosis. Junto a ella dejé sitio para un segundo influjo, progrediente, que produce sus efectos desde las impresiones infantiles, señala el camino a la libido que se retira de la vida y permite comprender la regresión a la infancia, de otro modo inexplicable. Así, según mi concepción, ambos factores se conjugan en la formación de síntoma. Pero una conjugación anterior me parece de igual valor. Sostengo, en efecto, que *el influjo de la infancia ya se hizo sentir en la situación inicial de la formación de neurosis codeterminando de manera decisiva si el individuo fracasaría —y en qué punto— en el dominio de los problemas reales de la vida.*

Por tanto, lo que está en discusión es el valor del factor infantil. La tarea se circunscribe a hallar un caso apto para demostrar ese valor fuera de duda. Ahora bien, lo es el caso clínico que tratamos aquí con tanto detalle, cuyo carácter distintivo radica en que a la neurosis luego contraída le precedió una neurosis de la primera infancia. Por eso lo escogí para su comunicación. Si alguien pretendiera desautorizarlo pareciéndole que la zoofobia no posee entidad suficiente para reconocerla como una neurosis en sí misma, debo anticiparle que a esa fobia siguieron, sin solución de continuidad, un ceremonial, unas acciones y unos pensamientos obsesivos que consideraré en los siguientes capítulos de este trabajo.

Que un niño contraiga una neurosis en su tercero o cuarto años prueba sobre todo que las vivencias infantiles son capaces por sí solas de producir una neurosis sin que para ello haga falta la huida frente a una tarea planteada por la vida.

Se *objetará que también el niño* se ve de continuo ante tareas de las que quizá preferiría sustraerse. Ello es cierto, pero la vida de un niño antes de la edad escolar es fácil de abarcar y uno puede indagar si hay en ella una «tarea» que comande la causación de la neurosis. Ahora bien, no se descubre otra cosa que unas mociones pulsionales que el niño no puede satisfacer y que todavía es incapaz de dominar, y las fuentes de que aquellas brotan.

La enorme abreviación del intervalo trascurrido entre el estallido de la neurosis y la época de las vivencias infantiles en cuestión hace —como era de esperar— que la parte regresiva de la causación se comprima al máximo y que la parte progrediente, el influjo de las impresiones tempranas, salga a la luz sin disfraz. Espero que este historial clínico pueda brindar una imagen nítida de esta proporción existente entre ambas.

Pero hay además otras razones por las cuales las neurosis de la infancia dan una respuesta terminante a la pregunta acerca de la naturaleza de las escenas primordiales o vivencias infantiles tempranísimas pesquisadas en el análisis. Supongamos como premisa incontrastable que una escena primordial de esa índole haya sido desplegada de manera correcta según los preceptos técnicos, que sea indispensable para la solución conjunta de todos los enigmas que nos plantea la sintomatología de la neurosis de la infancia, que de ella irradien toda clase de efectos del mismo modo como todos los hilos del análisis llevaron hasta ella; entonces, con respecto a su contenido, será imposible que no constituya la reproducción de una realidad vivenciada por el niño. En efecto, el niño —como el adulto— sólo puede producir fantasías con un material adquirido de alguna parte; el niño tiene cerrados algunos de los caminos que le permitirían esa adquisición —la lectura, por ejemplo—, y el lapso de que dispuso para lograrla es breve y resulta fácil compulsar esas fuentes.

En nuestro caso, la escena primordial contiene la imagen del comercio sexual entre los padres en una postura particularmente propicia para ciertas observaciones. Ahora bien, ello no probaría nada en favor de la realidad objetiva de esa escena si la hallásemos en un enfermo cuyos síntomas, o sea los efectos de la escena, se presentaran en algún momento de su vida posterior. En tal caso, pudo haber adquirido en los más diversos puntos temporales del largo intervalo las impresiones, representaciones y conocimientos que luego mudó en una imagen de la fantasía, proyectándola retrospectivamente sobre su infancia y adhiriéndola a sus padres. Mas cuando los efectos de tal escena se presentan en el cuarto o quinto

año de vida, es preciso que el niño haya sido espectador de la escena a una edad todavía más temprana. Pero si es así, quedan en pie todas las extrañas conclusiones que se derivaron del análisis de la neurosis infantil, a menos que alguien quiera suponer que el paciente no sólo fantaseó esta escena primordial inconcientemente, sino que también confabuló su alteración de carácter, su angustia ante el lobo y su compulsión religiosa; pero tanto su naturaleza de ordinario seria como la tradición directa de su familia contradirían este expediente. Por ende, sólo veo estas dos posibilidades: o el análisis que parte de su neurosis de la infancia es un mero desvarío, o todo es tal cual lo expuse antes.

En un pasaje anterior [pág. 40] tropezamos sin duda con esta ambigüedad: la predilección del paciente por las nalgas femeninas y por el coito en la postura en que ellas más resaltan parecía tener que derivarse del coito observado entre los padres, pero, al mismo tiempo, esa preferencia era un rasgo universal de las constituciones arcaicas con predisposición a la neurosis obsesiva. Sobre este punto se nos ofrece la sugerente salida de solucionar la contradicción como una sobredeterminación. La persona en quien observó esa posición durante el coito era en efecto su padre carnal, de quien muy bien pudo haber heredado esa predilección constitucional. Ni la posterior enfermedad del padre ni el historial familiar contradicen esto; como ya consignamos [pág. 21], un hermano del padre falleció en un estado que es preciso concebir como el desenlace de una afección obsesiva grave.

En ese contexto nos acordamos de que su hermana, en su seducción del niñito de 3 ¼ años,[5] había formulado contra la anciana y buena aya la rara calumnia de que ponía a toda la gente dada vuelta {*auf den Kopf stellen*} y luego les agarraba los genitales [pág. 20]. No pudo menos que imponérsenos la idea de que acaso también la hermana, a edad igualmente tierna, fue espectadora de la misma escena que luego vio su hermano, y de ahí pudo recoger la incitación para el poner-dado-vuelta en el acto sexual. Además, esta hipótesis apuntaría a una fuente de su precocidad sexual.

[Originariamente[6] no tenía el propósito de continuar en este lugar con el examen del valor de realidad de las «escenas primordiales», pero dado que entretanto me he visto mo-

[5] [En las ediciones anteriores a 1924 se leía «3 ½ años».]
[6] [Los corchetes son de Freud. Cf. *supra*, pág. 9*n*.]

vido a tratar ese tema en mis *Conferencias de introducción al psicoanálisis*[7] dentro de unos nexos más amplios y prescindiendo ya de todo propósito polémico, resultaría desorientador que omitiera aplicar al caso aquí presentado los puntos de vista que allí se definieron. Prosigo pues, a modo de complemento y rectificación: Empero, es posible otra concepción de la escena primordial que está en la base del sueño; ella se aparta en buena medida de la decisión adoptada antes y nos aventa muchas dificultades. Sin embargo, nada gana con esta modificación la doctrina que pretende rebajar las escenas infantiles a la condición de símbolos regresivos; a mi juicio, este análisis de una neurosis de la infancia —como lo haría cualquier otro— la ha desechado de manera definitiva.

Pues bien; opino que todo el asunto se puede entender también de la siguiente manera. No podemos renunciar al supuesto de que este niño observa un coito a cuya vista adquiere el convencimiento de que la castración puede ser algo más que una vacua amenaza; por otra parte, el valor que más tarde reciben las posturas de hombre y mujer para su desarrollo de angustia y como condición de amor no admite otra opción que inferir esto: debe de tratarse de un *coitus a tergo, more ferarum*. Pero hay otro factor que no es insustituible y puede desdeñarse. Acaso no fue un coito entre los padres, sino un coito entre animales, el observado por el niño y trasladado luego a los padres, como si hubiera descubierto que los padres no obrarían de otro modo.

Esta concepción es propiciada sobre todo por el hecho de que los lobos del sueño son en verdad perros ovejeros; como tales aparecen en el dibujo. Poco antes del sueño habían llevado repetidas veces al niño a visitar las majadas de ovejas [pág. 30], y bien pudo ver esos grandes perros blancos, siendo probable que los observara también durante el coito. A esto yo referiría también el número tres, que el soñante adujo sin una motivación mayor [pág. 37, *n.* 10], y supondría que hizo tres de tales observaciones en los perros ovejeros. Lo que se añadió en el estado de excitación expectante de su noche de sueño fue la trasferencia a los padres de esa imagen mnémica recién adquirida, con *todos* sus detalles, y fue sólo esto último lo que posibilitó aquellos poderosos influjos afectivos. En ese momento entendió con posterioridad {*nachträglich*} tales impresiones recibidas quizás unas semanas o meses antes, proceso este que acaso cada uno de nosotros puede haber vivenciado en sí mismo. La

7 [Freud (1916-17), 23ª conferencia.]

trasferencia de los perros en coito a los padres no se consumó *entonces por medio de un procedimiento de inferencia* ligado a palabras, sino buscando en el recuerdo una escena real en que los padres estuvieron juntos, escena que pudo fusionarse con la *situación* de coito. Y todos los detalles de la escena aseverados en el análisis del sueño pudieron ser una reproducción exacta. Fue de hecho una siesta de verano, mientras el niño padecía de malaria; los padres, vestidos de blanco, estaban ambos presentes cuando el niño despertó, pero... la escena era inocente. El resto lo había agregado el posterior deseo del niño, en su apetito de saber, de espiar también a sus padres en su comercio amoroso, sobre la base de sus experiencias con los perros; entonces, la escena así fantaseada desplegó todos los efectos que le hemos atribuido, los mismos que si hubiera sido enteramente real y no se compusiera de dos ingredientes pegados entre sí, uno anterior indiferente y uno posterior impresionante en extremo.

De inmediato se advierte hasta qué grado ha disminuido la operación de creencia que se nos pedía. Ya no nos hace falta suponer que los padres consumaron el coito en presencia del niño, por pequeño que este fuera, cosa que para muchos de nosotros constituye una representación desagradable. También disminuye en mucho el monto de la posterioridad {*Nachträglichkeit*, «efecto retardado»}. Ahora queda referida sólo a unos meses del cuarto año de vida y no se remonta hasta los oscuros primeros años de la infancia. Apenas si queda algo de extraño en la conducta del niño, quien trasfiere de los perros a los padres y teme al lobo en vez de temer al padre. En efecto, su cosmovisión se encuentra en la fase de desarrollo que en *Tótem y tabú* [1912-13, ensayo IV] fue caracterizada como de retorno del totemismo. La doctrina que pretende explicar las escenas primordiales de las neurosis mediante un fantaseo retrospectivo desde épocas más tardías parece hallar fuerte apoyo en nuestra observación, a pesar de la tierna edad de nuestro neurótico (cuatro años). Por joven que sea, ha conseguido sustituir una impresión de su cuarto año por un trauma fantaseado que se remonta a cuando tenía 1½ año; ahora bien, esa regresión no parece enigmática ni tendenciosa. La escena que era preciso producir debía llenar ciertas condiciones, que, debido a las circunstancias de vida del soñante, sólo pudieron cumplirse en esa época temprana; por ejemplo, la de encontrarse en cama en el dormitorio de los padres.

Sin duda, en cuanto al acierto de la concepción aquí propuesta la mayoría de los lectores considerarán decisivo lo

que yo pueda indicar a partir de los resultados obtenidos por el análisis en otros casos. En verdad, en los análisis de personas neuróticas no es una rareza la escena de observar el comercio sexual entre los padres a una edad muy temprana —se trate de un recuerdo real o de una fantasía—. Acaso se la encuentre con igual frecuencia en quienes no se han vuelto neuróticos. Y acaso pertenezca al patrimonio regular de su tesoro mnémico —conciente o inconciente—. Ahora bien, todas las veces que pude desarrollar mediante análisis una escena de esa índole, ella exhibió la misma peculiaridad que nos desconcertó en nuestro paciente: se refería al *coitus a tergo*, el único que hace posible al espectador la inspección de los genitales. Entonces ya no cabe dudar más de que se trata sólo de una fantasía, quizás incitada regularmente por la observación del comercio sexual entre animales. Más todavía: he indicado [pág. 37] que mi exposición de la «escena primordial» quedó incompleta, pues me reservé para más tarde comunicar el modo en que el niño perturbó el comercio de los padres. Ahora debo agregar que también la índole de esta perturbación es la misma en todos los casos.

Puedo imaginar que así me he expuesto a graves sospechas de parte de los lectores de este historial clínico. Si disponía de tales argumentos en favor de esta última concepción de la «escena primordial», ¿con qué pretexto pude sustentar primero otra, de apariencia tan absurda? ¿O en el intervalo trascurrido entre la primera redacción del historial clínico y este agregado he hecho nuevas experiencias que me obligaron a modificar mi concepción inicial, y por algún motivo no querría confesarlo? Lo que confieso, en cambio, es algo diferente: que tengo el propósito de cerrar este examen del valor de realidad de las escenas primordiales mediante un *«non liquet»*.* Este historial clínico no ha llegado aún a su fin; en su ulterior trayectoria emergerá un factor perturbador de la certeza que ahora creemos tener. Entonces, no queda otro remedio que la remisión a los pasajes de mis *Conferencias* donde he tratado el problema de las fantasías primordiales o escenas primordiales.]

* {«No está claro», veredicto que se emite en un proceso judicial cuando las pruebas no son concluyentes.}

VI. La neurosis obsesiva

Por tercera vez experimentó el paciente una influencia que modificó de manera decisiva su desarrollo. Cuando tenía 4 ½ años y su estado de irritabilidad y angustia seguía sin mostrar mejoría, su madre se decidió a hacerle conocer la historia bíblica con la esperanza de reorientarlo y edificarlo. Y lo consiguió; la introducción de la religión puso fin a la fase anterior, pero produjo el relevo de los síntomas de angustia por síntomas obsesivos. Hasta entonces le resultaba difícil dormirse porque temía soñar con cosas malas, como aquella noche anterior a la Navidad; ahora, antes de meterse en cama, se veía precisado a besar todas las imágenes sagradas de la habitación, rezar oraciones y hacer innumerables veces la señal de la cruz sobre su persona y su lecho.

Vista panorámicamente, su infancia se nos articula así en las siguientes épocas: primero, la prehistoria hasta la seducción (3 ¼ años), dentro de la cual cae la escena primordial; segundo, la época de la alteración del carácter hasta el sueño de angustia (4 años); tercero, la zoofobia hasta la introducción en la religión (4 ½ años) y, a partir de entonces, la época de la neurosis obsesiva, hasta después del décimo año. Una sustitución instantánea y pareja de una fase por la siguiente no estaba ni en la naturaleza de las circunstancias ni en la de nuestro paciente, en quien, por el contrario, lo característico era la conservación de todo lo pasado y la coexistencia de las más diversas corrientes. La conducta díscola no desapareció al emerger la angustia, y prosiguió, cediendo poco a poco, en la época de la beatería. Empero, en esta última fase ya no contaba la fobia al lobo. La trayectoria de la neurosis obsesiva fue discontinua; el primer ataque fue el más prolongado e intenso, otros sobrevinieron a los ocho y diez años, cada vez tras ocasionamientos que mantenían un nexo visible con el contenido de la neurosis. La madre misma le contó la historia sagrada y además hizo que la ñaña se la leyera en voz alta de un libro adornado con ilustraciones. Desde luego, el peso principal de lo comunicado recayó sobre la historia de la Pasión. La ñaña, que era muy piadosa y supersticiosa, dio sus explicaciones sobre

el tema, pero también tuvo que escuchar todas las objeciones y dudas del pequeño crítico. Si las luchas que empezaban a conmoverlo terminaron al fin con un triunfo de la fe, ese resultado no fue ajeno al influjo de la ñaña.

Lo que él me contó acerca de sus reacciones frente a su iniciación religiosa tropezó en mí al comienzo con una decidida incredulidad. Opinaba yo que esos no podían ser los pensamientos de un niño de 4 ½ a 5 años; probablemente trasladara a ese temprano pasado el fruto de las reflexiones del adulto de casi 30 años.[1] Sin embargo, el paciente no quiso saber nada de esta corrección; no hubo modo de llegar a un acuerdo como el alcanzado para tantas otras diferencias de opinión entre nosotros. El nexo de esos pensamientos recordados con los síntomas de que informaba, así como la inserción de estos dentro de su desarrollo sexual, me constriñeron por fin a creerle más bien. Por lo demás, me dije que justamente esa crítica a la doctrina de la religión, que yo no quería atribuir al niño, sólo es producida por una ínfima minoría de los adultos.

Ahora presentaré el material de sus recuerdos y sólo después buscaré un camino que lleve a entenderlo.

Según informa, la impresión que al comienzo le produjo el relato de la historia sagrada en modo alguno fue grata. Primero se revolvió contra el carácter padeciente de la persona de Cristo, y luego contra la trama íntegra de su historia. Dirigió su descontenta crítica a Dios Padre. Si era todopoderoso, entonces era culpable de que los hombres fueran malos y martirizaran a otros, a raíz de lo cual se iban después al Infierno. Habría debido hacerlos buenos; él mismo era responsable de todo el mal y de todo el martirio. Le escandalizaba el mandamiento de ofrecer la otra mejilla cuando se había recibido una bofetada; también, que Cristo en la cruz[2] hubiera impetrado que le apartaran ese cáliz, pero además que no se hubiese producido un milagro para demostrar que era el Hijo de Dios. Así pues, se había des-

[1] Además, repetidas veces intenté desplazar hacia adelante la historia del enfermo al menos en un año, o sea situar la seducción en los 4 ¼ años, el sueño en el quinto cumpleaños, etc. Desde luego, en lo tocante a los intervalos no era posible ganar nada. Pero el paciente se mantuvo inflexible también acerca de este punto, sin poder disipar, pese a ello, mis últimas dudas al respecto. En cuanto a la impresión que produce su historia y a todas las elucidaciones y conclusiones derivadas de ella, esa posposición en un año era por cierto indiferente.

[2] [Se refiere, por supuesto, al episodio en el Monte de los Olivos. Freud informó a los traductores de este trabajo al inglés que el error procedía del propio paciente.]

pertado su inteligencia, que supo pesquisar con despiadado rigor los puntos débiles de la historia sagrada.

Ahora bien, a esta crítica racionalista se aunaron muy pronto cavilaciones y dudas a través de las cuales se trasluce la cooperación de mociones secretas. Una de las primeras preguntas que dirigió a la ñaña fue si también Cristo tuvo un trasero. Ella le explicó que había sido un Dios y también un hombre. Y como hombre había tenido y hecho todo como los demás hombres. Esto no le satisfizo en absoluto, pero supo consolarse diciéndose que el trasero no era más que la prolongación de las piernas. La angustia apenas apaciguada de verse precisado a degradar a la Sagrada Persona volvió a encenderse cuando le afloró la pregunta de si también Cristo había defecado. No osó formulársela a la piadosa ñaña, pero halló una escapatoria tal que ella misma no habría podido procurarla mejor. Si Cristo había hecho vino de la nada, también pudo convertir en nada la comida y así ahorrarse la defecación.

Empezaremos a entender estas cavilaciones si las anudamos a una pieza de su desarrollo sexual, considerada antes. Sabemos que desde el rechazo de que lo hizo objeto la ñaña [pág. 24] y la sofocación —conectada con dicho rechazo— del quehacer genital incipiente, su vida sexual se había desarrollado siguiendo las direcciones del sadismo y el masoquismo. Martirizaba y maltrataba a animales pequeños, fantaseaba el azotar caballos, y por otra parte el ser-azotado el heredero del trono.[3] En el sadismo mantenía en pie la arcaica identificación con el padre; en el masoquismo lo había escogido como objeto sexual. Se encontró de lleno en una fase de la organización pregenital en la que yo he discernido la predisposición a la neurosis obsesiva.[4] Por la injerencia de aquel sueño que lo puso bajo el influjo de la escena primordial, habría podido progresar hasta la organización genital y mudar su masoquismo hacia el padre en una actitud femenina hacia él, en homosexualidad. Empero, ese sueño no trajo consigo ese progreso; desembocó en angustia. La relación con el padre, que de la meta sexual de recibir un correctivo de él habría debido llevar a la meta siguiente, la de ser poseído sexualmente por el padre como una mujer, en virtud del veto de su masculinidad narcisista fue arrojada hacia atrás, hacia un estadio aún más primitivo, y escindida {*abspalten*} por desplazamiento a un sustituto

[3] En particular, azotes en el pene (cf. pág. 25 [y 45]).
[4] [Sobre este tema, Freud había escrito un trabajo poco tiempo atrás (1913*i*).]

del padre, como angustia de ser comido por el lobo; pero en modo alguno quedó tramitada con esto último. Más bien, sólo podremos dar razón de esta relación de las cosas, que se nos presenta compleja, si nos atenemos a la coexistencia de tres aspiraciones sexuales que tenían por meta al padre. Desde el sueño, era homosexual en lo inconciente; en la neurosis, retrocedió al nivel del canibalismo; pero la anterior actitud masoquista siguió siendo dominante. Las tres corrientes tenían metas sexuales pasivas; se trataba del mismo objeto y de idéntica moción sexual, pero se había plasmado una escisión {*Spaltung*} de esta última siguiendo tres niveles diversos.

Ahora bien, el conocimiento de la historia sagrada le dio la posibilidad de sublimar la predominante actitud masoquista hacia el padre. El devino Cristo, lo cual le resultó particularmente fácil por haber nacido el mismo día. Así había devenido algo grandioso y también —sobre esto el acento no recayó todavía bastante— un varón. En la duda de si Cristo puede tener un trasero se insinúa la actitud homosexual reprimida, pues tal cavilación no pudo significar más que este interrogante: si el padre podía usarlo como a una mujer, como a la madre en la escena primordial. Cuando lleguemos a resolver las otras ideas obsesivas veremos corroborada esta interpretación. Ahora bien, a la represión de la homosexualidad pasiva correspondía el reparo de que era un ultraje conectar a la Sagrada Persona con tales suposiciones. Notamos que se empeñó en mantener su nueva sublimación despejada del suplemento que recibía de las fuentes de lo reprimido. Pero no lo consiguió.

Todavía no comprendemos por qué ahora se revolvía también contra el carácter pasivo de Cristo y el maltrato por el padre, empezando así a desmentir, aun en su sublimación, el ideal masoquista que sustentaba hasta entonces. Estamos autorizados a suponer que este segundo conflicto era particularmente propicio para que a partir del primer conflicto (entre corriente masoquista dominante y corriente homosexual reprimida) surgieran pensamientos obsesivos degradantes, pues es harto natural que en un conflicto anímico se sumen todas las contracorrientes, aunque provengan de las fuentes más diversas. Luego, a partir de nuevas comunicaciones, llegaremos a conocer el motivo de su revuelta y, así, el de su crítica a la religión.

También su investigación sexual había obtenido una ganancia con las comunicaciones acerca de la historia sagrada. Hasta entonces no había tenido ninguna razón para suponer que los hijos venían sólo de la mujer. Al contrario, la ñaña

le había hecho creer que él era el hijo del padre, y su hermana la hija de la madre [pág. 18], y él había concedido gran valor a este vínculo más estrecho con el padre. Ahora se enteró de que llamaban a María la Madre de Dios. Entonces los hijos venían de la mujer y ya no podía seguir creyendo en el aserto de la ñaña. Además, los relatos lo dejaron perplejo en cuanto al verdadero padre de Cristo. El se inclinaba a considerar tal a José, pues había escuchado que siempre vivieron juntos, pero la ñaña dijo: «José fue sólo *como* su padre; el padre verdadero era Dios». Así, no supo a qué atenerse. Unicamente entendió esto: si era posible discutir sobre ese punto, la relación entre padre e hijo no era tan estrecha como siempre se la había representado.

El niño adivinó, por así decir, la ambivalencia de sentimientos hacia el padre sedimentada en todas las religiones y atacó {*angreifen*} a su religión por el aflojamiento de ese vínculo con el padre. Desde luego, su oposición pronto dejó de ser una duda acerca de la verdad de la doctrina y, a cambio de ello, se volvió directamente contra la persona de Dios. Dios había tratado con dureza y crueldad a su Hijo, pero no fue mejor para los hombres. Había sacrificado a su Hijo y lo mismo pidió de Abraham. Empezó a temer a Dios.

Si él era Cristo, su padre era Dios. Pero el Dios que la religión le imponía no era un buen sustituto para el padre a quien había amado y que no quería dejarse arrebatar. El amor por este padre le brindó su agudeza crítica. Se defendió de Dios para poder retener al padre, pero en verdad así defendía al padre antiguo contra el nuevo. Tenía que consumar ahí un difícil paso en el desasimiento del padre.

Fue, pues, del amor antiguo hacia su padre, devenido manifiesto en época tempranísima, de donde tomó la energía para combatir a Dios y la agudeza para criticar a la religión. Pero por otra parte esa hostilidad hacia el nuevo Dios tampoco era un acto originario; tenía un arquetipo en una moción hostil hacia el padre, nacida bajo el influjo del sueño angustiante, y en el fondo no era más que un renacimiento de ella. Las dos opuestas mociones de sentimiento destinadas a regir toda su vida posterior coincidieron aquí en la lucha de ambivalencia en torno del tema de la religión. Lo que de esa lucha resultó como síntoma —las ideas blasfemas, la compulsión que lo obligaba a pensar «Dios-porquería», «Dios-cochino»— fue también, por ende, un genuino resultado de compromiso, como los que suele mostrarnos el análisis de estas ideas en conexión con el erotismo anal.

Algunos otros síntomas obsesivos de carácter menos típico llevan con igual certeza hasta el padre, pero también

permiten discernir el nexo de la neurosis obsesiva con las contingencias anteriores.

Al ceremonial beato con que al fin expiaba sus blasfemias pertenecía, asimismo, el mandamiento de respirar en ciertas condiciones de una manera solemne. Cada vez que se persignaba debía inspirar profundamente o soltar el aire con fuerza. En su idioma, «aliento» equivale a «espíritu». Ese era entonces el papel del Espíritu Santo. Debía «inspirar» el Espíritu Santo, o «espirar» los malos espíritus de que tenía noticia por haber escuchado y leído.[5] A esos malos espíritus atribuía también los pensamientos blasfemos que lo forzaron a imponerse tantas penitencias. Estaba constreñido a soltar el aliento cuando veía pordioseros, tullidos, gente horrible, miserable; y no sabía cómo relacionar esta compulsión con los espíritus. Sólo se daba a sí mismo la explicación de que lo hacía para no devenir como ellos.

Luego el análisis aportó, a raíz de un sueño, el esclarecimiento de que la espiración a la vista de personas miserables sólo había comenzado tras el sexto año y se conectaba con el padre. Hacía ya largos meses que no lo veía cuando su madre dijo que viajaría con los niños a la ciudad para mostrarles algo que los alegraría mucho. Los llevó entonces a un sanatorio donde volvieron a verlo; tenía mal aspecto y al hijo le causó mucha pena. Entonces, era el padre la imagen primordial de todos los tullidos, pordioseros y pobres ante quienes debía espirar, tal como de ordinario es la imagen primordial de las figuras grotescas que uno ve en estados de angustia, así como de las caricaturas dibujadas por burla. En otro lugar [pág. 81] averiguaremos todavía que esa actitud compasiva se remontaba a un particular detalle de la escena primordial que así obtuvo un efecto tardío en la neurosis obsesiva.

El designio de no devenir como esos, designio que motivaba su espiración ante los tullidos, era por tanto la antigua identificación-padre vuelta en negativo {*ins Negativ gewandelt*}. Empero, así copiaba al padre también en el sentido positivo, pues la respiración fuerte era una imitación del ruido que había escuchado emitir al padre en el coito.[6] El Espíritu Santo debía su origen a este signo de la excitación sensual del varón. Por obra de la represión ese respirar devino el espíritu maligno, que tenía también una genealogía diversa, a saber, la malaria [pág. 36] que padecía en la época de la escena primordial.

[5] Nos enteraremos luego de que este síntoma se había desarrollado en su sexto año, cuando pudo leer.

[6] ¡Suponiendo la naturaleza real de la escena primordial!

La desautorización de estos malos espíritus correspondía a un rasgo inequívocamente ascético que se exteriorizaba también en otras reacciones. Cuando escuchó decir que cierta vez Cristo había encerrado espíritus malignos en unas marranas que luego se precipitaron a un abismo, se acordó de que su hermana, siendo muy pequeña y antes que él tuviera recuerdo, había caído rodando a la playa por las peñas de la barranca. Entonces, también ella era un espíritu maligno y una marrana; un camino directo llevaba desde aquí hasta «Dios-cochino». El padre mismo había demostrado estar igualmente gobernado por la sensualidad. Cuando se enteró de la historia de los primeros hombres, le llamó la atención la semejanza de su destino con el de Adán. En plática con la ñaña se asombró farisaicamente de que Adán se hubiera dejado precipitar a la desdicha por una mujer, y prometió a la ñaña que jamás se casaría. En esa época se procuraba intensa expresión una enemistad con la mujer a causa de la seducción por su hermana. En su vida posterior habría de seguir perturbándolo a menudo. La hermana se le convirtió en la corporización permanente de la tentación y el pecado. Tras confesarse, él se imaginaba puro y libre de pecado. Pero entonces le parecía como si su hermana estuviera al acecho para precipitarlo de nuevo en el pecado, y al menor descuido ya provocaba una escena de disputa con ella, que lo hacía otra vez pecador. Así estaba constreñido a reproducir siempre de nuevo el hecho de la seducción. Por lo demás, y aunque lo oprimían tantísimo, nunca había revelado en la confesión sus pensamientos blasfemos.

Sin advertirlo hemos caído en la sintomatología de los últimos años de la neurosis obsesiva; pasando por alto todo cuanto hubo en el medio, informaremos acerca de su desenlace. Ya sabemos que, prescindiendo de su carácter permanente, experimentaba refuerzos temporarios; cierta vez ello ocurrió —cosa que todavía no podemos penetrar— cuando en la misma calle murió un niño con quien pudo identificarse. A los diez años le pusieron un preceptor alemán que muy pronto cobró gran influencia sobre él. Es muy sugerente que toda su grave beatería se disipase para no renacer nunca luego de que hubo advertido y experimentado, en pláticas pedagógicas con el maestro, que este sustituto del padre no atribuía valor alguno a la devoción y tenía por nula la verdad de la religión. La beatería, pues, cayó junto con su dependencia del padre, que ahora era relevado por un padre nuevo y más accesible. Es cierto que no aconteció sin una última reanimación de la neurosis obsesiva, de la que recordaba en particular la compulsión a pensar en la

Santísima Trinidad toda vez que veía agrupados en la calle tres montículos de bosta. Nunca cedía a una incitación sin intentar retener lo desvalorizado. Cuando el maestro lo disuadió de cometer crueldades contra los animales pequeños, puso término por cierto a esos desaguisados, pero no sin antes volver a entregarse bastante a fondo a la tarea de despedazar orugas. También en el tratamiento analítico se comportaba de igual modo, desarrollando una «reacción negativa» pasajera; tras cada solución terminante, intentaba por breve lapso negar {*negieren*} su efecto mediante un empeoramiento del síntoma solucionado. Se sabe que los niños tienen universalmente un comportamiento parecido frente a las prohibiciones. Si se los increpa por producir un ruido insoportable, antes de cesar en ello vuelven a repetirlo tras la prohibición. Así consiguen mostrar que cesan por su voluntad, y desafían la prohibición.

Bajo el influjo del maestro alemán se generó una nueva y mejor sublimación de su sadismo, que, en correspondencia a la pubertad que se aproximaba, había pasado a prevalecer en esa época sobre el masoquismo. Empezó a entusiasmarse con todo lo relativo al soldado, uniformes, armas y caballos, y a nutrir sobre esto continuos sueños diurnos. Así, bajo el influjo de un varón se había librado de sus actitudes pasivas y al comienzo se encontró andando por unas vías bastante normales. Un efecto postrero de su dependencia del maestro, que pronto lo abandonó, fue que más tarde prefiriera el elemento alemán (médicos, sanatorios, mujeres) al de su patria (subrogación del padre), lo cual significó también una importante ventaja para la trasferencia en la cura.

En el período anterior a su liberación por el maestro le sobrevino todavía un sueño que menciono porque él lo había olvidado hasta su emergencia en la cura. Se veía jinete en un caballo, perseguido por una oruga gigantesca. Discernió en este sueño una alusión a otro previo, de la época anterior al maestro, que hacía tiempo habíamos interpretado. En ese sueño previo vio al diablo vestido de negro y en la posición erguida que tanto terror le provocara en su momento en el lobo y en el león. Con el dedo extendido indicaba un caracol gigante. Enseguida había colegido que ese diablo era el demonio de una conocida poesía,[7] y el sueño mismo, la refundición de una difundida imagen que figuraba al demonio en una escena amorosa con una muchacha. El caracol remplazaba a la mujer como símbolo femenino por excelencia. Guiados por el ademán demostrativo del demonio, pronto pudimos

[7] [«El demonio», de Lermontov.]

indicar el sentido del sueño: ansiaba que alguien le procurara las últimas enseñanzas que aún le faltaban sobre los enigmas del comercio sexual, como en su momento el padre en la escena primordial hiciera con las primeras.

Sobre el segundo de los sueños mencionados, en que el símbolo femenino fue sustituido por el masculino, recuerda una vivencia determinada que tuvo poco antes. Cierto día, cabalgando por la finca, pasó junto a un campesino dormido, a cuyo lado yacía su hijo. Este despertó al padre y le dijo algo, tras lo cual el padre empezó a insultar al jinete y a perseguirlo, de suerte que él puso rápidamente distancia con su caballo. Y tras esto el segundo recuerdo: en la misma finca había árboles totalmente blancos, totalmente recubiertos de orugas. Comprendemos que emprendió {*ergreifen*} la huida ante la realización de la fantasía de que el hijo durmiera con el padre, y que adujo los árboles blancos para producir una alusión al sueño angustioso de los lobos blancos encima del nogal. Era, por tanto, un estallido directo de la angustia frente a aquella actitud femenina ante el varón de la cual primero se había protegido mediante la sublimación religiosa y pronto lo haría mediante la sublimación militar, todavía más eficaz.

Pero sería un gran error suponer que tras la cancelación de los síntomas obsesivos no quedaron como secuela efectos permanentes de la neurosis obsesiva. El proceso había llevado a un triunfo de la fe beata sobre la rebelión de la crítica investigadora y había tenido como premisa la represión de la actitud homosexual. De ambos factores resultaron desventajas permanentes. Desde esta primera gran derrota, el quehacer intelectual quedó gravemente dañado. No se desarrolló ningún celo por aprender, ya no se evidenció nada de aquella agudeza que a la tierna edad de cinco años había pulverizado críticamente las doctrinas de la religión. La represión de la homosexualidad hiperintensa, represión sobrevenida en el curso de aquel sueño angustioso, reservó esa sustantiva moción para lo inconciente; así la conservó en su postura-meta originaria y la sustrajo de todas las sublimaciones a que de ordinario ella se ofrece. Por eso al paciente le faltaron todos los intereses sociales que dan contenido a la vida. Sólo cuando en la cura analítica consiguió soltar ese encadenamiento a la homosexualidad pudo mejorar el estado de cosas, y fue harto asombroso vivenciar cómo —sin indicación directa del médico— cada fragmento liberado de la libido homosexual buscaba emplearse en la vida y adherirse a los grandes asuntos comunes de la humanidad.

VII. Erotismo anal y complejo de castración

Ruego al lector recordar que obtuve esta historia de una neurosis infantil como subproducto, por así decir, en el curso del análisis de una enfermedad contraída en la madurez. Por eso debí componerla a partir de unos jirones todavía menores de los que suele tener a su disposición la síntesis. Este trabajo, no difícil en lo demás, encuentra un límite natural donde se trata de confinar en el plano de la descripción una figura multidimensional. Debo conformarme por eso con presentar eslabones que el lector pueda reunir en un todo viviente. La neurosis obsesiva descrita nació, como lo destaqué repetidas veces, sobre el terreno de una constitución sádico-anal. Pero hasta aquí sólo tratamos de un factor principal: el sadismo y sus trasmudaciones. Adrede se omitió todo lo atinente al erotismo anal; ahora supliremos esa falta presentándolo reunido.

Los analistas están de acuerdo desde hace tiempo en que las múltiples mociones pulsionales que se resumen bajo la designación de *erotismo anal* poseen una extraordinaria significación, que nunca se estimará bastante, para el edificio de la vida sexual y de la actividad anímica en general. También, en que una de las exteriorizaciones más importantes del erotismo trasformado oriundo de esa fuente se presenta en el tratamiento del dinero,[1] esa sustancia valiosa que en el curso de la vida ha atraído hacia sí el interés psíquico que originariamente correspondía a la caca, el producto de la zona anal. Nos hemos habituado a reconducir al placer excremental el interés por el dinero en la medida en que es de naturaleza libidinosa y no acorde a la *ratio*, y a exigir del hombre normal que despeje de todo influjo libidinoso sus relaciones con el dinero y las regle según miramientos objetivos.

En nuestro paciente, en la época de su neurosis posterior, esta relación se encontraba perturbada en medida particularmente enojosa, y no era el factor que menos contribuía

[1] [Véase al respecto el escrito de Freud «Carácter y erotismo anal» (1908*b*).]

a su heteronomía y su incapacidad para vivir. La herencia de su padre y de un tío lo habían vuelto muy rico, era manifiesto que atribuía gran valor a ser tenido por rico y podía ofenderse mucho si se lo menospreciaba en ese terreno. Pero no sabía cuánto poseía, ni lo que gastaba ni lo que conservaba. Era difícil decir si debía llamárselo avaro o derrochador. Se comportaba ora como lo uno, ora como lo otro, pero nunca de una manera que pudiera indicar un propósito consecuente. De acuerdo con algunos rasgos llamativos que más adelante consignaré, pude tenerlo por un ostentoso endurecido que veía en la riqueza el mayor mérito de su persona y ni siquiera dejaba un sitio a los intereses afectivos junto a los monetarios. Sin embargo, no estimaba a los demás por su riqueza y en muchas oportunidades se mostraba más bien modesto, solícito y compasivo. Es que el dinero se había sustraído de su manejo conciente y significaba para él otra cosa.

Ya señalé (pág. 22) que me pareció muy sospechosa la manera en que se consoló de la pérdida de su hermana, que había pasado a ser su mejor camarada en los últimos años: «Ahora no necesito compartir con ella la herencia paterna», fue su reflexión. Acaso todavía más notable fue la calma con que pudo referirlo, como si no se percatara de la rudeza de sentimientos así confesada. Por cierto que el análisis lo rehabilitó mostrándole que el dolor por su hermana no había hecho sino experimentar un desplazamiento, pero ello volvía aún menos comprensible que hubiera pretendido hallar en el enriquecimiento un sustituto para su hermana.

Su comportamiento en otro caso le pareció a él mismo enigmático. Tras la muerte del padre, la fortuna que dejaba fue dividida entre él y su madre. Ella la administraba y, como él mismo convenía, atendía a todas sus exigencias de dinero de una manera intachable y liberal. No obstante, cada charla entre ellos sobre asuntos de dinero solía terminar en violentísimos reproches de parte de él: que ella no lo amaba, que quería mezquinarle y que probablemente preferiría verlo muerto para disponer sola del dinero. Entonces la madre protestaba llorando su desinterés, él se avergonzaba y podía asegurar con derecho que no pensaba nada de eso, pero estaba seguro de repetir esa misma escena en la siguiente oportunidad.

Que para él, mucho antes del análisis, las heces tenían el significado de dinero es algo que resulta de numerosas contingencias, de las que comunicaré dos. En una época en que el intestino no intervenía aún en su afección, visitó cierta vez a un primo pobre en una gran ciudad. Luego de

marcharse se reprochó no haber socorrido a este pariente con dinero, y acto seguido tuvo «quizá los más intensos pujos de su vida». Dos años después legó efectivamente a ese primo una renta. El otro caso: a los 18 años, mientras se preparaba para el examen de bachillerato, visitó a un colega y convino con él lo que la común angustia de ser reprobado {*durchfallen*}[2] en el examen les sugirió como aconsejable. Resolvieron sobornar al bedel; desde luego, su parte en la suma a entregar era la mayor. En el camino de regreso a su casa pensó que de buena gana daría aún más si aprobara, si no le pasara nada en el examen, y efectivamente le pasó otro accidente [3] cuando aún no había traspuesto las puertas de su casa.

Ya estamos preparados para enterarnos de que en su posterior neurosis lo aquejaron unas perturbaciones de la función intestinal muy rebeldes, si bien fluctuaban a raíz de diversas ocasiones. Cuando comenzó el tratamiento conmigo se había acostumbrado a lavativas que le aplicaba un acompañante; durante meses no se producían evacuaciones espontáneas a menos que le sobreviniera una repentina excitación de cierto lado, tras la cual podía producir una actividad intestinal normal durante algunos días. Su principal queja era que el mundo se le escondía tras un velo, o que él estaba separado del mundo por un velo. Este último sólo se desgarraba en el preciso momento en que las heces abandonaban el intestino a raíz de las lavativas, y entonces volvía a sentirse también sano y normal.[4]

El colega a quien derivé al paciente a fin de que dictaminara sobre su estado intestinal tuvo la perspicacia suficiente para declarar que obedecía a un condicionamiento funcional o aun psíquico, absteniéndose de una medicación activa. Por lo demás, de nada valía esta, como tampoco la dieta prescrita. En los años que duró el tratamiento analítico no se produjo ninguna evacuación espontánea (si prescindimos de aquellas influencias repentinas). El enfermo terminó por convencerse de que cualquier intervención más intensa sobre el órgano rebelde no haría sino empeorar su estado, y

[2] El paciente comunicó que en su lengua materna no existe el {otro} uso notorio que se da en alemán a la expresión «*Durchfall*» para designar perturbaciones intestinales.

[3] Esta expresión tiene el mismo significado {eufemístico} en la lengua materna del paciente que en alemán {«hacerse encima»}.

[4] El efecto era idéntico si otro le administraba la lavativa o si lo hacía él mismo. [Acerca de este síntoma de «enajenación», véase la carta de Freud a Romain Rolland sobre «Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis» (1936*a*), *AE*, **22**, pág. 218.]

se limitó a forzar evacuaciones una o dos veces a la semana mediante lavativas o purgas.

A raíz del comentario sobre las perturbaciones intestinales he concedido al posterior estado patológico del paciente mayor espacio del que le correspondería de acuerdo con el plan de este trabajo, que se ocupa de su neurosis de la infancia. Dos razones fueron decisivas para ello; en primer lugar, que la sintomatología intestinal en verdad se había prolongado con pocos cambios desde la neurosis infantil hasta la posterior y, en segundo lugar, que le cupo un papel principal en la terminación del tratamiento.

Es conocida la significación de la duda para el médico que analiza una neurosis obsesiva.[5] Es el arma más potente del enfermo, el medio predilecto de su resistencia. Merced a esta duda pudo también nuestro paciente, atrincherado tras una respetuosa indiferencia, hacer que durante años le resbalasen los empeños de la cura. Nada cambiaba y no se hallaba ningún camino para convencerlo. Por fin discerní el valor de la perturbación intestinal para mis propósitos; ella representaba {*repräsentieren*} el pequeño fragmento de histeria que regularmente se encuentra en el fondo de una neurosis obsesiva.[6] Prometí al paciente el pleno restablecimiento de su actividad intestinal; mediante esta declaración conseguí que su incredulidad se expresara francamente, y tuve luego la satisfacción de ver disiparse su duda cuando el intestino empezó a «entrometerse» {*mitsprechen*} * [7] en el trabajo, y en el curso de unas pocas semanas recobró su función normal, durante tanto tiempo menoscabada.

Ahora vuelvo a la infancia del paciente, a una época en que era imposible que para él la caca tuviera el significado de dinero.

Perturbaciones intestinales le sobrevinieron muy temprano, sobre todo la más frecuente y la más normal para el niño: la incontinencia. Pero sin duda acertaremos desautorizando una explicación patológica para estos sucesos tempranísimos y viendo en ellos sólo una prueba de su propósito de no permitir que le estropeasen o impidiesen el placer asociado a la función defecatoria. Un intenso gusto por chis-

[5] [Cf. el historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, **10**, págs. 188-90.]

[6] [Esto ya había sido afirmado por Freud en su segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896*b*), *AE*, **3**, pág. 169, y volvió a referirse a ello en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, pág. 108.]

* {Literalmente, «intervenir en la conversación».}

[7] [La expresión se remonta a *Estudios sobre la histeria* (1895*d*), *AE*, **2**, pág. 301.]

tes y mostraciones anales, como el que de ordinario corresponde a la natural grosería de muchas clases de la sociedad, se había conservado en él hasta el comienzo de la afección posterior.

En la época de la gobernanta inglesa ocurrió repetidas veces que él y la ñaña debieron compartir el dormitorio de la odiada. La ñaña comprobó luego con perspicacia que justamente esas noches él se hacía en la cama, cosa que ya no solía ocurrirle. Y no se avergonzaba de ello; era una exteriorización del desafío a la gobernanta.

Un año después (a los 4 ½ años), en el período de la angustia, le ocurrió ensuciarse de día los calzones. Se avergonzó terriblemente y, cuando lo limpiaban, se lamentó: «Así no puedo vivir más». Algo se había alterado entretanto, sobre cuya pista nos puso la persecución de su queja. Se averiguó que repetía de otra persona las palabras «Así no puedo vivir más». En alguna ocasión [8] la madre lo había llevado consigo mientras acompañaba hasta la estación ferroviaria al médico que le había hecho una visita. En el trayecto ella se quejó de sus dolores y hemorragias, y se desahogó con esas mismas palabras: «Así no puedo vivir más», sin sospechar que el niño a quien llevaba de la mano las guardaría en su memoria. Esa queja, que por otra parte él estaba destinado a repetir incontables veces en su posterior enfermedad, significaba entonces una... identificación con la madre.

Pronto se introdujo en el recuerdo un eslabón intermedio entre ambos sucesos, un eslabón que faltaba en cuanto al tiempo y al contenido. Cierta vez, al comienzo de su período de angustia, la preocupada madre impartió advertencias para prevenir que los niños contrajeran la disentería que había aparecido en las inmediaciones de la finca. El averiguó de qué se trataba, y cuando le dijeron que en la disentería se encontraba sangre en las heces se angustió mucho y sostuvo que también en sus excrementos había sangre; tuvo miedo de morir de disentería, pero se dejó convencer, por el examen, de que se había equivocado y no tenía nada que temer. Comprendemos que lo que quería abrirse paso en esta angustia era la identificación con la madre, de cuyas hemorragias había escuchado en la conversación de ella con el médico. En el posterior intento de identificación (a los 4 ½ años) había dejado de lado la sangre; ya no lo entendía, creía avergon-

[8] No se determinó con más precisión cuándo ocurrió, pero sin duda fue antes del sueño angustioso de los 4 años, y probablemente antes del viaje de los padres.

zarse y no sabía que estaba sacudido por una angustia de muerte que, no obstante, se traslucía inequívocamente en su queja.

La madre, con su afección hipogástrica, sentía en esa época gran angustia por sí misma y sus hijos; es perfectamente probable que el estado de angustia de él, además de sus motivos propios, encontrara un apoyo en la identificación con la madre.

Ahora bien, ¿qué significado podría tener la identificación con la madre?

Entre el empleo atrevido de la incontinencia a los 3 ½ años y el horror a ella a los 4 ½ años se sitúa el sueño con que empezó su período de angustia, el sueño que le permitió entender con efecto retardado {*nachträglich*} la escena vivenciada cuando tenía 1 ½ año y que esclareció el papel de la mujer en el acto sexual. Era evidente que el cambio en su conducta hacia la defecación podía relacionarse con esa gran subversión. Para él fue sin duda «disentería» el nombre de la enfermedad de que había oído quejarse a la madre, esa enfermedad con la que uno no podía vivir; él no la consideraba enferma del hipogastrio, sino del intestino. Bajo el influjo de la escena primordial se le reveló este nexo: la madre había enfermado por lo que el padre hacía con ella,[9] y su angustia de tener sangre en las heces, de estar enfermo lo mismo que la madre, era la desautorización {*Ablehnung*} de la identificación con la madre en aquella escena sexual, la misma desautorización con la que había despertado del sueño. Ahora bien, la angustia era también la prueba de que en la posterior elaboración de la escena primordial se había puesto en el lugar de la madre, le había envidiado este vínculo con el padre. El órgano en que podía exteriorizarse la identificación con la mujer, la actitud homosexual pasiva hacia el varón, era la zona anal. Entonces las perturbaciones en la función de esa zona habían cobrado el significado de unas mociones de ternura femenina, y lo conservaron también durante la enfermedad posterior.

En este punto tenemos que prestar oídos a una objeción cuyo examen puede contribuir mucho a aclarar esta situación en apariencia confusa. Tenemos que suponer, en efecto, que en el curso del proceso onírico comprendió que la mujer era castrada, tenía en lugar del miembro masculino una herida que servía para el comercio sexual; que la castración era la condición de la feminidad, y por causa de esta amenazadora pérdida él había reprimido la actitud femenina

9 En esto es probable que no se equivocara.

hacia el varón y había despertado con angustia de la ensoñación homosexual. ¿Cómo se concilia esta inteligencia del comercio sexual, este reconocimiento de la vagina, con la elección del intestino para identificarse con la mujer? ¿No descansan los síntomas intestinales en la concepción, probablemente más antigua, de que el recto es el lugar del comercio sexual, concepción que contradice por completo a la angustia de castración?

Sin duda; esta contradicción existe y ambas concepciones no se concilian entre sí. Sólo que cabe preguntarse si hace falta que se concilien. Nuestra extrañeza proviene de que siempre nos inclinamos a tratar los procesos anímicos inconcientes como a los concientes, olvidando las profundas diferencias entre ambos sistemas psíquicos.

Cuando la espera excitada del sueño de Navidad le presentó como por arte de magia la imagen del comercio sexual otrora observado (o construido) de los padres, sin duda emergió primero la antigua concepción según la cual el lugar del cuerpo de la mujer que recibía al miembro era el ano. ¿Qué otra cosa podría haber creído cuando fue espectador de esa escena al 1 ½ año?[10] Pero entonces sobrevino lo nuevo, teniendo él cumplidos ya los 4 años. Las experiencias que había hecho a partir de ese momento, las alusiones a la castración que había escuchado, despertaron y pusieron en duda la «teoría de la cloaca», le arrimaron el discernimiento de la diferencia entre los sexos y del papel sexual de la mujer. Se comportó entonces como suelen hacerlo los niños a quienes se da un esclarecimiento indeseado —sexual o de otra clase—. Desestimó lo nuevo —en nuestro caso por motivos derivados de la angustia frente a la castración— y se atuvo a lo antiguo. Se decidió en favor del intestino y contra la vagina, de la misma manera y por los mismos motivos que más tarde tomó partido contra Dios y en favor de su padre. El nuevo esclarecimiento fue rechazado, la antigua teoría fue conservada; esta última bien pudo prestar el material para la identificación con la mujer, emergida luego como angustia ante la muerte intestinal, y para los primeros escrúpulos religiosos sobre si Cristo había tenido trasero, etc. No es que la nueva intelección no surtiera efecto alguno; todo lo contrario, desplegó un efecto extraordinariamente intenso, convirtiéndose en el motivo para mantener en la represión {esfuerzo de desalojo} el proceso onírico íntegro y excluirlo de un posterior procesamiento conciente. Pero con esto su efecto quedó agotado; no tuvo influjo ninguno

[10] O mientras no entendió el coito de los perros.

sobre la decisión del problema sexual. Era por cierto una contradicción que a partir de ese momento una angustia de castración pudiera subsistir junto a la identificación con la mujer por medio del intestino, pero era sólo una contradicción lógica, lo cual no significa mucho. El proceso entero se torna así más bien característico del modo en que trabaja el inconciente. Una represión {*Verdrängung*} es algo diverso de una desestimación {*Verwerfung*}.

Cuando estudiamos la génesis de la fobia al lobo perseguimos el efecto de la nueva intelección del acto sexual; ahora, cuando indagamos las perturbaciones de la actividad intestinal, nos encontramos en el terreno de la antigua teoría de la cloaca. Esos dos puntos de vista permanecen separados entre sí por un estadio de represión. La actitud femenina hacia el varón, rechazada por el acto represivo, se repliega por así decir a la sintomatología intestinal y se exterioriza en las frecuentes diarreas, estreñimientos y dolores intestinales de los años infantiles. Las posteriores fantasías sexuales que se edifican sobre la base de un conocimiento sexual correcto pueden ahora exteriorizarse de manera regresiva como unas perturbaciones intestinales. Pero no lo comprenderemos hasta no haber descubierto el cambio de significado de la caca desde los primeros días de su infancia.[11]

En un pasaje anterior [pág. 37] dejé entrever que me había reservado un fragmento del contenido de la escena primordial; ahora puedo completarlo. El niño interrumpió al fin el estar-juntos de sus padres mediante una evacuación que le dio motivo para berrear. Respecto de la crítica de este complemento es válido todo cuanto sometí a examen acerca del restante contenido de la misma escena. El paciente aceptó este acto final construido por mí y pareció corroborarlo mediante una «formación de síntoma pasajera». Otro complemento que le propuse —a saber, que descontento con la perturbación el padre dio rienda suelta a su disgusto insultándolo— debió ser abandonado. El material del análisis no reaccionó a él.

El detalle que acabo de agregar no puede ser colocado, desde luego, en una misma línea con el restante contenido de la escena. Lo que está en juego en él no es una impresión de afuera cuya repetición cupiese esperar en tantísimos signos posteriores, sino una reacción del niño mismo. Nada cambiaría en toda la historia si esa exteriorización hubiera sido

[11] Cf. «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal» (1917*c*) [*infra*, págs. 113 y sigs.; aunque dicho trabajo se publicó antes que el presente historial, probablemente fue escrito después.]

interceptada en ese momento o se la hubiera introducido desde un momento posterior en el proceso de la escena. Empero, su concepción no es dudosa. Significa un estado de excitación de la zona anal (en el sentido más lato). En otros casos de parecida índole la observación del comercio sexual terminó con una micción; un hombre adulto habría registrado una erección en iguales circunstancias. Que nuestro muchachito produjera una evacuación del intestino como signo de su excitación sexual debe apreciarse como un carácter de su constitución sexual congénita. Adopta enseguida una actitud pasiva, y después se muestra más inclinado a identificarse con la mujer que con el hombre.

Emplea entonces el contenido del intestino como cualquier otro niño, en uno de sus significados primeros y más originarios. La caca es el primer *regalo*, la primera ofrenda de la ternura del niño; es una parte del cuerpo propio de la que uno se despoja, pero sólo en favor de una persona amada.[12] El empleo que en nuestro caso le dio el niño de 3 ½ años como desafío a la gobernanta no es más que la vuelta hacia lo negativo {*negative Wendung*} de este primer significado de regalo. El *grumus merdae* que los asaltantes dejan en el lugar del hecho parece significar ambas cosas: la burla y un resarcimiento de expresión regresiva. Siempre que se ha alcanzado un estadio superior, el anterior puede seguir hallando empleo en el sentido degradado negativamente. La represión {esfuerzo de desalojo} se expresa en la relación de oposición.[13]

En un estadio posterior del desarrollo sexual la caca cobra el significado del *hijo*. En efecto, el hijo es parido por el ano como las heces. El significado de la caca como regalo admite fácilmente esta mudanza. El lenguaje usual designa al hijo como un «regalo»; la mujer enuncia con más frecuencia haber «regalado un hijo» al varón, pero en el uso del incon-

[12] Es fácil comprobar, creo, que los lactantes sólo ensucian con sus excrementos a personas a quienes conocen y aman; los extraños no merecen esa distinción de su parte. En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*) [*AE*, **7**, págs. 168-70] consigné el primerísimo empleo de la caca para la estimulación autoerótica de la mucosa intestinal; ahora avanzamos hasta inteligir que para la defecación se vuelve decisivo el miramiento por un objeto a quien el niño obedece o quiere agradar. Esta relación prosigue luego, puesto que también el niño de más edad sólo admite ser sentado a la bacinilla o socorrido al orinar por ciertas personas privilegiadas, en lo cual entran en cuenta, además, otros propósitos de satisfacción.

[13] En el inconciente, como sabemos, no existe el «No», y no hay distinción entre los opuestos. La negación sólo es introducida por el proceso de la represión. [Cf. «Lo inconciente» (1915*e*), sección V, y el posterior trabajo sobre «La negación» (1925*h*).]

diente se toma en cuenta con derecho el otro lado de la relación, a saber, que la mujer ha «recibido» {*empfangen*, «concebido»} el hijo como regalo del varón.

El significado «dinero» de la caca es otra ramificación del significado «regalo».

Ahora revela su sentido más profundo el temprano recuerdo encubridor de nuestro enfermo: que produjo un primer ataque de furia porque no le hicieron bastantes regalos para Navidad. Lo que echaba de menos era la satisfacción sexual, que había concebido analmente. Ya antes del sueño su investigación sexual estaba preparada, y en el curso del proceso onírico había aprehendido {*begreifen*} que el acto sexual resolvía el enigma del origen de los bebés. Desde antes del sueño, nunca le gustaron los bebés. Cierta vez halló a un pajarito, todavía sin plumas, que había caído del nido; lo tuvo por un hombre pequeñito y le causó horror. El análisis demostró que para él todos los animales pequeños, orugas, insectos, sobre quienes descargaba su furia, tenían el significado de bebés.[14] Su relación con su hermana, mayor que él, le había dado abundante ocasión para meditar sobre el vínculo de los niños mayores con los menores; como la ñaña cierta vez le dijo que su madre lo amaba tanto porque era el menor, tenía un comprensible motivo para desear que no le sucediese un hermanito. La angustia ante ese bebé se reanimó luego bajo el influjo del sueño que le presentó el comercio entre los padres.

Debemos agregar entonces una nueva corriente sexual a la que ya conocemos; como la otra, parte de la escena primordial reproducida en el sueño. En la identificación con la mujer (con la madre) está dispuesto a regalar un hijo al padre, y tiene celos de la madre que ya lo ha hecho y acaso volverá a hacerlo.

Por el rodeo del común punto de partida en el significado «regalo», el dinero puede ahora atraer hacia sí el significado «hijo» y de ese modo asumir la expresión de la satisfacción femenina (homosexual). Este proceso se consumó en nuestro paciente cierta vez que ambos hermanos se encontraban internados en un sanatorio alemán y vio que el padre entregaba a su hermana dos suculentos cheques bancarios. En su fantasía, siempre había sospechado de su padre en relación con su hermana; en ese momento se despertaron sus celos, y cuando estuvieron solos se precipitó hacia su hermana exigiéndole su participación en el dinero,

[14] Lo mismo las sabandijas, que en sueños y fobias suelen hacer las veces de niños pequeños.

con tal arrebato y tales reproches que ella llorando le entregó todo. No había sido sólo el dinero real lo que lo irritó; mucho más fue el hijo, la satisfacción sexual anal de parte del padre. De esta pudo consolarse luego cuando —aún en vida del padre— murió su hermana. La sublevante idea que le acudió ante la noticia de su muerte [pág. 68] no significaba en verdad sino esto: «Ahora soy el único hijo, ahora el padre tiene que amarme a mí solo». Pero el trasfondo homosexual de esta reflexión enteramente susceptible de conciencia era tan insoportable que, sin duda con un gran alivio, se posibilitó su disfraz en roñosa {*schmutzig*} avaricia.

Algo parecido ocurría cuando tras la muerte del padre dirigió a su madre esos injustos reproches: que quería defraudarlo con el dinero, que amaba más al dinero que a él [pág. 68]. Los antiguos celos por el hecho de que hubiera amado a otro hijo, la posibilidad de que deseara otro hijo después de él, lo compelieron a inculpaciones cuya falta de asidero él mismo discernía.

Ahora se nos aclara, por ese análisis del significado de las heces, que los pensamientos obsesivos que lo forzaban a conectar a Dios con la caca significaban algo diverso del insulto por el cual él los tenía. Eran, más bien, genuinos resultados de compromiso en los que participaba tanto una corriente tierna, de entrega, como una hostil, insultante. «Dios-caca» era probablemente una abreviación de un ofrecimiento que suele oírse también en forma no abreviada. «Cagarse en Dios» {«*Auf Gott scheissen*»}, «Cagarle algo a Dios» {«*Gott etwas scheissen*»}, significa también regalarle un hijo, hacerse regalar por él un hijo. El antiguo significado de «regalo», degradado negativamente, y el significado de «hijo» desarrollado después desde él están unidos entre sí en las palabras obsesivas. En el segundo se expresa una ternura femenina, la disposición a renunciar a la masculinidad propia si a cambio uno puede ser amado como mujer. Es precisamente aquella moción contra Dios que se expresa con palabras inequívocas en el sistema delirante del paranoico *Senatspräsident* Schreber.[15]

Cuando luego informe acerca de la última solución de un síntoma en mi paciente, se podrá mostrar otra vez cómo la perturbación intestinal se había puesto al servicio de la corriente homosexual y expresaba la actitud femenina hacia el padre. Un nuevo significado de la caca está destinado ahora

15 [«Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente» (Freud, 1911*c*), sección I.]

a allanarnos el camino para considerar el complejo de castración.

La columna de heces, en la medida en que estimula la membrana intestinal erógena, desempeña el papel de un órgano activo para esta última, se comporta como el pene hacia la membrana vaginal y deviene, por así decir, precursora de aquel en la época de la cloaca. La entrega de la caca en favor de (por amor de) otra persona se convierte a su vez en el arquetipo de la castración, es el primer caso de renuncia a una parte del cuerpo propio[16] para obtener el favor de un otro amado. En consecuencia, al amor —en lo demás, narcisista— por su pene no le falta una contribución desde el erotismo anal. La caca, el hijo, el pene, dan así por resultado una unidad, un concepto inconciente —*sit venia verbo*—, el de lo pequeño separable del cuerpo. Por estas vías de conexión pueden consumarse desplazamientos y refuerzos de la investidura libidinal que revisten significación para la patología y son descubiertos por el análisis.

Nos ha devenido notoria la inicial toma de posición de nuestro paciente frente al problema de la castración. La desestimó y se atuvo al punto de vista del comercio por el ano. Cuando dije que la desestimó, el significado más inmediato de esta expresión es que no quiso saber nada de ella siguiendo el sentido de la represión {esfuerzo de desalojo}. Con ello, en verdad, no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera. Ahora bien, esta actitud no puede ser la definitiva, ni siquiera podía seguir siéndolo en los años de su neurosis infantil. Después se encuentran buenas pruebas de que él había reconocido la castración como un hecho. Se había comportado también en este punto como era característico de su naturaleza, lo cual por otra parte nos dificulta muchísimo tanto la exposición como la empatía. Primero se había revuelto y luego cedió, pero una reacción no había cancelado a la otra. Al final subsistieron en él, lado a lado, dos corrientes opuestas, una de las cuales abominaba de la castración, mientras que la otra estaba pronta a aceptarla y consolarse con la feminidad como sustituto. La tercera corriente, más antigua y profunda, que simplemente había desestimado la castración, con lo cual no estaba todavía en cuestión el juicio acerca de su realidad objetiva, seguía siendo sin duda activable. Justo de este paciente he referido en otro lugar[17]

[16] El niño trata a la caca enteramente como una parte de su cuerpo.
[17] «Acerca del *fausse reconnaissance* (*"déjà raconté"*) en el curso del trabajo psicoanalítico» (1914*a*) [*AE*, **13**, pág. 210].

una alucinación que tuvo a los 5 años, sobre la cual sólo he de agregar aquí un breve comentario:

«Tenía cinco años; jugaba en el jardín junto a mi niñera y tajaba con mi navaja la corteza de uno de aquellos nogales que también desempeñan un papel en mi sueño.[18] De pronto noté con indecible terror que me había seccionado el dedo meñique de la mano (¿derecha o izquierda?), de tal suerte que sólo colgaba de la piel. No sentí ningún dolor, pero sí una gran angustia. No me atreví a decir nada al aya, distante unos pocos pasos; me desmoroné sobre el banco inmediato y permanecí ahí sentado, incapaz de arrojar otra mirada al dedo. Al fin me tranquilicé, miré el dedo, y entonces vi que estaba completamente intacto».

Sabemos que a los 4 ½ años, tras el relato de la historia sagrada, se inició en él aquella intensa labor de pensamiento que desembocó en la beatería obsesiva. Tenemos entonces derecho a suponer que esta alucinación cayó en la época en que se decidió a reconocer la realidad objetiva de la castración, y acaso estuvo destinada a marcar precisamente ese paso. Tampoco la pequeña rectificación del paciente [cf. *n.* 18] carece de interés. Si alucinó la misma escalofriante vivencia que Tasso, en *Jerusalén liberada*, refiere de su héroe Tancredo,[19] se justifica sin duda la interpretación de que también para mi pequeño paciente el árbol significaba una mujer. Con sus actos, pues, jugaba al padre y relacionaba las hemorragias de la madre, que le eran familiares, con la castración de las mujeres, por él discernida: con «la herida».

La incitación para la alucinación del dedo seccionado se la proporcionó, como él informó luego, el relato acerca de un pariente que naciera con seis dedos en un pie y a quien al poco tiempo le cortaron ese miembro supernumerario con un segur. Entonces, las mujeres no tenían pene porque se lo habían quitado al nacer. Por este camino aceptó en la época de la neurosis obsesiva lo que ya había averiguado en el curso del proceso onírico y que en ese momento arrojó de sí

18 Cf. «Materiales del cuento tradicional en los sueños» (1913*d*). Rectificación en un relato posterior: «Creo que no tajaba el árbol. Eso es una confusión con otro recuerdo, que sin duda tiene que haber sido falseado por vía alucinatoria: que yo hacía en un árbol un corte con el cuchillo y entonces manaba *sangre* del árbol».

19 [El alma de Clorinda, la amada de Tancredo, estaba presa en un árbol; ignorante de ello, Tancredo descargó su espada sobre el árbol y manó sangre. Esta historia es narrada por Freud con más detalle, en relación con la «compulsión de repetición», en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, pág. 22.]

{*von sich weisen*} por vía de represión. Tampoco pudo permanecerle desconocida la circuncisión ritual de Cristo, así como de los judíos en general, durante la lectura de la historia sagrada y las pláticas sobre ella.

Es indudable que hacia esa época el padre había devenido para él aquella persona terrible de quien amenaza la castración. El Dios cruel con quien luchaba entonces, que deja a los hombres volverse culpables {*der die Menschen schuldig werden lassen*} para luego castigarlos, que había sacrificado a su hijo y a los hijos de los hombres, reproyectaba {*zurückwerfen*} su carácter sobre el padre, a quien, por otra parte, él procuraba defender de ese Dios. El varoncito tiene que cumplir aquí un esquema filogenético y lo lleva a cabo aunque sus vivencias personales no armonicen con él. Las amenazas o indicios de castración que había experimentado partieron más bien de mujeres,[20] pero ello no pudo demorar largo tiempo el resultado final. En definitiva pasó a ser el padre, a pesar de todo, aquel de quien temía la castración. En este punto la herencia prevaleció sobre el vivenciar accidental; en la prehistoria de la humanidad era sin duda el padre quien ejecutaba la castración como castigo, atemperándola más tarde en circuncisión. Por otra parte, a medida que en el circuito del proceso de la neurosis obsesiva avanzaba en la represión de la sensualidad,[21] tanto más natural debió resultarle dotar al padre, genuino subrogador del quehacer sensual, de tales malos propósitos.

La identificación del padre con el castrador[22] adquirió sustantividad como la fuente de una intensa hostilidad inconciente hacia él, acrecentada hasta el deseo de muerte, y también como la fuente de los sentimientos de culpa sobrevenidos a modo de reacción. Empero, hasta aquí su comportamiento era normal, es decir, similar al de cualquier neurótico poseído por un complejo de Edipo positivo. Lo asombroso era que también en este punto existía en él una contracorriente en que el padre era más bien el castrado y como tal provocaba su compasión.

[20] Ya sabemos esto con respecto a la ñaña, y lo averiguaremos después acerca de otra mujer.

[21] Véanse los datos que lo documentan en la página 64.

[22] Entre los más torturantes, pero también más grotescos, síntomas de su padecimiento posterior se contaba su relación con cada... sastre a quien encargaba un traje: su respeto y su intimidación ante esa alta persona, sus intentos de granjearse su simpatía mediante propinas desmedidas, y su desesperación por el resultado del trabajo, comoquiera que saliese este. [«Sastre» es en alemán «*Schneider*»; literalmente, «cortador». Recuérdese que fue un sastre el que arrancó al lobo su rabo (págs. 30-1).]

A raíz del análisis del ceremonial de la respiración a la vista de tullidos, pordioseros, etc., pude mostrar que también este *síntoma* se remontaba al padre, que le había causado pena en su condición de enfermo cuando lo visitó en el sanatorio [pág. 63]. El análisis permitió seguir un poco más atrás ese hilo. En época muy temprana, probablemente antes todavía de la seducción (3 ¼ años), había en la finca un pobre jornalero encargado de llevar el agua a la casa. No podía hablar, supuestamente porque le habían cortado la lengua. Es probable que se tratara de un sordomudo. El pequeño lo amaba mucho y le tenía sincera lástima. Cuando murió, lo buscaba en el cielo.[23] Ese fue, pues, el primero de los tullidos por quien sintió compasión; de acuerdo con la trabazón y la secuencia dentro del análisis, sin duda alguna se trataba de un sustituto del padre.

El análisis le hizo seguir el recuerdo de otros sirvientes que le resultaron simpáticos; de ellos destacaba su condición de enfermos o de *judíos* (¡circuncisión!). También el lacayo que lo ayudó a limpiarse en su accidente a los 4 ½ años [pág. 71] era judío y tísico, y gozaba de su compasión. Todas estas personas se sitúan en la época anterior a la visita al padre en el sanatorio, vale decir, antes de la formación del síntoma, que estaba más bien destinado, mediante el acto de espirar, a mantener alejada una identificación con las personas objeto de lástima. Entonces el análisis, a la rastra de un sueño, se volvió de pronto hacia atrás, hacia la prehistoria, y le hizo formular la afirmación de que en el coito de la escena primordial había observado la desaparición del pene, y por eso compadeció al padre y se alegró por la reaparición de lo que creía perdido. Vale decir, una nueva moción de sentimientos que partía también de esa escena. El origen narcisista de la compasión, que la palabra misma atestigua,* es aquí por lo demás totalmente inequívoco.

[23] En este contexto señalo la existencia de sueños posteriores al angustioso, pero que ocurrieron todavía en la primera finca y figuraban la escena del coito como un proceso entre cuerpos celestes.

* {En alemán, «*Mitleid*», que evoca —como en castellano— «sufrir (uno mismo) con».}

VIII. Complementos desde el tiempo primordial. Solución

En muchos análisis sucede que al acercarse el final emerge de pronto un nuevo material mnémico que hasta entonces se había mantenido cuidadosamente oculto. O una vez se deja caer una observación de poca monta, en un tono indiferente, como si fuera algo superfluo; otra vez se le agrega algo que hace aguzar los oídos del médico, y por fin se discierne en ese jirón menospreciado de recuerdo la clave de los más importantes secretos que la neurosis del enfermo ocultaba bajo su disfraz.

Muy al comienzo mi paciente me había referido un recuerdo de la época en que su conducta díscola solía volcarse en angustia. Perseguía una bella mariposa, grande, veteada de amarillo, cuyas grandes alas terminaban en prolongaciones puntiagudas —era, pues, un macaón [cf. págs. 16-7]—. De pronto, cuando la mariposa se hubo posado sobre una flor, lo sobrecogió una terrible angustia ante el animal, y salió disparado dando gritos.

Este recuerdo retornaba de tiempo en tiempo en el análisis y pedía una explicación que por un lapso considerable no recibió. De antemano cabía suponer, por cierto, que un detalle así no había conservado un sitio en la memoria por su propio valor, sino como un recuerdo encubridor que subrogaba algo más importante con lo cual se enlazaría de algún modo. Cierto día dijo que «mariposa» se llamaba en su lengua «*bábushka*», mamaíta; y que en general las mariposas le parecían como unas mujeres o unas niñas y los escarabajos y orugas como unos muchachos. Entonces era forzoso que en aquella escena de angustia se hubiera despertado el recuerdo de una persona del sexo femenino. No quiero callar que en ese momento propuse la posibilidad de que las vetas amarillas de la mariposa recordaran parecidas rayas del vestido de una mujer. Lo hago sólo para mostrar con un ejemplo cuán insuficiente es por lo general la combinación del médico para solucionar los problemas planteados, y cuán injusto es responsabilizar a la fantasía y la sugestión del médico por los resultados del análisis.

En un contexto por entero diverso, muchos meses des-

pués, el paciente observó que el abrir y cerrar las alas la mariposa, cuando se posó, le había hecho la impresión de algo ominoso {*unheimlich*}. Habría sido como si una mujer abriera las piernas y entonces estas dibujaran la figura de una *V* romana {el número 5}, que como sabemos era la hora hacia la cual ya en su infancia, pero aún en el presente, solía sobrevenirle un talante sombrío [pág. 37].

Era una ocurrencia a la que yo nunca habría llegado, pero cobraba mayor valor considerando que la asociación ahí desnudada poseía un carácter directamente infantil. He observado a menudo que la atención de los niños es atraída por movimientos mucho más que por formas en reposo, y que suelen producir asociaciones basadas en una semejanza de movimiento que nosotros, los adultos, descuidamos o pasamos por alto.

Luego ese pequeño problema volvió a descansar por largo tiempo. Sólo consignaré la fácil conjetura de que las prolongaciones puntiagudas, o en forma de bastón, de las alas de la mariposa pudieran haber tenido un significado como símbolos genitales.

Un día emergió tímida y poco nítida una suerte de recuerdo que no podía menos que ser de época muy temprana: todavía antes del aya hubo una niñera que lo amaba mucho. Tenía el mismo nombre que su madre. Sin duda, él correspondía a su ternura. Por tanto, un primer amor ausente. Ahora bien, estuvimos de acuerdo en que algo debió de haber ocurrido ahí, que luego cobró importancia.

En otra ocasión corrigió su recuerdo. No puede haberse llamado como la madre; fue un error suyo, desde luego una prueba de que se le había entretejido en el recuerdo con la madre. Y además, por un rodeo, se le ocurre su nombre correcto. Dice que de pronto se ve precisado a pensar en un galpón de la primera finca donde se guardaba la fruta cosechada, y en una cierta clase de peras de sabor característico, grandes peras veteadas de amarillo en su cáscara. «Pera» se dice en su lengua «*grusha*», y este era también el nombre de la niñera.

Está claro entonces que tras el recuerdo encubridor de la mariposa a que dio caza se ocultaba la memoria de la niñera. Pero las vetas amarillas no estaban asentadas en el vestido de ella, sino en el de la pera, que se llamaba igual que ella. Ahora bien, ¿de dónde provenía la angustia cuando se activaba el recuerdo de ella? La combinación más inmediata, tosca, habría podido enunciar que en esa muchacha ha visto por primera vez, de niño pequeño, los movimientos de las piernas que había fijado con el signo de la *V* romana, movi-

mientos que vuelven accesibles los genitales. Nos reservamos esa combinación y esperamos ulterior material.

Y bien; pronto acudió el recuerdo de una escena, incompleto, pero preciso hasta donde se había conservado. Grusha estaba echada en el suelo, junto a ella un balde y una corta escoba de vergas atadas; él estaba ahí y ella lo embromaba o lo reprendía {*ausmachen*; también, «lo pelaba»}.

Lo que faltaba ahí pudo introducirse con facilidad desde otros lados. En los primeros meses de la cura él había contado un enamoramiento suyo, que le sobrevino compulsivamente, de una muchacha campesina de quien contrajo a los 18 años lo que le ocasionaría su enfermedad posterior.[1] Y en ese momento se había resistido de manera llamativa a comunicar el nombre de esa muchacha. Se trataba de una resistencia totalmente aislada; en lo demás obedecía sin reservas a la regla psicoanalítica fundamental. Pero aseveraba que debía avergonzarle muchísimo pronunciar ese nombre porque era puramente campesino; una muchacha de mejor posición social no lo llevaría jamás. El nombre, que finalmente se averiguó, era *Matrona*. Tenía resonancia maternal. Era evidente que la vergüenza se encontraba fuera de lugar {*deplacieren*}. No lo avergonzaba el hecho mismo de que tales enamoramientos recayeran exclusivamente en muchachas de ínfima condición; sólo lo avergonzaba el nombre. Si la aventura con Matrona pudo tener algo en común con la escena de Grusha, el avergonzarse debía hacerse remontar a aquel episodio temprano.

Otra vez había referido que lo conmovió mucho la historia de Johannes Huss* cuando tomó conocimiento de ella, y su atención quedó adherida a los haces de leña que arrastraron hasta su pira. Ahora bien, la simpatía por Huss despierta una muy determinada sospecha; la he hallado a menudo en pacientes jóvenes, y siempre pude esclarecerla de la misma manera. Uno de esos pacientes hasta había redactado una pieza dramática sobre las peripecias de Huss; empezó a escribirla el día que se le sustrajo el objeto de su enamoramiento, mantenido en secreto. Huss murió en la hoguera y, como otros que llenan esta misma condición, se convirtió en el héroe de los que antaño fueron enuréticos. Mi paciente relacionó por sí mismo los haces de leña de la pira de Huss con la escoba (haz de vergas) de la niñera.

Este material se compaginaba sin violencia para llenar las lagunas en el recuerdo de la escena con Grusha. Cuando

[1] [Una infección gonorreica. Cf. pág. 9.]
* {Teólogo y reformador checoslovaco (1369-1415).}

vio a la muchacha fregando el piso, él orinó en la habitación y acto seguido ella le formuló una amenaza de castración, ciertamente en broma.[2]

No sé si los lectores ya pueden colegir por qué he comunicado con tanto detalle este episodio de la primera infancia.[3] Establece una importante conexión entre la escena primordial y la posterior compulsión amorosa [pág. 40] que tan decisiva pasó a ser para su destino, y además introduce una condición de amor que esclarece esa compulsión.

Cuando vio a la muchacha de bruces sobre el piso, ocupada en fregarlo, arrodillada, las nalgas tendidas hacia adelante, la espalda horizontal, reencontró en ella la posición que había adoptado la madre en la escena del coito. Ella le devino madre; lo arrebató {*ergreifen*} la excitación sexual a consecuencia de la activación de aquella imagen[4] y se comportó virilmente hacia ella como el padre, cuya acción sólo pudo haber comprendido entonces como un orinar. Su acto de orinar en el piso fue en verdad un intento de seducción, y la muchacha le respondió con una amenaza de castración como si lo hubiera comprendido.

La compulsión que partía de la escena primordial se trasfirió a esta escena con Grusha y siguió produciendo efectos a través de ella. Pero la condición de amor experimentó una modificación que atestiguaba la influencia de esta segunda escena; se trasfirió de la posición de la mujer a la actividad que realizaba en esa posición. Esto se volvió evidente, por ejemplo, en la vivencia con Matrona. Paseaba él por la aldea que correspondía a la finca (a la segunda [cf. pág. 16]) y vio en la orilla de la laguna a una muchacha campesina arrodillada, atareada en lavar ropa. Al instante se enamoró de la lavandera, y con una violencia irresistible, aunque no pudo verle el rostro. Por su pose y su actividad, se le había puesto

[2] Es muy asombroso que la reacción de la vergüenza se conecte de manera tan estrecha con la micción involuntaria (tanto diurna como nocturna), y no, como uno habría esperado, también con la incontinencia intestinal. La experiencia no admite ninguna duda sobre este punto. Da que pensar, asimismo, el nexo regular entre la incontinencia de orina y el fuego. Es posible que en estas reacciones y nexos estén presentes unos precipitados de la historia cultural de la humanidad, de raíces más profundas que todo cuanto se ha conservado para nosotros por sus huellas en el mito y en el folklore. [Sobre la relación entre enuresis y fuego, véase el caso de «Dora» (1905*e*), *AE*, **7**, págs. 63-4, así como una nota al pie de *El malestar en la cultura* (1930*a*), *AE*, **21**, pág. 89, y el trabajo que Freud dedicó al tema en fecha posterior (1932*a*).]

[3] Se sitúa cerca de los 2 ½ años, entre la presunta observación del coito y la seducción.

[4] ¡Antes del sueño!

en el lugar de Grusha. Ahora comprendemos cómo el avergonzarse, referido al contenido de la escena con Grusha, pudo anudarse al nombre de Matrona.

Otro ataque de enamoramiento, ocurrido unos años antes, muestra de manera todavía más nítida el influjo compulsivo de la escena con Grusha. Una joven muchacha campesina que prestaba servicio en su casa le había gustado desde hacía ya tiempo, pero él había conseguido no aproximársele. Cierto día en que la encontró sola en la habitación lo pilló el enamoramiento. La halló de bruces sobre el piso, ocupada en fregar, balde y escoba junto a ella, vale decir, tal cual la muchacha de su infancia.

Hasta su elección de objeto definitiva, que tanta importancia cobró para su vida, se muestra dependiente —por las circunstancias que la rodearon y que no hemos de consignar aquí— de la misma condición de amor, como emisaria de la compulsión que desde la escena primordial, pasando por la escena con Grusha, gobernaba su elección amorosa. En un pasaje anterior (pág. 22) manifesté que yo sin duda reconozco en el paciente el afán de degradar el objeto de amor. Ha de reconducírselo a una reacción ante la presión de su hermana, superior a él. Pero allí prometí mostrar que ese motivo de naturaleza autónoma no ha sido la destinación única, sino que esconde un determinismo más profundo, gobernado por motivos puramente eróticos. El recuerdo de la niñera fregando el piso, por cierto degradada en su postura, trajo a la luz esa motivación. Todos los posteriores objetos de amor fueron personas sustitutivas de esa, que a su vez había devenido el primer sustituto de la madre por la contingencia de la situación. La primera ocurrencia del paciente sobre el problema de la angustia ante la mariposa puede discernirse fácilmente, con posterioridad {*nachträglich*}, como una remota alusión a la escena primordial (la hora cinco). El corroboró el nexo entre la escena con Grusha y la amenaza de castración mediante un sueño particularmente rico en sentido, que él mismo atinó a traducir. Dijo: «He soñado que *un hombre arranca las alas a una* "Espe"». «¿*Espe*?», no pude menos que preguntar; «¿qué quiere decir usted?». «Pues el insecto de vientre veteado de amarillo, capaz de picar. Debe de ser una alusión a la *grusha*, la pera veteada de amarillo». «*Wespe* {avispa}, dirá usted», pude corregirle. «¿Se llama *Wespe?* Realmente creí que se decía *Espe*». (Como tantos otros, se valía del hecho de hablar una lengua extranjera para encubrir sus acciones sintomáticas.) «Pero *Espe*, ese soy yo, S. P.» (las iniciales de

su nombre).[5] La «*Espe*» es, naturalmente, una *Wespe* mutilada. El sueño lo dice claramente: él se venga de Grusha por su amenaza de castración.

La acción del niño de 2 ½ años en la escena con Grusha es el primer efecto —llegado a nuestro conocimiento— de la escena primordial; lo figura como una copia del padre y nos permite discernir una tendencia de desarrollo en la orientación que luego merecerá el nombre de masculina. Por la seducción es esforzado a una pasividad que ciertamente ya estaba preparada por su comportamiento de espectador del comercio entre los padres.

Del historial del tratamiento debo destacar algo todavía: se tuvo la impresión de que con el dominio de la escena de Grusha, de la primera vivencia que efectivamente pudo recordar y recordó sin mi ayuda y sin mi conjetura, quedaba resuelta la tarea de la cura. A partir de ahí ya no hubo resistencias, sólo hizo falta reunir y componer. La vieja teoría del trauma,[6] que por cierto se había edificado sobre impresiones obtenidas en la terapia psicoanalítica, recuperó de golpe su vigencia. Guiado por un interés crítico, hice otro intento de imponer al paciente otra concepción de su historia, más acorde al sobrio entendimiento. Le dije que no cabía dudar de la escena con Grusha, pero que en sí y por sí no significaba nada, sino que había sido reforzada hacia atrás, por regresión, desde los sucesos de su elección de objeto, que, a consecuencia de la tendencia a degradar, se había apartado de su hermana para dirigirse a las muchachas de servicio. También le dije que su observación del coito era una fantasía de sus años posteriores, cuyo núcleo histórico bien pudo ser la observación o aun la vivencia de una inocente lavativa. Quizá muchos lectores opinen que sólo en el momento de adoptar estas hipótesis yo me acercaba a la comprensión del caso; pero el paciente me miró sin entender y algo despectivamente cuando le propuse esa concepción, y nunca volvió a reaccionar ante ella. En un pasaje anterior he expuesto mis propios argumentos contra una racionalización de esta índole. [Cf. el capítulo V.]

[Ahora bien,[7] la escena con Grusha no sólo contiene las condiciones decisivas para la posterior elección de objeto del

5 [En el alemán hablado en Austria, «*Espe*» y «*S.P.*» se pronunciarían exactamente igual.]

6 [Cf. «Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis» (1906*a*), *AE*, **7**, págs. 264 y sigs.]

7 [Los corchetes son de Freud. Cf. *supra*, pág. 9*n*.]

paciente, precaviéndonos así del error que importaría sobrestimar el valor de la tendencia a degradar a la mujer; también fue apta para justificar mi anterior proceder (pág. 57), cuando decliné defender sin reparo alguno y como la única solución posible la reconducción de la escena primordial a una observación de animales hecha poco antes del sueño. En efecto, esa escena había emergido en el recuerdo del paciente de manera espontánea y sin mi intervención. La angustia ante la mariposa veteada de amarillo, que se remontaba a ella, probaba que había tenido un contenido significativo, o que se había vuelto posible prestar con posterioridad {*nachträglich*} esa intencionalidad a su contenido. Eso significativo que faltaba en el recuerdo estaba destinado a completarse con certeza por las ocurrencias que lo acompañaron y las conclusiones que de estas se seguían. Resultó entonces que la angustia a la mariposa era en un todo análoga a la angustia al lobo: en los dos casos, angustia ante la castración; en el primero, referida a la persona que había formulado inicialmente la amenaza de castración y, en el segundo, trasladada a la otra persona en que por fuerza hallaría adherencia siguiendo el arquetipo filogenético. La escena con Grusha ocurrió a los 2 ½ años; la vivencia de angustia con la mariposa amarilla, empero, con seguridad luego del sueño angustioso. Es fácil comprender que fue el posterior acto de entender la posibilidad de la castración el que desarrolló la angustia con efecto retardado {*nachträglich*} desde la escena con Grusha; pero en sí misma esta última no contuvo nada escandaloso ni improbable, más bien unos detalles enteramente triviales de los que no había razón alguna para dudar. Nada exigía que se la recondujera a una fantasía del niño; y, por otra parte, parece muy difícil que lo fuera.

Ahora surge esta pregunta: ¿estamos autorizados a ver en el acto de orinar el niño de pie, mientras la muchacha friega el piso de rodillas, una prueba de su estado de excitación sexual? En caso afirmativo, esta excitación atestiguaría el influjo de una vivencia anterior que tanto podría ser el hecho efectivo de la escena primordial como una observación de animales anterior a los 2 ½ años. ¿O bien esa situación fue del todo inocente, la micción del niño una pura casualidad, y la escena íntegra fue sexualizada en el recuerdo sólo más tarde, luego de que se discernió la intencionalidad de situaciones parecidas?

En este punto no me atrevo a decidirme. Debo decir que ya me siento deudor con el psicoanálisis por el hecho de que haya planteado esa problemática. Pero no puedo des-

mentir que la escena con Grusha, el papel que le cupo en el análisis y los efectos que de ella partieron para la vida del paciente se explican de la manera menos forzada y más completa si se considera en este caso como una realidad objetiva la escena primordial que otras veces puede ser una fantasía. En el fondo, no asevera nada imposible; el supuesto de su realidad objetiva se concilia también por entero con el influjo incitante de las observaciones de animales a que apuntan los perros ovejeros de la imagen onírica.

Desde esta conclusión insatisfactoria paso al tratamiento del problema, que intenté en mis *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.[8] Me gustaría mucho saber si la escena primordial fue en mi paciente fantasía o vivencia real, pero remitiéndose a otros casos parecidos es preciso decir que en verdad no es muy importante decidirlo. Las escenas de observación del comercio sexual entre los padres, de seducción en la infancia y de amenaza de castración son indudablemente un patrimonio heredado, herencia filogenética, pero también pueden ser adquisición del vivenciar individual. En mi paciente, la seducción por su hermana mayor fue una realidad objetiva indiscutible; ¿por qué no lo sería también la observación del coito entre los padres?

Sólo que en la historia primordial de las neurosis vemos que el niño echa mano de esa vivencia filogenética toda vez que su propio vivenciar no basta. Llena las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica, pone la experiencia de los ancestros en el lugar de la propia. En cuanto a reconocer esta herencia filogenética estoy por completo de acuerdo con Jung (1917);[9] pero considero metodológicamente incorrecto recurrir a una explicación que parta de la filogénesis antes de haber agotado las posibilidades de la ontogénesis; no entiendo por qué se impugnaría con obstinación a la prehistoria infantil una significatividad que se está pronto a conceder a la prehistoria ancestral. No puedo pasar por alto que los motivos y las producciones filogenéticos requieren a su vez de un esclarecimiento que en toda una serie de casos puede procurárseles desde la infancia individual. Y para concluir, no me asombra que, conservándose idénticas condiciones, ellas hagan resucitar en los individuos por vía orgánica lo que otrora adquirieron en la prehistoria y han heredado como predisposición a readquirirlo.]

8 [Freud (1916-17), *AE*, **16**, págs. 334-8.]

9 Su libro fue publicado en fecha más tardía que mis *Conferencias de introducción* y no pudo haber influido en ellas.

En el intervalo entre escena primordial y seducción (1½-3¼ años) debe intercalarse todavía el aguatero mudo [pág. 81], que fue para él un sustituto del padre, como Grusha lo era de la madre. Creo injustificado hablar aquí de una tendencia a degradar, por el hecho de que hallemos a ambos padres subrogados por personas de servicio. El niño pasa por alto las diferencias sociales, que todavía significan poco para él, y sitúa a personas de inferior condición en la misma serie de sus progenitores con tal que pueda establecer con ellos una parecida correspondencia de amor. Tampoco cuenta esa tendencia en la sustitución de los padres por animales, pues el niño está muy lejos de menospreciar a estos.[10] Y sin miras a tal degradación, tíos y tías son tomados como sustitutos de los progenitores, hecho atestiguado también en nuestro paciente por múltiples recuerdos.

A esa misma época pertenece también un oscuro conocimiento de una fase en que no quería comer nada que no fuera golosinas, lo que causó preocupación por su salud. Le contaron acerca de un tío que también había rehusado comer y por eso murió joven de consunción. Se enteró, asimismo, de que a la edad de tres meses él había enfermado de tanta gravedad (¿una inflamación pulmonar?) que ya le tenían dispuesta la mortaja. Lograron causarle angustia, de suerte que volvió a comer; y en años posteriores de su infancia hasta exageró esa obligación como para protegerse de la muerte con que lo amenazaban. La angustia de morir, que en ese tiempo le habían provocado para protegerlo, reapareció luego, cuando la madre hizo las advertencias sobre la disentería [pág. 71]; y más tarde aún, provocó un ataque de neurosis obsesiva (págs. 64-5). Más adelante intentaremos rastrear sus orígenes y significados [págs. 97-8].

Yo reclamaría para la perturbación en el comer el significado de una primerísima neurosis; así, la perturbación en el comer, la fobia al lobo y la beatería obsesiva arrojan la serie completa de las enfermedades infantiles que conllevan la predisposición al quebrantamiento neurótico de los años posteriores a la pubertad. Se me objetará que pocos niños escapan a perturbaciones como un pasajero displacer {desgana} de comer o una fobia a los animales. Pero ese argumento me viene muy bien. Estoy presto a aseverar que toda neurosis de un adulto se edifica sobre su neurosis de la infancia, pero esta no siempre fue lo bastante intensa como para llamar la atención y ser discernida como tal. Enton-

[10] [De esto se ocupa Freud más extensamente en «Una dificultad del psicoanálisis» (1917*a*), *infra*, pág. 132.]

ces, esa objeción no hace sino realzar el valor teórico de las neurosis infantiles para la concepción de las afecciones que tratamos como neurosis y a las que se pretende hacer derivar sólo de las influencias de la vida posterior. Si nuestro paciente no hubiera sumado a su perturbación en el comer y a su zoofobia la beatería obsesiva, su historia no habría diferido llamativamente de la de otros mortales y seríamos más pobres en valiosos materiales capaces de preservarnos de unos naturales errores.

El análisis sería insuficiente si no nos permitiera entender la queja en que el paciente resumía su padecer. Decía que el mundo se le escondía tras un velo [pág. 69], y la enseñanza psicoanalítica rechaza la expectativa de que tales palabras pudieran considerarse carentes de significado y como escogidas al azar. El velo se desgarraba —cosa asombrosa— sólo en una situación, a saber, cuando a consecuencia de una lavativa el bolo fecal atravesaba el ano. Entonces se sentía de nuevo bien y por un breve lapso veía el mundo claro. La interpretación de este «velo» avanzó con pareja dificultad a la de la angustia a la mariposa. Por lo demás, él no perseveró en este velo; se le fue disipando cada vez más en un sentimiento de crepúsculo, «*ténèbres*», y otras cosas inconcebibles {*ungreifbar*}.

Apenas un poco antes de la separación de la cura se acordó de que había escuchado que él vino al mundo con una cofia fetal {*Glückshaube*}. Por eso siempre se tuvo por un afortunado {*Glückskind*} a quien nada malo podía pasarle. Sólo perdió esa confianza cuando se vio precisado a reconocer la afección gonorreica como un grave deterioro en su cuerpo. Ante esa afrenta, su narcisismo se desmoronó. Diremos que así repetía un mecanismo que ya una vez había jugado en él. También su fobia al lobo estalló cuando se vio ante el hecho de que era posible una castración; y evidentemente la gonorrea se situaba en la misma serie que esta.

La cofia fetal es, por tanto, ese velo que lo oculta del mundo y le oculta el mundo. Su queja es en verdad una fantasía de deseo cumplida, ella lo muestra de regreso en el seno materno; ciertamente, es la fantasía de deseo de la huida del mundo. Cabe traducirla así: «Soy tan desdichado {*unglücklich*} en la vida que debo regresar al seno materno».

Ahora bien, ¿qué puede significar que ese velo simbólico, una vez devenido real, se desgarre en el momento de la evacuación tras la enema, que su enfermedad lo abandone bajo esa condición? La trama nos permite responder: cuando desgarra el velo del nacimiento, ve el mundo y renace. El

bolo fecal es el hijo, y como tal nace una segunda vez para una vida más dichosa {*glücklich*}. Sería, pues, la fantasía de renacimiento sobre la que Jung ha llamado la atención hace poco y a la que ha concedido una posición tan dominante en la vida de deseo de los neuróticos.

Sería magnífico si fuera todo. Ciertos detalles de la situación, y el miramiento por el requerido nexo con la biografía individual, nos obligan a llevar más adelante la interpretación. La condición del renacimiento es que sea un hombre quien le administre la enema (sólo después se vio forzado a sustituir él mismo a ese hombre). Esto sólo puede significar que se ha identificado con la madre; el hombre hace el papel del padre, la enema repite el acto de la cópula, como fruto de la cual nace el hijo-caca —él, nuevamente—. Por tanto, la fantasía de renacimiento se enlaza de manera estrecha con la condición de la satisfacción sexual por el varón. En consecuencia, la traducción es ahora: Su enfermedad sólo lo abandona cuando le es permitido sustituir a la mujer, a la madre, para hacerse satisfacer por el padre y parirle un hijo. En este caso, pues, la fantasía de renacimiento no era más que un reflejo censurado, mutilado, de la fantasía de deseo homosexual.

Considerándolo más de cerca, nos vemos llevados a puntualizar que, en verdad, en esta condición de su salud el enfermo no hace sino repetir la situación de la llamada escena primordial: En aquel momento quiso ponerse en el lugar de la madre y, como lo habíamos supuesto desde mucho tiempo atrás, hasta produjo el hijo-caca en aquella escena. Sigue siempre fijado, como hechizado dentro de la escena que se volvió decisiva para su vida sexual y cuyo retorno aquella noche del sueño inauguró su condición de enfermo. El desgarrarse del velo es análogo al abrirse los ojos, a la apertura de la ventana. La escena primordial ha sido refundida como condición de salud.

Lo figurado por la queja y lo figurado por la excepción [11] pueden reunirse fácilmente en una unidad que revelará entonces su sentido íntegro. El desea regresar al seno materno, pero no simplemente para renacer, sino para ser alcanzado ahí por el padre en el coito, para recibir de él la satisfacción, para parirle un hijo.

Haber nacido del padre, como al comienzo había creído; ser satisfecho sexualmente por él, parirle un hijo, y hacerlo renunciando a su masculinidad y en el lenguaje del erotismo

[11] [Por «la excepción» debe entenderse «la única condición que le devuelve la salud».]

anal: he ahí los deseos que cierran el círculo de la fijación al padre; con ello la sexualidad ha hallado su expresión suprema y más íntima.[12]

Creo que desde este ejemplo se echa luz sobre el sentido y el origen de las fantasías de regreso al seno materno y de renacimiento. La primera surge a menudo, como en nuestro caso, de la ligazón con el padre. Uno desea estar en el vientre de la madre para sustituirla en el coito, para ocupar su lugar frente al padre. En cuanto a la fantasía de renacimiento, es probable que regularmente sea una versión moderada, un eufemismo, por así decir, de la fantasía de comercio incestuoso con la madre, una abreviatura *anagógica* de esto último, para usar la expresión de H. Silberer.[13] Uno desea retroceder a la situación en que se encontraba dentro de los genitales de la madre, para lo cual el hombre se identifica con su pene, se hace subrogar por él. Entonces, esas dos fantasías se revelan como correlativas: según sea masculina o femenina la actitud de la persona en cuestión, expresan *el deseo de comercio sexual con el padre o con la madre*. No cabe rechazar la posibilidad de que en la queja y en la condición de salud de nuestro paciente se unificaran ambas fantasías, y por tanto también ambos deseos incestuosos.[14]

Intentaré otra vez reinterpretar estos últimos resultados del análisis siguiendo el modelo de nuestros oponentes: El paciente acusa su huida del mundo en una típica fantasía de seno materno, ve su salud únicamente en un renacimiento concebido de manera típica. Expresa este último en síntomas anales, de acuerdo con su disposición predominante. Siguiendo el modelo de las fantasías de renacimiento anal, se ha forjado una escena infantil que repite sus deseos con medios expresivos simbólicos arcaicos. Sus síntomas se encadenan, entonces, como si partieran de una escena primordial de esa índole. Y debió resolverse a emprender todo ese camino de retroceso porque chocó con una tarea vital para cuya solución era demasiado perezoso, o porque tenía plenas razones para desconfiar de sus inferioridades y creía que tales medidas eran el mejor modo de defenderse de un fracaso.

12 El posible sentido colateral de que el velo figure al himen que se desgarra en el comercio sexual con el varón no armoniza bien con la condición de salud ni posee nexo alguno con la vida del paciente, para quien la virginidad carecía de valor.

13 [Cf. Silberer, 1914. Este término de Silberer es explicado y comentado en un agregado hecho por Freud en 1919 a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 518.]

14 [Véase el examen del complejo de Edipo «completo» en el capítulo III de *El yo y el ello* (1923*b*).]

Todo estaría perfecto si no mediara el hecho de que ya a los cuatro años el desdichado tuvo un sueño con el que empezó su neurosis, un sueño incitado por el cuento de su abuelo sobre el sastre y el lobo, y cuya interpretación hizo necesario el supuesto de esa escena primordial. Infortunadamente, contra estos hechos nimios, pero irrefutables, naufragan los expedientes que quieren procurarnos las teorías de Jung y de Adler. Tal como están las cosas, más bien me parece que la fantasía de renacimiento es un retoño de la escena primordial, y no a la inversa, la escena primordial un espejamiento de la fantasía de renacimiento. Acaso sea lícito suponer también que en ese tiempo, a los cuatro años de su nacimiento, el paciente era demasiado joven para desear ya renacer. Sin embargo, debo retirar este último argumento; mis propias observaciones demuestran que se ha subestimado a los niños y ya no se sabe qué es lícito atribuirles.[15]

[15] Confieso que este es el problema más espinoso de toda la doctrina analítica. No he necesitado de las comunicaciones de Adler o de Jung para ocuparme críticamente de la posibilidad de que esas vivencias infantiles olvidadas (y vivenciadas a una edad inverosímilmente temprana), que el análisis postula, descansen más bien en fantasías creadas a raíz de ocasiones posteriores, y que deba admitirse la exteriorización de un factor constitucional o de una predisposición conservada por vía filogenética toda vez que se cree hallar en los análisis el eco de una vivencia infantil de esa índole. Al contrario: ninguna duda me ha reclamado más, ninguna otra incertidumbre me hizo abstenerme tan decididamente de ciertas publicaciones. He sido el primero en reconocer tanto el papel de las fantasías en la formación de síntoma como el del «fantaseo retrospectivo» desde incitaciones posteriores hacia la infancia, y la sexualización de esta última con posterioridad {*nachträglich*}; ninguno de mis oponentes ha señalado este hecho. (Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), 1ª ed., pág. 49, y «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909*d*) [*AE*, **10**, págs. 162-3*n*.].) Si a pesar de ello he adoptado la concepción más difícil e inverosímil, ello fue con argumentos como los que se imponen al investigador en el caso aquí descrito o en el de cualquier otra neurosis infantil, y que ahora vuelvo a presentar al lector para que decida por sí mismo.

[La referencia a la página 49 de la primera edición de *La interpretación de los sueños* que figura en todas las ediciones de este trabajo correspondería a *AE*, **4**, págs. 93-4, pero ahí no se encuentra ningún pasaje pertinente y sin duda se trata de un error en la indicación de la página. Parece probable que Freud tuviera en mente un pasaje de la página 198 de la primera edición de *La interpretación de los sueños*, que corresponde a *AE*, **4**, pág. 296. En él emplea la misma expresión, «fantaseo retrospectivo» («*Zurückphantasieren*»), que en la presente nota. — En su temprano trabajo «Sobre los recuerdos encubridores» (1899*a*), *AE*, **3**, págs. 297 y sigs., y 315*n*., Freud considera fenómenos vinculados con este «fantaseo retrospectivo».]

IX. Recapitulación y problemas

No sé si el precedente informe de un análisis ha conseguido trasmitir al lector una imagen nítida de la génesis y el desarrollo de la condición patológica en mi paciente. Más bien temo que no haya sido así. Pero aunque no suelo tomar partido en favor de mi arte expositivo, esta vez querría alegar algunas circunstancias atenuantes. Esto de introducir en la descripción fases tan tempranas y estratos tan profundos de la vida anímica es una tarea nunca acometida con anterioridad; y es mejor resolverla mal que emprender la huida ante ella, lo cual por lo demás no puede menos que conllevar ciertos peligros para el timorato. Es preferible entonces mostrarse osado, no dejarse disuadir por la conciencia de las propias inferioridades.

El caso no fue particularmente propicio. Eso mismo que posibilitó el cúmulo de informaciones acerca de la infancia, a saber, el hecho de poder estudiar al niño refractado en el adulto, se obtuvo a expensas de las más enojosas fragmentaciones del análisis y los correspondientes defectos en su exposición. Ciertas peculiaridades personales, un carácter nacional ajeno al nuestro, volvieron trabajosa la empatía {*Einfühlung*}. La divergencia entre la amable y solícita personalidad del paciente, su aguda inteligencia, sus nobles ideas, por un lado, y su vida pulsional enteramente indomeñada, por el otro, hizo necesario un prolongadísimo trabajo de preparación y educación que dificultó la visión panorámica. Pero en cuanto a la índole misma del caso, que planteó las más espinosas tareas a la descripción, el paciente no tuvo culpa alguna. En la psicología del adulto hemos logrado separar con éxito los procesos anímicos en concientes e inconcientes y describir ambos con palabras claras. En el niño, esa diferenciación nos deja casi por completo en la estacada. A menudo uno se encuentra perplejo para señalar lo que debiera designarse como conciente o como inconciente. Procesos que han pasado a ser los dominantes, y que de acuerdo con su posterior comportamiento tienen que ser equiparados a los concientes, nunca lo han sido en el niño. Es fácil comprender la razón: lo conciente no ha adquirido

todavía en el niño todos sus caracteres, aún se encuentra en proceso de desarrollo y no posee la capacidad de trasponerse en representaciones lingüísticas. La confusión en que solemos incurrir de ordinario entre el fenómeno de que algo aparezca como percepción ante la conciencia y la pertenencia a un sistema psíquico que hemos supuesto y al que debemos dar algún nombre convencional, pero que llamamos también «conciencia» (sistema *Cc*), esa confusión es inofensiva en la descripción psicológica del adulto, pero induce a error en la del niño pequeño. Asimismo, no vale de mucho introducir aquí el «preconciente», pues tampoco el preconciente del niño ha de coincidir por fuerza con el del adulto. Hay que conformarse, entonces, con haber discernido claramente la oscuridad.

Desde luego, un caso como el aquí descrito podría dar ocasión a rever todos los resultados y problemas del psicoanálisis. Sería un trabajo interminable e injustificado. Es preciso decirse que de un solo caso no se puede aprender todo, que a raíz de él no es posible decidirlo todo, y conformarse así con valorizarlo para lo que él muestra con mayor nitidez. En el psicoanálisis la tarea explicativa se encuentra en general circunscrita dentro de estrechos límites. Cabe explicar las formaciones de síntoma llamativas mediante el descubrimiento de su génesis; pero no corresponde explicar, sino describir, los mecanismos psíquicos y procesos pulsionales a que uno se ve llevado de ese modo. En efecto, para obtener nuevas universalidades a partir de lo comprobado acerca de estos últimos se requieren numerosos casos como ese, analizados bien y en profundidad. No resulta fácil obtenerlos, cada caso exige un trabajo de años. Por tanto, el progreso en estos campos no puede ser sino lento. Es claro que en este punto acecha la tentación de limitarse a «arañar» la superficie y sustituir luego lo descuidado por vía de especulación, puesta bajo la advocación de alguna escuela filosófica. Sin duda alguna, pueden aducirse necesidades prácticas en apoyo de este proceder, pero las necesidades de la ciencia no admiten ser satisfechas con sucedáneos.

Intentaré esbozar un panorama sintético del desarrollo sexual de mi paciente. Puedo empezar por los indicios más tempranos. Lo primero que averiguamos sobre él es la perturbación del placer {gana} de comer [pág. 90], que de acuerdo con otras experiencias —aunque con toda precaución— concebiré como el resultado de un proceso sobre-

venido en el ámbito sexual. Me he visto precisado a considerar como la primera organización sexual reconocible la llamada *canibálica* u *oral*, en que aún domina la escena el originario apuntalamiento de la excitación sexual en la pulsión de nutrición.[1] No cabe esperar unas exteriorizaciones directas de esta fase, pero sí indicios de ella cuando sobrevienen perturbaciones. Toda vez que se produce un deterioro de la pulsión de nutrición —que, desde luego, puede responder también a otras causas—, ello nos señala que el organismo no ha conseguido un dominio sobre la excitación sexual. La meta sexual de esta fase sólo podría ser el canibalismo, la devoración; en nuestro paciente, por regresión desde un estadio más alto, sale a la luz en la angustia de ser devorado por el lobo. Y en efecto, debimos traducir así esa angustia: angustia de ser poseído sexualmente por el padre. Es sabido que en años muy posteriores, en niñas que se hallan en la época de la pubertad o poco después de esta, se presenta una neurosis que expresa la desautorización de lo sexual mediante una anorexia; es lícito vincularla con esta fase oral de la vida sexual. En el ápice del paroxismo enamorado («Te amo tanto que te comería») y en el trato tierno con niños pequeños, en que el propio adulto se comporta de una manera como infantil, vuelve a aflorar la meta de amor de la organización oral. En otro pasaje formulé la conjetura de que el padre de nuestro paciente se entregaba al «regaño tierno», jugaba con el pequeño al lobo o al perro, y lo amenazaba en broma con comerlo (pág. 32). El paciente no hizo sino corroborar esta conjetura mediante su llamativa conducta en la trasferencia. Toda vez que ante las dificultades de la cura se refugiaba en la trasferencia, amenazaba con devorar y luego con toda clase de otros maltratos posibles, lo cual no era más que una expresión de ternura.

El uso lingüístico ha recogido aspectos de esta fase sexual oral, acuñándolos en sus giros; habla de un objeto de amor «apetitoso», llama «dulce» a la amada. Recordemos que nuestro pequeño paciente no quería comer sino cosas dulces. Caramelos, bombones, subrogan regularmente en el sueño a caricias, satisfacciones sexuales.

Parece que a esta fase corresponde también una angustia (en caso de perturbación, desde luego) que se presenta como angustia ante la muerte {*Lebensangst*} y puede adherir a todo lo que se le señale al niño como idóneo. En el

1 [Véase la sección agregada en 1915 a los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, 7, pág. 180, y «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915*c*).]

caso de nuestro paciente, se la utilizó para encaminarlo a superar su displacer de comer, y aun a sobrecompensarlo. Llegaremos hasta la posible fuente de su perturbación en el comer si recordamos —sobre la base de aquel tan mentado supuesto— que la observación del coito, de la que parten tantos efectos retardados {*nachträglich*}, ocurrió cuando tenía 1½ año, ciertamente antes de las dificultades en la alimentación. Quizá tendríamos derecho a suponer que apresuró los procesos de la maduración sexual y de ese modo desplegó también efectos directos, si bien inadvertidos.

Sé, desde luego, que es posible explicar de una manera diversa y más sencilla la sintomatología de este período —la angustia al lobo, la perturbación en el comer—, sin referirla a la sexualidad ni a un estadio pregenital de su organización. Quien se incline a desdeñar los signos de la condición neurótica y la trabazón de los fenómenos preferirá esta otra explicación, y no seré yo quien se lo impida. Resulta difícil averiguar algo concluyente acerca de esos comienzos de la vida sexual si no es por los indicados rodeos.

La escena con Grusha (hacia los 2½ años) nos muestra a nuestro pequeño al comienzo de un desarrollo que merece ser reconocido como normal, salvo quizá por su carácter prematuro: identificación con el padre, erotismo uretral en subrogación de la masculinidad. En efecto, esa escena se encuentra enteramente bajo el influjo de la escena primordial. Hasta aquí hemos concebido la identificación-padre como narcisista, pero con referencia al contenido de la escena primordial no podemos negar que ya corresponde al estadio de la organización genital. Los genitales masculinos han empezado a desempeñar su papel, y siguen haciéndolo bajo el influjo de la seducción por la hermana.

Empero, se tiene la impresión de que esa seducción no promueve meramente el desarrollo, sino que en grado todavía mayor lo perturba y desvía. Proporciona una meta sexual pasiva que es en el fondo inconciliable con la acción del genital masculino. Al primer obstáculo externo, la alusión de la ñaña a la castración, esa organización genital todavía tímida se quiebra (a los 3½ años)[2] y regresa al estadio anterior, el de la organización sádico-anal, que de no ser así acaso habría trascurrido con unos indicios tan leves como en otros niños.

Es fácil discernir en la organización sádico-anal un desarrollo de la oral. Lo que la distingue, el violento quehacer muscular sobre el objeto, encuentra su sitio como acto pre-

[2] [En las ediciones anteriores a 1924 decía «3 ¾ años».]

paratorio del devorar. Este último falta luego como meta sexual: el acto preparatorio deviene una meta autónoma. La novedad respecto del estadio anterior consiste, esencialmente, en que el órgano pasivo, receptor, es segregado de la zona de la boca y replasmado en la zona anal. Aquí se nos insinúan paralelismos biológicos, o la concepción de las organizaciones pregenitales del ser humano como restos de dispositivos que se han conservado en muchas clases de animales. La constitución de la pulsión de investigar a partir de sus componentes es igualmente característica de este estadio.

El erotismo anal no se hace notar de manera llamativa. Bajo el influjo del sadismo, la caca ha permutado su significado tierno por el ofensivo. En la mudanza del sadismo al masoquismo ha coparticipado un sentimiento de culpa que apunta a procesos de desarrollo en esferas diversas de la sexual.

El influjo de la seducción se prolonga como sustento de la pasividad de la meta sexual. Ahora muda en buena parte al sadismo en su correspondiente pasivo, el masoquismo. Es discutible que se pueda imputarle en forma exclusiva el carácter de la pasividad, pues ya la reacción del niño de 1½ año frente a la observación del coito fue sobre todo pasiva. La coexcitación sexual se exteriorizó en una evacuación en la que, empero, cabe diferenciar también una parte activa. Junto al masoquismo que gobierna su aspiración sexual y se exterioriza en fantasías subsiste también el sadismo, que se afirma contra animales pequeños. Su investigación sexual comenzó a partir de la seducción abordando en lo esencial dos problemas: de dónde vienen los niños, y si es posible una pérdida del genital, y entretejiéndose con las exteriorizaciones de sus mociones pulsionales. Guía sus inclinaciones sádicas hacia los animales pequeños como representantes de los niños pequeños.

Hemos llevado nuestra pintura hasta las inmediaciones del cuarto cumpleaños, punto temporal este en que el sueño revalida con efecto retardado {*nachträglich*} la observación del coito realizada al 1½ año. No podemos aprehender de manera completa ni describir exhaustivamente los procesos que se desenvuelven en ese momento. La activación de la imagen, que ahora puede ser comprendida merced al mayor desarrollo intelectual, opera como un suceso fresco, pero también como un nuevo trauma, una intervención ajena análoga a la seducción. La organización genital quebrantada se reinstala de golpe, pero ese progreso consumado en el sueño no puede mantenerse. Más bien, a través de un pro-

ceso que sólo puede ser equiparado a una represión, se llega a la desestimación de lo nuevo y su sustitución mediante una fobia.

Por tanto, también en la fase de la zoofobia, que ahora se inicia, persiste la organización sádico-anal, sólo que contaminada con los fenómenos de la angustia. El niño continúa con los quehaceres sádicos y con los masoquistas, pero reacciona con angustia ante una parte de ellos; el trastorno del sadismo hacia su contrario hace probablemente otros progresos.

Del análisis del sueño angustioso inferimos que la represión subsiguió al conocimiento de la castración. Lo nuevo es desestimado porque su aceptación costaría el pene. Ahora, una reflexión más cuidadosa quizá permita discernir lo siguiente: Lo reprimido es la actitud homosexual en el sentido genital, actitud que se había formado bajo el influjo de aquel discernimiento. Empero, ella se conserva para lo inconciente, constituida como una estratificación más profunda, bloqueada. El motor de esta represión parece ser la masculinidad narcisista del genital, que entra en un conflicto, preparado desde mucho antes, con la pasividad de la meta sexual homosexual. La represión es entonces un triunfo de la masculinidad.

Se tendría la tentación de modificar, a partir de esto, una pieza de la teoría psicoanalítica. Uno cree ya estar viendo que la represión y la formación de la neurosis surgen del conflicto entre aspiraciones masculinas y femeninas, vale decir, de la bisexualidad. Empero, esa concepción es lagunosa. De las dos mociones sexuales contrapuestas, una es acorde con el yo, en tanto que la otra ultraja al interés narcisista; por eso cae bajo la represión. También en este caso es el yo quien pone en obra la represión en favor de una de esas aspiraciones sexuales. En otros casos no existe tal conflicto entre masculinidad y feminidad; sólo hay una aspiración sexual que demanda reconocimiento, pero choca {*verstossen*} contra ciertos poderes del yo y por eso mismo es repelida {*verstossen*}. Es que con mucho mayor frecuencia que conflictos dentro de la sexualidad misma hallamos los otros, que se producen entre la sexualidad y las tendencias morales del yo. En nuestro caso falta un conflicto moral de esa índole. Destacar la bisexualidad como motivo de la represión sería entonces demasiado limitado; en cambio, el conflicto entre el yo y el querer-alcanzar sexual (libido) recubre todos los hechos.

Cabe objetar a la doctrina de la «protesta masculina», tal como Adler [1910] la ha formulado, que la represión en

modo alguno toma siempre el partido de la masculinidad y afecta a la feminidad; en íntegras y muy numerosas clases de casos es la masculinidad la que tiene que sufrir la represión.

Por lo demás, una apreciación más justa del proceso represivo en nuestro caso impugnaría a la masculinidad narcisista el valor de motivo único. La actitud homosexual, consumada durante el sueño, es tan intensiva que el yo de nuestro hombrecito falla en dominarla y se defiende de ella mediante el proceso de la represión.[3] Como auxiliar para este propósito es convocada su opuesta, la masculinidad narcisista del genital. Consignemos todavía, aunque sólo para evitar malentendidos, que todas las mociones narcisistas actúan desde el yo y permanecen dentro de él, en tanto que las represiones van dirigidas contra investiduras libidinosas de objeto.[4]

Dejemos el proceso represivo, que acaso no hemos conseguido dominar por completo, para considerar el estado sobrevenido tras despertar del sueño. Si fuera cierto que la masculinidad triunfó sobre la homosexualidad (feminidad) en el curso del proceso onírico, por fuerza hallaríamos dominante ahora una aspiración sexual activa de carácter masculino bien acusado. Pero no hay nada de ello; lo esencial de la organización sexual no varía, la fase sádico-anal persiste, ha seguido siendo la dominante. El triunfo de la masculinidad sólo se muestra en que ahora se reacciona con angustia ante las metas sexuales pasivas de la organización dominante (que son masoquistas, pero no femeninas). No ha existido ninguna moción sexual masculina triunfante, sino sólo una moción pasiva y una revuelta contra esta.

Imagino las dificultades que depara al lector la tajante separación, inhabitual pero indispensable, de activo-masculino y de pasivo-femenino; por eso no evitaré repetirme. El estado que sobrevino tras el sueño puede describirse del siguiente modo: las aspiraciones sexuales han sido fragmentadas {*zerspalten*}; en lo inconciente se ha alcanzado el estadio de la organización genital y constituido una homo-

3 [Freud insistió desde sus primeras épocas en los efectos traumáticos de una excitación hipertrófica; por ejemplo, en su «Proyecto de psicología» de 1895 (1950*a*), *AE*, **1**, pág. 351. En *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, pág. 90, escribe: «Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales».]

4 [Freud se ocupa con más detalle de la teoría de Adler sobre la represión en la última parte de «"Pegan a un niño"» (1919*e*), *infra*, págs. 197 y sigs.]

sexualidad muy intensiva; sobrepuesta a ella subsiste (virtualmente en lo conciente) la anterior corriente sexual sádica y predominantemente masoquista; el yo ha modificado toda su posición frente a la sexualidad, se encuentra en estado de desautorización de lo sexual y rechaza con angustia las metas masoquistas dominantes, así como ha reaccionado frente a las metas homosexuales, más profundas, con la formación de una fobia. El resultado del sueño no fue tanto el triunfo de una corriente masculina como la reacción frente a una femenina y a una pasiva. Sería forzar las cosas atribuir a esta reacción el carácter de la masculinidad. En efecto, el yo no tiene aspiraciones sexuales, sino sólo el interés por su autopreservación y la conservación de su narcisismo.

Consideremos ahora la fobia. Ha nacido en el nivel de la organización genital y nos presenta el mecanismo relativamente simple de una histeria de angustia. El yo se protege mediante un desarrollo de angustia de aquello que valora como un peligro hiperpotente: la satisfacción homosexual. Empero, el proceso represivo deja tras sí una estela que no puede ocultársenos. El objeto al que se anudó la meta sexual temida tiene que hacerse subrogar por otro ante la conciencia. No deviene conciente la angustia ante el *padre*, sino la angustia ante el *lobo*. Por lo demás, el proceso de formación de la fobia no se queda con ese único contenido. Pasado todo un lapso, el lobo se sustituye por los leones [pág. 38]. Con las mociones sádicas hacia los animales pequeños compite una fobia a ellos como subrogantes de los competidores, los posibles bebés. Particular interés reviste la génesis de la fobia a la mariposa. Es como una repetición del mecanismo que en el sueño produjo la fobia al lobo. Mediante una incitación casual se activa una antigua vivencia, la escena con Grusha, cuya amenaza de castración produce un efecto retardado {*nachträglich*}, aunque en su momento no había causado ninguna impresión.[5]

[5] Como consigné, la escena con Grusha fue recordada espontáneamente por el paciente, y en ella no tuvo parte ninguna construcción ni incitación del médico. Sus lagunas fueron llenadas por el análisis de una manera que merece el título de intachable, siempre que se reconozca el valor del modo de trabajo del análisis. Pero un esclarecimiento racionalista de esta fobia podría decir: No es nada insólito que un niño predispuesto a estados de angustia sufra un ataque de angustia ante una mariposa veteada de amarillo, probablemente a consecuencia de una inclinación heredada a la angustia. (Cf. Stanley Hall, 1914.) Por ignorarse esa causa, se busca un anudamiento infantil para la angustia, y se aprovecha el azar de la identidad de nombre y del retorno de las vetas para construir la fantasía de una aventura con la niñera todavía recordada. Empero, puesto que las circunstancias accesorias del episodio en sí inocente —la acción de

Puede decirse que la angustia que interviene en la formación de estas fobias es angustia ante la castración. Este enunciado en modo alguno contradice la concepción de que la angustia surgió de la represión de una libido homosexual. Ambos giros expresivos designan el mismo proceso, a saber, que el yo sustrae libido de la moción de deseo homosexual, y esa libido es traspuesta en angustia libremente flotante y luego admite ser ligada en fobias.[6] Con el primer giro sólo se designa al motivo que pulsiona al yo.

Ahora hallamos, considerando las cosas más de cerca, que esta primera enfermedad de nuestro paciente (si prescindimos de la perturbación en el comer) no se agota poniendo de relieve la fobia, sino que debe comprenderse como una histeria genuina a la que además de síntomas de angustia le corresponden fenómenos de conversión. Un sector de la moción homosexual es retenido en el órgano que toma parte en ella; desde entonces, y también en la época posterior, el intestino se comporta como un órgano histéricamente afectado. La homosexualidad inconciente, reprimida, se ha replegado al intestino. Justamente este fragmento de histeria prestó los mejores servicios en la solución de la enfermedad posterior.

Ahora no debe faltarnos coraje para abordar las constelaciones, aún más complicadas, de la neurosis obsesiva. Representémonos una vez más la situación: una corriente sexual masoquista dominante y una corriente homosexual reprimida; contra ellas, un yo prisionero en una desautorización histérica. ¿Qué procesos mudaron ese estado en el de la neurosis obsesiva?

La mudanza no aconteció de manera espontánea, por un desarrollo interno, sino en virtud de un influjo ajeno, proveniente de afuera. Su resultado visible es que la relación con el padre, que ocupaba el primer plano y hasta entonces había hallado expresión en la fobia al lobo, se exterioriza ahora en una beatería obsesiva. No puedo dejar de señalar que lo ocurrido en este paciente brinda una confirmación

fregar, la cuba y la escoba— muestran en la vida posterior el poder para comandar de modo permanente y compulsivo la elección de objeto de este hombre, la fobia ante la mariposa se volvería [con esa concepción racionalista] incomprensible. La situación sería por lo menos tan asombrosa como la que yo postulo, arruinándose así la ganancia que procuraría la concepción racionalista de estas escenas. Además, la escena con Grusha adquiere para nosotros un valor particular porque en torno de ella podemos preparar nuestro juicio acerca de la escena primordial, menos segura.

[6] [El posterior cambio de opinión de Freud sobre los vínculos entre la represión y la angustia se explica en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*), *AE*, **20**, especialmente págs. 104-5 y 150-2.]

inequívoca de una tesis que formulé en *Tótem y tabú* acerca de la relación del animal totémico con la divinidad.[7] Allí me resolví a sostener que la representación de Dios no era un desarrollo del tótem, sino que surgió independientemente de este y de una raíz común, como su relevo. Dije que el tótem fue el primer sustituto del padre, en tanto que Dios fue uno posterior en que el padre recuperaba su figura humana. Lo hallamos también en nuestro paciente. En la fobia al lobo pasa por el estadio del sustituto totémico del padre; ese estadio se interrumpe luego y, a consecuencia de nuevas relaciones entre él y su padre, es sustituido por una fase de beatería religiosa.

El influjo que provocó ese cambio fue la familiarización —procurada por la madre— con las doctrinas de la religión y la historia sagrada. El resultado fue el deseado por la educación. Pone término poco a poco a la organización sexual sadomasoquista; la fobia al lobo desaparece con rapidez, y en lugar de la desautorización angustiada de la sexualidad sobreviene una forma superior de su sofocación. La beatería pasa a ser el poder dominante en la vida del niño. Sin embargo, estas superaciones no se produjeron sin luchas; como signos de estas últimas aparecen los pensamientos blasfemos, y como su consecuencia se impone una exageración compulsiva del ceremonial religioso.

Si prescindimos de estos fenómenos patológicos, podemos decir que en este caso la religión consiguió todo aquello para lo cual se la introduce en la educación del individuo. Domeñó sus aspiraciones sexuales ofreciéndoles una sublimación y un anclaje firme; desvalorizó sus vínculos familiares, y así previno un amenazador aislamiento, abriéndole una vía de conexión con la gran comunidad humana. El niño cerril, angustiado, se convirtió en un ser social, moral y educable.

El principal motor del influjo religioso fue la identificación con la figura de Cristo, particularmente facilitada por el azar de su fecha de nacimiento. Aquí el hipertrófico amor por el padre, que había vuelto necesaria la represión, halló por fin una salida en una sublimación ideal. En calidad de Cristo era lícito amar al padre, que ahora se llamaba Dios, con un fervor que en vano había buscado descargarse en el padre terrenal. La religión ya indicaba los caminos por los cuales se podía testimoniar ese amor, y a ellos no iba adherida la conciencia de culpa que no puede ser desasida de las

[7] *Tótem y tabú* (1912-13) [*AE*, **13**, pág. 149].

aspiraciones amorosas individuales. Si de tal suerte la corriente sexual más profunda, ya precipitada como homosexualidad inconciente, podía encontrar un drenaje, la aspiración masoquista, más superficial, hallaba una sublimación excelente y sin demasiada renuncia en la historia de la Pasión de Cristo, quien se había dejado maltratar y sacrificar por orden del Padre Divino y en aras de Su Gloria. Así, la religión hizo su obra en el pequeño descarriado por medio de una mezcla de satisfacción, sublimación, desvío de lo sensual hacia procesos puramente espirituales, y la apertura de vínculos sociales que ella ofrece al creyente.[8]

Su inicial revuelta contra la religión tuvo tres diversos puntos de partida. Ante todo estaba su modalidad, de la que ya hemos visto ejemplos, de defenderse de toda novedad. Una vez adoptada una posición libidinal, procuraba preservarla por angustia ante la pérdida que importaría resignarla y por desconfianza, ante la probabilidad de que la nueva posición no le brindase un sustituto cabal. Es la importante, la fundamental particularidad psicológica que en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*) definí como aptitud para la *fijación*.[9] Bajo el nombre de «inercia» psíquica, Jung ha querido erigirla en causación principal de todos los fracasos de los neuróticos. Creo que no tiene razón; su alcance es mucho más vasto y también en la vida de los no neuróticos desempeña un papel sustantivo. La movilidad o la pesantez de las investiduras energéticas libidinosas (y aun las de otra clase) es un carácter particular de muchas personas normales, y ni siquiera de todos los neuróticos; un carácter que hasta hoy no ha sido entramado con otros, algo así como un número primo no susceptible de ulterior división. Sólo sabemos una cosa: que el rasgo de la movilidad de las investiduras psíquicas retrocede llamativamente con la edad. Nos ha proporcionado una de las indicaciones para los límites del tratamiento psicoanalítico. Sin embargo, hay personas en quienes esta plasticidad psíquica persiste mucho más allá de los límites de edad habituales, y otras en quienes se pierde muy temprano. Si estas últimas son neuróticas, uno hace el desagradable descubrimiento de que en circunstancias aparentemente iguales no puede deshacer en ellas unas alteraciones que en otras personas fue posible dominar con facilidad. Por tanto, también en las trasposiciones entre procesos psíquicos cabe considerar el concepto de una *entropía*

8 [El valor de la religión para el individuo se analiza en *El porvenir de una ilusión* (1927*c*).]
9 [*AE*, **7**, págs. 221-2.]

que contraría, en proporción a su medida, la involución de lo acontecido {*Rückbildung des Geschehenen*}.[10]

Un segundo punto de ataque lo ofreció el hecho de que la propia doctrina de la religión no tiene por base una relación unívoca con Dios-Padre, sino que está recorrida por los indicios de la actitud ambivalente que presidió su génesis. El paciente sintió esa ambivalencia desde la suya propia, muy desarrollada, y entonces la tomó para anudar ahí su aguda crítica, que no pudo menos que causarnos tanto asombro por provenir de un niño en su quinto año de vida.

Empero, el más sustantivo fue un tercer factor a cuya acción podemos reconducir los resultados patológicos de su lucha contra la religión. En efecto, la corriente que esforzaba hacia el varón y que la religión debía sublimar ya no era libre, sino que en parte estaba segregada por represión y así sustraída a la sublimación, ligada a su meta sexual originaria. En virtud de este nexo, el sector reprimido pugnaba por allanarse el camino hacia el sector sublimado o por atraerlo hacia sí. Las primeras cavilaciones urdidas en torno de la persona de Cristo ya contenían este problema: ¿podía ese hijo sublime cumplir también la relación sexual con el padre retenida en lo inconciente? Los rechazos de este afán no tuvieron otro resultado que engendrar unos pensamientos obsesivos en apariencia blasfemos, en los que se abría paso la ternura corporal hacia Dios en la forma de su degradación. Una violenta lucha defensiva contra estas formaciones de compromiso debió llevar luego, por fuerza, a la exageración obsesiva de todas las actividades en que la beatería, el amor puro hacia Dios, hallaba su salida prefigurada. Por fin triunfó la religión, pero su fundamento pulsional resultó incomparablemente más intenso que la adhesividad de sus productos de sublimación. Tan pronto la vida le brindó un nuevo sustituto del padre cuya influencia se dirigió contra la religión, esta fue abandonada y sustituida por otra cosa. Consideremos aún esta interesante complicación: la beatería nació bajo el influjo de mujeres (la madre y el aya), mientras que el influjo masculino le posibilitó librarse de ella.

La génesis de la neurosis obsesiva en el suelo de la organización sexual sádico-anal corrobora todo cuanto puntualicé en «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913*i*).

[10] [El tema de la «inercia psíquica» fue tratado por Freud al final de «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica» (1915*f*), *AE*, **14**, pág. 272, trabajo publicado antes que el presente historial pero escrito probablemente después. En una nota al pie doy allí una serie de remisiones a otros pasajes en que consideró ese tema.]

Pero la existencia previa de una fuerte histeria vuelve a nuestro caso menos trasparente en este aspecto.

Concluiré el panorama del desarrollo sexual de nuestro paciente con unos breves pantallazos sobre sus ulteriores mudanzas. Con la pubertad emergió en él la corriente que ha de llamarse normal: la corriente masculina, de intensa sensualidad, con la meta sexual de la organización genital; sus peripecias llenan la época que termina en la contracción de su enfermedad posterior. Esa corriente se anudaba directamente a la escena con Grusha, de esta tomaba prestado el carácter de un enamoramiento compulsivo, que llegaba y se iba al modo de un ataque, y debió luchar con los restos que partían de las neurosis infantiles. Con una irrupción violenta hacia la mujer, se había conquistado al fin la plena masculinidad; este objeto sexual fue retenido en lo sucesivo, pero el paciente no gozó de su posesión porque una intensa inclinación hacia el varón, ahora enteramente inconciente, que reunía en sí todas las fuerzas de las fases anteriores, lo apartó una y otra vez del objeto femenino y lo constriñó a exagerar en los intervalos la dependencia respecto de la mujer. En la cura presentó la queja de que no podía cohabitar con la mujer, y todo el trabajo se dirigió a descubrir su relación con el varón, inconciente para él. Resumiéndolo en una fórmula: su infancia estuvo caracterizada por la oscilación entre actividad y pasividad; su pubertad, por la brega en torno de la masculinidad, y el período que siguió a la contracción de su enfermedad, por la lucha en torno del objeto de la aspiración masculina. La ocasión de esta enfermedad no se sitúa entre los «tipos de contracción de neurosis» que me fue posible reunir como casos especiales de la «frustración»,[11] y llama así la atención sobre la existencia de una laguna en esa serie. El paciente se quebrantó cuando una afección orgánica de los genitales revivió su angustia ante la castración, su narcisismo se desmoronó compeliéndolo a resignar su expectativa de ser un predilecto del destino. Por tanto, enfermó a raíz de una «frustración» narcisista. Esta hiperintensidad de su narcisismo armonizaba por entero con los otros indicios de un desarrollo sexual inhibido: que su elección amorosa heterosexual concentrara en sí, a pesar de toda su energía, tan pocas aspiraciones psíquicas, y que la actitud homosexual, tanto más vecina al narcisismo, se hubiera afirmado en él con tal tenacidad como un poder inconciente. Desde luego, frente a perturbaciones de esta índole la cura psicoanalítica no puede producir un

[11] Cf. «Sobre los tipos de contracción de neurosis» (1912*c*).

ímpetu subvirtiente instantáneo y una equiparación a un desarrollo normal, sino sólo eliminar los obstáculos y hacer transitable el camino para que los influjos de la vida lleguen a imprimir al desarrollo mejores orientaciones.

Paso ahora a resumir particularidades de su naturaleza psíquica que la cura psicoanalítica descubrió, pero sin poder esclarecerlas más ni, por tanto, obtener un influjo inmediato: la ya mencionada tenacidad de la fijación, el desarrollo extraordinario de la inclinación ambivalente y, como tercer rasgo de una constitución que merece el nombre de arcaica, la aptitud para conservar unas junto a las otras, y en condiciones funcionales, investiduras libidinosas de las más diversas clases y contradictorias entre sí. La permanente oscilación entre ellas, en virtud de la cual su tramitación y el progreso parecieron excluidos durante largo tiempo, dominaron el cuadro clínico de la época posterior, que aquí sólo pude rozar de pasada. Sin duda alguna, este era un rasgo característico de lo inconciente, que en él se había continuado en los procesos devenidos concientes; pero sólo se hacía patente en los resultados de mociones afectivas, pues en ámbitos puramente lógicos el enfermo demostraba más bien una particular destreza para pesquisar contradicciones e incompatibilidades. Así, su vida anímica produce una impresión parecida a la de la religión del antiguo Egipto, que se vuelve irrepresentable para nosotros por el hecho de que los estadios de desarrollo se conservan junto a los productos finales; ella mantiene en vigencia los dioses más arcaicos y los más antiguos significados de Dios junto a los más recientes, extendiendo por una superficie lo que en otros desarrollos deviene en el sentido de la profundidad.

He llegado al término de lo que me propuse comunicar acerca de este caso patológico. Entre los numerosos problemas que sugiere, sólo dos me parecen merecedores de una particular mención en estas páginas. El primero atañe a los esquemas {*Schema*} congénitos por vía filogenética, que, como unas «categorías» filosóficas, procuran la colocación de las impresiones vitales. Sustentaría la concepción de que son unos precipitados de la historia de la cultura humana. El complejo de Edipo, que abarca el vínculo del niño con sus progenitores, se cuenta entre ellos; es, más bien, el ejemplo mejor conocido de esta clase. Donde las vivencias no se adecuan al esquema hereditario, se llega a una refundición de ellas en la fantasía, cuya obra sería por cierto muy provechoso estudiar en detalle. Precisamente estos casos son

aptos para probarnos la existencia autónoma del esquema. A menudo podemos observar que el esquema triunfa sobre el vivenciar individual; en nuestro caso, por ejemplo, el padre deviene el castrador y pasa a ser el que amenaza la sexualidad infantil pese a la presencia de un complejo de Edipo invertido en todo lo demás. Otro efecto de esto mismo es que la nodriza aparezca en el lugar de la madre o se fusione con ella. Las contradicciones del vivenciar respecto del esquema parecen aportar una rica tela a los conflictos infantiles.

El segundo problema no está muy alejado del anterior, pero su peso es incomparablemente mayor. Si uno considera la conducta del niño de cuatro años frente a la escena primordial reactivada;[12] más aún, si uno piensa en las reacciones mucho más simples del niño de 1 ½ año al vivenciar esta escena, apenas podrá apartar de sí la concepción de que en el niño coopera una suerte de saber difícil de determinar, algo como una preparación para entender.[13] En qué pueda consistir esto, he ahí algo que se sustrae de toda representación; sólo disponemos de una marcada analogía con el vasto saber *instintivo* de los animales.

Si también en el ser humano existiera un patrimonio instintivo de esa índole, no sería asombroso que recayera muy especialmente sobre los procesos de la vida sexual, si bien no podría estar limitado a ella. Eso instintivo sería el núcleo de lo inconciente, una actividad mental primitiva que luego la razón de la humanidad —a esta razón es preciso adquirirla— destrona, superponiéndosele, pero que con harta frecuencia, quizás en todas las personas, conserva la fuerza suficiente para atraer hacia sí los procesos anímicos superiores. La represión sería el regreso a ese estadio instintivo, y el ser humano pagaría entonces con su capacidad para la neurosis esa su grande y nueva adquisición, y con la posibilidad de las neurosis atestiguaría la existencia de aquel estadio previo, regido por el instinto. Y así el significado de los traumas de la temprana infancia residiría en aportar a eso inconciente un material que lo protege de ser consumido por el desarrollo subsiguiente.

Sé que diversos autores han formulado parecidas ideas

12 Me es lícito prescindir de que esta conducta sólo fue aprehendida en palabras dos decenios después, dado que todos los efectos que derivamos de la escena ya se habían exteriorizado mucho antes del análisis, en la infancia, en forma de síntomas, obsesiones, etc. Y en esto es indiferente que se los quiera considerar escena primordial o fantasía primordial.

13 Otra vez debo destacar que estas reflexiones serían ociosas si el sueño y la neurosis no se hubieran producido en la infancia.

que destacan el factor hereditario, filogenéticamente adquirido, en la vida anímica; y aun considero que se era demasiado proclive a otorgarles un lugar dentro de la apreciación psicoanalítica. Sólo me parecen admisibles cuando el psicoanálisis, obedeciendo al correcto itinerario de instancias, cae sobre la pista de lo heredado tras irrumpir por el estrato de lo adquirido individualmente.[14]

[14] [*Nota agregada* en 1924:] Vuelvo a resumir la cronología de los episodios mencionados en esta historia:

Nacimiento el día de Navidad.
1½ año: Malaria. Observación del coito de los padres o de su estar juntos, en que después introdujo la fantasía del coito.
Poco antes de los 2½ años: Escena con Grusha.
2½ años: Recuerdo encubridor de la partida de los padres con la hermana. Ese recuerdo lo muestra solo con la ñaña, y así desmiente a Grusha y la hermana.
Antes de los 3¼ años: Queja de la madre al médico.
3¼ años: Comienzo de la seducción por la hermana; poco después, amenaza de castración por la ñaña.
3½ años: La gobernanta inglesa. Comienzo de la alteración del carácter.
4 años: Sueño de los lobos, génesis de la fobia.
4½ años: Influjo de la historia bíblica. Emergencia de los síntomas obsesivos.
Poco antes de los 5 años: Alucinación de la pérdida del dedo.
5 años: Abandono de la primera finca.
Después de los 6 años: Visita al padre enfermo [compulsión de espiración].
8 años: } Ultimos estallidos de la neurosis obsesiva.
10 años: }
[17 años: Quebrantamiento desencadenado por la gonorrea.]
[23 años: Comienzo del tratamiento.]

[Las fechas de los siguientes acontecimientos no se establecieron con exactitud:

Entre la escena primordial (1½ año) y la seducción (3¼ años): Perturbación en el comer.
Dentro del mismo lapso: El mudo acarreador de agua.
Antes de los 4 años: Posible observación de perros copulando.
Después de los 4 años: Angustia ante la mariposa (el macaón).]

Mi exposición ha permitido colegir con facilidad que el paciente era ruso. Lo di de alta, a mi juicio restablecido, pocas semanas antes del inesperado estallido de la [Primera] Guerra Mundial, y sólo volví a verlo cuando las vicisitudes de la guerra abrieron a las potencias centrales el acceso a la Rusia meridional. Acudió entonces a Viena y me informó de un afán, que le había sobrevenido poco después de terminada la cura, por librarse de la influencia del médico. En unos meses de trabajo se logró dominar un fragmento de la trasferencia todavía no superado; desde ese momento, el paciente, a quien la guerra privó de su patria, de su fortuna y de todos sus vínculos familiares, se sintió normal y tuvo un comportamiento intachable. Acaso justamente su miseria, por la satisfacción de su sentimiento de culpa, contribuyó a afianzar su restablecimiento.

[Tal vez interese añadir algunos apuntes sobre la historia ulterior del caso. El primer período de análisis se extendió entre febrero de 1910 y julio de 1914. El paciente retornó a Viena en la primavera de 1919 y prosiguió el tratamiento con Freud de noviembre de 1919 a febrero de 1920. En unos comentarios sobre el caso contenidos en «Análisis terminable e interminable» (1937*c*), *AE*, **23**, pág. 221, Freud informa que luego de su segundo período de análisis el paciente continuó residiendo en Viena y mantuvo en general su estado de salud, salvo algunas recaídas ocasionales. A raíz de estos episodios fue tratado, por consejo de Freud, por una de sus discípulas, la doctora Ruth Mack Brunswick, quien publicó un detallado informe (Brunswick, 1928*a*) sobre esta fase ulterior del tratamiento —la cual abarcó desde octubre de 1926 hasta febrero de 1927—. Ese informe fue reimpreso luego en la obra compilada por R. Fliess, *The Psycho-Analytic Reader*, en 1948; allí, la doctora Brunswick añadió una nota, fechada en setiembre de 1945, en la que resumía la evolución del paciente hasta 1940. Muriel Gardiner dio a conocer más tarde otro informe (1952) referido a las graves dificultades que sobrellevó el paciente durante la Segunda Guerra Mundial y la manera como reaccionó frente a ellas. Se hallará una descripción completa del caso en el segundo volumen de la biografía de Ernest Jones (1955), págs. 306-12.

En fecha todavía más reciente apareció, editada por Muriel Gardiner, la obra *The Wolf Man and Sigmund Freud* (1971), que además de reproducir en parte este historial clínico incluye varios capítulos autobiográficos del propio paciente, los subsiguientes informes de Brunswick y Gardiner, así como una cantidad considerable de nuevo material y comentarios de la doctora Gardiner.]

Apéndice

Historiales clínicos más extensos de Freud

[La fecha que aparece a la izquierda es aproximadamente la del año de redacción; la que figura luego de cada uno de los títulos corresponde al año de publicación y remite al ordenamiento adoptado en la bibliografía del final del volumen.]

1894 «Emmy von N.», «Lucy R.», «Katharina», «Elisabeth von R.», en *Estudios sobre la histeria* (1895*d*).
1901 «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (caso de «Dora») (1905*e*).
1909 «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (caso del pequeño Hans) (1909*b*; véase también 1922*c*).
1909 «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (caso del «Hombre de las Ratas») (1909*d*; véase también 1955*a*).
1910 «Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente» (caso de Schreber) (1911*c*; véase también 1912*a*).
1914 «De la historia de una neurosis infantil» (caso del «Hombre de los Lobos») (1918*b*).
1915 «Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica» (1915*f*).
1919 «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920*a*).

Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal (1917)

Nota introductoria

«Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik»

Ediciones en alemán

1917 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, nº 3, págs. 125-30.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 139-48. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **5**, págs. 268-76.
1926 *Psychoanalyse der Neurosen*, págs. 40-9.
1931 *Sexualtheorie und Traumlehre*, págs. 116-24.
1946 *GW*, **10**, págs. 402-10.
1973 *SA*, **7**, págs. 123-31.

*Traducciones en castellano**

1929 «Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente del erotismo anal». *BN* (17 vols.), **13**, págs. 154-62. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **13**, págs. 159-67. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1011-5. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **13**, págs. 125-31. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 999-1003. El mismo traductor.
1972 Igual título. *BN* (9 vols.), **6**, págs. 2034-8. El mismo traductor.

Aunque este artículo no se publicó hasta 1917, es probable que haya sido escrito bastante tiempo antes, tal vez incluso en 1915. En esa época, a causa de las dificultades de la guerra, era inevitable que las publicaciones sufrieran largas demoras. Lo esencial del artículo ya estaba contenido

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

en un párrafo agregado a la edición de 1915 de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 169. Además, varias de sus conclusiones parecen derivar del análisis del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), cuyo historial fue en su mayor parte redactado en el otoño de 1914. En la sección VII de dicho historial (*supra*, págs. 74 y sigs.) se ilustra con cierto detalle la tesis del presente trabajo.

James Strachey

Hace unos cuantos años, la observación psicoanalítica me sugirió la conjetura de que la coincidencia constante de estas tres cualidades del carácter: *ordenado, ahorrativo* y *terco,* es indicio de un refuerzo de los componentes anal-eróticos en la constitución sexual de esas personas, pero que en el curso de su desarrollo tales modos de reacción privilegiados del yo llegaron a plasmarse por vía del consumo de su erotismo anal.[1]

En aquel tiempo me interesaba dar a conocer un vínculo discernido en los hechos; cuidé poco de su apreciación teórica. Desde entonces se ha generalizado la concepción de que cada una de las tres cualidades, avaricia, minuciosidad pedante y terquedad, proviene de las fuentes pulsionales del erotismo anal o (dicho de manera más cauta y completa) recibe poderosos suplementos de esas fuentes. En efecto, los casos a quienes la reunión de los tres defectos de carácter ya mencionados imprimía un sello particular (carácter anal) no eran sino los extremos, y en ellos el nexo que nos interesa no podía menos que traslucirse incluso para una observación poco perspicaz.

Algunos años después, a partir de una profusión de impresiones y guiado por una experiencia analítica de particular fuerza probatoria, extraje la conclusión de que en el desarrollo de la libido humana había que suponer, antes de la fase del primado genital, una «organización pregenital» en la que el sadismo y el erotismo anal desempeñan los papeles rectores.[2]

A partir de ese momento ya no podía posponerse la pregunta por la ulterior pervivencia de las mociones pulsionales anal-eróticas. ¿Cuál fue su destino después que perdieron su significatividad para la vida sexual tras el establecimiento de la organización genital definitiva? ¿Sobreviven como tales, sólo que en el estado de la represión? ¿Son sometidas a la sublimación o consumidas por trasposición en

1 Cf. «Carácter y erotismo anal» (1908*b*).
2 Cf. «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913*i*).

cualidades del carácter? ¿O hallan acogida en la nueva conformación de la sexualidad regida por el primado de los genitales? O mejor dicho, puesto que no es probable que ninguno de estos destinos del erotismo anal sea el excluyente, ¿en qué escala y de qué manera contribuyen estas diversas posibilidades a decidir sobre los destinos del erotismo anal, cuyas fuentes orgánicas no podrían ser cegadas por la emergencia de la organización genital?

Se creería imposible que faltara material para responder estas preguntas, pues los correspondientes procesos de desarrollo y trasposición tienen que haberse consumado en todas las personas que pasan a ser objeto de la indagación psicoanalítica. Sin embargo, este material es tan impenetrable, es tanta la confusión que produce la plétora de impresiones siempre recurrentes, que tampoco hoy puedo proporcionar una solución acabada del problema, sino sólo aportes para una solución. De pasada, no hay razón para que desaproveche la oportunidad de mencionar, si el contexto lo permite, algunas otras trasposiciones pulsionales que no atañen al erotismo anal. Por último, apenas hace falta destacar que los procesos de desarrollo descritos —como sucede en otros que aborda el psicoanálisis— fueron dilucidados a partir de las regresiones a que se vieron constreñidos por los procesos neuróticos.

Puede servir como punto de partida de estas elucidaciones la impresión de que en las producciones de lo inconciente —ocurrencias, fantasías y síntomas— los conceptos de *caca* (dinero, regalo),[3] *hijo* y *pene* se distinguen con dificultad y fácilmente son permutados entre sí. Al expresarnos de este modo sabemos, desde luego, que trasferimos sin derecho a lo inconciente designaciones valederas en otros campos de la vida anímica y nos dejamos extraviar por las ventajas que conlleva una comparación. Repitamos, pues, de una manera menos expuesta a objeciones, que esos elementos a menudo son tratados en lo inconciente como si fueran equivalentes entre sí y se pudiera sustituir sin reparo unos por otros.

Esto se aprecia mejor respecto de los vínculos entre «hijo» y «pene». Tiene que poseer algún significado el hecho de que ambos puedan ser sustituidos por un símbolo común tanto en el lenguaje simbólico del sueño como en el de la vida cotidiana. Al hijo y al pene se los llama el «*pequeño*»

[3] [Las relaciones entre las heces y el dinero (o el oro) se examinan con cierta amplitud en el trabajo antes citado (Freud, 1908*b*).]

{*«das Kleine»*}.[4] Es bien sabido que el lenguaje simbólico suele prescindir de la diferencia entre los sexos. El «pequeño», que originariamente mentaba al miembro masculino, puede pasar a designar secundariamente el genital femenino.

Si se investiga con la suficiente profundidad la neurosis de una mujer, no es raro toparse con el deseo reprimido de poseer un pene como el varón. Un fracaso accidental en su vida como mujer, que en sí mismo es hartas veces consecuencia de una fuerte disposición masculina, ha reactivado este deseo infantil (que clasificamos como «envidia del pene» dentro del complejo de castración) y lo ha hecho convertirse, por el reflujo de la libido, en el principal portador de los síntomas neuróticos. En otras mujeres no se registra en absoluto este deseo del pene; su lugar está ocupado por el deseo del hijo, cuya frustración en su vida puede desencadenar la neurosis. Es como si estas mujeres hubieran entendido —desde luego, esto no pudo haber actuado en calidad de motivo— que la naturaleza ha dado a la mujer el hijo como sustituto de lo otro que se vio precisada a denegarle. En otras mujeres, aún, se averigua que ambos deseos estuvieron presentes en la infancia y se relevaron el uno al otro. Primero quisieron tener un pene como el varón y en una época posterior, siempre dentro de la infancia, apareció en su remplazo el deseo de tener un hijo. Uno no puede rechazar la impresión de que factores accidentales de la vida infantil —la presencia o ausencia de hermanos, el vivenciar el nacimiento de un nuevo niño en una época favorable de la vida— son los responsables de esta diversidad, de suerte que el deseo del pene sería en el fondo idéntico al deseo del hijo.

Podemos indicar el destino que experimenta ese deseo infantil del pene cuando en la vida posterior están ausentes las condiciones de las neurosis. Se muda entonces en el deseo del *varón*; el varón es aceptado como un apéndice del pene. Mediante esa mudanza, una moción contraria a la función sexual femenina se convierte en una favorable a ella. De ese modo se posibilita a esas mujeres una vida amorosa según el tipo masculino del amor de objeto, que puede afirmarse junto al genuinamente femenino, derivado del narcisismo. Ya hemos dicho[5] que en otros casos es sólo el hijo el que produce el paso del amor narcisista de sí mismo al amor de objeto. Por consiguiente, también en este punto el hijo puede ser subrogado por el pene.

4 [Se hallará un sueño ilustrativo en *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, págs. 367-9.]
5 [Véase al respecto «Introducción del narcisismo» (1914*c*), *AE*, **14**, págs. 85-8.]

Tuve oportunidad de enterarme de sueños de mujeres tras sus primeras cohabitaciones. Revelaban inequívocamente el deseo de guardar consigo al pene que habían sentido, y por tanto respondían, prescindiendo del fundamento libidinoso, a una regresión pasajera del varón al pene como objeto de deseo. Sin duda, se tenderá a reconducir de una manera puramente racionalista el deseo del varón al deseo del hijo, pues en algún momento se llegará a entender que sin la adjunción del varón no se puede tener el hijo. Pero acaso ocurra más bien que el deseo del varón nazca independientemente del deseo del hijo, y que el viejo deseo del pene se le acople como un refuerzo libidinoso inconciente cuando aquel emerge por motivos comprensibles, que pertenecen por entero a la psicología del yo.

El valor del proceso descrito reside en que trasporta hasta la feminidad un fragmento de la masculinidad narcisista de la joven y así lo vuelve inocuo para la función sexual femenina. Por otro camino, también un sector del erotismo de la fase pregenital deviene idóneo para ser aplicado en la fase del primado genital. El hijo es considerado por cierto como «*Lumpf*» (véase el análisis del pequeño Hans),[6] como algo que se desprende del cuerpo por el intestino; así, un monto de investidura libidinosa aplicado al contenido del intestino puede extenderse al niño nacido a través de él. Un testimonio lingüístico de esta identidad entre hijo y caca es el giro «recibir *de regalo* un hijo». En efecto, la caca es el primer *regalo*, una parte de su cuerpo de la que el lactante sólo se separa a instancias de la persona amada y con la que le testimonia también su ternura sin que se lo pida, pues en general no empuerca a personas ajenas. (Con la orina se producen reacciones parecidas, aunque no tan intensas.) En torno de la defecación se presenta para el niño una primera decisión entre la actitud narcisista y la del amor de objeto. O bien entrega obediente la caca, la «sacrifica» al amor, o la retiene para la satisfacción autoerótica o, más tarde, para afirmar su propia voluntad. Con esta última decisión queda constituido el *desafío* (terquedad) que nace, pues, de una porfía narcisista en el erotismo anal.

Es probable que el siguiente significado hacia el que avanza la caca no sea *oro-dinero*, sino *regalo*. El niño no conoce otro dinero que el regalado, no posee dinero ganado ni propio, heredado. Como la caca es su primer regalo, trasfiere fácil-

[6] [«*Lumpf*» era el término empleado por el pequeño Hans para designar las heces; cf. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*), *AE*, **10**, págs. 46 y 58, *n*. 35.]

mente su interés de esa sustancia a la que le aguarda en la vida como el regalo más importante. Quien dude de esta derivación del regalo, que recurra a su propia experiencia en el tratamiento psicoanalítico, estudie los regalos que como médico recibe del enfermo y tenga en cuenta las tormentas de trasferencia que puede provocar en el paciente mediante un regalo.

Entonces, una parte del interés por la caca se continúa en el interés por el dinero; otra parte se trasporta al deseo del hijo. Ahora bien, en este último coinciden una moción anal-erótica y una moción genital (envidia del pene). Pero el pene posee también una significatividad anal-erótica independiente del interés infantil. En efecto, el nexo entre el pene y el tubo de mucosa llenado y excitado por él *encuentra* ya su prototipo en la fase pregenital, sádico anal. El bolo fecal —o el «palo de caca», según la expresión de un paciente— es por así decir el primer pene, y la mucosa excitada es la del recto. Hay personas cuyo erotismo anal ha permanecido intenso e inmutado hasta la época de la prepubertad (diez a doce años); en ellas se averigua que ya durante esta fase pregenital habían desarrollado, en fantasías y juguetcos perversos, una organización análoga a la genital en que pene y vagina estaban subrogados por el palo de caca y el intestino. En otros —neuróticos obsesivos— se puede tener noticia del resultado de una degradación regresiva de la organización genital. Se exterioriza en que toda clase de fantasías originariamente de concepción genital se trasladan a lo anal, el pene es sustituido por el palo de caca, la vagina por el intestino.

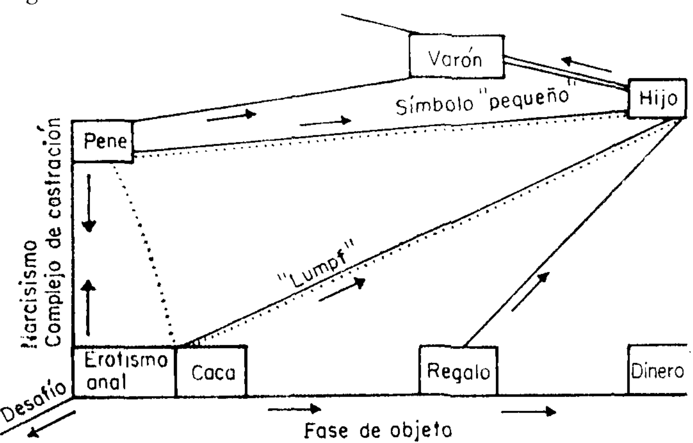
Cuando el interés por la caca retrocede de manera normal, la analogía orgánica aquí expuesta hace que aquel se trasfiera al pene. Si luego en la investigación sexual[7] se averigua que el hijo ha nacido del intestino, él pasará a ser el principal heredero del erotismo anal, pero el predecesor del hijo había sido el pene, tanto en este como en aquel sentido.

Estoy convencido de que los múltiples nexos dentro de la serie caca-pene-hijo se han vuelto ahora enteramente inabarcables, y por eso intentaré subsanar esa falta mediante una figuración gráfica en cuyo examen se puede volver a apreciar el mismo material, pero en otra secuencia. Por desdicha, este medio técnico no es lo bastante flexible para nuestros propósitos, o todavía no hemos aprendido a usarlo adecuadamente. Ruego entonces no se planteen exigencias rigurosas al esquema adjunto.

[7] [Cf. «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c).]

Del erotismo anal surge, en un empleo narcisista, el desafío como una reacción sustantiva del yo contra reclamos de los otros; el interés volcado a la caca traspasa a interés por el regalo y luego por el dinero. Con el advenimiento del pene nace en la niñita la envidia del pene, que luego se traspone en deseo del varón como portador del pene. Antes, todavía, el deseo del pene se ha mudado en deseo del hijo, o este último ha remplazado a aquel. Una analogía orgánica entre pene e hijo (línea de puntos) se expresa mediante la posesión de un símbolo común a ambos (el «pequeño»). Luego, del deseo del hijo un camino adecuado a la *ratio* (línea doble) conduce al deseo del varón. Ya hemos apreciado el significado de esta trasposición pulsional.

Figura 1.



Otra pieza de este nexo se discierne con mayor nitidez en el varón. Se establece cuando la investigación sexual del niño lo ha puesto en conocimiento de la falta de pene en la mujer. Así, el pene es discernido como algo separable del cuerpo y entra en analogía con la caca, que fue el primer trozo de lo corporal al que se debió renunciar. De ese modo el viejo desafío anal entra en la constitución del complejo de castración. La analogía orgánica a consecuencia de la cual el contenido del intestino figuraba el precursor del pene durante la fase pregenital no puede contar como motivo; sin embargo, halla un sustituto psíquico mediante la investigación sexual.

Cuando aparece el hijo, la investigación sexual lo discierne como «*Lumpf*» y lo inviste con un potente interés, anal-

erótico. El deseo del hijo recibe un segundo complemento de la misma fuente cuando la experiencia social enseña que el hijo puede concebirse como prueba de amor, como regalo. Los tres, columna de caca, pene e hijo, son cuerpos sólidos que al penetrar o salir excitan un tubo de mucosa (el recto y la vagina, que, según una feliz expresión de Lou Andreas-Salomé, le ha tomado terreno en arriendo).[8] De ese estado de cosas, la investigación sexual infantil sólo puede llegar a saber que el hijo sigue el mismo camino que la columna de heces; por regla general, ella no llega a descubrir la función del pene. No obstante, es interesante ver que una armonía orgánica vuelva a salir a la luz en lo psíquico, tras muy numerosos rodeos, como una identidad inconciente.

[8] En su trabajo «"Anal" und "Sexual"» (1916). [En 1920, Freud agregó una nota al pie al segundo de sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 170, en la que sintetizaba el contenido de dicho trabajo.]

Una dificultad del psicoanálisis (1917 [1916])

Nota introductoria

«Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse»

Primera edición

1917 «A pszihoanalizis egy nehézségéröl», *Nyugat* (Budapest), **10**, nº 1, págs. 47-52. (Traducción al húngaro.)

Ediciones en alemán

1917 *Imago*, **5**, nº 1, págs. 1-7.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 553-63. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **10**, págs. 347-56.
1947 *GW*, **12**, págs. 3-12.

*Traducciones en castellano**

1943 «Una dificultad del psicoanálisis». *EA*, **18**, págs. 9-20. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 1016-20. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1953 Igual título. *SR*, **18**, págs. 13-22. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 1108-12. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2432-6. El mismo traductor.

H. Ignotus, destacado hombre de letras húngaro de la época, invitó a Freud para que colaborara con un artículo en la revista *Nyugat*, de la que aquel era director; el resultado fue este trabajo, que evidentemente tenía por destinatario a lectores cultos pero poco informados. Escrito a fines de 1916, se lo publicó por primera vez en traducción al hún-

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6.}

garo a comienzos de 1917. El original alemán apareció en *Imago* dos o tres meses más tarde.

En un trabajo varios años posterior (1925*e*), Freud examinó con más amplitud las resistencias contra las teorías psicoanalíticas. La primera parte del presente artículo es, desde luego, un resumen de «Introducción del narcisismo» (1914*c*). Las tres «afrentas al amor propio» de los seres humanos se mencionan también al final de la 18ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), *AE*, **16**, págs. 260-1, a cuya redacción se puso término más o menos por la misma época en que fue escrito este trabajo.

James Strachey

Desde el comienzo mismo quiero decir que no me refiero a una dificultad intelectual, algo que impidiera al receptor (oyente o lector) entender el psicoanálisis, sino a una dificultad afectiva: algo por lo cual el psicoanálisis se enajena los sentimientos del receptor disuadiéndolo de prestarle interés o creencia. Como se advierte, ambas clases de dificultades desembocan en lo mismo. Quien no pueda dispensar suficiente simpatía a una causa tampoco la comprenderá muy fácilmente.

Por miramiento hacia el lector, a quien me lo represento por entero neutral, debo remontarme un poco más atrás. A partir de un gran número de observaciones singulares y de impresiones, en el psicoanálisis se ha plasmado algo así como una teoría conocida bajo el nombre de *teoría de la libido.* Según es notorio, el psicoanálisis se ocupa de esclarecer y eliminar las perturbaciones llamadas neuróticas. Para resolver este problema se debía hallar un punto de abordaje, y se resolvió buscarlo en la vida pulsional del alma. Por eso unos supuestos sobre la vida pulsional del ser humano se convirtieron en la base de nuestra concepción de las neurosis.

La psicología que se enseña en nuestras escuelas nos proporciona escasísimas respuestas satisfactorias cuando le inquirimos por los problemas de la vida anímica. Pero en ningún campo sus informaciones son tan mezquinas como en el de las pulsiones.

Quedamos, pues, librados a nosotros mismos en cuanto a procurarnos aquí una primera orientación. La concepción popular divide entre hambre y amor como subrogantes de las pulsiones: de las que pujan por conservar al individuo y de las que aspiran a su reproducción. Adhiriendo a esta sugerente separación, nosotros distinguimos también en el psicoanálisis entre las pulsiones de autoconservación o yoicas y las pulsiones sexuales, y llamamos *libido* —apetencia sexual— a la fuerza con que la pulsión sexual emerge en la vida anímica, por analogía con lo que son el hambre, la voluntad de poder, etc., respecto de las pulsiones yoicas.

Partiendo de este supuesto hicimos entonces el primer

descubrimiento sustantivo. Averiguamos que, para entender las neurosis, las pulsiones sexuales son —y con mucho— las de mayor valor; que las neurosis constituyen por así decir las enfermedades específicas de la pulsión sexual. Llegamos a saber que de la cantidad de la libido y de la posibilidad de satisfacerla y descargarla mediante esa satisfacción depende que un ser humano contraiga o no una neurosis; que la forma en que se contrae la enfermedad es comandada por la manera en que el individuo ha transitado la vía de desarrollo de la función sexual, o (en nuestra terminología) por las fijaciones que su libido ha experimentado en el curso de su desarrollo; y que cierta técnica de influjo psíquico, una técnica no muy sencilla, nos brinda un medio para esclarecer y al mismo tiempo curar muchos grupos de neurosis. Nuestro empeño terapéutico obtuvo su mayor éxito en cierta clase de neurosis que surgen del conflicto entre las pulsiones yoicas y las sexuales. En efecto, en los seres humanos sucede que los reclamos de las pulsiones sexuales, reclamos que por cierto desbordan el ámbito del individuo, aparezcan ante el yo como unos peligros que amenazan su autoconservación o su autorrespeto. Entonces el yo se pone a la defensiva, deniega a las pulsiones sexuales la satisfacción deseada y las constriñe a los rodeos de una satisfacción sustitutiva, rodeos que se dan a conocer como síntomas neuróticos.

La terapia psicoanalítica consigue entonces someter el proceso represivo {proceso de desalojo} a una revisión y guiar el conflicto hacia un mejor desenlace, conciliable con la salud. Una oposición incomprensiva nos reprocha luego unilateralidad en nuestra estimación de las pulsiones sexuales: nos dicen que el ser humano tiene otros intereses además de los sexuales. Pero eso es algo que en ningún momento hemos olvidado ni desmentido. Nuestra unilateralidad es como la del químico que reconduce todas las combinaciones a la fuerza de la atracción química. Con ello no desconoce la fuerza de la gravedad; simplemente, deja su apreciación en manos del físico.

En el curso del trabajo terapéutico tenemos que preocuparnos por la distribución de la libido en el enfermo; pesquisamos aquellas representaciones-objeto a las cuales su libido está ligada, y la liberamos a fin de ponérsela a disposición del yo. Así llegamos a formarnos una imagen muy curiosa de la distribución inicial, primordial, de la libido en el ser humano. Nos vimos precisados a suponer que al comienzo del desarrollo individual toda libido (todo querer-alcanzar erótico, toda capacidad de amor) se anuda a la persona propia; en nuestra terminología: inviste al yo propio.

Sólo más tarde acontece, por apuntalamiento en la satisfacción de las grandes necesidades vitales, que la libido desborda desde el yo sobre los objetos exteriores; únicamente entonces estamos en condiciones de discernir las pulsiones libidinosas como tales y distinguirlas de las pulsiones yoicas. La libido puede volver a desasirse de estos objetos y retirarse al interior del yo.

Al estado en que el yo retiene junto a sí a la libido lo llamamos *narcisismo*, en memoria de la leyenda griega del joven Narciso, que se enamoró de su propia imagen especular.

Atribuimos entonces al individuo un progreso cuando pasa del narcisismo al amor de objeto. Pero no creemos que la libido íntegra del yo pase nunca a los objetos. Cierto monto de libido permanece siempre junto al yo, cierta medida de narcisismo persiste aun en el más desarrollado amor de objeto. El yo es un gran reservorio del que fluye la libido destinada a los objetos y al que ella refluye desde los objetos. La libido de objeto fue primero libido yoica y puede volver a trasponerse en libido yoica. Para la salud integral de la persona es esencial que su libido no pierda su plena movilidad. A fin de ilustrar estas constelaciones, imaginemos una ameba cuya sustancia gelatinosa envía seudópodos, unas prolongaciones por las que se extiende la sustancia viva pero que en cualquier momento pueden ser replegadas de suerte de restablecer la forma de la porción de protoplasma.

Lo que he intentado describir mediante estas indicaciones es la *teoría de la libido* referida a las neurosis, sobre la cual se fundan todas nuestras concepciones acerca de la esencia de esos estados patológicos y nuestro proceder terapéutico frente a ellos. Desde luego, consideramos válidas las premisas de la teoría de la libido también para la conducta normal. Hablamos del narcisismo del niño pequeño, y adscribimos al narcisismo hiperintenso del hombre primitivo el hecho de que creyera en la omnipotencia de sus pensamientos y por eso pretendiera influir sobre los eventos del mundo exterior mediante la técnica de la magia.

Tras esta introducción, quisiera señalar que el narcisismo universal, el amor propio de la humanidad, ha recibido hasta hoy tres graves afrentas de la investigación científica.

a. El hombre creyó primero, en los comienzos de su investigación, que su morada, la Tierra, se encontraba en reposo en el centro del universo, mientras que el Sol, la Luna y los planetas se movían en torno de aquella describiendo órbitas. En verdad no hacía sino obedecer de manera ingenua a sus percepciones sensoriales; en efecto, él no registra movimiento

alguno de la Tierra y, toda vez que en terreno despejado puede mirar en torno, se encuentra en el centro de un círculo que comprende al mundo exterior. Ahora bien, la posición central de la Tierra era para él una garantía de su papel dominante en el universo y le parecía que armonizaba bien con su inclinación a sentirse el amo de este mundo.

Asociamos el aniquilamiento de esta ilusión narcisista con el nombre y la obra de Nicolás Copérnico en el siglo XVI. Mucho antes, los pitagóricos habían puesto en duda la posición privilegiada de la Tierra, y, en el siglo III a. de C., Aristarco de Samos sostuvo que la Tierra era mucho más pequeña que el Sol y se movía en torno de este cuerpo celeste. Vale decir que el gran descubrimiento de Copérnico ya había sido hecho antes de él. Pero cuando halló universal reconocimiento, el amor propio de los seres humanos experimentó su primera afrenta, la *cosmológica.*

b. En el curso de su desarrollo cultural, el hombre se erigió en el amo de sus semejantes animales. Mas no conforme con este predominio, empezó a interponer un abismo entre ellos y su propio ser. Los declaró carentes de razón y se atribuyó a sí mismo un alma inmortal, pretendiendo un elevado linaje divino que le permitió desgarrar su lazo de comunidad con el mundo animal. Cosa notable: esa arrogancia es ajena al niño pequeño, así como al primitivo y al hombre primordial. Es el resultado de un desarrollo presuntuoso más tardío. Al primitivo, en el estadio del totemismo, no le escandalizaba hacer remontar su linaje a un ancestro animal. El mito, que contiene el precipitado de aquella antigua mentalidad, atribuye figura animal a los dioses, y el arte de las primeras edades los plasma con cabeza de animal. El niño no siente diferencia alguna entre su propio ser y el del animal; no le asombra que los animales piensen y hablen en los cuentos; desplaza sobre el perro o el caballo un afecto de angustia que corresponde al padre humano, y ello sin intención de rebajar al padre. Sólo de adulto se enajena del animal hasta el punto de insultar a los seres humanos con el nombre de un animal.

Todos sabemos que fueron los estudios de Charles Darwin, de sus colaboradores y precursores, los que hace poco más de medio siglo pusieron término a esa arrogancia. El hombre no es nada diverso del animal, no es mejor que él; ha surgido del reino animal y es pariente próximo de algunas especies, más lejano de otras. Sus posteriores adquisiciones no lo capacitaron para borrar la semejanza dada tanto en el edificio de su cuerpo como en sus disposiciones anímicas. Pues

bien; esta es la segunda afrenta, la *biológica*, al narcisismo humano.

c. Sin duda que la más sentida fue la tercera afrenta. la psicológica.

El hombre, aunque degradado ahí afuera, se siente soberano en su propia alma. El se ha creado en algún lugar del núcleo de su yo un órgano de vigilancia que examina sus propias mociones y acciones para determinar si armonizan con sus exigencias. Si no lo hacen, son inhibidas y relegadas sin miramientos. Su percepción interna, la conciencia, anoticia al yo de toda clase de procesos significativos que se desarrollan dentro de la fábrica anímica; y la voluntad, guiada por tales noticias, ejecuta lo que el yo ordena, modifica lo que querría consumarse de manera autónoma. En efecto, esa alma no es algo simple; más bien, es una jerarquía de instancias superiores y subordinadas, una maraña de impulsos que esfuerzan su ejecución independientemente unos de otros, de acuerdo con la multiplicidad de pulsiones y de vínculos con el mundo exterior, entre los cuales muchos son opuestos e inconciliables entre sí. La función requiere que la instancia suprema reciba noticia de todo cuanto se prepara y que su voluntad pueda penetrar en todas partes a fin de ejercer su influjo. Pero el yo se siente seguro de que sus noticias son completas y confiables, y seguro también de la viabilidad de sus órdenes.

Ahora bien: en ciertas enfermedades no es así; entre ellas, justamente, en las neurosis estudiadas por nosotros. El yo se siente incómodo, tropieza con límites a su poder en su propia casa, el alma. De pronto afloran pensamientos que no se sabe de dónde vienen; tampoco se puede hacer nada para expulsarlos. Y estos huéspedes extraños hasta parecen más poderosos que los sometidos al yo; resisten todos los ya acreditados recursos de la voluntad, permanecen impertérritos ante la refutación lógica, indiferentes al mentís de la realidad. O sobrevienen impulsos como si fueran de alguien ajeno, de suerte que el yo los desmiente, pese a lo cual no puede menos que temerlos y adoptar medidas preventivas contra ellos. El yo se dice que eso es una enfermedad, una invasión ajena, y redobla su vigilancia; pero no puede comprender por qué se siente paralizado de una manera tan rara.

Frente a esos hechos, la psiquiatría sin duda rechaza la idea de que unos espíritus ajenos se hubieran infiltrado en la vida anímica. Pero por lo demás se limita a decir, encogiéndose de hombros: «¡Degeneración, disposición heredita-

ria, inferioridad constitucional!». El psicoanálisis se consagra a esclarecer esos ominosos {*unheimlich*} casos patológicos, emprende largas y cuidadosas indagaciones, se procura conceptos auxiliares y construcciones científicas, y por fin puede decir al yo: «No estás poseído por nada ajeno; es una parte de tu propia vida anímica la que se ha sustraído de tu conocimiento y del imperio de tu voluntad. Por eso tu defensa es tan endeble; luchas con una parte de tu fuerza contra la otra parte, no puedes reunir tu fuerza íntegra como si combatieras a un enemigo externo. Y la que de ese modo ha entrado en oposición contigo y se ha vuelto independiente de ti ni siquiera es la peor parte o la menos importante de tus fuerzas anímicas. Me veo obligado a decir que la culpa reside en ti mismo. Has sobrestimado tu poder al creer que podrías hacer lo que quisieras con tus pulsiones anímicas y no te hacía falta tener miramiento alguno por sus propósitos. Entonces ellas se han sublevado y han emprendido sus propios, oscuros, caminos a fin de sustraerse de la sofocación, se han hecho justicia de una manera que a ti ya no puede parecerte justa. Y no te has enterado del modo en que lo consiguieron ni de los caminos que transitaron; sólo ha llegado a tu conocimiento el resultado de ese trabajo, el síntoma, que sientes como un padecimiento. No lo disciernes, entonces, como un retoño de tus propias pulsiones removidas, y no sabes que es su satisfacción sustitutiva.

»Ahora bien, sólo una circunstancia posibilita todo el proceso, a saber, que te encuentras en el error también en otro punto digno de consideración. Confías en estar enterado de todo lo importante que ocurre en tu alma porque tu conciencia te lo anuncia luego. Y cuando de algo no has tenido noticia en tu alma, supones tranquilamente que no está contenido en ella. Y aun llegas tan lejos que consideras "anímico" idéntico a "conciente", es decir, a lo que te es notorio, pese a las evidentísimas pruebas de que en tu vida anímica tiene que ocurrir de continuo algo más que lo que pueda devenirle notorio a tu conciencia. ¡Deja que se te instruya sobre este punto! Lo anímico en ti no coincide con lo conciente para ti; que algo ocurra en tu alma y que además te enteres de ello no son dos cosas idénticas. De ordinario, lo admito, el servicio que trasmite noticias a tu conciencia basta para tus necesidades. Puedes mecerte en la ilusión de que te enteras de todo lo más importante. Pero en muchos casos, por ejemplo en el de un conflicto pulsional como el mencionado, ese servicio noticioso falla y tu voluntad no llega más lejos que tu saber. Ahora bien, en todos los casos esas noticias de tu conciencia son incompletas y a menudo sospechosas; también

sucede hartas veces que sólo llegas a conocer los acontecimientos cuando ya se consumaron y no los puedes cambiar. Aunque no estés enfermo, ¿quién podría abarcar todo lo que se mueve en tu alma y de lo cual no te enteras o recibes información falsa? Te comportas como un déspota absoluto que se conformara con las informaciones que le brindan sus consejeros áulicos y no descendiera hasta el pueblo para escuchar su voz. Entra en ti, en lo profundo de ti, y aprende primero a conocerte; luego comprenderás por qué debiste enfermar y acaso evitarás enfermarte».

Así instruiría el psicoanálisis al yo. Ahora bien, esos dos esclarecimientos: que la vida pulsional de la sexualidad en nosotros no puede domeñarse plenamente, y que los procesos anímicos son en sí inconcientes, volviéndose accesibles y sometiéndose al yo sólo a través de una percepción incompleta y sospechosa, equivalen a aseverar que *el yo no es el amo en su propia casa.* Ambos, reunidos, representan la tercera afrenta al amor propio, que yo llamaría *psicológica.* No cabe asombrarse, pues, de que el yo no otorgue su favor al psicoanálisis y se obstine en rehusarle su crédito.

Acaso entre los hombres sean los menos quienes tienen en claro cuán importantísimo paso, para la ciencia y para la vida, significaría el supuesto de unos procesos anímicos inconcientes. Apresurémonos a agregar, empero, que no fue el psicoanálisis el primero en darlo. Cabe citar como predecesores a renombrados filósofos, sobre todo al gran pensador Schopenhauer, cuya «voluntad» inconciente es equiparable a la «vida pulsional» del psicoanálisis. Es el mismo pensador, por lo demás, que con palabras de inolvidable acento ha recordado a los hombres la significación siempre subestimada de su pujar sexual.[1] El psicoanálisis sólo ha tenido prioridad en esto: no se limitó a afirmar en abstracto esas dos tesis tan penosas para el narcisismo (la significación de la sexualidad y la condición de inconciente de la vida anímica), sino que las demostró en un material que toca personalmente a cada quien y lo obliga a tomar posición frente a ese problema. Pero por eso mismo se atrajo la aversión y las resistencias que no osan enfrentarse con el gran nombre del filósofo.

[1] [Freud alude aquí, casi con certeza, a un pasaje de *El mundo como voluntad y representación* (cuya primera edición data de 1819) que hemos reproducido en un «Apéndice» a «Las resistencias contra el psicoanálisis» (1925*e*), *AE*, **19**, págs. 236-7. En ese «Apéndice» enumeramos también otros lugares en que Freud se refiere en sus escritos a esta concepción de Schopenhauer.]

Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad* (1917)

Nota introductoria

«Eine Kindheitserinnerung aus *Dichtung und Wahrheit*»

Ediciones en alemán

1917 *Imago*, **5**, nº 2, págs. 49-57.
1918 *SKSN*, **4**, págs. 564-77. (1922, 2ª ed.)
1924 *GS*, **10**, págs. 357-68.
1924 *Dichtung und Kunst*, págs. 87-98.
1947 *GW*, **12**, págs. 15-26.
1975 *SA*, **10**, págs. 255-66.

*Traducciones en castellano**

1943 «Un recuerdo de infancia en "Poesía y verdad" de Goethe». *EA*, **18**, págs. 169-83. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1948 «Un recuerdo infantil de Goethe en "Poesía y verdad"». *BN* (2 vols.), **2**, págs. 1036-41. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1953 «Un recuerdo de infancia en "Poesía y verdad" de Goethe». *SR*, **18**, págs. 139-50. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 «Un recuerdo infantil de Goethe en "Poesía y verdad"». *BN* (3 vols.), **3**, págs. 1128-33. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2437-43. El mismo traductor.

La primera parte de este artículo fue expuesta por Freud ante la Sociedad Psicoanalítica de Viena el 13 de diciembre de 1916, y la segunda parte, el 18 de abril de 1917; el trabajo en sí no fue *escrito* hasta setiembre de este último año, mientras regresaba de su veraneo en los montes Tatra, de

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

Hungría. La fecha de publicación es incierta, ya que a la sazón *Imago* aparecía en forma muy irregular como consecuencia de la guerra. En una larga nota agregada en 1919 a *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910*c*), *AE*, **11**, págs. 79-80, *n.* 5, Freud resume las conclusiones a que llega en el presente trabajo.

James Strachey

«Cuando queremos recordar lo que nos sucedió en la época más temprana de la niñez, hartas veces damos en confundir lo que hemos escuchado decir a otros con lo que efectivamente poseemos por experiencia propia, habiéndolo contemplado nosotros mismos». Goethe hace esta observación en una de las primeras páginas de la biografía que empezó a esbozar a la edad de sesenta años [*Dichtung und Wahrheit* {Poesía y verdad}]. Antes de ese pasaje sólo hay algunas comunicaciones sobre su nacimiento, producido «el 28 de agosto de 1749, al toque de las doce del mediodía». La constelación de los astros le era favorable y bien pudo ser la causa de que sobreviviese, pues lo «consideraban muerto» al venir al mundo y sólo tras múltiples empeños se consiguió que viera la luz. A estas consideraciones sigue una breve descripción de la casa y los lugares en que los niños —él y su hermana menor— gustaban pasar el tiempo. Y después Goethe refiere en verdad un *único* episodio que puede situarse «en la época más temprana de la niñez» (¿hasta los cuatro años?) y del que parece haber conservado un recuerdo propio. He aquí el informe:

«Y tres hermanos Von Ochsenstein, que vivían enfrente, hijos del difunto corregidor, me cobraron cariño, y me atendían y se chanceaban conmigo de diversas maneras.

»Los míos gustaban de referir toda clase de travesuras a que me alentaban estos hombres, tan serios y retraídos de ordinario. Sólo contaré una de estas locuras. Acababa de celebrarse la feria de menaje, y no sólo se había hecho provisión de tales objetos para la cocina, sino adquirido también para los niños una vajilla pequeñita de la misma índole, que usaríamos en nuestros juegos. Una bella siesta, cuando todo dormía en la casa, jugaba yo en la salita» (el ya mencionado lugar, sobre la calle) «con mis fuentecillas y platitos y, viendo que ya no obtenía nada más de ellos, arrojé una pieza a la calle, regocijándome su linda manera de hacerse añicos. Los Von Ochsenstein, viendo cuánto me alborozaba y cómo batía palmas de alegría, exclamaron: "¡Otro más!".

No me hice rogar y arrojé una olla, y como ellos seguían exclamando "¡Otro!", una por una fui botando al pavimento todas las pequeñas fuentes, escudillas, jarras. Mis vecinos seguían dando muestras de su aprobación y yo estaba radiante de poder proporcionarles ese contento. Pero mis existencias se habían acabado, y ellos seguían exclamando: "¡Otro más!". Me precipité entonces directamente a la cocina y cogí los platos de terracota, que, a no dudarlo, ofrecían un espectáculo todavía más lindo al hacerse añicos; y así corría de la cocina a la calle, traía un plato tras otro a medida que los alcanzaba del lugar en que estaban apilados, y como aquellos hermanos nunca se daban por satisfechos, condené a idéntico estropicio todas las piezas de vajilla hasta cuyos lugares me pude deslizar. Sólo más tarde apareció alguien para impedir y defender. El infortunio ya había ocurrido y, a cambio de tantos objetos de menaje hechos añicos, se obtuvo al menos una historia divertida, con la que se solazaron sobre todo sus pícaros instigadores hasta el fin de sus días».

En tiempos preanalíticos esto podía leerse sin que moviera a considerarlo ni llamara la atención; pero después se alertó la conciencia analítica. En efecto, acerca de los recuerdos de la infancia más temprana se habían formado determinadas opiniones y expectativas cuya validez universal se pretendía. No podía ser indiferente ni carecer de sentido qué detalle de la vida infantil se sustrajera del olvido general que pesa sobre ese período. Más bien era lícito suponer que lo conservado en la memoria era también lo más significativo de toda esa época de la vida, ya fuese que poseyera esa importancia en su tiempo o la hubiera adquirido con posterioridad por el influjo de vivencias más tardías.

Debe admitirse que sólo en raros casos era evidente la elevada valencia de tales recuerdos infantiles. Las más de las veces parecían cosas indiferentes, y aun naderías; a primera vista resultaba incomprensible que justamente ellos hubieran desafiado a la amnesia. Y por otra parte, quien los conservaba desde hacía largos años como patrimonio mnémico no sabía apreciarlos más que el extraño a quien se los refería. Para discernirlos en su sustantividad fue menester cierto trabajo interpretativo que demostró cómo su contenido debía sustituirse por otro, o pesquisó su nexo con vivencias, de importancia innegable, a las que remplazaron al modo de los llamados *recuerdos encubridores.*[1]

[1] [Véase el capítulo IV de *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*).]

En toda elaboración psicoanalítica de una biografía se consigue esclarecer de esa manera la significatividad de los recuerdos de la primera infancia. Y aun por regla general resulta que justamente el recuerdo que el analizado antepone, el primero que él refiere, aquel con el cual introduce su biografía, demuestra ser el más importante, el que oculta dentro de sí la llave de los armarios secretos de su vida anímica.[2] Pero ese pequeño episodio de infancia que se nos refiere en *Dichtung und Wahrheit* no responde a nuestras expectativas. Desde luego, nos resultan inasequibles en este caso los medios y caminos que en nuestros pacientes llevan a la interpretación; el hecho en sí no parece apto para mantener un nexo registrable con impresiones vitales importantes de una época posterior. Una travesura perpetrada por influencia ajena en desmedro de la economía hogareña no es, por cierto, una viñeta adecuada para todo cuanto Goethe tiene que comunicar de su rica vida. Así, quiere afirmársenos la impresión de que ese recuerdo infantil es por completo inofensivo y carece de todo nexo, y haríamos bien en seguir la advertencia de no exagerar las pretensiones del psicoanálisis ni traerlo a colación donde no es pertinente.

Por eso había desechado en mi pensamiento ese pequeño problema, cuando el azar me trajo a un paciente en quien un recuerdo infantil parecido se presentó en una trama más trasparente. Se trataba de un hombre de veintiséis años, talentoso y de elevada cultura, ocupado en el presente por un conflicto con su madre, conflicto que se extendía a casi todos sus intereses vitales y en virtud del cual habían padecido severamente el desarrollo de su capacidad de amor y el de su autonomía personal. Ese conflicto se remontaba hasta muy atrás en la infancia: puede decirse que hasta su cuarto año de vida. Antes de entonces había sido un niño muy débil, de salud siempre quebrantada, a pesar de lo cual sus recuerdos habían glorificado esa mala época como un paraíso, pues entonces poseía irrestricta, y no compartida con ningún otro, la ternura de su madre. Cuando aún no había cumplido los cuatro años, le nació un hermano —vive aún—; como reacción frente a ese fastidio se convirtió en un niño testarudo, rebelde, que de continuo provocaba la severidad de la madre. Y nunca más se encaminó por la recta senda.

Cuando entró en tratamiento conmigo —y no fue para ello la razón de menos peso que su beata madre aborreciera al psicoanálisis—, los celos hacia ese hermano nacido después,

[2] [Véase una nota al pie en el historial del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, **10**, pág. 128.]

que en su momento habían llegado a exteriorizarse en un atentado contra el lactante en su cuna, estaban olvidados desde hacía mucho. Ahora lo trataba muy consideradamente, pero unas raras acciones casuales —como inferir grave daño *a animales que empero él amaba, por ejemplo a su perro de* caza o a pájaros a los que de ordinario prodigaba sus cuidados— debían entenderse sin duda como ecos de aquellos impulsos hostiles hacia su hermano menor.

Pues bien; este paciente informó que hacia la misma época en que atentó contra el niño odiado arrojó a la calle cierta vez, por la ventana de su casa de campo, toda la vajilla que pudo alcanzar. Vale decir, ¡lo mismo que Goethe refiere en *Dichtung und Wahrheit* acerca de su niñez! Dejo constancia de que mi paciente era de nacionalidad extranjera y no fue educado en la cultura alemana; nunca había leído la autobiografía de Goethe.

Esta comunicación no pudo menos que sugerirme el ensayo de interpretar el recuerdo infantil de Goethe en el sentido que se había vuelto irrefutable por la historia de mi paciente. Ahora bien, ¿se daban en la infancia del poeta las condiciones requeridas para semejante concepción? Es verdad que Goethe mismo responsabiliza de su travesura a la incitación de los Von Ochsenstein. Pero su propio relato permite discernir que sus vecinos adultos no hicieron más que alentarlo a proseguir en su empeño. El lo había iniciado espontáneamente, y la motivación que aduce («viendo que ya no obtenía —en el juego— nada más de ellos») puede interpretarse, sin forzar las cosas, como una confesión de que no conocía un motivo eficaz para su acción ni en la época en que redactó su escrito ni, probablemente, desde muchos años antes.

Es sabido que Johann Wolfgang y su hermana Cornelia fueron los mayores de una serie de hijos y los únicos que sobrevivieron. El doctor Hanns Sachs tuvo la amabilidad de procurarme las siguientes fechas relativas a esos hermanos de Goethe prematuramente fallecidos:

a. Hermann Jakob, bautizado el lunes 27 de noviembre de 1752, llegó a la edad de seis años y seis semanas; inhumado el 13 de enero de 1759.

b. Katharina Elisabetha, bautizada el lunes 9 de setiembre de 1754, inhumada el jueves 22 de diciembre de 1755 (a la edad de un año y cuatro meses).

c. Johanna Maria, bautizada el martes 29 de marzo de 1757 e inhumada el sábado 11 de agosto de 1759 (a los dos años y cuatro meses). (Esta fue sin duda la niñita a quien su hermano hizo fama de ser muy hermosa y agradable.)

d. Georg Adolph, bautizado el domingo 15 de junio de 1760; inhumado, a la edad de ocho meses, el miércoles 18 de febrero de 1761.

Cornelia Friederica Christiana, la hermana que seguía a Goethe en la serie, nació el 7 de diciembre de 1750, cuando él tenía quince meses. Esta mínima diferencia de edades la excluye prácticamente como objeto de los celos. Se sabe que los niños, cuando sus pasiones despiertan, nunca desarrollan reacciones tan violentas contra los hermanitos a quienes ya encuentran, sino que dirigen su aversión hacia los recién venidos. Además, la escena en cuya interpretación nos empeñamos no se concilia con la tierna edad de Goethe en el momento de nacer Cornelia ni poco después.

Cuando nació su primer hermanito varón, Hermann Jakob, Johann Wolfgang tenía tres años y tres meses. Cerca de dos años después, cuando él ya tenía unos cinco años, nació la segunda hermana. Ambas edades cuentan para la datación del estropicio de la vajilla; quizá merezca preferencia la primera, pues armonizaría mejor con el caso de mi paciente, que tenía alrededor de tres años y nueve meses cuando nació su hermano.

Por otra parte, Hermann Jakob, a quien de tal suerte se orienta nuestro ensayo de interpretación, no fue un huésped tan efímero en la casa de los Goethe como los hermanos que vinieron después. Cabe asombrarse de que la autobiografía de su gran hermano no contenga ni siquiera una palabrita en su memoria.[3] Había pasado los seis años cuando murió, y Johann Wolfgang estaba cerca de cumplir los diez. El doctor E. Hitschmann, quien tuvo la amabilidad de poner a mi disposición sus notas sobre este tema, dice:

«*Tampoco Goethe, de pequeño, vio con malos ojos morir a un hermanito.* Al menos, según testimonio de Bettina Brentano, su madre informa lo siguiente: "Le pareció raro a la madre que a raíz de la muerte de su hermano menor Jakob, que era su camarada de juegos, no derramara ninguna lágrima; más bien parecieron enojarle los lamentos de sus padres

[3] (*Nota agregada* en 1924:) Aprovecho esta oportunidad para rectificar una afirmación incorrecta que no habría debido hacer. El hermano menor es, en efecto, mencionado y descrito en un pasaje posterior de ese Libro Primero, a raíz del recuerdo de las penosas enfermedades bajo las cuales también este hermano «sufrió no poco»: «Era de naturaleza tierna, tranquilo y voluntarioso. Nunca habíamos trabado una verdadera relación, aunque lo cierto es que apenas sobrevivió a los años de la infancia».

y hermana; cuando la madre preguntó luego al rebelde si no había amado a su hermano, él corrió a su habitación, sacó de debajo de la cama un montón de papeles escritos con lecciones y pequeñas historias, y le dijo que había hecho todo eso para instruir a su hermano". Así pues, el hermano mayor había gustado de hacer las veces de padre del menor, y mostrarle su superioridad».

Podríamos formarnos entonces la opinión de que arrojar la vajilla es una acción simbólica o, mejor dicho, *mágica*, mediante la cual el niño (tanto Goethe como mi paciente) expresa vigorosamente su deseo de eliminar al molesto intruso. No necesitamos poner en tela de juicio el contento del niño al hacerse pedazos los objetos; si una acción es placentera ya en sí misma, ello no constituye un disuasivo, sino más bien una tentación para repetirla también al servicio de otros propósitos. Pero no creemos que el estrépito y el rompimiento bastaran para asegurar a esa travesura infantil un lugar permanente en la memoria del adulto. Por lo demás, no nos negamos a complicar los motivos de la acción con otro aporte. El niño que rompe la vajilla sabe bien que hace algo malo, por lo cual los adultos habrán de reprenderlo; y si este saber no lo arredra, probablemente se deba a que tiene que satisfacer un rencor hacia sus padres: quiere mostrarse díscolo.

El placer de hacer añicos, y el que provoca lo así despedazado, habría quedado también satisfecho si el niño se hubiera limitado a arrojar al suelo esos frágiles objetos. Ese solo placer no explicaría, pues, el acto de tirarlos afuera, a la calle, por la ventana. Ahora bien, este «*afuera*» parece ser una pieza esencial de la acción mágica y derivarse de su sentido oculto. Es preciso *quitar de en medio* al nuevo niño, en lo posible por la ventana, puesto que a través de ella entró. Toda la acción tendría entonces el mismo valor que la para nosotros consabida respuesta verbal de un niño a quien le comunicaron que la cigüeña había traído un hermanito: «Que se lo lleve de vuelta», fue la respuesta.[4]

Desde luego, no se nos oculta cuán dudoso es —prescindiendo de las incertidumbres internas— basar la interpretación de una acción infantil sobre una sola analogía. Por eso me había reservado durante años mi concepción de la pequeña escena de *Dichtung und Wahrheit.* Pero cierto día recibí a un paciente que inició su análisis con las siguientes frases, que anoté textualmente:

[4] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **4**, pág. 261.]

«Soy el mayor de ocho o nueve hermanos.[5] Uno de mis primeros recuerdos es que mi padre, sentado sobre su cama con ropas de dormir, me cuenta sonriendo que me ha llegado un hermanito. Yo tenía entonces tres años y nueve meses, tan grande es la diferencia de edad que me separa de mi siguiente hermano. Luego sé que, poco tiempo después (¿o fue un año después?),[6] en cierta ocasión arrojé a la calle, por la ventana, diversos objetos, cepillos —¿o fue un cepillo solo?—, zapatos y otras cosas. Poseo un recuerdo todavía anterior. A la edad de dos años pernocté con mis padres en una habitación de hotel, en Linz, en viaje hacia Salzkammergut. Estuve tan inquieto esa noche y armé tal griterío que mi padre se vio obligado a pegarme».

Ante este enunciado yo depongo toda duda. Cuando en la actitud analítica dos cosas son presentadas una inmediatamente después de la otra, de un solo aliento, debemos reinterpretar esta proximidad como una concatenación. Fue entonces como si el paciente hubiera dicho: «Porque me enteré de que tenía un hermanito, algún tiempo después arrojé a la calle esos objetos». El arrojar afuera los cepillos, zapatos, etc., se da a conocer como una reacción frente al nacimiento del hermano. Y no deja de interesarnos que los objetos quitados de en medio no fueran en este caso vajilla, sino otras cosas, probablemente las que el niño pudo alcanzar... Así, el arrojar afuera (por la ventana a la calle) demuestra ser lo esencial de la acción, mientras que el placer de hacer añicos, el placer del estrépito, como también la índole de las cosas en que «se consuma la ejecución», son variables e inesenciales.

Desde luego, el requisito de formar una concatenación vale también para el tercer recuerdo de infancia del paciente, que, siendo el más temprano, se sitúa al final de la pequeña serie. Es fácil satisfacer ese requisito: Comprendemos que ese niño de dos años estaba tan inquieto porque no toleraba el estar juntos su padre y su madre en la cama. Es claro que durante el viaje no resultaba posible evitar que el niño se convirtiera en testigo de esa comunidad. De los sentimientos que entonces se agitaron en el pequeño celoso le quedó el encono contra la mujer, consecuencia del cual fue una perturbación duradera de su desarrollo amoroso.

[5] Un error pasajero de naturaleza llamativa. Es innegable que fue inducido ya por la tendencia a eliminar al hermano. (Cf. Ferenczi, 1912*a*.)

[6] Esta duda, que roe como resistencia el punto esencial de la comunicación, fue retirada enseguida por el paciente mismo.

Cuando, tras hacer estas dos experiencias, manifesté en el círculo de la Sociedad Psicoanalítica [de Viena] la expectativa de que probablemente sucesos de esta clase no fueran raros en niños pequeños, la doctora Von Hug-Hellmuth puso a mi disposición otras dos observaciones que trascribo a continuación:

I

«Cuando tenía cerca de tres años y medio, el pequeño Erich "repentinamente" cobró el hábito de arrojar afuera por la ventana todo cuanto no le gustaba. Pero lo hacía también con objetos que no le estorbaban ni le concernían. Justo el día del cumpleaños de su padre —en ese momento tenía tres años y cuatro meses y medio— arrojó a la calle, desde el tercer piso en que se encontraba la vivienda, un pesado palo de amasar que había arrastrado en un santiamén de la cocina a la sala. Unos días después siguió el mismo destino el mortero, luego un par de pesados zapatos de montaña del padre, que primero debió sacar de un armario.[7]

»Por entonces la madre, que estaba en el séptimo u octavo mes de su embarazo, tuvo un *fausse-couche*, tras el cual el niño "se portó bien, se volvió tranquilo y tierno, como si de pronto hubiera cambiado". En el quinto o sexto mes le había dicho repetidas veces a la madre: "Mamita, te salto sobre la panza" o "te aprieto la panza". Y poco antes del *fausse-couche*, en octubre: "Si a toda costa debo tener un hermanito, por lo menos que sea después de Navidad"».

II

«Una joven de diecinueve años ofrece espontáneamente su recuerdo más temprano de la infancia: "Me veo terriblemente traviesa, dispuesta a salir gateando, sentada bajo la mesa del comedor. Sobre la mesa está mi taza de café —todavía ahora veo ante mí nítidamente el dibujo de la porcelana—; mi abuelita entra en la habitación en el instante en que quiero arrojarla afuera, por la ventana.

»"Es que nadie había hecho caso de mí, y entretanto se había formado en el café una 'tela', que siempre me pareció espantosa y sigue pareciéndomelo hoy.

[7] «Siempre elegía objetos pesados».

»"Ese día había nacido mi hermano, dos años y medio menor que yo; por eso nadie tenía tiempo para mí.

»"Me cuentan siempre que ese día estuve insoportable; a mediodía arrojé de la mesa la copa preferida de papá, a lo largo de la jornada me ensucié varias veces mi vestidito y desde la mañana hasta la noche estuve del peor humor. En mi cólera, destripé también una muñequita de baño"».

Estos dos casos apenas requieren comentario. Corroboran, sin necesidad de ulteriores empeños analíticos, que el encono del niño por la aparición esperada o ya consumada de un competidor se expresa en la acción de arrojar objetos afuera, por la ventana, así como en otros actos de conducta díscola y manía destructiva. En la primera observación, los «objetos pesados» simbolizan sin duda a la madre misma, a quien se dirige la cólera del niño mientras el nuevo vástago no ha llegado todavía. El muchachito de tres años y medio conoce el embarazo de su madre y no duda de que alberga al hijo en su vientre. Cabe recordar aquí al pequeño Hans [8] y su particular angustia ante carros con cargas pesadas.[9] En la segunda observación es notable la edad de la niña, de dos años y medio.

Si ahora volvemos al recuerdo de infancia de Goethe y lo sustituimos, en *Dichtung und Wahrheit*, por lo que creemos haber colegido a partir de la observación de otros niños, se establece una concatenación inobjetable que de otro modo no habríamos descubierto. Quiere decir: «He sido un afortunado {*Glückskind*};* el destino me conservó con vida aunque me consideraban muerto al llegar al mundo. En cambio, eliminó a mi hermano, de suerte que no tuve que compartir el amor de mi madre con él». Y el camino de los pensamientos avanza hacia otro difunto de aquella temprana época, la

[8] Cf. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909*b*) [*AE*, **10**, págs. 76 y 104].

[9] Hace algún tiempo, una dama de más de cincuenta años me aportó otra confirmación de este simbolismo del embarazo. Le habían contado repetidas veces que siendo niña pequeña —hablaba apenas— solía atraer a su padre a la ventana, presa de emoción, cuando veía trasportar un pesado mueble por la calle. Por referencia al recuerdo que conservaba de las casas en que vivió se pudo comprobar que en ese momento tenía menos de dos años y nueve meses. Hacia esa época nació su hermano inmediato y, a consecuencia de ese aumento de la familia, se mudaron de casa. Más o menos contemporáneamente solía tener antes de dormirse la angustiosa sensación de algo ominosamente grande que venía sobre ella y entonces «las manos se le ponían gruesísimas».

* {Cf. *supra*, pág. 91.}

abuela, que moraba en otro lugar de la casa como un espíritu amigo, pacífico.

Ahora bien, ya lo he expresado en otro lugar:[10] Cuando uno ha sido el predilecto indiscutido de la madre, conservará toda la vida ese sentimiento de conquistador, esa confianza en el éxito que no pocas veces lo atraen de verdad. Goethe habría tenido derecho a iniciar su autobiografía con una observación como esta: «Mi fuerza tiene sus raíces en la relación con mi madre».

[10] [En una nota agregada en 1911 a *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 401.]

Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica
(1919 [1918])

Nota introductoria

«Wege der psychoanalytischen Therapie»

Ediciones en alemán

1919 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, nº 2, págs. 61-8.
1922 *SKSN*, **5**, págs. 146-58.
1924 *Technik und Metapsychol.*, págs. 136-47.
1925 *GS*, **6**, págs. 136-47.
1931 *Neurosenlehre und Technik*, págs. 411-22.
1947 *GW*, **12**, págs. 183-94.
1975 *SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), págs. 239-49.

*Traducciones en castellano**

1930 «Los caminos de la terapia psicoanalítica». *BN* (17 vols.), **14**, págs. 200-10. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **14**, págs. 207-17. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **2**, págs. 357-61. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **14**, págs. 159-67. El mismo traductor.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **2**, págs. 449-53. El mismo traductor.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2457-62. El mismo traductor.

Esta alocución fue leída por Freud en el 5º Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Budapest los días 28 y 29 de setiembre de 1918, poco antes de que finalizara la Primera Guerra Mundial. Fue escrita en el verano anterior,

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

durante su estada en la casa de Anton von Freund en Steinbruch, un suburbio de Budapest (cf. pág. 163, *n.* 11).

En este trabajo, el acento principal recae en los métodos «activos» más tarde vinculados fundamentalmente con el nombre de Ferenczi. Fue el último de los escritos puramente técnicos de Freud en esa época; publicó otros dos casi veinte años después: «Análisis terminable e interminable» (1937*c*) y «Construcciones en el análisis» (1937*d*). Su alocución en el Congreso de Nuremberg, «Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica» (1910*d*), contenía ya un preanuncio de estos métodos «activos».

James Strachey

Estimados colegas: Ustedes saben que nunca nos enorgullecimos de poseer un saber o un poder-hacer completos y concluidos; hoy, como siempre, estamos dispuestos a admitir las imperfecciones de nuestro conocimiento, a aprender cosas nuevas y a modificar nuestros procedimientos toda vez que se los pueda sustituir por algo mejor.

Nos reencontramos hoy tras largos años de separación y de dura prueba; este reencuentro me mueve a pasar revista al estado de nuestra terapia, a la cual debemos sin duda la posición que tenemos en la sociedad de los hombres, y a observar en perspectiva las nuevas direcciones en que podría desarrollarse.

Hemos formulado nuestra tarea médica de este modo: llevar al enfermo de neurosis a tomar noticia de las mociones reprimidas, esas mociones inconcientes que subsisten en él, poniendo para ello en descubierto las resistencias que en su interior se oponen a tales ampliaciones de su saber sobre su propia persona. ¿El descubrimiento de esas resistencias garantizará también su superación? Por cierto que no siempre; pero esperamos alcanzar esa meta aprovechando la trasferencia del paciente sobre la persona del médico, para que él haga suya nuestra convicción de que los procesos represivos sobrevenidos en la infancia son inadecuados al fin y de que una vida gobernada por el principio de placer es irrealizable. En otro lugar[1] he aclarado las constelaciones dinámicas del nuevo conflicto a través del cual guiamos al enfermo y con el cual hemos remplazado al anterior conflicto patológico. Por el momento no sabría modificar nada de lo ya dicho.

Hemos llamado psicoanálisis al trabajo por cuyo intermedio llevamos a la conciencia del enfermo lo anímico reprimido en él. ¿Por qué «análisis», que significa desintegración, descomposición, y sugiere una analogía con el trabajo que el químico emprende con las sustancias que halla en la naturaleza y lleva a su laboratorio? Porque esa analogía se da de hecho

[1] [Cf. «Recordar, repetir y reelaborar» (1914*g*) y la 27ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17).]

en un punto importante. Los síntomas y las exteriorizaciones patológicas del paciente son, como todas sus actividades anímicas, de naturaleza en extremo compuesta; en su fundamento último, los elementos de esa composición están constituidos por motivos, mociones pulsionales. Ahora bien, sobre estos motivos elementales el enfermo no sabe nada o su saber es muy insuficiente. Le damos a conocer entonces la composición de esas formaciones anímicas de elevada complejidad, reconducimos los síntomas a las mociones pulsionales que los motivan, pesquisamos dentro de los síntomas esos motivos pulsionales desconocidos hasta entonces para el enfermo, tal y como el químico separa la sustancia básica, el elemento químico, de la sal en que se había vuelto irreconocible por combinación con otros elementos. Y aun respecto de las exteriorizaciones anímicas del enfermo no consideradas patológicas, le mostramos que su motivación le era conciente sólo de una manera incompleta, que otros motivos pulsionales, no discernidos por él, cooperaron en ellas.

Hemos explicado el querer-alcanzar sexual de los seres humanos separándolo también en sus componentes, y cuando interpretamos un sueño procedemos a dejar de lado al sueño como un todo y hacemos que la asociación vaya anudándose a sus elementos singulares.

Y bien; esta justificada comparación de la actividad médica psicoanalítica con un trabajo químico podría sugerirnos una nueva orientación para nuestra terapia. Hemos *analizado* al enfermo, vale decir, hemos descompuesto su actividad anímica en sus ingredientes elementales, pesquisando en él esos elementos pulsionales separados y aislados. Parecería entonces natural exigirnos que lo ayudáramos también a obtener una nueva y mejor composición de ellos. Ustedes saben que, en efecto, esa exigencia ha sido planteada. Se nos dijo: Tras el análisis de la vida anímica enferma debe seguir su síntesis. Y muy pronto se añadieron el temor de excederse en el análisis y quedarse cortos en la síntesis, y el afán por situar el centro de gravedad de la intervención terapéutica en esa síntesis, una suerte de restitución de lo que la vivisección, por así decirlo, había destruido.

Pero yo, señores, no puedo creer que esa psicosíntesis constituya en verdad una nueva tarea para nosotros. De permitirme ser sincero y descortés, diría que se trata de una frase hueca. Me limito a señalar que sólo estamos frente a una comparación que se volvió vacía al extendérsela abusivamente o, si ustedes quieren, a la explotación ilícita de un nombre. Pero un nombre no es más que una etiqueta que se coloca para diferenciar algo de otras cosas parecidas; no es

un programa ni una indicación de contenidos o definición. Y dos términos comparados sólo necesitan coincidir en un punto, pudiendo distanciarse mucho en todos los demás. Lo psíquico es algo particularísimo; tanto, que ninguna comparación aislada puede reflejar su naturaleza. El trabajo psicoanalítico ofrece analogías con el análisis químico, pero también con la intervención del cirujano o del ortopedista, o con el influjo del educador. La comparación con el análisis químico encuentra su límite por el hecho de que en la vida anímica enfrentamos aspiraciones sometidas a una compulsión de unificar y reunir. Si conseguimos descomponer un síntoma, librar de cierta trama a una moción pulsional, ella no permanecerá aislada: enseguida se insertará en una nueva.[2]

Sucede, pues, justamente lo contrario: el enfermo de neurosis nos ofrece una vida anímica desgarrada, segmentada por resistencias, y al paso que la analizamos y eliminamos estas últimas, ella crece orgánicamente, va integrando en la gran unidad que llamamos su «yo» todas las mociones pulsionales que hasta entonces estaban escindidas de él y ligadas aparte.[3] Así, la psicosíntesis se consuma en el analizado sin nuestra intervención, de manera automática e inevitable. Hemos creado sus condiciones por medio de la descomposición de los síntomas y la cancelación de las resistencias. No es cierto que en el enfermo algo quede descompuesto en sus ingredientes, algo que espera, en reposo, a que lo recompongamos de algún modo.

Por eso el desarrollo de nuestra terapia emprenderá sin duda otros caminos, sobre todo aquel que Ferenczi, en su trabajo «Technische Schwierigkeiten einer Hysterieanalyse» (1919*c*),[4] ha caracterizado recientemente como la «*actividad*» del analista.

Pongámonos rápidamente de acuerdo sobre lo que debe entenderse por esa actividad. Acotamos nuestra tarea terapéutica por medio de estos dos contenidos: hacer conciente lo reprimido y poner en descubierto las resistencias. Por cierto que en ello somos bastante activos. Pero, ¿debemos dejar luego al enfermo librado a sí mismo, que se arregle

[2] Después de todo, sucede algo muy similar en el curso del análisis químico. Al mismo tiempo que el químico consigue aislar ciertos elementos, se producen síntesis que no estaban en sus designios, a causa de la liberación de las afinidades electivas entre las sustancias.

[3] [La función sintética del yo se examina con más detenimiento en el capítulo III de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926*d*).]

[4] [Según consigna Ferenczi en ese artículo y en otro posterior (1921*b*), esta idea tuvo sus orígenes en una sugerencia que le hizo personalmente el propio Freud.]

solo con las resistencias que le hemos mostrado? ¿No podemos prestarle ningún otro auxilio que el que experimenta por la impulsión de la trasferencia? ¿No parecería lo indicado socorrerlo también trasladándolo a la situación psíquica más favorable para la tramitación deseada del conflicto? Además, el logro del paciente depende también de cierto número de circunstancias que forman una constelación externa. ¿Vacilaríamos en modificar esta última interviniendo de la manera apropiada? Opino que esta clase de actividad en el médico que aplica tratamiento analítico es inobjetable y está enteramente justificada.

Notan ustedes que se nos abre aquí un nuevo campo para la técnica analítica, un campo cuya elaboración requerirá empeñarse a fondo y dará por resultado unos preceptos muy precisos. No intentaré introducirlos hoy en esta técnica todavía en desarrollo, sino que me conformaré con destacar un principio que probablemente sea soberano en este campo. Postula lo siguiente: *En la medida de lo posible, la cura analítica debe ejecutarse en un estado de privación —de abstinencia—.*[5]

Quedará librado a un examen de detalle averiguar la medida en que sea posible respetar esto. Ahora bien, por abstinencia no debe entenderse la privación de una necesidad cualquiera —esto sería desde luego irrealizable—, ni tampoco lo que se entiende por ella en el sentido popular, a saber, la abstención del comercio sexual; se trata de algo diverso, que se relaciona más con la dinámica de la contracción de la enfermedad y el restablecimiento.

Recuerdan ustedes que el paciente enfermó a raíz de una *frustración* {*Versagung*} y que sus síntomas le prestan el servicio de unas satisfacciones sustitutivas.[6] En el curso del análisis pueden observar que toda mejoría de su padecer aminora el *tempo* del restablecimiento y reduce la fuerza pulsional que esfuerza hacia la curación. Ahora bien, no podemos renunciar a esta fuerza pulsional; su reducción sería peligrosa para nuestro propósito terapéutico. Entonces, ¿qué requisito se nos impone como inevitable? Por cruel que suene, debemos cuidar que el padecer del enfermo no termine prematuramente en una medida decisiva. Si la descomposición y desvalorización de los síntomas lo han mitigado, tenemos que erigirlo en alguna otra parte bajo la forma de

[5] [Este principio ya había sido enunciado por Freud en sus «Puntualizaciones sobre el amor de trasferencia» (1915*a*), *AE*, **12**, págs. 168 y sigs.]

[6] [Cf. «Sobre los tipos de contracción de neurosis» (1912*c*), *AE*, **12**, págs. 239-41.]

una privación sensible; de lo contrario corremos el riesgo de no conseguir nunca otra cosa que unas mejorías modestas y no duraderas.

Hasta donde yo lo veo, el peligro amenaza en particular desde dos lados. Por una parte, el paciente, cuya condición de enfermo ha sido conmovida por el análisis, se empeña con la mayor diligencia en procurarse en remplazo de sus síntomas nuevas satisfacciones sustitutivas, que ahora no van acompañadas de padecimiento. Se vale de la grandiosa desplazabilidad de la libido parcialmente liberada para investir con libido las más diversas actividades, preferencias y hábitos, aun los que ya tuvo antes, elevándolos a la condición de satisfacciones sustitutivas. De continuo halla tales desvíos nuevos por los que se escurre la energía necesaria para la empresa de la cura, y sabe mantenerlos en secreto durante algún tiempo. La tarea es pesquisarlos uno por uno y pedirle que renuncie a ellos, por inocente que parezca en sí misma la actividad productora de satisfacción. Empero, la persona curada a medias puede emprender también unos caminos menos inocentes; por ejemplo, en el caso de un hombre, buscando una ligazón prematura con una mujer. Señalemos de pasada que matrimonio infeliz y achaque físico son los sucedáneos más usuales de la neurosis. Satisfacen en particular la conciencia de culpa (necesidad de castigo) en virtud de la cual muchos enfermos se aferran tan tenazmente a su neurosis. Por medio de una elección matrimonial desafortunada se castigan a sí mismos; una larga enfermedad orgánica es considerada por ellos como una punición del destino, y consiguientemente suelen renunciar a proseguir la neurosis.

En todas esas situaciones, la actividad del médico debe exteriorizarse en una enérgica intervención contra las satisfacciones sustitutivas. En cuanto al segundo peligro que amenaza a la fuerza pulsional del análisis, si bien no es de subestimar, le resultará más fácil prevenirlo. El enfermo busca la satisfacción sustitutiva sobre todo en la cura misma, dentro de la relación de trasferencia con el médico, y hasta puede querer resarcirse por este camino de todas las renuncias que se le imponen en los demás campos. Sin duda que es preciso consentirle algo, más o menos, según la naturaleza del caso y la peculiaridad del enfermo. Pero no es bueno consentirle demasiado. Quien como analista, acaso por desborde de su corazón caritativo, dispense al paciente lo que todo ser humano tiene derecho a esperar del prójimo, cometerá el mismo error económico en que incurren nuestros sanatorios no analíticos para enfermos nerviosos. Se afanan en que todo le

sea lo más grato posible al enfermo sólo a fin de que se sienta a gusto y en otra ocasión acuda a refugiarse allí de las dificultades de la vida. De ese modo renuncian a fortalecerlo para esta, a volverlo más productivo en sus genuinas tareas. En la cura analítica es preciso evitar toda malcrianza de esa índole. Al enfermo tienen que restarle muchos deseos incumplidos de su relación con el médico. Lo adecuado al fin es, justamente, denegarle {*versagen*} aquellas satisfacciones que más intensamente desea y que exterioriza con mayor urgencia.

No creo haber agotado el alcance de la actividad deseable del médico con el anterior enunciado, a saber, que en la cura es preciso mantener el estado de privación. Como ustedes recordarán, otra orientación de la actividad analítica ya fue una vez motivo de polémica entre la escuela suiza y nosotros.[7] Nos negamos de manera terminante a hacer del paciente que se pone en nuestras manos en busca de auxilio un patrimonio personal, a plasmar por él su destino, a imponerle nuestros ideales y, con la arrogancia del creador, a complacernos en nuestra obra luego de haberlo formado a nuestra imagen y semejanza. Todavía sigo manteniéndome en esa negativa; creo que este es el lugar para la discreción médica de la que debimos prescindir en otros contextos. Además, he hecho la experiencia de que el propósito terapéutico no requiere una actividad tan osada hacia el paciente. En efecto, he podido brindar tratamiento a personas con las que no me unía comunidad alguna de raza, educación, posición social ni cosmovisión, y sin perturbarlas en su peculiaridad. Sin embargo, en la época de las mencionadas polémicas tuve la impresión de que el veto de nuestros portavoces —en primera línea estuvo, creo, E. Jones—[8] fue demasiado tajante e incondicional. Es que por fuerza debemos aceptar también pacientes hasta tal punto desorientados e ineptos para la existencia que en su caso es preciso aunar el influjo analítico con el pedagógico; y no sólo eso: en la mayoría de los otros casos el médico se ve aquí y allí en la necesidad de presentarse como pedagogo y educador. Pero esto debe hacerse siempre con gran cautela; no se debe educar al enfermo para que se asemeje a nosotros, sino para que se libere y consume su propio ser.

Nuestro estimado amigo J. J. Putnam, en esos Estados

[7] [Cf. «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914*d*), *AE*, **14**, págs. 56 y sigs.]

[8] [Probable referencia al trabajo leído por Jones en el 4º Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Munich en 1913 (Jones, 1914*c*).]

Unidos que ahora nos son tan hostiles, deberá perdonarnos que tampoco podamos aceptar su reclamo de poner al psicoanálisis al servicio de una determinada cosmovisión filosófica e imponérsela al paciente con el fin de ennoblecerlo. Me atrevería a decir que sería un acto de violencia, por más que invoque los más nobles propósitos.[9]

Un último tipo de actividad, de índole por entero diversa, nos es impuesto por la intelección, que poco a poco va cobrando certidumbre, de que las variadas formas de enfermedad que tratamos no pueden tramitarse mediante una misma técnica. Sería prematuro considerar en detalle este punto, pero puedo elucidar, a raíz de dos ejemplos, la medida en que ello implica una actividad nueva. Nuestra técnica creció en el tratamiento de la histeria y sigue ajustada a esta afección. Pero ya las fobias nos obligan a sobrepasar la conducta que hemos observado hasta el presente. Difícilmente dominará una fobia quien aguarde hasta que el enfermo se deje mover por el análisis a resignarla: él nunca aportará al análisis el material indispensable para la solución convincente de la fobia. Es preciso proceder de otra manera. Tomen ustedes el ejemplo de un agorafóbico; hay dos clases, una más leve y otra más grave. Los enfermos de la primera clase sin duda sufrirán angustia cada vez que anden solos por la calle, pero no por ello dejan de hacerlo; los otros se protegen de la angustia renunciando a andar solos. Con estos últimos no se obtiene éxito si no se los puede mover, mediante el influjo del análisis, a comportarse a su vez como fóbicos del primer grado, vale decir, a que anden por la calle y luchen con la angustia en ese intento. Entonces, primero hay que mitigar la fobia hasta ese punto, y sólo después de conseguido esto a instancias del médico, el enfermo dispondrá de aquellas ocurrencias que posibilitan la solución de la fobia.

Una espera pasiva parece todavía menos apropiada en los casos graves de acciones obsesivas; en efecto, estos tienden en general a un proceso de curación «asintótico», a un tratamiento interminable, y su análisis corre siempre el peligro de sacar a luz demasiado y no cambiar nada. Me parece dudoso que la técnica correcta sólo consista, en estos casos, en esperar hasta que la cura misma devenga compulsión {*Zwang*, «obsesión»}, para sofocar entonces violentamen-

9 [Se hallarán otros comentarios de Freud sobre las opiniones de Putnam en el prólogo que escribió para su libro *Addresses on Psycho-Analysis* (Freud, 1921*a*), así como en la nota necrológica que le dedicó (1919*b*), *infra*, pág. 264.]

te, con esta contra-compulsión, la compulsión patológica. Pero, como ustedes comprenderán, con estos dos casos no les he presentado más que unas muestras de los nuevos desarrollos que aguardan a nuestra terapia.[10]

Para concluir, querría considerar una situación que pertenece al futuro y a muchos de ustedes les parecerá fantástica; sin embargo, merece, a mi criterio, que uno se prepare mentalmente para ella. Ustedes saben que nuestra eficacia terapéutica no es muy grande. Sólo constituimos un puñado de personas, y cada uno de nosotros, aun con empeñosa labor, no puede consagrarse en un año más que a un corto número de enfermos. Con relación a la enorme miseria neurótica que existe en el mundo y acaso no es necesaria, lo que podemos remover es ínfimo desde el punto de vista cuantitativo. Además, las condiciones de nuestra existencia nos restringen a los estratos superiores y pudientes de nuestra sociedad, que suelen escoger sus propios médicos y en esta elección se apartan del psicoanálisis llevados por toda clase de prejuicios. Por el momento nada podemos hacer en favor de las vastas capas populares cuyo sufrimiento neurótico es enormemente más grave.

Ahora supongamos que una organización cualquiera nos permitiese multiplicar nuestro número hasta el punto de poder tratar grandes masas de hombres. Por otro lado, puede preverse que alguna vez la conciencia moral de la sociedad despertará y le recordará que el pobre no tiene menores derechos a la terapia anímica que los que ya se le acuerdan en materia de cirugía básica. Y que las neurosis no constituyen menor amenaza para la salud popular que la tuberculosis, y por tanto, lo mismo que a esta, no se las puede dejar libradas al impotente cuidado del individuo perteneciente a las filas del pueblo. Se crearán entonces sanatorios o lugares de consulta a los que se asignarán médicos de formación psicoanalítica, quienes, aplicando el análisis, volverán más capaces de resistencia y más productivos a hombres que de otro modo se entregarían a la bebida, a mujeres que corren peligro de caer quebrantadas bajo la carga de las privaciones, a niños a quienes sólo les aguarda la opción entre el embrutecimiento o la neurosis. Estos tratamientos serán gratuitos. Puede pasar mucho tiempo antes de que el Estado sienta como obligatorios estos deberes. Y las circunstancias del presente acaso difieran todavía más ese momento; así, es probable que sea la beneficencia pri-

[10] [Véase el expediente a que recurrió Freud por motivos técnicos en el análisis del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *supra*, págs. 12-3.]

vada la que inicie tales institutos. De todos modos, alguna vez ocurrirá.[11]

Cuando suceda, se nos planteará la tarea de adecuar nuestra técnica a las nuevas condiciones. No dudo de que el acierto de nuestras hipótesis psicológicas impresionará también a las personas incultas, pero nos veremos precisados a buscar para nuestras doctrinas teóricas la expresión más simple e intuitiva. Haremos probablemente la experiencia de que el pobre está todavía menos dispuesto que el rico a renunciar a su neurosis; en efecto, no lo seduce la dura vida que le espera, y la condición de enfermo le significa otro título para la asistencia social. Es posible que en muchos casos sólo consigamos resultados positivos si podemos aunar la terapia anímica con un apoyo material, al modo del emperador José.[12] Y también es muy probable que en la aplicación de nuestra terapia a las masas nos veamos precisados a alear el oro puro del análisis con el cobre de la sugestión directa, y quizás el influjo hipnótico vuelva a hallar cabida, como ha ocurrido en el tratamiento de los neuróticos de guerra.[13] Pero cualquiera que sea la forma futura de esta psicoterapia para el pueblo, y no importa qué elementos la constituyan finalmente, no cabe ninguna duda de que sus ingredientes más eficaces e importantes seguirán siendo los que ella tome del psicoanálisis riguroso, ajeno a todo partidismo.

11 [Por la época en que se pronunció esta alocución, Anton von Freund planeaba fundar un instituto del tipo aquí sugerido. Véase la nota necrológica que le dedicó Freud (1920*c*).]

12 [José II de Austria (1741-1790), sobre cuyos métodos filantrópicos poco convencionales circulaban muchas leyendas. Freud se refiere a él en términos muy semejantes en uno de los primeros trabajos suyos en que se ocupa de la técnica psicoanalítica, «Sobre la iniciación del tratamiento» (1913*c*), *AE*, **12**, pág. 134.]

13 [El tratamiento de las neurosis de guerra fue uno de los principales temas abordados en el Congreso Psicoanalítico donde se leyó este trabajo. (Cf. *infra*, pág. 203.)]

¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?
(1919 [1918])

Nota introductoria

«Kell-e az egyetemen a psychoanalysist tanitani?»

Primera edición

(1918 Fecha probable de redacción del trabajo.)
1919 *Gyógyászat* (Budapest), **59**, nº 13, pág. 192. (Traducción al húngaro.)

Traducciones en castellano *

1955 «Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la universidad». *RP*, **12**, nº 1, págs. 111-4. Traducción de Marta Békei y Ludovico Rosenthal.**
1955 Igual título. *SR*, **21**, págs. 395-8. Los mismos traductores.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 994-6.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2454-6.

Este trabajo se publicó por primera vez en traducción al húngaro (probablemente realizada por Ferenczi) en la revista médica *Gyógyászat*, de Budapest, el 30 de marzo de 1919. Aparentemente, integraba una serie de trabajos de distintos autores acerca de las reformas en la enseñanza médica. Es probable que Freud lo escribiera durante el otoño de 1918, en la época en que se celebró el 5º Congreso Psicoanalítico Internacional, en Budapest. Entre los estudiantes de medicina de esta ciudad había, por entonces, considerable

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6.}
** {Reproducimos aquí la versión de Marta Békei y Ludovico Rosenthal, con autorización de la *Revista de Psicoanálisis*. Nunca se encontró el original alemán de este artículo. Las circunstancias del hallazgo de su traducción al húngaro fueron descritas por Rosenthal en su trabajo titulado «Un artículo omitido de Sigmund Freud», *RP* (1955), **12**, nº 1, págs. 102-10. Consigna allí que la fotocopia de la traducción húngara fue obtenida «por intermedio de la Oficina Sanitaria Panamericana de la Organización Mundial de la Salud, merced a los buenos oficios de la Asociación Psicoanalítica Argentina».}

agitación en procura de que el psicoanálisis fuera incluido en el plan de estudios. De hecho, en marzo de 1919, cuando los bolcheviques asumieron temporariamente el gobierno de Hungría, Ferenczi fue nombrado profesor de psicoanálisis en la universidad.

James Strachey

La cuestión de si conviene, o no, enseñar el psicoanálisis en la universidad puede ser abordada desde dos puntos de vista: el del análisis mismo y el de la universidad.

1. Es indudable que la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista, pero no es menos evidente que este puede, por su parte, prescindir de la universidad sin menoscabo alguno para su formación. En efecto, la orientación teórica que le es imprescindible la obtiene mediante el estudio de la bibliografía respectiva y, más concretamente, en las sesiones científicas de las asociaciones psicoanalíticas, así como por el contacto personal con los miembros más antiguos y experimentados de estas. En cuanto a su experiencia práctica, aparte de adquirirla a través de su propio análisis, podrá lograrla mediante tratamientos efectuados bajo el control y la guía de los psicoanalistas más reconocidos.

Dichas asociaciones deben su existencia, precisamente, a la exclusión de que el psicoanálisis ha sido objeto por la universidad. Es evidente, pues, que seguirán cumpliendo una función útil mientras se mantenga dicha exclusión.

2. En lo que a la universidad se refiere, la cuestión se reduce a verificar si, en principio, está dispuesta a reconocer al psicoanálisis alguna importancia en la formación del médico y del hombre de ciencia. De ser así, tendrá que resolver la manera de incluirlo en el conjunto de su enseñanza.

La importancia del psicoanálisis para la formación médica y universitaria se basa en lo siguiente:

a. Con justa razón, en los últimos decenios se ha criticado la formación del médico por orientar unilateralmente al estudiante hacia la anatomía, la física y la química, dejando de señalarle, en cambio, la importancia que poseen los factores psíquicos en las manifestaciones vitales, en la en-

fermedad y en el tratamiento. Tal laguna de la formación médica se hace sentir más tarde como un flagrante defecto en la actuación profesional, que no sólo se expresa en la falta de todo interés por aquellos problemas que son, precisamente, los más interesantes en la existencia del ser humano, sea sano o enfermo, sino que también entorpece la acción terapéutica del médico, al punto de que el enfermo se *mostrará más susceptible a la influencia de cualquier* curandero o charlatán.

Tan sensible defecto de la enseñanza indujo, hace ya bastante tiempo, a incorporar cátedras de psicología médica en los planes de la misma, pero mientras los cursos dictados se basaron en la psicología escolástica o en la experimental —dedicada a un enfoque sólo fragmentario—, no podían satisfacer las necesidades planteadas por la formación del estudiante ni podían librarle acceso a los problemas de la vida y de su profesión. Por tales razones, dichas formas de psicología médica no lograron mantener su plaza en los planes de enseñanza.

La creación de una cátedra de psicoanálisis, en cambio, bien podría responder a estas demandas. Antes de exponer el psicoanálisis mismo, sería necesario un curso de introducción dedicado a tratar las relaciones entre la vida psíquica y la somática, fundamento de cualquier tratamiento psíquico, a enseñar todas las formas de la terapia sugestiva, demostrando que, en última instancia, el psicoanálisis constituye el término y culminación de toda psicoterapia. En efecto, comparado con todos los otros sistemas, el psicoanálisis es el más apropiado para trasmitir al estudiante un conocimiento cabal de la psicología.

b. Otra de las funciones del psicoanálisis consiste en ofrecer una preparación para el estudio de la psiquiatría. En su forma actual, esta tiene un carácter meramente descriptivo, pues sólo muestra al estudiante una serie de cuadros clínicos y lo faculta para distinguir, entre ellos, los que son incurables o los que revisten peligrosidad social. Su única vinculación con las demás ramas del saber médico reside en la etiología orgánica y en las comprobaciones anatomopatológicas, mientras que no facilita la menor comprensión acerca de los hechos observados. Sólo la psicología profunda puede suministrar tal comprensión.

En la medida de mis informaciones, en Estados Unidos ya se ha reconocido que el psicoanálisis —primer ensayo de psicología profunda— aborda con éxito dicho sector aún irresuelto de la psiquiatría. Por consiguiente, en muchas

escuelas médicas de dicho país díctanse cursos de psicoanálisis como introducción a la psiquiatría.

La enseñanza del psicoanálisis habría de desarrollarse en dos etapas: un curso elemental, destinado a todos los estudiantes de medicina, y un ciclo de conferencias especializadas, para médicos psiquiatras.

c. Al investigar los procesos psíquicos y las funciones mentales, el psicoanálisis se ajusta a un método particular, cuya aplicación en modo alguno está limitada al campo de las funciones psíquicas patológicas, sino que también concierne a la resolución de problemas artísticos, filosóficos o religiosos, suministrando en tal sentido múltiples enfoques nuevos y revelaciones de importancia para la historia de la literatura, la mitología, la historia de las culturas y la filosofía de las religiones. Por consiguiente, dicho curso general habría de ser accesible asimismo a los estudiantes de tales ramas de la ciencia. Es evidente que la estimulación de estas últimas por las ideas analíticas contribuirá a crear, en el sentido de la *universitas literarum*, una unión más estrecha entre la ciencia médica y las ramas del saber que corresponden al ámbito de la filosofía.

En síntesis, cabe afirmar que la universidad únicamente puede beneficiarse con la asimilación del psicoanálisis en sus planes de estudio. Naturalmente, su enseñanza sólo podrá tener carácter dogmático-crítico, por medio de clases teóricas, pues nunca, o sólo en casos muy especiales, ofrecerá la oportunidad de realizar experimentos o demostraciones prácticas. A los fines de la investigación que debe llevar a cabo el docente de psicoanálisis, bastará con disponer de un consultorio externo que provea el material necesario, en la forma de los enfermos denominados «nerviosos», mientras que para cumplir la función asistencial de la psiquiatría deberá contarse además con un servicio de internación.

Cabe atender a la objeción de que, con la enseñanza aquí esbozada, el estudiante de medicina nunca podrá aprender cabalmente el psicoanálisis. Efectivamente es así si encaramos el ejercicio práctico del análisis, pero para el caso bastará con que aprenda algo del psicoanálisis y lo asimile. Por otra parte, la enseñanza universitaria tampoco hace del estudiante de medicina un cirujano diestro y capaz de afrontar cualquier intervención. Ninguno de los que por vocación llegan a la cirugía podrá eludir, para su formación ulterior, el trabajar durante varios años en un instituto de la especialidad.

«Pegan a un niño»

Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919)

Nota introductoria

«"Ein Kind wird geschlagen". Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen»

Ediciones en alemán

1919 *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, nº 3, págs. 151-72.
1922 *SKSN*, **5**, págs. 195-228.
1924 *GS*, **5**, págs. 344-75.
1926 *Psychoanalyse der Neurosen*, págs. 50-84.
1931 *Sexualtheorie und Traumlehre*, págs. 124-55.
1947 *GW*, **12**, págs. 197-226.
1973 *SA*, **7**, págs. 229-54.

*Traducciones en castellano**

1929 «Pegan a un niño (Aportación al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales)». *BN* (17 vols.), **13**, págs. 232-62. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **13**, págs. 241-71. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1195-208. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **13**, págs. 185-207. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1181-94. El mismo traductor.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2465-80. El mismo traductor.

En una carta a Ferenczi del 24 de enero de 1919, Freud le anunciaba que estaba escribiendo un artículo sobre el masoquismo. Fue terminado e intitulado a mediados de marzo, y se publicó en el verano del mismo año.

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

Este trabajo consiste, en su mayor parte, en una minuciosa indagación clínica acerca de una clase particular de perversión. Los hallazgos de Freud iluminan especialmente el problema del masoquismo, y, como está implícito en el subtítulo, su propósito era, asimismo, ampliar el conocimiento de las perversiones en general. Desde este punto de vista, el artículo puede considerarse un complemento al primero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*).

Sin embargo, a esto se agrega un examen —al cual Freud atribuía suma importancia— de los motivos que llevan a la represión, con especial referencia a las teorías que al respecto propusieron Fliess y Adler (cf. *infra*, págs. 196 y sigs.). Si bien el *mecanismo* de la represión había sido exhaustivamente considerado en dos de los trabajos metapsicológicos de Freud —en «La represión» (1915*d*) y en la sección IV de «Lo inconciente» (1915*e*)—, el problema de los *motivos* que la originan, mencionado al pasar en la última sección del análisis del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *supra*, págs. 100-1, no es tratado en ningún lugar de una manera tan completa como aquí. Por supuesto, este problema había interesado y aun intrigado a Freud desde sus primeras épocas, y hay numerosas referencias a él en la correspondencia con Fliess (1950*a*). Hacia el fin de su vida volvió a abordarlo, en «Análisis terminable e interminable» (1937*c*), donde discutió una vez más las teorías de Fliess y de Adler.

James Strachey

I

La representación-fantasía «Pegan a un niño»* es confesada con sorprendente frecuencia por personas que han acudido al tratamiento analítico a causa de una histeria o de una neurosis obsesiva. Pero los casos pueden ser todavía más numerosos: es harto probable que se le presente también a quienes, exentos de una enfermedad manifiesta, no se han visto llevados a adoptar esa resolución.

A esta fantasía se anudan sentimientos placenteros en virtud de los cuales se la ha reproducido innumerables veces o se la sigue reproduciendo. En el ápice de la situación representada se abre paso casi regularmente una satisfacción onanista (obtenida en los genitales, por tanto), al comienzo por la propia voluntad de la persona, pero luego también con carácter compulsivo y a pesar de su empeño contrario.

La confesión de esta fantasía sólo sobreviene con titubeos; el recuerdo de su primera aparición es inseguro, una inequívoca resistencia sale al paso de su tratamiento analítico, y la vergüenza y el sentimiento de culpa quizá se movilizan con mayor vigor en este caso que a raíz de parecidas comunicaciones sobre los comienzos recordados de la vida sexual.

Al fin se puede establecer que las primeras fantasías de esta clase se cultivaron muy temprano, sin duda antes de la edad escolar, ya en el quinto y sexto años. Pero cuando el niño co-presencia en la escuela cómo otros niños son azotados por el maestro, esa vivencia vuelve a convocar aquellas fantasías si se habían adormecido, las refuerza si aún persistían, y modifica de manera apreciable su contenido. A partir de entonces «muchos niños», en número indeterminado, son azotados. El influjo de la escuela era tan nítido que los pacientes en cuestión ensayaban al comienzo reconducir sus

* {El verbo castellano «pegar» no admite, en el uso corriente, la voz pasiva («ser pegado»), que sin embargo adquiere valor teórico en el tratamiento de este tema; por ello, traduciremos indistintamente «*schlagen*» por «pegar» o «azotar». La expresión «*Schlagephantasie*» será vertida como «fantasía de paliza».}

fantasías de paliza exclusivamente a tales impresiones de la época escolar, posteriores al sexto año. Sin embargo, ello en ningún caso resultó sostenible: las fantasías habían estado presentes desde antes.

Si en los cursos superiores de la escuela cesó el azotar a los niños, su influjo fue sustituido con creces por el de las lecturas que enseguida adquirieron significatividad. En el medio de mis pacientes eran casi siempre los mismos libros, asequibles para los jóvenes, aquellos cuyo contenido proporcionaba nuevas incitaciones a las fantasías de paliza: la llamada «Bibliothèque rose»,[1] *La cabaña del Tío Tom* y otros del mismo tenor. Compitiendo con estas obras literarias, la actividad fantaseadora del propio niño empezaba a inventar profusamente situaciones e instituciones en que unos niños eran azotados o recibían otra clase de castigos y correctivos a causa de su conducta díscola y malas costumbres.

Puesto que la representación-fantasía «un niño es azotado» era investida regularmente con elevado placer y desembocaba en un acto de satisfacción autoerótica placentera, cabía esperar que también contemplar cómo otro niño era azotado en la escuela hubiera sido una fuente de parecido goce. No obstante, no sucedía así. Co-vivenciar escenas reales de paliza en la escuela provocaba en el niño espectador una peculiar emoción, probablemente una mezcla de sentimientos en la que la repulsa tenía participación considerable. En algunos casos el vivenciar objetivo de las escenas de paliza se sentía como insoportable. Por otra parte, aun en las refinadas fantasías de años posteriores se establecía como condición que los niños que recibían el correctivo no sufrieran un daño serio.

Era forzoso inquirir por el nexo que pudiera existir entre la significatividad de las fantasías de paliza y el papel que los correctivos corporales objetivos habían desempeñado en la educación hogareña del niño. La conjetura más inmediata, a saber, que existiría una relación inversa, no pudo probarse a consecuencia de la unilateralidad del material. Las personas que brindaron la tela de estos análisis muy rara vez habían sido azotadas en su infancia, y en todo caso no habían sido educadas a palos. Claro está que todos esos niños en algún momento habían sentido la superior fuerza física de sus padres o sus educadores; en cuanto al hecho de que nunca faltan vapuleos entre los niños mismos, no es menester destacarlo expresamente.

1 [Una difundida serie de libros de Sophie de Ségur, de los cuales *Les malheurs de Sophie* fue uno de los que alcanzó mayor popularidad.]

La investigación quiso averiguar algo más, desde luego, acerca de aquellas fantasías tempranas y simples que no acusaban de manera evidente el influjo de impresiones escolares ni de escenas tomadas de la lectura. ¿Quién era el niño azotado? ¿El fantaseador mismo o un extraño? ¿Era siempre el mismo niño o uno cualquiera cada vez? ¿Quién lo azotaba? ¿Un adulto? ¿Y quién, en tal caso? ¿O el niño fantaseaba que él mismo azotaba a otro? Ninguna de estas preguntas recibió esclarecimiento, sino sólo esta única, esquiva, respuesta: «No sé nada más sobre eso; pegan a un niño».

Las averiguaciones acerca del sexo del niño azotado tuvieron más éxito, pero tampoco aportaron luz alguna. Muchas veces se respondió: «Siempre son varoncitos» o «Siempre nenas»; a menudo se dijo: «No lo sé» o «Es indiferente». En ningún caso se obtuvo lo que interesaba al inquiridor: un vínculo constante entre el sexo del niño fantaseador y el del azotado. En alguna ocasión emergió todavía un detalle característico del contenido de la fantasía: «El niño pequeño es azotado en la cola desnuda».

Bajo estas condiciones, al comienzo no fue posible decidir siquiera si el placer adherido a la fantasía de paliza debía caracterizarse como sádico o como masoquista.

II

De acuerdo con nuestras actuales intelecciones, una fantasía así, que emerge en la temprana infancia quizás a raíz de ocasiones casuales y que se retiene para la satisfacción autoerótica, sólo admite ser concebida como un rasgo primario de perversión. Vale decir: uno de los componentes de la función sexual se habría anticipado a los otros en el desarrollo, se habría vuelto autónomo de manera prematura, fijándose luego y sustrayéndose por esta vía de los ulteriores procesos evolutivos; al propio tiempo, atestiguaría una constitución particular, anormal, de la persona. Sabemos que una perversión infantil de esta índole no necesariamente dura toda la vida; en efecto, más tarde puede caer bajo la represión, ser sustituida por una formación reactiva o ser trasmudada por una sublimación. (Acaso suceda, en realidad, que la sublimación provenga de un proceso particular[2] que sería atajado por la represión.) Pero si estos procesos faltan,

2 [Tal vez sea esta una referencia a la teoría de la sublimación mencionada en el capítulo III de *El yo y el ello* (1923*b*).]

la perversión se conserva en la madurez, y siempre que en el adulto hallamos una aberración sexual —perversión, fetichismo, inversión— tenemos derecho a esperar que la exploración anamnésica nos lleve a descubrir en la infancia un suceso fijador de esa naturaleza. Mucho antes del advenimiento del psicoanálisis, observadores como Binet ya habían podido reconducir las aberraciones sexuales raras de la madurez a esta clase de impresiones sobrevenidas justamente en una misma época de la infancia (a los cinco o seis años).[3] Es verdad que se tropezaba ahí con una barrera para nuestra comprensión, pues las impresiones fijadoras carecían de toda fuerza traumática: las más de las veces eran triviales y no emocionantes para otros individuos; no se podía decir por qué el pujar sexual se había fijado justamente a ellas. Pero su significatividad podía hallarse en que ofrecían a esos componentes sexuales prematuros y en acecho una ocasión, aunque casual, para adherirse a ellas, y cabía prever que la cadena del enlace causal tendría en alguna parte un término provisional. Y en este sentido, la constitución congénita parecía llenar todos los requisitos para ser ese punto de apoyo.

Si ese componente sexual que se separó temprano es el sádico, nos formamos, sobre la base de intelecciones obtenidas en otro terreno, la expectativa de que su ulterior represión genere una predisposición a la neurosis obsesiva.[4] No puede afirmarse que esa expectativa sea contradicha por el resultado de la investigación. Entre los seis casos sobre cuyo estudio en profundidad se basa esta breve comunicación (cuatro mujeres y dos hombres), había dos de neurosis obsesiva: uno gravísimo, incapacitante, y uno de mediana gravedad, accesible a la terapia; además, un tercero presentaba al menos algunos rasgos nítidos de la neurosis obsesiva. Un cuarto caso era sin duda una histeria neta con dolores e inhibiciones, y un quinto, que acudió al análisis meramente por un desconcierto en su vida, no habría recibido clasificación alguna en el diagnóstico clínico grueso o se lo habría despachado como «psicastenia».[5] No cabe desilusionarse por esta estadística, pues en primer lugar sabemos que no toda predisposición se desarrolla hasta la afección plena y, en segundo, tenemos derecho a conformarnos con explicar lo que existe y a eludir, en general, la averiguación de por qué algo no se produce.

[3] [Freud aludió a esta observación de Binet (1888) en sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*) y añadió un comentario sobre ella en una nota agregada a la edición de 1920 (*AE*, **7**, pág. 140, *n*. 20).]
[4] [Cf. «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913*i*).]
[5] [El sexto caso no es mencionado en este texto.]

Nuestras presentes intelecciones nos permitirían adentrarnos hasta este punto, y no más allá, en la comprensión de las fantasías de paliza. Es verdad que el médico analista, siempre que debe confesarse que esas fantasías las más de las veces permanecen apartadas del restante contenido de la neurosis y no ocupan un sitio legítimo dentro de su ensambladura, siente la sospecha de que el problema no ha quedado resuelto con ello; empero, como lo sé por mi propia experiencia, uno suele desdeñar de buen grado tales impresiones.

III

En sentido estricto —¿y por qué no lo tomaríamos con todo el rigor posible?— sólo merece el título de psicoanálisis correcto el empeño analítico que ha conseguido levantar la amnesia que oculta para el adulto el conocimiento de su vida infantil desde su comienzo mismo (o sea, desde el segundo hasta el quinto año, más o menos). Nunca se lo dirá con voz suficientemente alta ni se lo repetirá lo bastante entre analistas. Los motivos para descuidar esta admonición son, en efecto, bien comprensibles. Uno querría obtener éxitos útiles en el plazo más breve y con el menor trabajo. Pero en el presente el conocimiento teórico sigue siendo incomparablemente más importante para todos nosotros que el éxito terapéutico, y quien desdeñe los análisis de la infancia por fuerza incurrirá en serios errores. Insistir en la importancia de las vivencias tempranas no implica subestimar el influjo de las posteriores; pero esas impresiones vitales más tardías hablan en el análisis con voz lo bastante alta por la boca del enfermo, mientras que es el médico quien debe alzar la voz para defender los títulos de la infancia.

Es en el período de la infancia que abarca de los dos a los cuatro o cinco años cuando por vez primera los factores libidinosos congénitos son despertados por las vivencias y ligados a ciertos complejos. Las fantasías de paliza, aquí consideradas, sólo aparecen hacia el fin de ese período o después de él. También sería posible que tuvieran una prehistoria, recorrieran un desarrollo y correspondieran a un resultado final, no a una exteriorización inicial.

Esta conjetura es corroborada por el análisis. La aplicación consecuente de este último enseña que las fantasías de paliza tienen una historia evolutiva nada simple, en cuyo trascurso su mayor parte cambia más de una vez: su vínculo con la persona fantaseadora, su objeto, contenido y significado.

Para estudiar con mayor facilidad estas mudanzas en las fantasías de paliza, me permitiré circunscribir mis descripciones a las personas del sexo femenino, que por otra parte constituyen mayoría en mi material (cuatro contra dos). Además, a las fantasías de paliza de los hombres se anuda un tema diverso, que dejaré de lado en esta comunicación.[6] Sin embargo, me empeñaré por no esquematizar más de lo inevitable al exponer una constelación media. Aunque una observación más amplia pudiera revelar una mayor diversidad en ella, estoy seguro de haber captado un suceso típico y de frecuencia no rara.

La primera fase de las fantasías de paliza en niñas tiene que corresponder, pues, a una época muy temprana de la infancia. En ellas hay algo que permanece asombrosamente indeterminable, como si fuera indiferente. La mezquina noticia que se recibe de las pacientes en la primera comunicación, «Pegan a un niño», parece justificada para esta fantasía. No obstante, hay otra cosa determinable con certeza, y por cierto siempre en el mismo sentido. El niño azotado, en efecto, nunca es el fantaseador; lo regular es que sea otro niño, casi siempre un hermanito, cuando lo hay. Puesto que puede tratarse de un hermano o una hermana, no es posible establecer un vínculo constante entre el sexo del fantaseador y el del azotado. Por tanto, la fantasía seguramente no es masoquista; se la llamaría sádica, pero no debe olvidarse que el niño fantaseador nunca es el que pega. En cuanto a quién es, en realidad, la persona que pega, no queda claro al comienzo. Sólo puede comprobarse que no es otro niño, sino un adulto. Esta persona adulta indeterminada se vuelve más tarde reconocible de manera clara y unívoca como el *padre* (de la niñita).

La primera fase de la fantasía de paliza se formula entonces acabadamente mediante el enunciado: «*El padre pega al niño*».* Dejo traslucir mucho del contenido que luego pesquisaremos si digo, en lugar de ello: «El padre pega al niño *que yo odio*». En verdad podemos vacilar en cuanto a si ya a este grado previo de la posterior fantasía de paliza debe concedérsele el carácter de una «fantasía». Quizá se trate más bien de recuerdos de esos hechos que uno ha presenciado, de deseos que surgen a raíz de diversas ocasiones; pero estas dudas no tienen importancia alguna.

[6] [En verdad, Freud se ocupa *infra*, págs. 192 y sigs., de las fantasías de paliza de los hombres. Probablemente al decir aquí «un tema diverso» pensaba en sus bases específicamente femeninas.]

* {Empleamos «niño» en sentido general, sin determinación de sexo.}

Entre esta primera fase y la siguiente se consuman grandes trasmudaciones. Es cierto que la persona que pega sigue siendo la misma, el padre, pero el niño azotado ha devenido otro; por lo regular es el niño fantaseador mismo, la fantasía se ha teñido de placer en alto grado y se ha llenado con un contenido sustantivo cuya derivación nos ocupará más adelante. Entonces, su texto es ahora: «*Yo soy azotado por el padre*». Tiene un indudable carácter masoquista.

Esta segunda fase es, de todas, la más importante y grávida en consecuencias; pero en cierto sentido puede decirse de ella que nunca ha tenido una existencia real. En ningún caso es recordada, nunca ha llegado a devenir-conciente. Se trata de una construcción del análisis, mas no por ello es menos necesaria.

La tercera fase se aproxima de nuevo a la primera. Tiene el texto conocido por la comunicación de las pacientes. La persona que pega nunca es la del padre; o bien se la deja indeterminada, como en la primera fase, o es investida {*besetzen*} de manera típica por un subrogante del padre (maestro). La persona propia del niño fantaseador ya no sale a la luz en la fantasía de paliza. Si se les pregunta con insistencia, las pacientes sólo exteriorizan: «Probablemente yo estoy mirando». En lugar de un solo niño azotado, casi siempre están presentes ahora muchos niños. Con abrumadora frecuencia los azotados (en las fantasías de las niñas) son varoncitos, pero ninguno de ellos resulta familiar individualmente. La situación originaria, simple y monótona, del ser-azotado puede experimentar las más diversas variaciones y adornos, y el azotar mismo puede ser sustituido por castigos y humillaciones de otra índole. Empero, el carácter esencial que diferencia aun las fantasías más simples de esta fase de las de la primera y establece el nexo con la fase intermedia es el siguiente: la fantasía es ahora la portadora de una excitación intensa, inequívocamente sexual, y como tal procura la satisfacción onanista. Pero he ahí lo enigmático: ¿por qué camino esta fantasía, sádica en lo sucesivo, de unos varoncitos desconocidos y ajenos que son azotados se ha convertido en patrimonio duradero de la aspiración libidinosa de la niña pequeña?

No se nos oculta que la trabazón y la secuencia de las tres fases de la fantasía de paliza, así como todas sus otras peculiaridades, han permanecido hasta aquí enteramente incomprensibles.

IV

Si uno prosigue el análisis a través de esas épocas tempranas en que se sitúa la fantasía de paliza y desde las cuales se la recuerda, la niña se nos aparece enredada en las excitaciones de su complejo parental.

La niña pequeña está fijada con ternura al padre, quien probablemente lo ha hecho todo para ganar su amor, poniendo así el germen de una actitud de odio y competencia hacia la madre, una actitud que subsiste junto a una corriente de dependencia tierna y que puede volverse cada vez más intensa y más nítidamente conciente a medida que pasen los años, o motivar una ligazón amorosa reactiva, hipertrófica, con aquella. Ahora bien, la fantasía de paliza no se anuda a la relación con la madre. Están los otros hijos, de edad apenas mayor o menor, que a uno no le gustan por toda clase de razones, pero principalmente porque debe compartir con ellos el amor de los padres, y a quienes, por eso, uno aparta de sí con toda la salvaje energía que la vida de los sentimientos posee en esos años. Si hay un hermanito menor (como en tres de mis cuatro casos), se lo desprecia además de odiarlo, y encima hay que ver cómo se atrae la cuota de ternura que los padres enceguecidos tienen siempre presta para el más pequeñito. Pronto se comprende que ser azotado, aunque no haga mucho daño, significa una destitución del amor y una humillación. ¡Tantos niños se consideran seguros en el trono que les levanta el inconmovible amor de sus padres, y basta un solo azote para arrojarlos de los cielos de su imaginaria omnipotencia! Por eso es una representación agradable que el padre azote a este niño odiado, sin que interese para nada que se haya visto que le pegaran precisamente a él. Ello quiere decir: «El padre no ama a ese otro niño, *me ama sólo a mí*».

Este es entonces el contenido y el significado de la fantasía de paliza en su primera fase. Es evidente que la fantasía satisface los celos del niño y que depende de su vida amorosa, pero también recibe vigoroso apoyo de sus intereses egoístas. Por eso es dudoso que se la pueda calificar de puramente «sexual»; pero tampoco nos atrevemos a llamarla «sádica».

En efecto, sabemos que al acercarnos al origen suelen borrarse todos los signos distintivos sobre los cuales estamos habituados a edificar nuestras diferenciaciones. Entonces, quizá suene parecido a la profecía que las tres brujas hicieron a Banquo: «No indudablemente sexual, no sádico tampoco, pero sí el material desde el cual ambas cosas están destinadas

a nacer después».* Ahora bien, no hay fundamento alguno para la conjetura de que ya esta primera fase de la fantasía sirva a una excitación que envolviendo a los genitales sepa procurarse descarga en un acto onanista.

En esta prematura elección de objeto del amor incestuoso, la vida sexual del niño alcanza evidentemente el estadio de la organización genital. Esto es más fácil de demostrar en el varoncito, pero tampoco es dudoso en el caso de la niña pequeña. Algo como una vislumbre de la posterior meta sexual definitiva y normal gobierna el querer-alcanzar libidinoso del niño; cabe preguntarse con asombro de dónde proviene, pero es lícito considerar como una prueba de ello que los genitales ya hayan iniciado su papel en el proceso excitatorio. Nunca falta en el varoncito el deseo de tener un hijo con la madre, y es constante en la niña el de recibir un hijo del padre, y ello a pesar de su total incapacidad de aclararse el camino que pudiera llevar al cumplimiento de tales deseos. Que los genitales tienen algo que ver con esto parece establecido para el niño, aunque sus cavilaciones puedan buscar la naturaleza de la intimidad presupuesta entre los padres en vínculos de otra clase —por ejemplo, en el dormir juntos, en el orinar en común y cosas parecidas—, y los contenidos de esta índole puedan ser captados en representaciones-palabra antes que eso oscuro que se relaciona con los genitales.

Pero llega el tiempo en que la helada marchita esa temprana floración; ninguno de esos enamoramientos incestuosos puede escapar a la fatalidad de la represión. Sucumben a ella a raíz de ocasiones externas registrables que provocan desengaños, como afrentas inesperadas, el indeseado nacimiento de un nuevo hermanito, sentido como una infidelidad, etc., o bien desde adentro, sin ocasionamientos de esa índole, quizá sólo a consecuencia de la falta de un cumplimiento demasiado tiempo anhelado. Es innegable que tales ocasionamientos no son las causas eficientes, sino que estos vínculos amorosos están destinados a sepultarse {*untergehen*} alguna vez, no podemos decir debido a qué. Lo más probable es que sucumban {*vergehen*} porque su tiempo ha expirado, porque los niños entran en una nueva fase de desarrollo en la que se ven precisados a repetir, desde la historia de la humanidad, la represión {esfuerzo de desalojo} de la elección incestuosa de objeto, de igual modo que antes se vieron

* {En *Macbeth* (acto I, escena 3), las brujas le profetizan a Banquo que será «menos grande que Macbeth, y más grande, / no tan feliz, y más feliz, / procrearás reyes, pero no serás rey».}

esforzados a emprenderla.[7] Lo que estuvo presente inconcientemente como resultado psíquico de las mociones incestuosas de amor ya no es acogido más por la conciencia de la nueva fase, y lo que de eso ya había devenido conciente es de nuevo esforzado afuera {*herausdrängen*}. De manera simultánea con este proceso represivo aparece una conciencia de culpa, también ella de origen desconocido, pero inequívocamente anudada a aquellos deseos incestuosos y justificada por su perduración en lo inconciente.[8]

La fantasía de la época del amor incestuoso había dicho: «El (el padre) me ama sólo a mí, no al otro niño, pues a este le pega». La conciencia de culpa no sabe hallar castigo más duro que la inversión de este triunfo: «No, no te ama a ti, pues te pega». Entonces la fantasía de la segunda fase, la de ser uno mismo azotado por el padre, pasaría a ser la expresión directa de la conciencia de culpa ante la cual ahora sucumbe el amor por el padre. Así pues, la fantasía ha devenido masoquista; por lo que yo sé, siempre es así: en todos los casos es la conciencia de culpa el factor que trasmuda el sadismo en masoquismo. Pero ciertamente no es este el contenido íntegro del masoquismo. La conciencia de culpa no puede haber conquistado sola la liza; la moción de amor tiene que haber tenido su parte en ello. Recordemos que se trata de niños en quienes el componente sádico pudo salir a primer plano de manera aislada y prematura por razones constitucionales. No debemos resignar este punto de vista. Pues justamente en estos niños se ve particularmente facilitado un retroceso a la organización pregenital sádico-anal de la vida sexual. Cuando la represión afecta la organización genital recién alcanzada, no es la única consecuencia de ello que toda subrogación psíquica del amor incestuoso deviene o permanece inconciente, sino que se agrega esta otra: la organización genital misma experimenta un rebajamiento regresivo. «El padre me ama» se entendía en el sentido genital; por medio de la regresión se muda en «El padre me pega (soy azotado por el padre)». Este ser-azotado es ahora una conjunción de conciencia de culpa y erotismo; *no es sólo el castigo por la referencia genital prohibida, sino también su sustituto regresivo*, y a partir de esta última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas. Ahora bien, sólo esta es la esencia del masoquismo.

La fantasía de la segunda fase, la de ser uno mismo azotado

[7] Véase el destino en el mito de Edipo.

[8] [*Nota agregada* en 1924:] Continuamos esta línea de pensamiento en «El sepultamiento del complejo de Edipo» (1924*d*).

por el padre, permanece por regla general inconciente, probablemente a consecuencia de la intensidad de la represión. No puedo indicar por qué, a pesar de ello, en uno de mis seis casos (uno masculino) era recordada concientemente. Este hombre, ahora adulto, había conservado con claridad en la memoria que solía usar con fines onanistas la representación de ser azotado por la madre; es cierto que pronto sustituyó a la madre propia por las de compañeros de escuela u otras mujeres que se le asemejaran de algún modo. No hay que olvidar que a raíz de la mudanza de la fantasía incestuosa del varoncito en su correspondiente masoquista se produce una inversión más que en el caso de la niñita, a saber, la sustitución de actividad por pasividad; y acaso sea este plus de desfiguración {dislocación} lo que proteja a la fantasía de permanecer inconciente como resultado de la represión. Así, la conciencia de culpa se habría conformado con la regresión en lugar de la represión; en los casos femeninos, la conciencia de culpa —acaso más exigente en sí misma— sólo se habría calmado mediante la cooperación de ambas.

En dos de mis cuatro casos femeninos se había desarrollado sobre la fantasía masoquista de paliza una superestructura de sueños diurnos muy ingeniosa y sustantiva para la vida de la persona en cuestión, y que tenía como función posibilitar el sentimiento de la excitación satisfecha aun con renuncia al acto onanista. En uno de estos casos, se permitió al contenido de ser azotado por el padre aventurarse de nuevo hasta la conciencia, toda vez que el yo propio se volvía irreconocible mediante un ligero disfraz. El héroe de estas historias regularmente era azotado por el padre; luego sólo castigado, humillado, etc.

Repito, empero, que por regla general la fantasía permanece inconciente y debe reconstruírsela en el análisis. Acaso esto dé la razón a los pacientes que pretenden recordar que el onanismo emergió en ellos antes que la fantasía de paliza de la tercera fase —que enseguida consideraremos—, y esta última se le habría unido sólo más tarde, quizá bajo la impresión de escenas escolares. Todas las veces que prestamos crédito a estos indicios nos inclinamos a suponer que el onanismo estuvo gobernado al comienzo por fantasías inconcientes, que luego fueron sustituidas por otras concientes.

Concebimos como una sustitución así a la fantasía notoria de paliza de la tercera fase, su configuración definitiva en que el niño fantaseador sigue apareciendo a lo sumo como espectador, y el padre se conserva en la persona de un maestro u otra autoridad. La fantasía, semejante ahora a la de la primera fase, parece haberse vuelto de nuevo hacia el sadis-

mo. Produce la impresión como si en la frase «El padre pega al otro niño, sólo me ama a mí» el acento se hubiera retirado sobre la primera parte después que la segunda sucumbió a la represión. Sin embargo, sólo la forma de esta fantasía es sádica; la satisfacción que se gana con ella es masoquista, su intencionalidad reside en que ha tomado sobre sí la investidura libidinosa de la parte reprimida y, con esta, la conciencia de culpa que adhiere al contenido. En efecto, los muchos niños indeterminados a quienes el maestro azota son sólo sustituciones de la persona propia.

Además, aquí se muestra por primera vez algo que semeja una constancia en el sexo de las personas al servicio de la fantasía. Los niños azotados son casi siempre varoncitos, tanto en las fantasías de los varones como en las de las niñas. Y este rasgo no se explica evidentemente por alguna competencia entre los sexos, pues de lo contrario en las fantasías de los varones tendrían que ser más bien niñas las azotadas; por otra parte, tampoco tiene nada que ver con el sexo del niño odiado de la primera fase, sino que apunta a un complicado proceso que sobreviene en las niñas. Cuando se extrañan del amor incestuoso hacia el padre, entendido genitalmente, es fácil que rompan por completo con su papel femenino, reanimen su «complejo de masculinidad» (Van Ophuijsen [1917]) y a partir de entonces sólo quieran ser muchachos. Por eso los chivos expiatorios que las subrogan son sólo muchachos. En los dos casos de sueños diurnos —uno se elevaba casi hasta el nivel de una creación literaria—, los héroes eran siempre sólo hombres jóvenes; más aún: las mujeres ni siquiera aparecían en estas creaciones, y sólo tras muchos años hallaron cabida en papeles secundarios.

V

Espero haber expuesto con suficiente detalle mis experiencias analíticas y pediré sólo se tenga en cuenta que los seis casos tantas veces citados no agotan mi material, sino que yo mismo, y otros analistas, disponemos de un número mayor de casos no tan bien investigados. Estas observaciones pueden utilizarse en varios sentidos: para obtener esclarecimiento sobre la génesis de las perversiones en general, en particular del masoquismo, y para apreciar el papel que cumple la diferencia entre los sexos dentro de la dinámica de la neurosis.

El resultado más notable de ese examen atañe a la génesis

de las perversiones. Ciertamente permanece inconmovible la concepción de que en ellas pasa al primer plano el refuerzo constitucional o el carácter prematuro de un componente sexual; pero con ello no está dicho todo. La perversión ya no se encuentra más aislada en la vida sexual del niño, sino que es acogida dentro de la trama de los procesos de desarrollo familiares para nosotros en su calidad de típicos —para no decir «normales»—. Es referida al amor incestuoso de objeto, al complejo de Edipo del niño; surge primero sobre el terreno de este complejo, y luego de ser quebrantado permanece, a menudo solitaria, como secuela de él, como heredera de su carga {*Ladung*} libidinosa y gravada con la conciencia de culpa que lleva adherida. La constitución sexual anormal ha mostrado en definitiva su poderío esforzando al complejo de Edipo en una dirección determinada y compeliéndolo a un fenómeno residual inhabitual.

Como es sabido, la perversión infantil puede convertirse en el fundamento para el despliegue de una perversión de igual sentido, que subsista toda la vida y consuma toda la sexualidad de la persona, o puede ser interrumpida y conservarse en el trasfondo de un desarrollo sexual normal al que en lo sucesivo, empero, sustraerá siempre cierto monto de energía. El primer caso es el ya discernido en épocas preanalíticas, pero la indagación analítica de tales perversiones plenas salva casi el abismo entre ambos. En efecto, con harta frecuencia hallamos que también estos perversos, por lo común *en la pubertad, han iniciado* un esbozo de actividad sexual normal. Pero no tuvo el suficiente vigor, se lo resignó ante los primeros obstáculos —que nunca faltan—, y luego la persona retrocedió definitivamente a la fijación infantil.

Desde luego, sería importante saber si es lícito afirmar que todas las perversiones infantiles tienen su génesis en el complejo de Edipo. Para decidirlo se requieren ulteriores indagaciones, pero no parece imposible. Si se consideran las anamnesis obtenidas de las perversiones de adultos, se observa que la impresión decisiva, la «primera vivencia» de todos estos perversos, fetichistas, etc., casi nunca se remonta a una fecha anterior al sexto año. Ahora bien, por esa época el imperio del complejo de Edipo ya ha caducado; la vivencia recordada, de tan enigmática eficacia, muy bien pudo subrogar la herencia de aquel. Y es forzoso que los nexos entre ella y el complejo ahora reprimido permanezcan oscuros mientras el análisis no haya arrojado luz sobre el período que se extiende detrás de la primera impresión «patógena». En relación con esto, considérese cuán poco valor tendría, por ejemplo, la tesis de una homosexualidad innata si se

apoyara en la comunicación de que la persona en cuestión ya desde su octavo o sexto años sintió preferencia por las de su mismo sexo.

Ahora bien, si es en general posible derivar del complejo de Edipo las perversiones, nuestra apreciación de aquel recibe nuevo refuerzo. En verdad, creemos que el complejo de Edipo es el genuino núcleo de la neurosis, y la sexualidad infantil, que culmina en él, es la condición efectiva de la neurosis; lo que resta de él como secuela constituye la predisposición del adulto a contraer más tarde una neurosis. Entonces, la fantasía de paliza y otras fijaciones perversas análogas sólo serían unos precipitados del complejo de Edipo, por así decir las cicatrices que el proceso deja tras su expiración, del mismo modo como la tristemente célebre «inferioridad» corresponde a una cicatriz narcisista de esa índole. Debo consignar mi total acuerdo con esta concepción de Marcinowski (1918), quien la ha sustentado con felicidad hace poco. Es bien sabido que este delirio de insignificancia de los neuróticos es sólo parcial y por entero conciliable con la existencia de una sobrestimación de sí mismo, oriunda de otras fuentes. Acerca del origen del complejo de Edipo mismo y acerca del destino, probablemente deparado sólo al hombre entre todos los animales, de verse obligado a comenzar dos veces su vida sexual —la primera como todas las otras criaturas, desde la primera infancia, y luego, tras larga interrupción, de nuevo en la época de la pubertad—, sobre todo ello, que se relaciona de manera estrecha con su «herencia arcaica», me he pronunciado en otro lugar y no me propongo entrar a considerarlo aquí.[9]

En cuanto a la génesis del masoquismo, el examen de nuestras fantasías de paliza nos proporciona sólo mezquinas contribuciones. Al comienzo parece corroborarse que el masoquismo no es una exteriorización pulsional primaria, sino que nace por una reversión del sadismo hacia la persona propia, o sea por regresión del objeto al yo.[10] Pulsiones de meta pasiva son dadas desde el comienzo mismo, sobre todo en la mujer, pero la pasividad no constituye todavía el todo del masoquismo; a este le pertenece, además, el carácter displa-

[9] [Estas cuestiones habían sido tratadas ampliamente por Freud no mucho antes, en sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17), en especial en la 21ª y 23ª conferencias. Véase también su prólogo al libro de Reik sobre psicología de las religiones (Freud, 1919g), *infra*, págs. 257-8.]

[10] Cf. «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c). [En *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, **18**, pág. 53, Freud se inclinó en definitiva por la posibilidad de que hubiera un masoquismo primario.]

centero, tan extraño para un cumplimiento pulsional. La trasmudación del sadismo en masoquismo parece acontecer por el influjo de la conciencia de culpa que participa en el acto de represión. Entonces, la represión se exterioriza aquí en tres clases de efectos: vuelve inconciente el resultado de la organización genital, constriñe a esta última a la regresión hasta el estadio sádico-anal y muda su sadismo en el masoquismo pasivo, en cierto sentido de nuevo narcisista. De estos tres resultados, el intermedio es posibilitado por la endeblez de la organización genital, endeblez que damos por supuesta en estos casos; el tercero se produce de manera necesaria porque a la conciencia de culpa le escandaliza tanto el sadismo como la elección incestuosa de objeto entendida en sentido genital. ¿De dónde viene la conciencia de culpa misma? Tampoco aquí los análisis nos dan respuesta alguna. Pareciera que la nueva fase en que ingresa el niño la llevara consigo y, toda vez que perdura a partir de ese momento, correspondiera a una formación cicatricial como lo es el sentimiento de inferioridad. Según la todavía incierta orientación que hemos logrado hasta ahora respecto de la estructura del yo, la atribuiríamos a aquella instancia que se contrapone al resto del yo como conciencia moral crítica, que en el sueño produce el fenómeno funcional de Silberer [1910] y se desase del yo en el delirio de ser notado.[11]

De pasada señalemos que el análisis de la perversión infantil aquí considerada ayuda a resolver también un antiguo enigma, que, en verdad, ha martirizado más a las personas ajenas al análisis que a los analistas mismos. Pero todavía recientemente el propio E. Bleuler [1913*a*][12] ha admitido como algo asombroso e inexplicable que los neuróticos sitúen el onanismo en el centro de su conciencia de culpa. Por nuestra parte, supusimos desde siempre que esa conciencia de culpa se refería al onanismo de la primera infancia y no al de la pubertad, y que debía referírsela en su mayor parte no al acto onanista, sino a la fantasía que estaba en su base, si bien de manera inconciente —vale decir, la fantasía proveniente del complejo de Edipo—.[13]

Ya consigné la significatividad que la tercera fase, aparentemente sádica, de la fantasía de paliza suele cobrar como

[11] [Véase la parte III de «Introducción del narcisismo» (1914*c*). Esta instancia es, por supuesto, la denominada posteriormente «superyó». Cf. el capítulo III de *El yo y el ello* (1923*b*).]

[12] [Cf. *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, pág. 172*n*.]

[13] [Véanse, por ejemplo, las consideraciones hechas en el historial clínico del «Hombre de las Ratas» (1909*d*), *AE*, **10**, págs. 159 y sigs.]

portadora de la excitación que esfuerza al onanismo, y mencioné la actividad fantaseadora que ella suele incitar, una actividad que en parte la continúa en su mismo sentido y en parte la cancela por vía compensatoria. Empero, es de importancia incomparablemente mayor la segunda fase, inconciente y masoquista: la fantasía de ser uno mismo azotado por el padre. No sólo porque continúa su acción eficaz por mediación de aquella que la sustituye; también se pesquisan efectos suyos sobre el carácter, derivados de manera inmediata de su versión inconciente. Los seres humanos que llevan en su interior esa fantasía muestran una particular susceptibilidad e irritabilidad hacia personas a quienes pueden insertar en la serie paterna; es fácil que se hagan afrentar por ellas y así realicen la situación fantaseada, la de ser azotados por el padre, produciéndola en su propio perjuicio y para su sufrimiento. No me asombraría que alguna vez se demostrara que esa misma fantasía es base del delirio querulante paranoico.

VI

La descripción de las fantasías de paliza se habría dispersado y vuelto inabarcable de no haberla yo limitado, prescindiendo de unas pocas referencias, a las constelaciones que hallamos en la mujer. Resumo los resultados: la fantasía de paliza de la niña pequeña recorre tres fases; de ellas, la primera y la última se recuerdan como concientes, mientras que la intermedia permanece inconciente. Las dos concientes parecen sádicas; la intermedia —la inconciente— es de indudable naturaleza masoquista; su contenido es ser azotado por el padre, y a ella adhieren la carga libidinosa y la conciencia de culpa. En la primera y tercera fantasías, el niño azotado es siempre un otro; en la intermedia, sólo la persona propia; en la tercera —fase conciente— son, en la gran mayoría de los casos, sólo varoncitos los azotados. La persona que pega es desde el comienzo el padre; luego, alguien que hace sus veces, tomado de la serie paterna. La fantasía inconciente de la fase intermedia tuvo originariamente significado genital; surgió, por represión y regresión, del deseo incestuoso de ser amado por el padre. Dentro de una conexión al parecer más laxa viene al caso el hecho de que las niñas, entre la segunda y la tercera fases, cambian de vía su sexo, fantaseándose como varoncitos.

He avanzado mucho menos en el conocimiento de las

fantasías de paliza de los varones, acaso sólo porque el material no me resultó propicio. Como es natural, esperé hallar plena analogía entre las constelaciones vigentes en el varoncito y en la niña; en el caso del primero, desde luego, la madre debía remplazar al padre en esa fantasía. Y en efecto ello pareció corroborarse, pues la fantasía que se consideró la correspondiente en el varón tenía por contenido ser azotado por la madre (luego, por una persona sustitutiva). Sin embargo, esa fantasía en que la persona propia se retenía como objeto se diferenciaba de la segunda fase hallada en la niña por el hecho de que podía devenir conciente. Pero si por esa razón se quería equipararla a la tercera fase de la niña, subsistía una nueva diferencia, a saber, que la persona propia del muchacho no era sustituida por muchas, indeterminadas, ajenas, y menos aún por muchas niñas. Así se malograba la expectativa de un paralelismo íntegro.

Mi material masculino incluía sólo pocos casos en que la fantasía infantil de paliza no se presentara acompañada de serios deterioros de la actividad sexual; sí, en cambio, un gran número de personas que debían calificarse de masoquistas genuinos en el sentido de la perversión sexual. De ellos, algunos hallaban su satisfacción sexual exclusivamente en el onanismo tras fantasías masoquistas; otros habían logrado acoplar de tal suerte masoquismo y quehacer genital que por medio de escenificaciones masoquistas y bajo condiciones de esa misma índole conseguían la meta de la erección y eyaculación o se habilitaban para ejecutar un coito normal. A esto se suma el caso, más raro, del masoquista perturbado en su obrar perverso por unas representaciones obsesivas que emergen con intensidad insoportable. Es difícil que los perversos satisfechos tengan razones para acudir al análisis; pero en los tres grupos mencionados de masoquistas pueden presentarse fuertes motivos que los conduzcan al analista. El onanista masoquista se encuentra absolutamente impotente cuando al fin ensaya el coito con la mujer, y quien hasta cierto momento logró el coito con ayuda de una representación o escenificación masoquistas puede descubrir de pronto que esa alianza cómoda para él le falla, pues el genital ya no reacciona a la estimulación masoquista. Solemos prometer, confiados, un pleno restablecimiento a los impotentes psíquicos que nos demandan tratamiento; pero también en esa prognosis debemos ser reservados mientras desconozcamos la dinámica de la perturbación. El análisis nos depara una desagradable sorpresa cuando revela como causa de la impotencia «meramente psíquica» una actitud masoquista extremada, acaso de larga raigambre.

Ahora bien, en estos hombres masoquistas descubrimos algo que nos advierte no perseguir más allá por ahora la analogía con las constelaciones halladas en la mujer, sino apreciar el estado de cosas de manera autónoma: se observa que, tanto en las fantasías masoquistas como en las escenificaciones que las realizan, ellos se sitúan por lo común en el papel de mujeres, coincidiendo así su masoquismo con una actitud *femenina.* Esto es fácil de demostrar a partir de los detalles de las fantasías; pero muchos pacientes incluso lo saben y lo exteriorizan como una certidumbre subjetiva. No modifica en nada las cosas el hecho de que el decorado teatral de la escena masoquista se atenga a la ficción de un muchacho, paje o aprendiz, de malas costumbres que debe ser castigado. Ahora bien, las personas que aplican el correctivo son siempre mujeres, tanto en las fantasías como en las escenificaciones. Esto confunde bastante; uno querría saber también si ya el masoquismo de la fantasía infantil de paliza descansaba en similar actitud femenina.[14]

Por eso dejaremos de lado las constelaciones del masoquismo en el adulto, de difícil esclarecimiento, y consideraremos las fantasías infantiles de paliza en el sexo masculino. En relación con ello, el análisis de la primera infancia nos proporciona otra vez un sorprendente descubrimiento: La fantasía conciente o susceptible de conciencia, cuyo contenido es ser azotado por la madre, no es primaria. Tiene un estadio previo por lo común inconciente, de este contenido: «*Yo soy azotado por el padre*». Este estadio previo corresponde entonces efectivamente a la segunda fase de la fantasía en la niña. La fantasía notoria y conciente «Yo soy azotado por la madre» se sitúa en el lugar de la tercera fase de la niña, en la cual, como dijimos, unos muchachos desconocidos son los objetos azotados. No pude pesquisar en el varón un estadio previo comparable a la primera fase de la niña, pero no quiero formular aquí una desautorización terminante, pues veo muy bien la posibilidad de tipos más complejos.

El «ser-azotado» de la fantasía masculina, como la llamaré en aras de la brevedad y espero que sin dar lugar a malentendidos, es también un «ser-amado» en sentido genital, pero al cual se degrada por vía de regresión. Por ende, la fantasía masculina inconciente no rezaba en su origen «Yo soy azotado por el padre», según supusimos de manera

14 [*Nota agregada* en 1924:] Se hallarán otras puntualizaciones acerca de este tema en mi trabajo sobre «El problema económico del masoquismo» (1924*c*).

provisional, sino más bien «*Yo soy amado por el padre*». Mediante los consabidos procesos ha sido trasmudada en la fantasía conciente «*Yo soy azotado por la madre*». La fantasía de paliza del varón es entonces desde el comienzo mismo pasiva, nacida efectivamente de la actitud femenina hacia el padre. Entonces, como la femenina (la de la niña), corresponde también al complejo de Edipo, sólo que el paralelismo entre ambas por nosotros esperado debe trocarse por una relación de comunidad de otro tipo: *En ambos casos la fantasía de paliza deriva de la ligazón incestuosa con el padre.*[15]

Con miras a obtener una visión panorámica será útil que inserte en este punto las otras concordancias y diversidades entre las fantasías de paliza de ambos sexos. En la niña, la fantasía masoquista inconciente parte de la postura edípica normal; en el varón, de la trastornada {*verkehren*}, que toma al padre como objeto de amor. En la niña, la fantasía tiene un grado previo (la primera fase) en que la acción de pegar aparece en su significado indiferente y recae sobre una persona a quien se odia por celos; ambos elementos faltan en el varón, aunque quizás una observación más feliz podría eliminar esta diferencia. En el paso a la fantasía conciente que sustituye a la anterior [la tercera fase], la niña retiene la persona del padre y, con ella, el sexo de la persona que pega; pero cambia a la persona azotada y su sexo, de suerte que al final un hombre pega a niños varones. Por lo contrario, el varón cambia persona y sexo del que pega, sustituyendo al padre por la madre, y conserva su propia persona, de suerte que al final el que pega y el que es azotado son de distinto sexo. En la niña, la situación originariamente masoquista (pasiva) es trasmudada por la represión en una sádica, cuyo carácter sexual está muy borrado; en el varón sigue siendo masoquista y a consecuencia de la diferencia de sexo entre el que pega y el azotado conserva más semejanza con la fantasía originaria, de intención genital. El varón se sustrae de su homosexualidad reprimiendo y refundiendo la fantasía inconciente; lo curioso de su posterior fantasía conciente es que tiene por contenido una actitud femenina sin elección homosexual de objeto. En cambio, mediante ese mismo proceso la niña escapa al reclamo de la vida amorosa, se fantasea varón sin volverse varonilmente activa y ahora sólo presencia como espectadora el acto que sustituye a un acto sexual.

15 [Una fantasía de paliza desempeña un papel en el análisis del «Hombre de los Lobos» (1918*b*). Cf. *supra*, págs. 25 y 45.]

Estamos autorizados a suponer que no es mucho lo que cambia por la represión de la fantasía inconciente originaria. Todo lo reprimido {desalojado} y sustituido para la conciencia se conserva en lo inconciente y sigue siendo eficaz. No ocurre lo mismo con el efecto de la regresión a un estadio anterior de la organización sexual. Creeríamos, acerca de ella, que modifica también las constelaciones en lo inconciente, de suerte que en ambos sexos no se conservaría en lo inconciente, tras la represión, la fantasía (pasiva) de ser amado por el padre, sino la masoquista, de ser azotado por él. Tampoco faltan indicios de que la represión ha logrado su propósito sólo muy imperfectamente. El muchacho, que quería huir de la elección homosexual de objeto y no ha mudado su sexo, se siente empero como mujer en su fantasía conciente y dota a las mujeres azotadoras con atributos y propiedades masculinos. La niña, que sí ha resignado su sexo y en el conjunto ha operado una labor represiva más radical, no se suelta empero del padre, no osa pegar ella misma, y puesto que ha devenido muchacho, hace que sean principalmente muchachos los azotados.

Sé que no han quedado satisfactoriamente esclarecidas las diferencias aquí descritas sobre el comportamiento de las fantasías de paliza en ambos sexos; no obstante, abandono el intento de desentrañar estas complicaciones estudiando su dependencia de otros factores, porque yo mismo no considero exhaustivo el material de observación. Ahora bien, hasta donde este alcanza, querría utilizarlo para someter a examen dos teorías que, contrapuestas entre sí, tratan ambas sobre el vínculo de la represión con el carácter sexual, presentándolo —cada una en determinado sentido— como muy estrecho. Anticipo que las considero a ambas desacertadas y engañosas.

La primera de estas teorías es anónima; me fue expuesta hace muchos años por un colega que en ese tiempo mantenía relaciones de amistad conmigo.[16] Su grandiosa simplicidad es tan cautivadora que cabe preguntarse, con asombro, por qué desde entonces sólo ha estado presente en la bibliografía a través de alusiones dispersas. Se apuntala en la constitución bisexual de los individuos humanos y asevera que en cada quien el motivo de la represión sería la

[16] [En «Análisis terminable e interminable» (1937*c*), *AE*, **23**, pág. 252, donde remite al presente párrafo, atribuye la teoría a Wilhelm Fliess.]

lucha entre los caracteres sexuales. El sexo de más intensa plasmación, predominante en la persona, ha reprimido a lo inconciente a la subrogación anímica del sexo derrotado. El núcleo de lo inconciente, lo reprimido, sería entonces en todo ser humano lo del sexo contrario presente en él. Por cierto, ello sólo puede tener un sentido concreto si consideramos presidido el sexo de un ser humano por la conformación de sus genitales; de lo contrario se volvería incierto cuál es el sexo más intenso en él, y correríamos el riesgo de volver a derivar como resultado de la investigación lo que debía constituir su punto de partida. Resumido en breves términos: En el hombre lo reprimido inconciente se reconduce a mociones pulsionales femeninas; y a la inversa en la mujer.

La segunda teoría es de origen más reciente;[17] coincide con la primera en cuanto supone, también, que la lucha entre los dos sexos es lo decisivo para la represión. Pero en lo demás entra por fuerza en oposición con ella; no invoca unos apoyos biológicos, sino sociológicos. Esta teoría de la «protesta masculina», formulada por Alfred Adler, tiene por contenido que todo individuo se resiste a permanecer en la *«línea femenina»* [de desarrollo], inferior, y esfuerza hacia la línea masculina, la única satisfactoria. A partir de esta protesta masculina, Adler explica en términos universales tanto la formación del carácter como la de la neurosis. Por desdicha, aquel distingue con tan poca nitidez esos dos procesos —que por cierto deberían considerarse separadamente—, y además presta atención tan escasa al hecho mismo de la represión, que uno se expone al peligro de incurrir en un malentendido si intenta aplicar la doctrina de la protesta masculina a la represión. Opino que ese intento no podría dar otro resultado que este: La protesta masculina, la voluntad de apartarse de la línea femenina, es en todos los casos el motivo de la represión. Entonces, lo represor sería siempre una moción pulsional masculina, y lo reprimido, una femenina. Pero también el síntoma sería resultado de una moción femenina, puesto que no podemos desconocer su carácter, a saber, que se trata de un sustituto de lo reprimido que se ha abierto paso desafiando a la represión.

Ensayemos ahora ambas teorías, que tienen en común por así decir la sexualización del proceso represivo, en el ejemplo de la fantasía de paliza aquí estudiada. La fantasía ori-

17 [La teoría de Adler sobre la represión fue brevemente examinada en el historial clínico del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *supra*, págs. 100-1. Cf. Adler (1910).]

ginaria «Yo soy azotado por el padre» corresponde en el varoncito a una actitud femenina; por tanto, exterioriza su disposición de sexo contrario. El hecho de que sucumba a la represión parece corroborar la primera teoría, que ha formulado la regla según la cual lo del sexo contrario coincide con lo reprimido. Claro que ya responde menos a nuestra expectativa este otro hecho: la fantasía conciente, que sale a la luz tras una represión exitosa, vuelve a exhibir la actitud femenina, sólo que ahora hacia la madre. Pero no entraremos a considerar esta duda, puesto que la decisión es inminente: la fantasía originaria de la niña, «Yo soy azotada (vale decir, amada) por el padre», corresponde sin duda, como actitud femenina, al sexo manifiesto predominante en ella; por tanto, de acuerdo con la teoría, debería sustraerse a la represión y no tendría que devenir inconciente. Pero efectivamente deviene tal y experimenta una sustitución por una fantasía conciente que desmiente el carácter sexual manifiesto. Esa teoría no nos sirve entonces para entender las fantasías de paliza, que la refutan. Podría objetarse que esas fantasías se presentan y experimentan tales destinos justamente en muchachos femeninos y en niñas masculinas, o que el responsable de ellas es un rasgo de feminidad en el varón y de masculinidad en la niña (en aquel, responsable de la génesis de la fantasía pasiva, y en esta, de su represión). Nos inclinaríamos a conceder verosimilitud a esta concepción, pero el aseverado nexo entre carácter sexual manifiesto y elección de lo destinado a reprimirse no resultaría, aun así, menos insostenible. En el fondo, sólo observamos que en individuos masculinos y femeninos sobrevienen, y pueden devenir inconcientes por represión, tanto mociones pulsionales masculinas cuanto femeninas.

La teoría de la protesta masculina parece pasar mucho mejor la prueba de su aplicación a las fantasías de paliza. Tanto en el varón como en la niña, la fantasía de paliza corresponde a una actitud femenina, vale decir, a una permanencia en la línea femenina; y ambos sexos, mediante represión de la fantasía, se apresuran a librarse de esa postura {actitud}. Es verdad que la protesta masculina parece alcanzar pleno éxito únicamente en la niña, quien presenta un ejemplo poco menos que ideal de la acción de dicha protesta. En el varón, el éxito no es cabalmente satisfactorio; la línea femenina no es resignada y el muchacho por cierto no está «encima» en su fantasía masoquista conciente. Por eso responde a la expectativa derivada de esta teoría que en la fantasía discernamos un síntoma nacido del fraca-

so de la protesta masculina. Pero nos deja perplejos el hecho de que la fantasía surgida en la niña tras la represión tenga igualmente el valor y el significado de un síntoma. Es que aquí, donde la protesta masculina ha cumplido cabalmente su propósito, deberían faltar las condiciones para la formación de síntoma.

Antes de extraer de esa dificultad la conjetura de que todo el enfoque de la protesta masculina es inadecuado para los problemas de las neurosis y perversiones e infecundo en su aplicación a ellos, dejaremos las fantasías de paliza para dirigir nuestra mirada a otras exteriorizaciones pulsionales de la vida sexual infantil que igualmente sucumben a la represión. En efecto, nadie puede dudar de que existen también deseos y fantasías que de antemano responden a la línea masculina y expresan mociones pulsionales de ese carácter, por ejemplo, impulsos sádicos o las concupiscencias del varoncito hacia su madre, surgidas del complejo de Edipo normal. Y tampoco es dudoso que ellos, de igual modo, pueden ser afectados por la represión; si la protesta masculina parecía explicar bien la represión de las fantasías pasivas, más tarde masoquistas, se vuelve del todo inutilizable justamente para el caso contrapuesto, el de las fantasías activas. O sea: la doctrina de la protesta masculina es por completo inconciliable con el hecho de la represión. Sólo quien esté dispuesto a desechar todas las adquisiciones obtenidas en psicología, desde la época de la primera cura catártica de Breuer y a través de ella, puede esperar que el principio de la protesta masculina adquiera significación para esclarecer las neurosis y perversiones.

La teoría psicoanalítica, apoyada en la observación, sostiene que no es lícito sexualizar los motivos de la represión. El núcleo de lo inconciente anímico lo constituye la herencia arcaica del ser humano, y de ella sucumbe al proceso represivo todo cuanto, en el progreso hacia fases evolutivas posteriores, debe ser relegado por inconciliable con lo nuevo y perjudicial para él. Esta selección se logra en un grupo de pulsiones mejor que en los otros. Estas últimas, las pulsiones sexuales, en virtud de particulares constelaciones que ya han sido puestas de manifiesto muchas veces,[18] son capaces de hacer fracasar el propósito de la represión {esfuerzo de suplantación} y conquistarse una subrogación a través de formaciones sustitutivas perturbadoras. Por eso la sexualidad infantil, que sucumbe a la represión, es la principal

18 [Por ejemplo, en su trabajo «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911*b*).]

fuerza pulsional de la formación de síntoma, y por eso la pieza esencial de su contenido, el complejo de Edipo, es el complejo nuclear de la neurosis. Espero haber suscitado con mi comunicación la expectativa de que también las aberraciones sexuales de la infancia y de la madurez sean ramificaciones del mismo complejo.[19]

[19] [Hay algunas consideraciones ulteriores sobre la primera fase de la fantasía de paliza en las niñas en el trabajo de Freud sobre la diferencia anatómica entre los sexos (1925*j*), *AE*, **19**, pág. 272.]

Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen* (1919)

Nota introductoria

Ediciones en alemán

1919 Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*,* Leipzig y Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag, págs. 3-7.
1928 *GS*, **11**, págs. 252-5.
1931 *Neurosenlehre und Technik*, págs. 310-5.
1947 *GW*, **12**, págs. 321-4.

*Traducciones en castellano***

1955 «Introducción al Simposio sobre las neurosis de guerra». *SR*, **20**, págs. 154-8. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1968 Igual título. *BN* (3 vols.), **3**, págs. 297-301.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2542-4.

El 5º Congreso Psicoanalítico Internacional, celebrado en Budapest los días 28 y 29 de setiembre de 1918, y en el cual Freud leyó su alocución sobre los «Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica» (1919*a*), *supra*, págs. 151 y sigs., incluyó también un debate acerca del psicoanálisis de las neurosis de guerra, el cual se inició con tres ponencias presentadas, respectivamente, por Sándor Ferenczi, Karl Abraham y Ernst Simmel. Estos tres trabajos, junto con otro de Ernest Jones sobre el mismo tema, leído ante la Sociedad Real de Medicina de Londres el 9 de abril de 1918, fueron publicados un año más tarde en un pequeño volumen —el primero de la recientemente fundada Internationaler Psychoanalytischer Verlag (cf. *infra*, pág. 260)—. Estuvieron precedidos de esta breve introducción de Freud, quien

* {Sobre el psicoanálisis de las neurosis de guerra.}
** {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

volvió a ocuparse de la cuestión en un informe presentado al año siguiente ante un comité creado por el Ministerio de Guerra austríaco (Freud, 1955c). Dicho informe se reproduce aquí como apéndice a este texto (*infra*, págs. 209 y sigs.)

James Strachey

El pequeño libro sobre las neurosis de guerra con que la Editorial inaugura su «Biblioteca Psicoanalítica Internacional» trata un tema que hasta hace poco tenía como atractivo ser de máxima actualidad. Cuando se lo sometió a examen en el 5º Congreso Psicoanalítico de Budapest (en setiembre de 1918), se hallaban presentes representantes oficiales de las principales autoridades de las Potencias Centrales, con el fin de tomar conocimiento de las ponencias y deliberaciones; halagüeño resultado de este primer contacto fue la promesa de crear dispensarios psicoanalíticos donde médicos de esa formación hallarían recursos y tiempo para estudiar la naturaleza de estas enigmáticas enfermedades y la posibilidad de influirlas terapéuticamente mediante el psicoanálisis. Antes que esos designios pudieran cumplirse sobrevino la terminación de la guerra; las organizaciones estatales sucumbieron y el interés por las neurosis de guerra dejó sitio a otras preocupaciones; pero lo definitorio es que al cesar las condiciones de la guerra desaparecieron también la mayor parte de las neurosis provocadas por ella. Desdichadamente, se había perdido la oportunidad de explorar a fondo esas afecciones. Es preciso agregar: esperemos que ella no vuelva a presentarse demasiado pronto.

Ahora bien, este episodio ya concluido no dejó de tener consecuencias para la difusión del psicoanálisis. Durante el tratamiento de las neurosis de guerra, a que los obligaba el servicio militar, se aproximaron a las doctrinas psicoanalíticas médicos que hasta entonces habían permanecido alejados de ellas. Del informe de Ferenczi, el lector puede inferir con cuántas vacilaciones y escamoteos se consumó esa aproximación. De ese modo se comprobaron también en las neurosis de guerra, y se admitieron casi universalmente, algunos de los factores que el psicoanálisis había discernido y descrito hacía tiempo en las neurosis de tiempos de paz: el origen psicógeno de los síntomas, el significado de las mociones pulsionales *inconcientes*, el papel de la ganancia primaria de la enfermedad en la tramitación de conflictos anímicos («refugio en la enfermedad»). Los trabajos de Simmel

mostraron, además, los éxitos que pueden obtenerse si los neuróticos de guerra son tratados con ayuda de la técnica catártica, que, como es bien sabido, fue el estadio previo de la técnica psicoanalítica.

Pero no necesariamente debe atribuirse a este acercamiento al psicoanálisis, así iniciado, el valor de una reconciliación con él ni el de un abandono de la oposición que se le hacía. Si alguien, hasta un momento dado, no concedía validez a cierta suma de tesis entramadas, y de pronto llega a convencerse de la corrección de una parte de ese todo, se creería que debe poner en duda su desautorización y admitir con cierta expectativa respetuosa que también pueda resultar correcta la otra parte, sobre la cual no posee experiencia ni, por tanto, un juicio propio. Esta otra parte de la doctrina psicoanalítica, no tocada por el estudio de las neurosis de guerra, sostiene que son fuerzas pulsionales sexuales las que se expresan en la formación de síntoma, y que la neurosis surge del conflicto entre el yo y las pulsiones sexuales por él expulsadas {*verstossen*}. «Sexualidad» debe entenderse aquí en el sentido lato, usual en psicoanálisis, y no confundirse con el concepto más estrecho de la «genitalidad». Ahora bien, es de todo punto correcto, según lo señala Jones en su contribución, que esta parte de la teoría no ha sido comprobada hasta este momento en las neurosis de guerra. No se han emprendido aún los trabajos que podrían demostrarla. Y acaso las neurosis de guerra son un material enteramente inapropiado para esa prueba. Pero los oponentes del psicoanálisis, en quienes la aversión a la sexualidad ha demostrado ser más fuerte que la lógica, se han apresurado a proclamar que la investigación de las neurosis de guerra ha refutado de manera definitiva esta pieza de la teoría psicoanalítica. Lo han hecho incurriendo en un pequeño escamoteo, pues si la investigación —todavía muy poco profunda— de las neurosis de guerra no permite *discernir* la *corrección* de la teoría sexual de las neurosis, ello en modo alguno implica que permita *discernir* la *incorrección* de esa teoría.

Con una actitud imparcial y un poco de buena voluntad no sería difícil hallar el camino que lleve a una ulterior aclaración.

Las neurosis de guerra, en la medida en que se diferencian por particulares cualidades de las neurosis corrientes de tiempos de paz, deben concebirse como unas neurosis traumáticas que fueron posibilitadas o favorecidas por un conflicto yoico. La contribución de Abraham aporta buenas referencias sobre este conflicto yoico; también lo han dis-

cernido los autores ingleses y norteamericanos citados por Jones. Se libra entre el antiguo yo de la paz y el nuevo yo guerrero del soldado, y se torna agudo cuando el yo-paz advierte claramente qué gran peligro de perder la vida le deparan las osadas empresas de su doble parásito, neoformado. Tanto se puede decir que, mediante la huida a la neurosis traumática, el yo antiguo se protege del riesgo mortal como que se defiende del nuevo yo, a quien discierne como peligroso para su vida. Por tanto, la milicia popular sería la condición, el terreno nutricio, de las neurosis de guerra; no tendría posibilidad de aparecer en soldados profesionales, en un grupo de mercenarios.

Aparte de eso, lo que hallamos en las neurosis de guerra es la neurosis traumática, que, según se sabe, sobreviene también en la paz tras el terror y accidentes graves, sin nexo alguno con un conflicto dentro del yo.

La doctrina de la etiología sexual de las neurosis, o, como preferimos decir, la teoría de la libido referida a ellas, se formuló en su origen sólo para las neurosis de trasferencia en condiciones de paz, y es fácil comprobarla en estas aplicando la técnica analítica. Pero ya tropieza con dificultades cuando se quiere aplicarla a otro grupo de neuròsis que hemos reunido bajo el nombre de «narcisistas». En el fondo, una *dementia praecox* corriente, una paranoia, una melancolía, constituyen un material harto inapropiado para demostrar la teoría de la libido e introducir a alguien en su comprensión; por eso no pueden reconciliarse con ella los psiquiatras, que desdeñan las neurosis de trasferencia. Y la más refractaria en este aspecto sigue siendo la neurosis traumática (de tiempos de paz), de suerte que la emergencia de las neurosis de guerra no pudo aportar ningún factor nuevo a la situación existente.

Sólo mediante la formulación y el manejo del concepto de una «libido narcisista», es decir, de una medida de energía sexual que depende del yo mismo y se sacia en él como por lo común sólo lo hace en el objeto, se consiguió extender la teoría de la libido también a las neurosis narcisistas; y esta ampliación enteramente legítima del concepto de sexualidad promete brindar, respecto de estas neurosis graves y de las psicosis, todo aquello que uno puede esperar de una teoría que avanza mediante tanteos empíricos. También la neurosis traumática (de paz) se insertará en esta conexión toda vez que logren un resultado las indagaciones acerca de los nexos, existentes sin ninguna duda, entre terror, angustia y libido narcisista.

Si las neurosis traumáticas y de guerra hablan en voz

alta sobre el influjo del peligro mortal y no dicen nada —o no lo dicen con la suficiente nitidez— acerca de la «frustración de amor», en las neurosis de trasferencia corrientes de tiempos de paz carece de todo título etiológico aquel factor, que tan poderoso se presenta en las primeras. Y hasta se suele opinar que estos últimos padecimientos sólo hallan terreno propicio en la malcrianza, la vida holgada y la ociosidad, lo cual ofrece de nuevo un interesante contraste con las condiciones de vida bajo las cuales estallan las neurosis de guerra. Si los psicoanalistas, para quienes sus pacientes han enfermado a raíz de la «frustración de amor», de las exigencias insatisfechas de la libido; si los psicoanalistas, pues, hubieran seguido el ejemplo de sus opositores, habrían debido aseverar que no podía existir neurosis alguna provocada por el peligro, o bien que las afecciones que emergen tras una vivencia de terror no son neurosis. Desde luego, nunca se les ocurrió semejante cosa. Más bien ven ahí una posibilidad apta para reunir en una sola concepción los dos hechos en apariencia divergentes. En las neurosis traumáticas y de guerra, el yo del ser humano se defiende de un peligro que le amenaza de afuera o que se le corporiza en una configuración del yo mismo; en las neurosis de trasferencia de tiempos de paz, el yo valora a su propia libido como el enemigo cuyas exigencias le parecen amenazadoras. En ambos casos el yo teme un daño: aquí de parte de la libido, allí de parte de los poderes externos. Y hasta se podría decir que en las neurosis de guerra, a diferencia de las neurosis traumáticas puras y a semejanza de lo que sucede en las neurosis de trasferencia, lo que se teme es pese a todo un enemigo interior. No parecen insuperables las dificultades teóricas que cierran el paso a esa concepción unificadora; en efecto, es posible, con buen derecho, caracterizar a la represión, que está en la base de toda neurosis, como reacción frente a un trauma, como neurosis traumática elemental.

Apéndice. Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra[1] (1955 [1920])

Ya en tiempos de paz existían numerosos enfermos que después de traumas —vale decir, de vivencias de terror y peligro, como accidentes ferroviarios u otros— mostraban perturbaciones graves de su vida anímica y su actividad nerviosa, sin que los médicos se pusieran de acuerdo en su apreciación de esos estados. Algunos supusieron que dichos enfermos padecían de lesiones graves del sistema nervioso, semejantes a las hemorragias e inflamaciones de los casos patológicos no traumáticos; y como la indagación anatómica no conseguía pesquisar tales procesos, estos médicos se atuvieron a la creencia de que la causa de los síntomas observados eran unas alteraciones tisulares más finas. Por eso

[1] [«Gutachten über die elektrische Behandlung der Kriegsneurotiker». Publicado por primera vez en inglés, con el título «Memorandum on the Electrical Treatment of War Neurotics», *SE*, **17**, págs. 211-5. El original alemán se publicó en 1972: *Psyche*, **26**, nº 12, págs. 942 y sigs. {*Traducción en castellano:* 1956: «Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra», *RP*, **13**, nº 3, págs. 277-80, trad. de L. Rosenthal.}

Al concluir la Primera Guerra Mundial, tras el derrumbe del imperio austro-húngaro, tomaron estado público en Viena varios testimonios acerca del brutal tratamiento a que habían sido sometidos los neuróticos de guerra por los médicos militares. El Ministerio de Guerra austríaco ordenó en consecuencia que se iniciara una investigación al respecto, y en el curso de las indagaciones se solicitó a Freud su opinión como especialista. Elevó entonces un informe a la comisión responsable de la investigación y posteriormente se presentó ante ella para dar su testimonio oral. Este informe fue hallado en los archivos del Ministerio de Guerra por el profesor Josef Gicklhorn, de la Universidad de Viena, quien generosamente nos facilitó una copia fotostática. Debemos expresar nuestro agradecimiento, además, al doctor K. R. Eissler, de Nueva York (secretario de los Archivos Sigmund Freud), por haber sido el primero en llamar nuestra atención sobre la existencia del documento. El manuscrito original ocupa cinco y media de las grandes carillas de papel folio utilizadas habitualmente por Freud. El título está escrito de su puño y letra, y abajo lleva como data: «Viena, 23.2.20». Un sello oficial en la parte superior de la primera hoja consigna que el informe fue recibido por la «Kommission zur Erhebung militärischer Pflichtverletzungen» (Comisión para indagar las violaciones al deber militar) con fecha 25 de febrero de 1920. En cada una de las hojas está impreso también el sello oficial de los Archivos del Estado.]

incluyeron a los pacientes de este tipo entre los enfermos orgánicos. Otros médicos sostuvieron desde el comienzo que era posible concebir estos estados sólo como perturbaciones funcionales, permaneciendo anatómicamente intacto el sistema nervioso. ¿Cómo podían producirse perturbaciones tan graves de la función sin una lesión anatómica del órgano? He ahí un problema que desde hacía largo tiempo deparaba dificultades a la comprensión médica.

La guerra que acaba de finalizar ha producido y permitido observar un número elevadísimo de estos enfermos a consecuencia de accidentes. Y de este modo la polémica se zanjó en favor de la concepción funcional. La abrumadora mayoría de los médicos ya no creen que los llamados *neuróticos de guerra* padezcan a causa de lesiones orgánicas, palpables, del sistema nervioso; y los más penetrantes entre ellos ya se han resuelto a introducir, en lugar de la imprecisa designación de «alteración funcional», el rótulo inequívoco de «alteración *anímica*».

Aunque las manifestaciones de las neurosis de guerra eran en buena parte perturbaciones motrices —temblores y parálisis—, y aunque parecía natural atribuir a influjos tan groseros como la conmoción provocada por el estallido de una granada en las cercanías, o por un sepultamiento debido a un derrumbe de tierra, efectos mecánicos también groseros, se obtuvieron observaciones que no dejaban subsistir ninguna duda sobre la naturaleza psíquica de la causación de las llamadas *neurosis de guerra*. ¿Qué podía aducirse en contrario cuando los mismos estados patológicos sobrevenían también en la retaguardia, lejos de esos horrores de la guerra, o inmediatamente después de volver a filas tras la licencia? Los médicos se vieron entonces llevados a concebir a los neuróticos de guerra en parecidos términos que a los neuróticos de tiempos de paz.

La escuela de psiquiatría llamada psicoanalítica, creada por mí, venía enseñando desde unos veinticinco años atrás que las neurosis de tiempos de paz han de reconducirse a perturbaciones de la vida afectiva. Ahora bien, esta misma explicación fue aplicada en términos universales a los neuróticos de guerra. Nosotros habíamos indicado, además, que los neuróticos padecen de conflictos anímicos, y que los deseos y tendencias que se expresan en los fenómenos patológicos son desconocidos (es decir, inconcientes) para los enfermos mismos. Entonces se infirió fácilmente, como la causa inmediata de todas las neurosis de guerra, la tendencia, inconciente para el soldado, de sustraerse de los requerimientos del servicio militar, que le resultaban peligro-

sos o sublevaban sus sentimientos. Angustia por la propia vida, renuencia ante la orden de matar a otros, revuelta contra la despiadada sofocación de la propia personalidad por obra de los jefes: he ahí las más importantes fuentes afectivas de que se nutría la tendencia a huir de la guerra.

Un soldado en quien esos motivos afectivos hubieran sido concientes de una manera potente y clara habría debido, como hombre sano, desertar, o bien hacerse pasar por enfermo. Pero sólo una ínfima parte de los neuróticos de guerra eran simuladores; las mociones afectivas que se revolvían en ellos contra el servicio militar y los pulsionaban hacia la enfermedad eran eficaces en su interior sin devenirles concientes. Permanecían inconcientes porque otros motivos —orgullo, autoestima, amor a la patria, hábito de obedecer, el ejemplo de los demás— eran al comienzo los de mayor intensidad, hasta que en una ocasión adecuada resultaban subyugados por esos otros motivos, los eficaces inconcientemente.

De esta intelección acerca de la causación de las neurosis de guerra se dedujo una terapia que parecía bien fundada y al comienzo probó ser también muy eficaz. Se consideró adecuado tratar a los neuróticos como simuladores y prescindir del distingo psicológico entre propósitos concientes e inconcientes, aunque se sabía que no eran unos simuladores. Si esta enfermedad servía al propósito de sustraerse de una situación intolerable, era evidente que se la desarraigaría de cuajo volviendo la condición de enfermo todavía más intolerable que el servicio militar. Si el enfermo se había refugiado en la enfermedad huyendo de la guerra, se aplicaban medios para compelerlo a volver de la enfermedad a la salud, vale decir, a refugiarse ahora en la aptitud para el servicio. A tal fin se utilizó un tratamiento eléctrico doloroso, y ciertamente con éxito. Los médicos que aseveran que la intensidad de esas corrientes eléctricas era la misma que desde siempre se aplicaba en caso de perturbaciones funcionales no hacen sino embellecer los hechos con posterioridad. Esto sólo habría podido surtir efecto en los casos más leves, y tampoco respondía al razonamiento básico, a saber, que debían quitársele al enfermo de guerra las ganas de permanecer en la condición de tal, de suerte que sus motivos no pudieran menos que inclinar la balanza en favor del restablecimiento.

Este tratamiento doloroso, creado en el ejército alemán con propósitos terapéuticos, es muy posible que se practicara de una manera masiva. Cuando se lo empleó en las clínicas de Viena, estoy personalmente convencido de que

nunca se lo incrementó hasta la crueldad merced a la iniciativa del profesor Wagner-Jauregg.[2] Pero no saldré de fiador de otros médicos a quienes no conozco. La instrucción psicológica de los médicos es harto defectuosa en la generalidad de los casos, y muchos quizás olvidaron que el enfermo a quien pretendían tratar como un simulador en verdad no lo era.

Ahora bien, de antemano este procedimiento terapéutico llevaba un estigma. No apuntaba a restablecer al enfermo, o no apuntaba a esto en primer lugar, sino sobre todo a restablecer su aptitud militar. Es que la medicina se encontró esta vez al servicio de propósitos ajenos a su esencia. El médico mismo era un funcionario de la guerra y corría peligros personales, podía temer ser removido o que se le reprochase desaprensión en el ejercicio de sus deberes, si se dejaba guiar por otros miramientos que los prescritos. El conflicto insoluble entre los requerimientos de la humanidad, de ordinario los decisivos para el médico, y los de la guerra de un pueblo no podía menos que provocar confusión también en la actividad médica.

Pero esos éxitos, al comienzo brillantes, del tratamiento mediante corriente eléctrica intensa no resultaron luego duraderos. El enfermo que, restablecido por ese medio, había sido reenviado al frente podía repetir de nuevo el juego y experimentar una recaída, con lo cual por lo menos ganaba tiempo y escapaba del peligro actual en ese momento. Puesto otra vez en la línea de fuego, pasaba a segundo plano la angustia ante la corriente eléctrica, como durante el tratamiento había cedido la angustia ante el servicio militar. Además, en el curso de los años de la guerra fue en rápido aumento la fatiga del espíritu popular, así como su creciente repugnancia a la empresa bélica, de suerte que el tratamiento en cuestión empezó a fracasar. En estas circunstancias, un sector de los médicos militares cedieron a la inclinación, característica de los alemanes, de continuar con sus propósitos sin miramientos de ninguna naturaleza, y, cosa que jamás habría debido suceder, la intensidad de las corrientes, así como la dureza de todo el tratamiento, se incrementaron hasta lo insoportable a fin de sustraerles a esos neuróticos la ganancia que obtenían de su condición de tales. Es un hecho no controvertido que en esa época se produjeron casos de muerte en el curso del tratamiento, y de suicidios a causa de este, en hospitales alemanes. No

[2] [Julius von Wagner-Jauregg fue profesor de psiquiatría en la Universidad de Viena de 1893 a 1928.]

obstante, yo no sé decir, absolutamente, si esta fase de la terapia fue adoptada también en las clínicas de Viena.

Puedo citar una prueba convincente del definitivo fracaso de la electroterapia de las neurosis de guerra. En 1918, el doctor Ernst Simmel, director de un lazareto para neuróticos de guerra (en Posen), publicó un folleto en el que comunicaba los resultados extraordinariamente favorables obtenidos, mediante aplicación de los métodos psicoterapéuticos recomendados por mí, en casos graves de neurosis de guerra. En virtud de esta publicación asistieron al siguiente Congreso Psicoanalítico, realizado en Budapest en setiembre de 1918,[3] delegados oficiales de la administración militar alemana, austríaca y húngara, que allí se comprometieron a establecer dispensarios para el tratamiento puramente psíquico de los neuróticos de guerra. Y ello sucedió a pesar de que los delegados no podían tener ninguna duda de que mediante este tratamiento benigno, laborioso y lento, no era posible contar con una recuperación rapidísima de la aptitud militar de estos enfermos. Los preparativos para crear esos dispensarios estaban en marcha justamente cuando sobrevino la revolución que puso fin a la guerra y al influjo de los funcionarios, hasta ese momento omnipotentes. Pero con la guerra desaparecieron también los neuróticos de guerra, última prueba, pero una prueba de mucho peso, de que esa enfermedad responde a una causación psíquica.

3 [En el manuscrito original se lee en este lugar, claramente, «1818».]

Lo ominoso
(1919)

Nota introductoria

«Das Unheimliche»

Ediciones en alemán

1919 *Imago*, **5**, n°s 5-6, págs. 297-324.
1922 *SKSN*, **5**, págs. 229-73.
1924 *GS*, **10**, págs. 369-408.
1924 *Dichtung und Kunst*, págs. 99-138.
1947 *GW*, **12**, págs. 229-68.
1972 *SA*, **4**, págs. 241-74.

Traducciones en castellano *

1943 «Lo siniestro». *EA*, **18**, págs. 185-232. Traducción de Ludovico Rosenthal.
1954 Igual título. *SR*, **18**, págs. 151-86. El mismo traductor.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2483-505.

Este trabajo, que se publicó en el otoño de 1919, es mencionado por Freud en una carta a Ferenczi del 12 de mayo de ese año, donde le dice que ha rescatado un antiguo manuscrito del fondo de un cajón y lo está reescribiendo. Nada se sabe sobre la fecha de su primera redacción o sobre la medida en que lo modificó, pero la nota de *Tótem y tabú* (1912-13) citada *infra*, pág. 240, muestra que ya en 1913 el tema rondaba su pensamiento, y al menos los pasajes referidos a la «compulsión de repetición» (págs. 234 y sigs.) deben de haber sido fruto de la revisión, ya que incluyen una síntesis de gran parte de *Más allá del principio de placer* (1920*g*), obra a la que aluden como «casi concluida». En la carta a Ferenczi antes mencionada le anunciaba también

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n*. 6.}

que había terminado el borrador de dicha obra, la cual sólo se publicaría un año más tarde. Se hallarán más detalles al respecto en mi «Nota introductoria» a ese trabajo (cf. *AE*, **18**, pág. 5).

La primera sección del presente escrito plantea, con su extensa cita de un diccionario alemán, particulares dificultades al traductor. Esperamos que los lectores no se dejen desalentar por este obstáculo inicial, ya que el artículo rebosa de un interesante y significativo contenido, y va mucho más allá de las meras disquisiciones lingüísticas.

James Strachey

I

Es muy raro que el psicoanalista se sienta proclive a indagaciones estéticas, por más que a la estética no se la circunscriba a la ciencia de lo bello, sino que se la designe como doctrina de las cualidades de nuestro sentir. El psicoanalista trabaja en otros estratos de la vida anímica y tiene poco que ver con esas mociones de sentimiento amortiguadas, de meta inhibida, tributarias de muchísimas constelaciones concomitantes, que constituyen casi siempre el material de la estética. Sin embargo, aquí y allí sucede que deba interesarse por un ámbito determinado de la estética, pero en tal caso suele tratarse de uno marginal, descuidado por la bibliografía especializada en la materia.

Uno de ellos es el de lo «ominoso». No hay duda de que pertenece al orden de lo terrorífico, de lo que excita angustia y horror; y es igualmente cierto que esta palabra no siempre se usa en un sentido que se pueda definir de manera tajante. Pero es lícito esperar que una palabra-concepto particular contenga un núcleo que justifique su empleo. Uno querría conocer ese núcleo, que acaso permita diferenciar algo «ominoso» dentro de lo angustioso.

Ahora bien, sobre esto hallamos poco y nada en las prolijas exposiciones de la estética, que en general prefieren ocuparse de las variedades del sentimiento ante lo bello, grandioso, atractivo (vale decir, positivo), de sus condiciones y los asuntos que lo provocan, y no de lo contrastante, repulsivo, penoso. Del lado de la bibliografía médico-psicológica, sólo conozco el trabajo de E. Jentsch (1906), rico pero no exhaustivo. Por lo demás, debo confesar que por razones fáciles de colegir, propias de esta época,[1] para este pequeño ensayo no he examinado a fondo la bibliografía, en particular la de lengua extranjera, y por eso no sustento ante el lector ninguna pretensión de prioridad.

[1] [Una alusión a la Primera Guerra Mundial, que acababa de finalizar.]

Jentsch destaca con pleno derecho, como una dificultad para el estudio de lo ominoso, que diferentes personas muestran muy diversos grados de sensibilidad ante esta cualidad del sentimiento. Y en verdad, el autor de este nuevo ensayo tiene que revelar su particular embotamiento en esta materia, donde lo indicado sería poseer una mayor agudeza sensitiva. Hace ya largo tiempo que no vivencia ni tiene noticia de nada que le provocase la impresión de lo ominoso, y por eso se ve precisado ante todo a meterse dentro de ese sentimiento, a despertar su posibilidad dentro de sí. Por cierto que también en muchos otros ámbitos de la estética hay grandes dificultades de esta índole; mas no por ello desesperaremos de encontrar casos en que ese discutible carácter sea aceptado sin vacilar por la mayoría.

Pueden entonces emprenderse dos caminos: pesquisar el significado que el desarrollo de la lengua sedimentó en la palabra «ominoso», o agrupar todo aquello que en personas y cosas, impresiones sensoriales, vivencias y situaciones, despierta en nosotros el sentimiento de lo ominoso, dilucidando el carácter escondido de lo ominoso a partir de algo común a todos los casos. Revelaré desde ya que ambos caminos llevan al mismo resultado: lo ominoso es aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo consabido de antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo. ¿Cómo es posible que lo familiar devenga ominoso, terrorífico, y en qué condiciones ocurre? Ello se hará patente en lo que sigue. Puntualizo aún que esta indagación procedió en realidad por el camino de reunir casos singulares y sólo después fue corroborada mediante lo que establece el uso idiomático. No obstante, en esta exposición he de seguir el camino inverso.

La palabra alemana «*unheimlich*» * es, evidentemente, lo opuesto de «*heimlich*» {«íntimo»}, «*heimisch*» {«doméstico»}, «*vertraut*» {«familiar»}; y puede inferirse que es algo terrorífico justamente porque *no* es consabido {*bekannt*} ni familiar. Desde luego, no todo lo nuevo y no familiar es terrorífico; el nexo no es susceptible de inversión. Sólo puede decirse que lo novedoso se vuelve fácilmente terrorífico y ominoso; algo de lo novedoso es ominoso, pero no todo. A lo nuevo y no familiar tiene que agregarse algo que lo vuelva ominoso.

* {Téngase en cuenta que «*un-*» (en «*unheimlich*») es prefijo de negación.}

En general, Jentsch no pasó más allá de este nexo de lo ominoso con lo novedoso. Halla la condición esencial para la ocurrencia del sentimiento ominoso en la incertidumbre intelectual. Lo ominoso sería siempre, en verdad, algo dentro de lo cual uno no se orienta, por así decir. Mientras mejor se oriente un hombre dentro de su medio, más difícilmente recibirá de las cosas o sucesos que hay en él la impresión de lo ominoso.

Fácilmente apreciamos que esta caracterización no es exhaustiva, y por eso intentamos ir más allá de la ecuación ominoso = no familiar. Primero nos volvemos a otras lenguas. Pero los diccionarios a que recurrimos no nos dicen nada nuevo, quizá sólo por el hecho de que somos extranjeros en esas lenguas. Y hasta tenemos la impresión de que muchas de ellas carecen de una palabra para este particular matiz de lo terrorífico.

Debo expresar mi deuda con el doctor Theodor Reik por los siguientes extractos:

LATÍN (K. E. Georges, *Deutschlateinisches Wörterbuch*, 1898): Un lugar ominoso: *locus suspectus*; en una noche ominosa: *intempesta nocte*.

GRIEGO (diccionarios de Rost y de Schenkl): ξένος (es decir, ajeno, extraño).

INGLÉS (de los diccionarios de Lucas, Bellows, Flügel, Muret-Sanders): *uncomfortable*, *uneasy*, *gloomy*, *dismal*, *uncanny*, *ghastly*; (de una casa) *haunted*; (de un hombre) *a repulsive fellow*.

FRANCÉS (Sachs-Villatte): *inquiétant*, *sinistre*, *lugubre*, *mal à son aise*.

ESPAÑOL (Tollhausen, 1889): sospechoso, de mal agüero, lúgubre, siniestro.

El italiano y el portugués parecen conformarse con palabras que calificaríamos de paráfrasis, mientras que en árabe y en hebreo, «*unheimlich*» coincide con «demoníaco», «horrendo».

Volvamos entonces a la lengua alemana. En Daniel Sanders, *Wörterbuch der Deutschen Sprache* (1860, **1**, pág. 729), se encuentran para la palabra «*heimlich*» las siguientes indicaciones, que trascribo por extenso y en las que destaco en bastardillas algunos pasajes.*

* {En la traducción del fragmento del diccionario de Sanders que sigue a continuación se han omitido algunos detalles, referidos principalmente a la fuente de las citas.}

»*Heimlich*, adj.; sust. *Heimlichkeit* (pl. *Heimlichkeiten*):

»1. También *Heimelich, heimelig*, perteneciente a la casa, no ajeno, familiar, doméstico, de confianza e íntimo, lo que recuerda al terruño, etc.

»*a.* (Anticuado) Perteneciente a la casa, a la familia, o que se considera perteneciente a ellas; cf. latín *familiaris*, familiar: *Die Heimlichen*, los que conviven en la casa; *Der heimliche Rat* (*Gen.* 41:45; *2 Sam.* 23:23; *1 Cron.* 12:25; *Sab.* 8:4),* hoy más usual *Geheimer Rat* {consejero privado}.

»*b.* De animales: doméstico, que se acerca confiadamente al hombre; por oposición a "salvaje"; p. ej.: "Animales que no son salvajes ni *heimlich*", etc. "Animales salvajes (. . .) cuando se los cría *heimlich* y acostumbrados a la gente". "Si estos animalitos son criados con los hombres desde pequeños se vuelven totalmente *heimlich*, amistosos", etc. — Entonces, también: "El (el cordero) es así *heimlich* y come de mi mano". "Pero la cigüeña es un pájaro hermoso y *heimlich*".

»*c.* Confiable, propio de la entrañable intimidad del terruño; el bienestar de una satisfacción sosegada, etc., una calma placentera y una protección segura, como las que produce la casa, el recinto cerrado donde se mora. "¿Sigues sintiéndote *heimlich* en la comarca donde los extraños merodean por tus bosques?". "Ella no se sentía muy *heimlich* con él". "Por una alta senda umbría, *heimlich*, (. . .) siguiendo el torrente rumoroso que puebla el bosque de susurros". "Destruida la *Heimlichkeit* del terruño entrañable". "No fue fácil hallar un lugarcito tan familiar y *heimlich*". "Lo imaginábamos tan cómodo, amable, apacible y *heimlich*". "En quieta *Heimlichkeit*, rodeado de cerradas paredes". "Un ama de casa diligente que con muy poco sabe crear una *Heimlichkeit* (calor hogareño) que contenta". "Tanto más *heimlich* se le tornó ahora el hombre que apenas un rato antes le parecía tan extraño". "Los propietarios protestantes no se sienten (. . .) *heimlich* entre sus súbditos católicos". "Cuando todo se vuelve *heimlich* y quedo, / y sólo la paz

* {Algunas de las referencias bíblicas dadas por el diccionario de Sanders son erróneas. Por ejemplo, aquí no es «*1 Cron.* 12:25» sino «*1 Cron.* 11:25»: «A este puso David en su consejo» (versión de Casiodoro de Reina, Sociedades Bíblicas Unidas). En otros casos puede tratarse de discrepancias entre la versión alemana y la castellana, como en *2 Reyes* 10:27 (citado al final de la página siguiente): «Demolieron la casa de Baal {. . .} y la convirtieron en cloaca hasta el día de hoy» (Sociedades Bíblicas Unidas); «Y derribaron la casa de Baal, e hiciéronla necesaria hasta hoy» (Biblia de Jerusalén).}

del crepúsculo atisba en tu celda". "Calmo y amable y *heimlich*, / el mejor sitio que podrían desear para el reposo". "El no se sentía nada *heimlich* con eso". — También [en compuestos]: "El lugar era tan apacible, tan solitario, tan umbrío-*heimlich*". "Las olas se alzaban y morían en la playa, como una canción de cuna-*heimlich* que meciera ensueños". Véase en especial *Unheimlich* [*infra*]. Sobre todo en autores suabos, suizos, a menudo trisílabo: "Cuán *heimelich* volvió a sentirse Ivo al atardecer, de regreso al hogar". "Me sentí tan *heimelich* en la casa...". "La cálida habitación, la *heimelige* siesta". "Esa, esa es la verdadera *Heimelig*: sentir el hombre en su corazón cuán poca cosa es, cuán grande es el Señor". "Fueron cobrando confianza y sintiéndose *heimelig* entre ellos". "La íntima *Heimeligkeit*". "En ninguna parte estaré más *heimelich* que aquí". "Lo que viene de lejanas tierras (...) ciertamente no vive del todo *heimelig* (como nativo, avecindado) con las gentes". "La cabaña donde otrora solía descansar entre los suyos, tan *heimelig*, tan jubiloso". "El guardián de la torre hace sonar *heimelig* su cuerno; y su voz invita, hospitalaria". "Ahí se duerme envuelto en tanta suavidad y calidez, tan maravillosamente *heimelig*". — *Esta acepción debería generalizarse a fin de que la palabra genuina no cayera en desuso a causa de una natural confusión con* 2 [véase *infra*]. Cf.: "*'Los Zecks* [un patronímico] *son todos* heimlich (en el sentido 2)*'. '¿*Heimlich*? ¿Qué entiende usted por* heimlich*?'. 'Pues (...) me ocurre con ellos lo que con un manantial sumergido o un lago desecado. No se puede andarles encima sin tener la impresión de que en cualquier momento podría volver a surgir el agua'. 'Ah, nosotros lo llamamos* unheimlich*; ustedes lo llaman* heimlich. *Pero..., ¿en qué le encuentra usted a esa familia algo de disimulado o sospechoso?'* (Gutzkow)".

»*d*. Especialmente en Silesia: jubiloso, despejado; también se dice del tiempo.

»2. Mantener algo clandestino, ocultarlo para que otros no sepan de ello ni acerca de ello, escondérselo. Hacer algo *heimlich*, o sea a espaldas de alguien; sustraer algo *heimlich*; encuentros, citas *heimlich*; alegrarse *heimlich* de la desgracia ajena; suspirar, llorar *heimlich*; obrar *heimlich*, como si uno tuviera algo que ocultar; amor, amorío, pecado *heimlich*; lugares *heimlich* (que la decencia impone ocultar) (*1 Sam.* 5:6). "El *heimlich* gabinete (el escusado)" (*2 Reyes* 10: 27).* También, "la silla *heimlich*". "Arrojar en sepulcros

* {Véase la nota anterior de la traducción castellana.}

o en *Heimlichkeiten*". — "Condujo *heimlich* las yeguas ante Laomedón". "Tan sigiloso, *heimlich*, astuto y malicioso hacia los amos crueles (...) como franco, abierto, compasivo y servicial hacia el amigo en apuros". "Todavía debes conocer lo *heimlich* que es más santo en mí". "El arte *heimlich* (la magia)". "En el momento en que las cosas ya no pueden ventilarse en público comienzan las maquinaciones *heimlich*". "Libertad es la consigna cuchicheada por los conjurados *heimlich*, y el grito de batalla de los que se levantaron en pública rebelión". "Una acción santa, *heimlich*". "Tengo raíces que son bien *heimlich*; estoy plantado hondo en este suelo". "Mis traiciones *heimlich*". "Si él no lo recibe abierta y escrupulosamente, acaso lo tome *heimlich* e inescrupulosamente". "Hizo construir telescopios acromáticos *heimlich* y secretamente". "Desde ahora, quiero que no haya nada *heimlich* entre nosotros". "Descubrir, revelar, delatar las *Heimlichkeiten* de alguien". "Maquinar *Heimlichkeiten* a mis espaldas". "En mi tiempo nos dedicábamos a la *Heimlichkeit*". "Sólo la mano del intelecto puede desatar el impotente sortilegio de la *Heimlichkeit* (del oro escondido)". "Dí dónde lo escondes (...) en qué sitio de callada *Heimlichkeit*". "¡Abejas que destiláis el sello de las *Heimlichkeiten* (la cera de sellar)!". "Instruido en raras *Heimlichkeiten* (artes de encantamiento)".

»Para los compuestos, véase *supra*, 1*c*. Nótese, en particular, el negativo "*un*-": desasosegante, que provoca horror angustioso. "Le pareció *unheimlich*, espectral". "Las horas temerosas, *unheimlich*, de la noche". "Desde hacía tiempo tenía la sensación de algo *unheimlich* y aun horroroso en mi ánimo". "Ahora empieza a volvérseme *unheimlich*". "Siente un horror *unheimlich*". "*Unheimlich* y tieso como una estatua". "La *unheimlich* niebla que vela la cima de los montes". "Estos pálidos jóvenes son *unheimlich* y traman Dios sabe qué maldades". " '*Se llama* unheimlich *a todo lo que estando destinado a permanecer en el secreto, en lo oculto, (...) ha salido a la luz*' (Schelling)". — "Velar lo divino, rodearlo de una cierta *Unheimlichkeit*". — Es inusual *Unheimlich* como opuesto al sentido 2».

De esta larga cita, lo más interesante para nosotros es que la palabrita *heimlich*, entre los múltiples matices de su significado, muestra también uno en que coincide con su opuesta *unheimlich*. Por consiguiente, lo *heimlich* deviene *unheimlich* (Cf. la cita de Gutzkow: «Nosotros lo llamamos *unheimlich*; ustedes lo llaman *heimlich*».) En general, quedamos advertidos de que esta palabra *heimlich* no es unívoca,

sino que pertenece a dos círculos de representaciones que, sin ser opuestos, son ajenos entre sí: el de lo familiar y agradable, y el de lo clandestino, lo que se mantiene oculto.[2] También nos enteramos de que *unheimlich* es usual como opuesto del primer significado únicamente, no del segundo. Sanders no nos dice nada acerca de un posible vínculo genético entre esos dos significados. En cambio, tomamos nota de una observación de Schelling, quien enuncia acerca del concepto de lo *unheimlich* algo enteramente nuevo e imprevisto. Nos dice que *unheimlich* es todo lo que estando destinado a permanecer en secreto, en lo oculto, ha salido a la luz.

Parte de las dudas así suscitadas se nos esclarecen mediante las indicaciones del diccionario de los hermanos Grimm (1877, **4**, parte 2, págs. 873 y sigs.). Leemos:

«*Heimlich*; adj. y adv. *vernaculus, occultus*; MHD * *heimelich, heimlich.*

»(Pág. 874:) En sentido algo diverso: "Me siento *heimlich*, bien, libre de temor"...

»[3] *b. Heimlich* es también el sitio libre de fantasmas...

»(Pág. 875: β) Familiar; amistoso, confiable.

»4. *Desde la noción de lo entrañable, lo hogareño, se desarrolla el concepto de lo sustraído a los ojos ajenos, lo oculto, lo secreto, plasmado también en múltiples contextos...*

»(Pág. 876:) "A la orilla izquierda del lago se extiende un prado *heimlich* en medio del bosque..." (Schiller, *Guillermo Tell*, I, 4). (...) Licencia poética, inhabitual en el uso moderno (...) *Heimlich* se usa asociado con un verbo que designa la acción de ocultar: "En el secreto de su tabernáculo me ocultará *heimlich*" (*Salmos* 27:5). (...) Partes *heimlich* del cuerpo humano, *pudenda* (...): "Quienes no morían eran heridos en las partes *heimlich*" (*1 Sam.* 5:12)...**

[2] [Según el *Oxford English Dictionary*, una ambigüedad similar posee la palabra inglesa «*canny*», que tanto puede significar «*cosy*» {«confortable»} como «*endowed with occult or magical powers*» {«dotado de poderes mágicos u ocultos»; «*Unheimlich*» es traducido al inglés por «*uncanny*»}.]

* {Abreviatura de «alto alemán medio», lengua hablada por los habitantes de la Alta Alemania entre los años 1100-1500 aproximadamente.}

** {Versión de Sociedades Bíblicas Unidas: *Salmos* 27:5: «Porque él me esconderá en su tabernáculo en el día del mal; ocultaráme en lo reservado de su pabellón»; *1 Sam.* 5:12: «Y los que no morían eran heridos de hemorroides». (Véase *supra*, pág. 222, la nota de la traducción castellana.)}

»*c.* Funcionarios que emiten consejos sobre importantes asuntos de Estado que deben mantenerse en secreto son llamados "consejeros *heimlich*"; en el uso actual, ese adjetivo es sustituido por *geheim* {secreto} (. . .) "El faraón llamó a José 'declarador de lo oculto' (consejero *heimlich*)" (*Gen.* 41:45).

»(Pág. 878:) 6. *Heimlich* para el conocimiento: místico, alegórico; significado *heimlich*: *mysticus*, *divinus*, *occultus*, *figuratus*.

»(Pág. 878:) Luego, *heimlich* es en otro sentido lo sustraído del conocimiento, lo inconciente. (. . .) Ahora bien, como consecuencia es *heimlich* también lo reservado, lo inescrutable (. . .) "¿No ves que no confían en mí? Temen el rostro *heimlich* del duque de Friedland" (Schiller, *Wallensteins Lager*, escena 2).

»9. *El significado de lo escondido y peligroso, que se destaca en el parágrafo anterior, se desarrolla todavía más, de suerte que "heimlich" cobra el sentido que suele asignarse a "unheimlich".* Así: "A veces me ocurre como a quien anda en la noche y cree en aparecidos: cada rincón se le antoja *heimlich* y espeluznante" (Klinger, *Theater*, 3, pág. 298)».

Entonces, *heimlich* es una palabra que ha desarrollado su significado siguiendo una ambivalencia hasta coincidir al fin con su opuesto, *unheimlich*. De algún modo, *unheimlich* es una variedad de *heimlich*. Unamos este resultado todavía no bien esclarecido con la definición que Schelling[3] da de lo *Unheimlich*. La indagación detallada de los casos de lo *Unheimlich* {ominoso} nos permitirá comprender estas indicaciones.

II

Si ahora procedemos a pasar revista a las personas y cosas, impresiones, procesos y situaciones capaces de despertarnos con particular intensidad y nitidez el sentimiento de lo ominoso, es evidente que el primer requisito será elegir un ejemplo apropiado. E. Jentsch destacó como caso notable la «duda sobre si en verdad es animado un ser en apariencia vivo, y, a la inversa, si no puede tener alma cierta cosa

[3] [En la versión original de este trabajo (1919) se leía aquí «Schleiermacher», notoriamente un error.]

inerte». invocando para ello la impresión que nos causan unas figuras de cera, unas muñecas o autómatas de ingeniosa construcción. Menciona a continuación lo ominoso del ataque epiléptico y de las manifestaciones de la locura, pues despiertan en el espectador sospechas de unos procesos automáticos —mecánicos— que se ocultarían quizá tras la familiar figura de lo animado. Pues bien; aunque esta puntualización de Jentsch no nos convence del todo, la tomaremos como punto de partida de nuestra indagación, porque en lo que sigue nos remite a un hombre de letras que descolló como ninguno en el arte de producir efectos ominosos.

Escribe Jentsch: «Uno de los artificios más infalibles para *producir efectos ominosos en el cuento literario consiste en* dejar al lector en la incertidumbre sobre si una figura determinada que tiene ante sí es una persona o un autómata, y de tal suerte, además, que esa incertidumbre no ocupe el centro de su atención, pues de lo contrario se vería llevado a indagar y aclarar al instante el problema, y, como hemos dicho, si tal hiciera desaparecería fácilmente ese particular efecto sobre el sentimiento. E. T. A. Hoffmann ha realizado con éxito, y repetidas veces, esta maniobra psicológica en sus cuentos fantásticos».

Esta observación, sin duda correcta, vale sobre todo para el cuento «El Hombre de la Arena», incluido en las *Nachtstücken* {Piezas nocturnas} de Hoffmann;[4] de él, la figura de la muñeca Olimpia ha sido tomada por Offenbach para el primer acto de su ópera *Los cuentos de Hoffmann*. No obstante, debo decir —y espero que la mayoría de los lectores de la historia estarán de acuerdo conmigo— que el motivo de la muñeca Olimpia en apariencia animada en modo alguno es el único al que cabe atribuir el efecto incomparablemente ominoso de ese relato, y ni siquiera es aquel al que correspondería imputárselo en primer lugar. Por cierto, no contribuye a este efecto el hecho de que el autor imprima al episodio de Olimpia un leve giro satírico y lo use para burlarse de la sobrestimación amorosa del joven. En el centro del relato se sitúa más bien otro factor, del que por lo demás aquel toma también su título y que retorna una y otra vez en los pasajes decisivos: el motivo del *Hombre de la Arena*, que arranca los ojos a los niños.

El estudiante Nathaniel, de cuyos recuerdos infantiles parte el cuento, no puede desterrar, a pesar de su dicha pre-

[4] Hoffmann, *Sämtliche Werke*, edición de Grisebach, **3**.

sente, los recuerdos que se le anudan a la enigmática y terrorífica muerte de su amado padre. Ciertas veladas la madre solía mandar a los niños temprano a la cama con esta advertencia: «¡Viene el Hombre de la Arena!»; * y en efecto, en cada ocasión el niño escucha los pasos sonoros de un visitante que requiere a su padre para esa velada. Es cierto que la madre, preguntada acerca del Hombre de la Arena, niega que exista: es sólo una manera de decir; pero un aya sabe dar noticias más positivas: «Es un hombre malo que busca a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja puñados de arena a los ojos hasta que estos, bañados en sangre, se les saltan de la cabeza; después mete los ojos en una bolsa, y las noches de cuarto creciente se los lleva para dárselos a comer a sus hijitos, que están allá, en el nido, y tienen unos piquitos curvos como las lechuzas; con ellos picotean los ojos de las criaturas que se portan mal».

Aunque el pequeño Nathaniel ya era demasiado crecido e inteligente para dar crédito a esos espeluznantes atributos agregados a la figura del Hombre de la Arena, la angustia ante él lo dominó. Resolvió averiguar el aspecto que tenía, y un atardecer en que otra vez lo esperaban se escondió en el gabinete de trabajo de su padre. Al llegar el visitante, lo reconoce como el abogado Coppelius, una personalidad repelente de quien los niños solían recelar en aquellas ocasiones en que se presentaba como convidado a almorzar; identifica, entonces, a ese Coppelius con el temido Hombre de la Arena. Ya en lo que sigue a esta escena el autor nos hace dudar: ¿estamos frente a un primer *delirium* del niño poseído por la angustia o a un informe que hubiera de concebirse como real en el universo figurativo del relato? Su padre y el huésped hacen algo con un brasero de llameantes carbones. El pequeño espía escucha exclamar a Coppelius: «¡Ojo, ven aquí! ¡Ojo, ven aquí!»; el niño se delata con sus gritos y es capturado por Coppelius, quien se propone echarle a los ojos unos puñados de carboncillos ardientes tomados de las llamas, para después arrojar aquellos al brasero. El padre intercede y salva los ojos del niño. Un profundo desmayo y una larga enfermedad son el desenlace de la vivencia. Quien se decida por la interpretación racionalista de «El Hombre de la Arena» no dejará de ver en esta fantasía del niño la consecuencia de aquel relato del aya. En lugar de puñados de arena, son ahora puñados de carbon-

* {«*Der Sandmann kommt!*», una de las amenazas habituales en los países de habla alemana para inducir a los niños a dormirse; expresiones similares existen en inglés («*The Sandman is about!*») y en francés («*Le marchand de sable passe!*»).}

cillos llameantes los que serán echados a los ojos del niño; y en ambos casos, para que los ojos se le salten. Un año después, tras otra visita del Hombre de la Arena, el padre muere a raíz de una explosión en su gabinete de trabajo; el abogado Coppelius desaparece del lugar sin dejar rastros.

Luego, el estudiante Nathaniel cree reconocer esta figura terrorífica de su infancia en un óptico ambulante, un italiano llamado Giuseppe Coppola que en la ciudad universitaria donde aquel se encuentra le ofrece en venta unos barómetros y, cuando declina comprarlos, agrega: «¡Eh, barómetros no, barómetros no! ¡Vendo también bellos ojos, bellos ojos!». El espanto del estudiante se calma al advertir que los ojos ofrecidos resultan ser unas inocentes gafas; le compra a Coppola un prismático de bolsillo con el que espía la casa lindera del profesor Spalanzani, donde divisa a su hija Olimpia, bella pero enigmáticamente silenciosa e inmóvil. Se enamora perdidamente de ella, hasta el punto de olvidar a su inteligente y serena novia. Pero Olimpia es un autómata al que Spalanzani le ha puesto el mecanismo de relojería y Coppola —el Hombre de la Arena— los ojos. El estudiante sorprende a los dos maestros disputando por su obra; el óptico se lleva a la muñeca de madera, sin ojos, y el mecánico Spalanzani arroja al pecho de Nathaniel los ojos de Olimpia, que permanecían en el suelo bañados en sangre; dice que Coppola se los ha hurtado a Nathaniel. Este cae presa de un nuevo ataque de locura en cuyo *delirium* se aúnan la reminiscencia de la muerte del padre con la impresión fresca: «¡Uy, uy, uy! ¡Círculo de fuego, círculo de fuego! ¡Gira, círculo de fuego, lindo, lindo! ¡Muñequita de madera, uy, bella muñequita de madera, gira!». Se arroja entonces sobre el profesor, el presunto padre de Olimpia, con ánimo de estrangularlo.

Recobrado de una prolongada y grave enfermedad, Nathaniel parece al fin sano. Ha recuperado a su novia y se propone desposarla. Un día, ella y él pasean por la ciudad, sobre cuya plaza mayor la alta torre del Ayuntamiento proyecta su sombra gigantesca. La muchacha propone a su novio subir a la torre, en tanto el hermano de ella, que acompañaba a la pareja, permanece abajo. Ya en lo alto, la curiosa aparición de algo que se agita allá, en la calle, atrae la atención de Clara. Nathaniel observa la misma cosa mediante el prismático de Coppola, que encuentra en su bolsillo; de nuevo cae presa de la locura y a la voz de «¡Muñequita de madera, gira!» pretende arrojar desde lo alto a la muchacha. El hermano, que acude a sus gritos de auxilio, la salva y desciende rápidamente con ella. Arriba, el loco furioso corre

en torno exclamando «¡Círculo de fuego, gira!», cuyo origen nosotros comprendemos. Entre las personas reunidas en la calle sobresale el abogado Coppelius, quien ha reaparecido de pronto. Tenemos derecho a suponer que la locura estalló en Nathaniel cuando vio que se acercaba. Alguien quiere subir para capturar al furioso, pero Coppelius dice sonriendo: «Esperen, que ya bajará él por sus propios medios». De pronto Nathaniel se queda quieto, mira a Coppelius y se arroja por encima de la baranda dando el estridente grito de «¡Sí, bellos ojos, bellos ojos!». Al quedar sobre el pavimento con la cabeza destrozada, ya el Hombre de la Arena se ha perdido entre la multitud.

Aun esta breve síntesis no deja subsistir ninguna duda de que el sentimiento de lo ominoso adhiere directamente a la figura del Hombre de la Arena, vale decir, a la representación de ser despojado de los ojos, y que nada tiene que ver con este efecto la incertidumbre intelectual en el sentido de Jentsch. La duda acerca del carácter animado, que debimos admitir respecto de la muñeca Olimpia, no es nada en comparación con este otro ejemplo, más intenso, de lo ominoso. Es cierto que el autor produce al comienzo en nosotros una especie de incertidumbre —deliberadamente, desde luego—, al no dejarnos colegir de entrada si se propone introducirnos en el mundo real o en un mundo fantástico creado por su albedrío. Como es notorio, tiene derecho a hacer lo uno o lo otro, y si por ejemplo ha escogido como escenario de sus figuraciones un mundo donde actúan espíritus, demonios y espectros —tal el caso de Shakespeare en *Hamlet*, *Macbeth* y, en otro sentido, en *La tempestad* y en *Sueño de una noche de verano*—, hemos de seguirlo en ello y, todo el tiempo que dure nuestra entrega a su relato, tratar como una realidad objetiva ese universo por él presupuesto. Ahora bien, en el curso del cuento de Hoffmann esa duda desaparece; nos percatamos de que el autor quiere hacernos mirar a nosotros mismos por las gafas o los prismáticos del óptico demoníaco, y hasta que quizás ha atisbado en persona por ese instrumento. La conclusión del cuento deja en claro que el óptico Coppola es efectivamente el abogado Coppelius [5] y, por tanto, el Hombre de la Arena.

[5] La esposa del doctor Rank me ha hecho notar las derivaciones de este nombre: «*coppella*» = «copela» (véanse las operaciones químicas a raíz de las cuales halló la muerte el padre); «*coppo*»: la cuenca del ojo. [Excepto en la primera edición (1919), esta nota se adjuntaba, aparentemente por error, al aparecer por segunda vez el nombre «Coppelius» en el párrafo anterior.]

En este punto ya no cuenta ninguna «incertidumbre intelectual»: ahora sabemos que no se nos quiere presentar el producto de la fantasía de un loco, tras el cual, desde nuestra superioridad racionalista, pudiéramos discernir el estado de cosas positivo; y sin embargo... ese esclarecimiento en nada ha reducido la impresión de lo ominoso. Por tanto, la incertidumbre intelectual no nos ayuda a entender ese efecto ominoso.

En cambio, la experiencia psicoanalítica nos pone sobre aviso de que dañarse los ojos o perderlos es una angustia que espeluzna a los niños. Ella pervive en muchos adultos, que temen la lesión del ojo más que la de cualquier otro órgano. Por otra parte, se suele decir que uno cuidará cierta cosa como a la niña de sus ojos. Además, el estudio de los sueños, de las fantasías y mitos nos ha enseñado que la angustia por los ojos, la angustia de quedar ciego, es con harta frecuencia un sustituto de la angustia ante la castración. Y en verdad, la acción del criminal mítico, Edipo, de cegarse a sí mismo no es más que una forma atemperada de la castración, el único castigo que le habría correspondido según la ley del talión. Dentro de una mentalidad racionalista, claro está, se puede desautorizar esta recondución de la angustia por los ojos a la angustia ante la castración; parece natural que un órgano tan precioso como el de la vista esté resguardado por una angustia correlativamente grande, y, dando un paso más, hasta puede sostenerse que tras la angustia ante la castración no se esconde ningún secreto más arcano ni un significado diverso. Sin embargo, así se dejará sin explicar el nexo de recíproca sustitución que en el sueño, la fantasía y el mito se da a conocer entre ojo y miembro masculino, y no se podrá contradecir la impresión de que tras la amenaza de ser privado del miembro genital se produce un sentimiento particularmente intenso y oscuro, y que es ese sentimiento el que presta su eco a la representación de perder otros órganos. Y en definitiva, toda duda ulterior desaparece cuando a partir de los análisis de neuróticos se averigua el «complejo de castración» en todos sus detalles y se toma conocimiento del grandioso papel que desempeña en su vida anímica.

Además, no aconsejaría a ningún opositor de la concepción psicoanalítica aducir justamente el cuento de Hoffmann sobre «El Hombre de la Arena» para sustentar la tesis de que la angustia por los ojos es algo independiente del complejo de castración. En efecto, ¿por qué la angustia

en torno de los ojos entra aquí en la más íntima relación con la muerte del padre? ¿Por qué el Hombre de la Arena aparece todas las veces como perturbador del amor? Hace que el desdichado estudiante se malquiste con su novia y con el hermano de esta, que es su mejor amigo; aniquila su segundo objeto de amor, la bella muñeca Olimpia, y lo constriñe al suicidio cuando está por consumar una dichosa unión con su Clara, a quien ha recuperado. Estos rasgos del cuento, como otros muchos, parecen caprichosos y carentes de significado si uno desautoriza el nexo de la angustia por los ojos con la castración, pero cobran pleno sentido si se remplaza al Hombre de la Arena por el padre temido, de quien se espera la castración.[6]

[6] De hecho, al elaborar los elementos del material, la fantasía del autor no los ha trastrocado tanto que no podamos restaurar su ordenamiento originario. En la historia infantil, el padre y Coppelius figuran la *imago*-padre fragmentada en dos opuestos por obra de la ambivalencia; uno amenaza con dejarlo ciego (castración), y el otro, el padre bueno, intercede para salvar los ojos del niño. La pieza del complejo alcanzada con mayor intensidad por la represión, el deseo de que muera el padre malo, halla su figuración en la muerte del padre bueno, imputada a Coppelius. A este par de padres corresponden, en la ulterior biografía del estudiante, el profesor Spalanzani y el óptico Coppola; el profesor es en sí una figura de la serie paterna, y a Coppola se lo discierne como idéntico al abogado Coppelius. Así como aquella vez trabajaban juntos en un misterioso brasero, ahora han creado en común a la muñeca Olimpia; y además, al profesor se lo llama padre de Olimpia. Mediante esta relación de comunidad que se presenta por dos veces, ambos se revelan como escisiones de la *imago*-padre, es decir, tanto el mecánico como el óptico son el padre de Olimpia y el de Nathaniel. En la escena terrorífica de la infancia, Coppelius, tras renunciar a dejar ciego al niño, le descoyunta brazos y piernas a manera de experimento, o sea, trabaja con él como lo haría un mecánico con una muñeca. Este extraño rasgo, que se sale por completo del marco de la representación del Hombre de la Arena, pone en juego un nuevo equivalente de la castración; pero también apunta a la íntima identidad de Coppelius con su ulterior contraparte, el mecánico Spalanzani, y nos prepara para la interpretación de Olimpia. Esta muñeca automática no puede ser otra cosa que la materialización de la actitud femenina de Nathaniel hacia su padre en la primera infancia. Sus padres —Spalanzani y Coppola— no son más que reediciones, reencarnaciones, del par de padres de Nathaniel; la frase de Spalanzani, de otro modo incomprensible, según la cual el óptico hurtó los ojos a Nathaniel (véase *supra* [pág. 229]) para ponérselos a la muñeca, cobra así significado como prueba de la identidad entre Olimpia y Nathaniel. Olimpia es, por así decir, un complejo desprendido de Nathaniel, que le sale al paso como persona; su sometimiento a ese complejo halla expresión en el amor disparatado y compulsivo por Olimpia. Tenemos derecho a llamar «narcisista» a este amor, y comprendemos que su víctima se enajene del objeto real de amor. Numerosos análisis clínicos, de contenido por cierto menos fantástico, pero apenas menos triste que la historia del estudiante Nathaniel, prueban cuán correcto es psicológicamente

Por tanto, nos atreveríamos a reconducir lo ominoso del Hombre de la Arena a la angustia del complejo infantil de castración. Pero tan pronto surge la idea de recurrir a un factor infantil de esa índole para esclarecer la génesis de este sentimiento ominoso, nos vemos llevados a ensayar esa misma derivación para otros ejemplos de lo ominoso. En «El Hombre de la Arena» hallamos todavía el motivo, destacado por Jentsch, de la muñeca en apariencia animada. Según este autor, una condición particularmente favorable para que se produzca el sentimiento ominoso es que surja una incertidumbre intelectual acerca de si algo es inanimado o inerte, y que la semejanza de lo inerte con lo vivo llegue demasiado lejos. Ahora bien, con las muñecas, desde luego, no estamos muy distantes de lo infantil. Recordemos que el niño, en los juegos de sus primeros años, no distingue de manera nítida entre lo animado y lo inanimado, y muestra particular tendencia a considerar a sus muñecas como seres vivos. Y aun en ocasiones escuchamos referir a nuestras pacientes que todavía a la edad de ocho años estaban convencidas de que mirando a sus muñecas de cierta manera, con la máxima intensidad posible, tendrían que hacerles cobrar vida. Por tanto, también aquí es fácil pesquisar el factor infantil; pero lo notable es que en el caso del Hombre de la Arena está en juego el despertar de una antigua angustia infantil, mientras que en el de la muñeca viva no interviene para nada la angustia, puesto que el niño no tuvo miedo a la animación de sus muñecas, y hasta quizá la deseó. Entonces, la fuente del sentimiento ominoso no sería aquí una angustia infantil, sino un deseo o aun apenas una creencia infantiles. Esto parece una contradicción, aunque tal vez no sea más que una multiplicidad que pueda ayudarnos posteriormente en nuestro intento de comprensión.

E. T. A. Hoffmann es el maestro inigualado de lo ominoso en la creación literaria. Su novela *Los elixires del diablo* exhibe todo un haz de motivos a los que cabría ads-

que el jovencito fijado al padre por el complejo de castración sea incapaz de amar a la mujer.

E. T. A. Hoffmann era hijo de un matrimonio desdichado. Cuando tenía tres años, su padre se separó de su pequeña familia y nunca más volvió a vivir con ella. Según las pruebas que aporta E. Grisebach en su introducción biográfica a las obras de Hoffmann, su relación con el padre siempre fue el punto más sensible en la vida afectiva de este autor.

cribir el efecto ominoso de la historia.[7] El contenido de la novela es demasiado rico y enredado como para que nos atrevamos a extractarlo. Al final del libro, cuando se agregan con posterioridad las premisas de la acción que hasta ese momento se habían mantenido en reserva, el resultado no es el esclarecimiento del lector, sino su perplejidad total. El autor ha acumulado demasiados elementos homogéneos; la impresión del conjunto no amengua por ello, pero sí su comprensión. Es preciso conformarse con destacar los más salientes entre esos motivos de efecto ominoso, a fin de indagar si también ellos admiten ser derivados de fuentes infantiles. Helos aquí: la presencia de «dobles» en todas sus gradaciones y plasmaciones, vale decir, la aparición de personas que por su idéntico aspecto deben considerarse idénticas; el acrecentamiento de esta circunstancia por el salto de procesos anímicos de una de estas personas a la otra —lo que llamaríamos telepatía—, de suerte que una es coposeedora del saber, el sentir y el vivenciar de la otra; la identificación con otra persona hasta el punto de equivocarse sobre el propio yo o situar el yo ajeno en el lugar del propio —o sea, duplicación, división, permutación del yo—, y, por último, el permanente retorno de lo igual,[8] la repetición de los mismos rasgos faciales, caracteres, destinos, hechos criminales, y hasta de los nombres a lo largo de varias generaciones sucesivas.

El motivo del «doble» ha sido estudiado a fondo por O. Rank en un trabajo que lleva ese título (1914*b*). En él se indagan los vínculos del doble con la propia imagen

7 [En uno de los números de *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse* correspondientes a 1919 (**5**, pág. 308), año en que se publicó el presente trabajo, apareció bajo la rúbrica «Varia» y firmada con las iniciales «S. F.» una breve nota que no es irrazonable atribuir a Freud. Aunque en términos estrictos no corresponde al tema aquí tratado, tal vez se justifique su inclusión. Se titula «E. T. A. Hoffmann sobre la función de la conciencia» y reza así: «En *Los elixires del diablo* (edición de Hesse, parte II, pág. 210), novela que descuella por sus magistrales descripciones de estados patológicos del espíritu, Schönfeld consuela al héroe, que sufre una pasajera perturbación de conciencia, con estas palabras: "¿Qué quiere usted con eso? Me refiero a esa particular función del espíritu que se llama conciencia y que no es otra cosa que la maldita actividad de un condenado recolector de impuestos, inspector municipal, vista de aduanas, que ha instalado su malvada oficina en el altillo y a toda mercadería que pretende pasar le dice: '¡Epa, epa!... La salida está prohibida... Eso se queda en el país, en el país...' "».]

8 [En esta frase parecen resonar las palabras de Nietzsche (v. gr., en la última parte de *Así habló Zaratustra*). En *Más allá del principio de placer* (1920*g*), *AE*, **18**, pág. 22, Freud cita entre comillas una frase semejante: «el eterno retorno de lo igual».]

vista en el espejo y con la sombra, el espíritu tutelar, la doctrina del alma y el miedo a la muerte, pero también se arroja viva luz sobre la sorprendente historia genética de ese motivo. En efecto, el doble fue en su origen una seguridad contra el sepultamiento del yo, una «enérgica desmentida {*Dementierung*} del poder de la muerte» (O. Rank), y es probable que el alma «inmortal» fuera el primer doble del cuerpo. El recurso a esa duplicación para defenderse del aniquilamiento tiene su correlato en un medio figurativo del lenguaje onírico, que gusta de expresar la castración mediante duplicación o multiplicación del símbolo genital;[9] en la cultura del antiguo Egipto, impulsó a plasmar la imagen artística del muerto en un material imperecedero. Ahora bien, estas representaciones han nacido sobre el terreno del irrestricto amor por sí mismo, el narcisismo primario, que gobierna la vida anímica tanto del niño como del primitivo; con la superación de esta fase cambia el signo del doble: de un seguro de supervivencia, pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte.

La representación del doble no necesariamente es sepultada junto con ese narcisismo inicial; en efecto, puede cobrar un nuevo contenido a partir de los posteriores estadios de desarrollo del yo. En el interior de este se forma poco a poco una instancia particular que puede contraponerse al resto del yo, que sirve a la observación de sí y a la autocrítica, desempeña el trabajo de la censura psíquica y se vuelve notoria para nuestra conciencia como «conciencia moral». En el caso patológico del delirio de ser notado, se aísla, se escinde del yo, se vuelve evidente para el médico. El hecho de que exista una instancia así, que puede tratar como objeto al resto del yo; vale decir, el hecho de que el ser humano sea capaz de observación de sí, posibilita llenar la antigua representación del doble con un nuevo contenido y atribuirle diversas cosas, principalmente todo aquello que aparece ante la autocrítica como perteneciente al viejo narcisismo superado de la época primordial.[10]

9 [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 363.]

10 Creo que cuando los poetas se quejan de que dos almas moran en el pecho del hombre, y cuando los adictos a la psicología popular hablan de la escisión del yo en el hombre, entrevén esta bifurcación (perteneciente a la psicología del yo) entre la instancia y el resto del yo, y no la relación de oposición descubierta por el psicoanálisis entre el yo y lo reprimido inconciente. Es verdad que la diferencia se borra por el hecho de que entre lo desestimado por la crítica del yo se encuentran en primer lugar los retoños de lo reprimido. [Freud ya había considerado con detalle esta instancia crítica en la sección III de «Introducción del narcisismo» (1914*c*), y pronto la ampliaría hasta con-

Pero no sólo este contenido chocante para la crítica del yo puede incorporarse al doble; de igual modo, pueden serlo todas las posibilidades incumplidas de plasmación del destino, a que la fantasía sigue aferrada, y todas las aspiraciones del yo que no pudieron realizarse a consecuencia de unas circunstancias externas desfavorables, así como todas las decisiones voluntarias sofocadas que han producido la ilusión del libre albedrío.[11]

Ahora bien, tras considerar la motivación manifiesta de la figura del doble, debemos decirnos que nada de eso nos permite comprender el grado extraordinariamente alto de ominosidad a él adherido; y a partir del conocimiento que tenemos sobre los procesos anímicos patológicos, estamos autorizados a agregar que nada de ese contenido podría explicar el empeño defensivo que lo proyecta fuera del yo como algo ajeno. Entonces, el carácter de lo ominoso sólo puede estribar en que el doble es una formación oriunda de las épocas primordiales del alma ya superadas, que en aquel tiempo poseyó sin duda un sentido más benigno. El doble ha devenido una figura terrorífica del mismo modo como los dioses, tras la ruina de su religión, se convierten en demonios.[12]

Siguiendo el paradigma del motivo del doble, resulta fácil apreciar las otras perturbaciones del yo utilizadas por Hoffmann. En ellas se trata de un retroceso a fases singulares de la historia de desarrollo del sentimiento yoico, de una regresión a épocas en que el yo no se había deslindado aún netamente del mundo exterior, ni del Otro. Creo que estos motivos contribuyen a la impresión de lo ominoso, si bien no resulta fácil aislar su participación.

El factor de la repetición de lo igual como fuente del sentimiento ominoso acaso no sea aceptado por todas las personas. Según mis observaciones, bajo ciertas condiciones y en combinación con determinadas circunstancias se produce inequívocamente un sentimiento de esa índole, que, además, recuerda al desvalimiento de muchos estados oníricos. Cierta vez que en una calurosa tarde yo deambu-

vertirla en el «ideal del yo» y en el «superyó» en el capítulo XI de su *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921*c*) y el capítulo III de *El yo y el ello* (1923*b*), respectivamente.]

[11] En la obra de H. H. Ewers, *Der Student von Prag* {El estudiante de Praga}, que sirve de punto de partida al estudio de Rank sobre el doble, el héroe ha prometido a su amada no matar a su desafiante en el duelo. Pero en camino al campo del honor se encuentra con el doble, que ya ha matado a su rival. — [Sobre la «ilusión del libre albedrío», cf. *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, págs. 246-7.]

[12] Heine, *Die Götter im Exil* {Los dioses en el exilio}.

laba por las calles vacías, para mí desconocidas, de una pequeña ciudad italiana, fui a dar en un sector acerca de cuyo carácter no pude dudar mucho tiempo. Sólo se veían mujeres pintarrajeadas que se asomaban por las ventanas de las casitas, y me apresuré a dejar la estrecha callejuela doblando en la primera esquina. Pero tras vagar sin rumbo durante un rato, de pronto me encontré de nuevo en la misma calle donde ya empezaba a llamar la atención, y mi apurado alejamiento sólo tuvo por consecuencia que fuera a parar ahí por tercera vez tras un nuevo rodeo. Entonces se apoderó de mí un sentimiento que sólo puedo calificar de ominoso, y sentí alegría cuando, renunciando a ulteriores viajes de descubrimiento, volví a hallar la *piazza* que poco antes había abandonado. Otras situaciones, que tienen en común con la que acabo de describir el retorno no deliberado, pero se diferencian radicalmente de ella en los demás puntos, engendran empero el mismo sentimiento de desvalimiento y ominosidad. Por ejemplo, cuando uno se extravía en el bosque, acaso sorprendido por la niebla, y a pesar de todos sus esfuerzos por hallar un camino demarcado o familiar retorna repetidas veces a cierto sitio caracterizado por determinado aspecto. O cuando uno anda por una habitación desconocida, oscura, en busca de la puerta o de la perilla de la luz, y por enésima vez tropieza con el mismo mueble, situación que Mark Twain, exagerándola hasta lo grotesco, ha trasmudado en la de una comicidad irresistible.[13]

También en otra serie de experiencias discernimos sin trabajo que es sólo el factor de la repetición no deliberada el que vuelve ominoso algo en sí mismo inofensivo y nos impone la idea de lo fatal, inevitable, donde de ordinario sólo habríamos hablado de «casualidad». Así, es una vivencia sin duda indiferente que en un guardarropas recibamos como vale cierto número (p. ej., 62) o hallemos que el camarote asignado en el barco lleva ese número. Pero esa impresión cambia si ambos episodios en sí triviales se suceden con poca diferencia de tiempo: si uno se topa con el número 62 varias veces el mismo día y se ve precisado a observar que todo cuanto lleva designación numérica —direcciones, la pieza del hotel, el vagón del ferrocarril, etc.— presenta una y otra vez el mismo número, aunque sea como componente. Uno lo halla «ominoso», y quien no sea impermeable a las tentaciones de la superstición se inclinará a atribuir a ese pertinaz retorno

13 [Mark Twain, *A Tramp Abroad.*]

del mismo número un significado secreto, acaso una referencia a la edad de la vida que le está destinado alcanzar.[14] O si uno se ha dedicado últimamente a estudiar los escritos del gran fisiólogo E. Hering y con diferencia de unos pocos días recibe cartas de dos personas de ese nombre de diversos países, cuando hasta entonces nunca había tenido relación con personas que se llamaran así. Un ingenioso investigador de la naturaleza ha intentado hace poco subordinar a ciertas leyes sucesos de esa índole, lo cual no podría menos que cancelar la impresión de lo ominoso.[15] No me atrevo a pronunciarme sobre si lo ha logrado.

Sólo de pasada puedo indicar aquí el modo en que lo ominoso del retorno de lo igual puede deducirse de la vida anímica infantil; remito al lector, pues, a una exposición de detalle, ya terminada, que se desarrolla en otro contexto.[16] En lo inconciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una *compulsión de repetición* que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, se exterioriza todavía con mucha nitidez en las aspiraciones del niño pequeño y gobierna el psicoanálisis de los neuróticos en una parte de su decurso. Todas las elucidaciones anteriores nos hacen esperar que se sienta como ominoso justamente aquello capaz de recordar a esa compulsión interior de repetición.

Sin embargo, creo que ya es tiempo de dejar estas constelaciones, sobre las cuales siempre es difícil emitir juicio, y buscar casos inequívocos de lo ominoso cuyo análisis nos permita obtener una decisión definitiva acerca de la validez de nuestra hipótesis.

En «El anillo de Polícrates»,[17] el rey de Egipto se aparta con horror de su huésped porque nota que todo deseo de su amigo le es cumplido en el acto y el destino le aventa enseguida cada una de sus preocupaciones. Su amigo se le ha vuelto «ominoso». La explicación que él mismo da, a

[14] [Freud había cumplido 62 años de edad el año anterior, 1918.]

[15] Kammerer, 1919.

[16] [Se refiere a *Más allá del principio de placer* (1920*g*), publicada un año más tarde, en cuyos capítulos II y III se explaya sobre las diversas manifestaciones de la «compulsión de repetición» aquí enumeradas. Como fenómeno clínico, la «compulsión de repetición» ya había sido tratada por Freud en un trabajo dado a conocer cinco años antes: «Recordar, repetir y reelaborar» (1914*g*).]

[17] [El poema de Schiller basado en Herodoto.]

saber, que los demasiado dichosos tienen que temer la envidia de los dioses, nos parece todavía impenetrable, su sentido se oculta tras un velo mitológico. Tomemos, por eso, un ejemplo de circunstancias mucho más simples: en el historial clínico de un neurótico obsesivo [18] referí que este enfermo había tomado una cura de aguas, y durante su permanencia en el sanatorio había experimentado una gran mejoría. Pero tuvo suficiente perspicacia para no atribuir ese resultado a la virtud curativa del agua, sino a la ubicación de su pieza, en la inmediata vecindad de la de una amable enfermera. Llegado por segunda vez al sanatorio, pidió la misma habitación, pero le dijeron que ya estaba ocupada por un señor anciano; entonces dio rienda suelta a su disgusto con estas palabras: «Ojalá le dé un ataque». Catorce días después el anciano murió efectivamente de un ataque de apoplejía. Para mi paciente fue una vivencia «ominosa». La impresión de lo ominoso habría sido todavía más intensa de trascurrir un lapso menor entre su manifestación y el hecho fatal, o si el paciente hubiera podido informar sobre otras muchas vivencias de la misma índole. En realidad, no le faltaban tales corroboraciones; pero no sólo a él: todos los neuróticos obsesivos que yo he estudiado sabían referir cosas análogas de sí mismos. En modo alguno les sorprendía encontrarse regularmente con la persona en la que acababan —acaso por primera vez tras largo tiempo— de pensar; por las mañanas solían recibir carta de un amigo de quien la tarde anterior habían dicho: «Hace mucho que no sé nada de él», y, en particular, era raro que sucedieran muertes o desgracias sin que un rato antes se les pasaran por la cabeza. Solían expresar tales situaciones, con la mayor modestia, aseverando tener «presentimientos» que «casi siempre» se cumplían.

Una de las formas más ominosas y difundidas de la superstición es la angustia ante el «mal de ojo», estudiado a fondo por el oculista de Hamburgo, S. Seligmann (1910-11). La fuente de que nace esta angustia parece haber sido reconocida siempre. Quien posee algo valioso y al mismo tiempo frágil teme la envidia de los otros, pues les proyecta la que él mismo habría sentido en el caso inverso. Uno deja traslucir tales mociones mediante la mirada, aunque les deniegue su expresión en palabras; y cuando alguien se diferencia de los demás por unos rasgos llamativos, en particular

[18] «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909*d*) [*AE*, **10**, págs. 182-3].

si son de naturaleza desagradable, se le atribuye una envidia de particular intensidad y la capacidad de trasponer en actos esa intensidad. Por tanto, se teme un propósito secreto de hacer daño, y por ciertos signos se supone que ese propósito posee también la fuerza de realizarse.

Los ejemplos de lo ominoso citados en último término dependen del principio que yo, siguiendo la sugerencia de un paciente,[19] he llamado «omnipotencia del pensamiento». Ahora bien, estamos en terreno conocido y ya no podemos ignorarlo. El análisis de los casos de lo ominoso nos ha reconducido a la antigua concepción del mundo del *animismo*, que se caracterizaba por llenar el universo con espíritus humanos, por la sobrestimación narcisista de los propios procesos anímicos, la omnipotencia del pensamiento y la técnica de la magia basada en ella, la atribución de virtudes ensalmadoras —dentro de una gradación cuidadosamente establecida— a personas ajenas y cosas (*mana*), así como por todas las creaciones con que el narcisismo irrestricto de aquel período evolutivo se ponía en guardia frente al inequívoco veto de la realidad. Parece que en nuestro desarrollo individual todos atravesáramos una fase correspondiente a ese animismo de los primitivos, y que en ninguno de nosotros hubiera pasado sin dejar como secuela unos restos y huellas capaces de exteriorizarse; y es como si todo cuanto hoy nos parece «ominoso» cumpliera la condición de tocar estos restos de actividad animista e incitar su exteriorización.[20]

En este punto he de hacer dos señalamientos en los cuales querría asentar el contenido esencial de esta pequeña indagación. La primera: Si la teoría psicoanalítica acierta cuando asevera que todo afecto de una moción de sentimientos, de cualquier clase que sea, se trasmuda en angustia por obra de la represión, entre los casos de lo que provoca angustia existirá por fuerza un grupo en que pueda demostrarse que eso angustioso es algo reprimido que retorna. Esta variedad de lo que provoca angustia sería justamente lo ominoso, resultando indiferente que en su origen fuera a su vez algo angustioso o tuviese como portador algún otro

[19] [El «Hombre de las Ratas», a quien acababa de referirse; cf. *ibid.*, *AE*, **10**, pág. 182.]

[20] Véase mi libro *Tótem y tabú* (1912-13), ensayo III, «Animismo, magia y omnipotencia de los pensamientos», donde se hallará la siguiente nota al pie: «Parece que conferimos el carácter de lo ominoso a las impresiones que corroborarían la omnipotencia de los pensamientos y el modo de pensar animista en general, en tanto que en nuestro juicio ya nos hemos extrañado de ambas creencias» [*AE*, **13**, págs. 89-90.]

afecto. La segunda: Si esta es de hecho la naturaleza secreta de lo ominoso, comprendemos que los usos de la lengua hagan pasar lo «*Heimliche*» {lo «familiar»} a su opuesto, lo «*Unheimliche*» (págs. 224-6), pues esto ominoso no es efectivamente algo nuevo o ajeno, sino algo familiar de antiguo a la vida anímica, sólo enajenado de ella por el proceso de la represión. Ese nexo con la represión nos ilumina ahora también la definición de Schelling, según la cual lo ominoso es algo que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz.

Sólo nos resta someter a prueba la intelección que hemos obtenido, ensayando explicar con ella algunos otros casos de lo ominoso.

A muchos seres humanos les parece ominoso en grado supremo lo que se relaciona de manera íntima con la muerte, con cadáveres y con el retorno de los muertos, con espíritus y aparecidos. En efecto, dijimos que numerosas lenguas modernas no pueden traducir la expresión alemana «una casa *unheimlich*» como no sea mediante la paráfrasis «una casa poblada de fantasmas».* En verdad habríamos debido empezar nuestra indagación por este ejemplo, quizás el más rotundo, de lo ominoso, pero no lo hicimos porque aquí lo ominoso está demasiado contaminado con lo espeluznante y en parte tapado por esto último. Empero, difícilmente haya otro ámbito en que nuestro pensar y sentir hayan variado tan poco desde las épocas primordiales, y en que lo antiguo se haya conservado tan bien bajo una delgada cubierta, como en el de nuestra relación con la muerte. Dos factores son buenos testigos de esa permanencia: la intensidad de nuestras reacciones afectivas originarias y la incertidumbre de nuestro conocimiento científico. Nuestra biología no ha podido decidir aún si la muerte es el destino necesario de todo ser vivo o sólo una contingencia regular, pero acaso evitable, en el reino de la vida.[21] Es cierto que el enunciado «Todos los hombres son mortales» se exhibe en los manuales de lógica como el arquetipo de una afirmación universal; pero no ilumina a ningún ser humano, y nuestro inconciente concede ahora tan poco espacio como otrora a la representación de la propia mortalidad.[22] Las

* {Alude al ejemplo dado *supra*, pág. 221, para el inglés: «*a haunted house*».}

[21] [Este problema ocupa un lugar prominente en *Más allá del principio de placer* (1920*g*), obra que Freud estaba preparando cuando escribió el presente artículo. Cf. *AE*, **18**, págs. 43 y sigs.]

[22] [La actitud del ser humano hacia la muerte fue tratada más extensamente por Freud en la segunda parte de su ensayo «De guerra y muerte» (1915*b*), *AE*, **14**, págs. 290 y sigs.]

religiones siguen impugnando su significado al hecho incontrastable de la muerte individual y prolongan la existencia después de ella; los poderes del Estado creen que no podrían mantener el orden moral entre los vivos si debiera renunciarse a corregir la vida terrenal en un más allá mejor; en nuestras grandes ciudades se anuncian conferencias que pretenden enseñar cómo entrar en contacto con el alma de los difuntos, y es innegable que muchas de las mejores cabezas y de los pensadores más perspicaces entre los hombres de ciencia, sobre todo hacia el final de su vida, han juzgado que no eran inexistentes las posibilidades de semejante comercio con los espíritus. Puesto que casi todos nosotros seguimos pensando en este punto todavía como los salvajes, no cabe maravillarse de que la angustia primitiva frente al muerto siga siendo tan potente y esté presta a exteriorizarse no bien algo la solicite. Es probable que conserve su antiguo sentido: el muerto ha devenido enemigo del sobreviviente y pretende llevárselo consigo para que lo acompañe en su nueva existencia. Dada esta inmutabilidad de la actitud ante la muerte, cabría preguntar dónde ha quedado la condición de la represión, necesaria para que lo primitivo pueda retornar como algo ominoso. Empero, ella subsiste; oficialmente, las personas llamadas cultas ya no creen más en la presencia visible de las ánimas de los difuntos, han asociado su aparición con unas condiciones remotas y que rara vez se realizan, y la actitud frente al muerto, ambivalente y en extremo ambigua en su origen, se ha atemperado en la actitud unívoca de la piedad.[23]

Ahora hacen falta unos pocos complementos, pues con el animismo, la magia y el ensalmo, la omnipotencia de los pensamientos, el nexo con la muerte, la repetición no deliberada y el complejo de castración, hemos agotado prácticamente la gama de factores que vuelven ominoso lo angustiante.

También llamamos ominosa a una persona viviente, y sin duda cuando le atribuimos malos propósitos. Pero esto no basta; debemos agregar que realizará esos propósitos de hacernos daño con el auxilio de unas fuerzas particulares. Buen ejemplo de ello es el *gettatore*,* esa figura ominosa de la superstición románica que Albrecht Schaeffer, con intuición poética y profunda comprensión psicoanalítica, ha trasformado en un personaje simpático en su libro *Josef Montfort*.[24] Pero esas fuerzas secretas nos trasladan de nue-

[23] Cf. *Tótem y tabú* (1912-13) [*AE*, **13**, pág. 71].
* {Literalmente, «el que arroja» (la mala suerte, el mal de ojo).}
[24] [La novela de Schaeffer se publicó en 1918.]

vo al terreno del animismo. Es el presentimiento de esas fuerzas secretas lo que vuelve tan ominoso a Mefistófeles para la piadosa Margarita:

«Ella sospecha que seguramente soy un genio
y hasta quizás el mismo Diablo».[25]

Lo ominoso de la epilepsia, de la locura, tiene el mismo origen. El lego asiste aquí a la exteriorización de unas fuerzas que ni había sospechado en su prójimo, pero de cuya moción se siente capaz en algún remoto rincón de su personalidad. De una manera consecuente y casi correcta en lo psicológico, la Edad Media atribuía todas estas exteriorizaciones patológicas a la acción de demonios. Y hasta no me asombraría llegar a saber que el psicoanálisis, que se ocupa de poner en descubierto tales fuerzas secretas, se ha vuelto ominoso para muchas personas justamente por eso. En un caso en que logré restablecer —si bien no muy rápidamente— a una muchacha inválida desde hacía varios años, mucho tiempo después escuché eso mismo de labios de su madre.

Miembros seccionados, una cabeza cortada, una mano separada del brazo, como en un cuento de Hauff;[26] pies que danzan solos, como en el citado libro de Schaeffer, contienen algo enormemente ominoso, en particular cuando se les atribuye todavía (así en el último ejemplo) una actividad autónoma. Ya sabemos que esa ominosidad se debe a su cercanía respecto del complejo de castración. Muchas personas concederían las palmas de lo ominoso a la representación de ser enterrados tras una muerte aparente. Sólo que el psicoanálisis nos ha enseñado que esa fantasía terrorífica no es más que la trasmudación de otra que en su origen no presentaba en modo alguno esa cualidad, sino que tenía por portadora una cierta concupiscencia: la fantasía de vivir en el seno materno.[27]

Agreguemos aún algo general que, en sentido estricto, estaba ya contenido en las afirmaciones hechas sobre el animismo y los modos de trabajo superados del aparato anímico, si bien parece digno de ser destacado expresamente:

25 [Goethe, *Fausto*, parte I, escena 16.]

26 [«Die Geschichte von der abgehauenen Hand» {La historia de la mano cortada}.]

27 [Véase el análisis del «Hombre de los Lobos» (1918*b*), *supra*, págs. 92 y sigs.]

a menudo y con facilidad se tiene un efecto ominoso cuando se borran los límites entre fantasía y realidad, cuando aparece frente a nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico, cuando un símbolo asume la plena operación y el significado de lo simbolizado, y cosas por el estilo. En ello estriba buena parte del carácter ominoso adherido a las prácticas mágicas. Ahí lo infantil, que gobierna también la vida anímica de los neuróticos, consiste en otorgar mayor peso a la realidad psíquica por comparación con la material, rasgo este emparentado con la omnipotencia de los pensamientos. En medio del bloqueo impuesto por la Guerra Mundial llegó a mis manos un número de la *Strand Magazine* donde, entre otros artículos bastante triviales, se relataba que una joven pareja había alquilado una vivienda amueblada en la que había una mesa de forma rara con unos cocodrilos tallados. Al atardecer suele difundirse por la casa un hedor insoportable, característico, se tropieza con alguna cosa en la oscuridad, se cree ver cómo algo indefinible pasa rápidamente por la escalera; en suma, debe colegirse que a raíz de la presencia de esa mesa las ánimas de unos cocodrilos espectrales frecuentan la casa, o que los monstruos de madera cobran vida en la oscuridad, o alguna otra cosa parecida. Era una historia muy ingenua, pero se sentía muy grande su efecto ominoso.

Para dar por concluida esta selección de ejemplos, sin duda todavía incompleta, debemos citar una experiencia extraída del trabajo psicoanalítico, que, si no se basa en una coincidencia accidental, conlleva la más cabal corroboración de nuestra concepción de lo ominoso. Con frecuencia hombres neuróticos declaran que los genitales femeninos son para ellos algo ominoso. Ahora bien, eso ominoso es la puerta de acceso al antiguo solar de la criatura, al lugar en que cada quien ha morado al comienzo. «Amor es nostalgia», se dice en broma, y cuando el soñante, todavía en sueños, piensa acerca de un lugar o de un paisaje: «Me es familiar, ya una vez estuve ahí», la interpretación está autorizada a remplazarlo por los genitales o el vientre de la madre.[28] Por tanto, también en este caso lo ominoso es lo otrora doméstico, lo familiar de antiguo. Ahora bien, el prefijo «*un*» de la palabra *unheimlich* es la marca de la represión.[29]

[28] [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900*a*), *AE*, **5**, pág. 401.]
[29] [Cf. «La negación» (1925*b*).]

III

Ya en el curso de las precedentes elucidaciones se habrán agitado en el lector unas dudas a las que debemos permitir ahora reunirse y expresarse en voz alta.

Acaso sea cierto que lo ominoso {*Unheimliche*} sea lo familiar-entrañable {*Heimliche-Heimische*} que ha experimentado una represión y retorna desde ella, y que todo lo ominoso cumpla esa condición. Pero el enigma de lo ominoso no parece resuelto con la elección de ese material. Nuestra tesis, evidentemente, no admite ser invertida. No todo lo que recuerda a mociones de deseo reprimidas y a modos de pensamiento superados de la prehistoria individual y de la época primordial de la humanidad es ominoso por eso solo.

Tampoco callaremos el hecho de que para casi todos los ejemplos capaces de probar nuestro enunciado pueden hallarse otros análogos que lo contradicen. En el cuento de Hauff «La historia de la mano cortada», la mano seccionada produce sin duda un efecto ominoso, que nosotros hemos reconducido al complejo de castración. Pero en el relato de Herodoto sobre el tesoro de Rhampsenit, el maese ladrón a quien la princesa quiere tener agarrado por la mano deja tras sí la mano cortada de su hermano, y es probable que otras personas coincidan conmigo en juzgar que ese rasgo no provoca ningún efecto ominoso. La prontitud con que se cumplen los deseos en «El anillo de Polícrates» sin duda nos resulta tan ominosa a nosotros como al propio rey de Egipto; pero en nuestros cuentos tradicionales son abundantísimos esos cumplimientos instantáneos del deseo, y lo ominoso brilla por su ausencia. En el cuento de los tres deseos, la mujer se deja seducir por el olorcillo de unas salchichas, y dice que le gustaría tener ella también una salchichita así. Y al punto la tiene sobre el plato. El marido, en su enojo, desea que se le cuelgue de la nariz a la indiscreta. Y volando la tiene ella balanceándosele en su nariz. Esto es muy impresionante, pero por nada del mundo ominoso. El cuento tradicional se pone por entero y abiertamente en el punto de vista de la omnipotencia del pensar y desear, y yo no sabría indicar ningún cuento genuino en que ocurra algo ominoso. Se nos ha dicho que tiene un efecto en alto grado ominoso la animación de cosas inanimadas, como imágenes, muñecas, pero en los cuentos de Andersen viven los enseres domésticos, los muebles, el soldadito de plomo, y acaso nada haya más distanciado de lo ominoso. Difícilmente se sentirá ominosa, por otra parte, la animación de la bella estatua de Pigmalión.

La muerte aparente y la reanimación de los muertos se nos dieron a conocer como unas representaciones harto ominosas. Pero cosas parecidas son muy corrientes en los cuentos tradicionales; ¿quién osaría calificar de ominoso el hecho de que Blancanieves vuelva a abrir los ojos? También el despertar de los muertos en las historias de milagros, por ejemplo las del Nuevo Testamento, provoca sentimientos que nada tienen que ver con lo ominoso. El retorno no deliberado de lo igual, que nos produjo unos efectos tan indudablemente ominosos, en toda una serie de casos concurre empero a otros efectos, por cierto muy diversos. Ya señalamos uno en que se lo usó para provocar el sentimiento cómico [pág. 237], y podríamos acumular ejemplos de esa índole. Otras veces opera como refuerzo, etc. Además: ¿de dónde proviene lo ominoso de la calma, de la soledad, de la oscuridad? ¿No apuntan estos factores al papel del peligro en la génesis de lo ominoso, si bien se trata de las mismas condiciones bajo las cuales vemos a los niños, las más de las veces, exteriorizar [en cambio] angustia? ¿Y acaso podemos descuidar por entero el factor de la incertidumbre intelectual, cuando hemos reconocido su significatividad para lo ominoso de la muerte [págs. 241-2]?

Debemos entonces admitir la hipótesis de que para la emergencia del sentimiento ominoso son decisivos otros factores que las condiciones por nosotros propuestas y que se refieren al material. Y hasta podría decirse que con esta primera comprobación queda tramitado el interés psicoanalítico por el problema de lo ominoso; el resto probablemente exija una indagación estética. Pero así abriríamos las puertas a la duda sobre el valor que puede pretender nuestra intelección del origen de lo ominoso desde lo entrañable reprimido.

Una observación acaso nos indique el camino para resolver estas incertidumbres. Casi todos los ejemplos que contradicen nuestras expectativas están tomados del campo de la ficción, de la creación literaria. Ello nos señala que deberíamos establecer un distingo entre lo ominoso que uno vivencia y lo ominoso que uno meramente se representa o sobre lo cual lee.

Lo ominoso del vivenciar responde a condiciones mucho más simples, pero abarca un número menor de casos. Creo que admite sin excepciones nuestra solución tentativa: siempre se lo puede reconducir a lo reprimido familiar de antiguo. Empero, también aquí corresponde emprender una importante y psicológicamente sustantiva separación del material; lo mejor será discernirla a raíz de ejemplos apropiados.

Tomemos lo ominoso de la omnipotencia de los pensa-

mientos, del inmediato cumplimiento de los deseos, de las fuerzas que procuran daño en secreto, del retorno de los muertos. La condición bajo la cual nace aquí el sentimiento de lo ominoso es inequívoca. Nosotros, o nuestros ancestros primitivos, consideramos alguna vez esas posibilidades como una realidad de hecho, estuvimos convencidos de la objetividad de esos procesos. Hoy ya no creemos en ello, hemos *superado* esos modos de pensar, pero no nos sentimos del todo seguros de estas nuevas convicciones; las antiguas perviven en nosotros y acechan la oportunidad de corroborarse. Y tan pronto como en nuestra vida *ocurre* algo que parece aportar confirmación a esas antiguas y abandonadas convicciones, tenemos el sentimiento de lo ominoso, que podemos completar con este juicio: «Entonces es cierto que uno puede matar a otro por el mero deseo, que los muertos siguen viviendo y se vuelven visibles en los sitios de su anterior actividad», y cosas semejantes. Por el contrario, faltará lo ominoso de esta clase en quien haya liquidado en sí mismo de una manera radical y definitiva esas convicciones animistas. La más asombrosa coincidencia de deseo y cumplimiento, la repetición más enigmática de vivencias parecidas en un mismo lugar o para una misma fecha, las más engañosas visiones y los ruidos más sospechosos no lo harán equivocarse, no despertarán en él ninguna angustia que pudiera calificarse de angustia ante lo «ominoso». Por tanto, aquí se trata puramente de un asunto del examen de realidad, de una cuestión de la realidad material.[30]

Otra cosa sucede con lo ominoso que parte de complejos

[30] Como también lo ominoso del doble es de este género, será interesante averiguar el efecto que nos produce toparnos con la imagen de nuestra propia persona sin haberla invocado e insospechadamente. E. Mach comunica dos de tales observaciones en su *Analyse der Empfindung* (1900, pág. 3). Una vez se espantó no poco al advertir que el rostro que veía era el suyo propio, y otra vez pronunció un juicio harto negativo sobre alguien en quien creyó ver un extraño que subía al ómnibus donde se encontraba él: «¡Vaya que está decrépito el maestro de escuela que sube ahí!». — Yo puedo referir una aventura parecida: Me encontraba solo en mi camarote cuando un sacudón algo más violento del tren hizo que se abriera la puerta de comunicación con el toilette, y apareció ante mí un anciano señor en ropa de cama y que llevaba puesto un gorro de viaje. Supuse que al salir del baño, situado entre dos camarotes, había equivocado la dirección y por error se había introducido en el mío; me puse de pie para advertírselo, pero me quedé atónito al darme cuenta de que el intruso era mi propia imagen proyectada en el espejo sobre la puerta de comunicación. Aún recuerdo el profundo disgusto que la aparición me produjo. Por tanto, en vez de aterrorizarnos ante el doble, ambos —Mach y yo— simplemente no lo reconocimos. ¿Y el disgusto no sería un resto de aquella reacción arcaica que siente al doble como algo ominoso?

infantiles reprimidos, del complejo de castración, de la fantasía de seno materno, etc.; sólo que no pueden ser muy frecuentes las vivencias objetivas que despierten esta variedad de lo ominoso. Lo ominoso del vivenciar pertenece las más de las veces al primer grupo [el tratado en el párrafo anterior]; ahora bien, el distingo entre ambos es muy importante para la teoría. En lo ominoso que proviene de complejos infantiles no entra en cuenta el problema de la realidad material, remplazada aquí por la realidad psíquica. Se trata de una efectiva represión {desalojo} de un contenido y del retorno de lo reprimido, no de la cancelación de la *creencia en la realidad* de ese contenido. Podría decirse que en un caso es reprimido {suplantado} un cierto contenido de representación, y en el otro la creencia en su realidad (material). Pero acaso esta última manera de decir extienda el término «represión» {esfuerzo de desalojo o suplantación} más allá de sus límites legítimos. Más correcto será dar razón de la diferencia psicológica aquí rastreable diciendo que las convicciones animistas del hombre culto se encuentran en el estado de *lo superado* {*Überwundensein*} —en forma más o menos total—. Entonces nuestro resultado reza: Lo ominoso del vivenciar se produce cuando unos complejos infantiles *reprimidos* son reanimados por una impresión, o cuando parecen ser refirmadas unas convicciones primitivas *superadas*. Por último, la predilección por las soluciones tersas y las exposiciones trasparentes no nos impedirá confesar que estas dos variedades de lo ominoso en el vivenciar, por nosotros propuestas, no siempre se pueden separar con nitidez. No nos asombrará mucho esta borradura de los deslindes si reflexionamos en que las convicciones primitivas se relacionan de la manera más íntima con los complejos infantiles y, en verdad, tienen su raíz en ellos.

Lo ominoso de la ficción —de la fantasía, de la creación literaria— merece de hecho ser considerado aparte. Ante todo, es mucho más rico que lo ominoso del vivenciar: lo abarca en su totalidad y comprende por añadidura otras cosas que no se presentan bajo las condiciones del vivenciar. La oposición entre reprimido y superado no puede trasferirse a lo ominoso de la creación literaria sin modificarla profundamente, pues el reino de la fantasía tiene por premisa de validez que su contenido se sustraiga del examen de realidad. El resultado, que suena paradójico, es que *muchas cosas que si ocurrieran en la vida serían ominosas no lo son en la creación literaria, y en esta existen muchas posibilidades de alcanzar efectos ominosos que están ausentes en la vida real.*

Entre las muchas libertades del creador literario se cuenta

también la de escoger a su albedrío su universo figurativo de suerte que coincida con la realidad que nos es familiar o se distancie de ella de algún modo. Y nosotros lo seguimos en cualquiera de esos casos. Por ejemplo, el universo del cuento tradicional ha abandonado de antemano el terreno de la realidad y profesa abiertamente el supuesto de las convicciones animistas. Cumplimientos de deseo, fuerzas secretas, omnipotencia de los pensamientos, animación de lo inanimado, de sobra comunes en los cuentos, no pueden ejercer en ellos efecto ominoso alguno, pues ya sabemos que para la génesis de ese sentimiento se requiere la perplejidad en el juicio acerca de si lo increíble superado no sería empero realmente posible, problema este que las premisas mismas del universo de los cuentos excluyen por completo. Así, el cuento tradicional, que nos ha brindado la mayoría de los ejemplos que contradicen nuestra solución de lo ominoso, ilustra el caso antes mencionado de que en el reino de la ficción no son ominosas muchas cosas que, de ocurrir en la vida real, producirían ese efecto. Y a esto se suman, respecto de los cuentos tradicionales, otros factores todavía, que luego tocaremos de pasada.

El autor literario puede también crear un universo que, menos fantástico que el de los cuentos tradicionales, se separe del universo real por la aceptación de unos seres espirituales superiores, demonios o espíritus de difuntos. En tal caso, todo lo ominoso que habría adherido a estas figuras se disipa, en tanto constituyen las premisas de esta realidad poética. Las ánimas en el Infierno de Dante o las apariciones de espectros en *Hamlet*, *Macbeth*, *Julio César*, de Shakespeare, pueden ser harto sombrías y terroríficas, pero en el fondo son tan poco ominosas como el festivo universo de los dioses homéricos. Adecuamos nuestro juicio a las condiciones de esa realidad forjada por el autor y tratamos a ánimas, espíritus y espectros como si fueran existencias de pleno derecho, como nosotros mismos lo somos dentro de la realidad material. También en este caso está ausente la ominosidad.

La situación es diversa cuando el autor se sitúa en apariencia en el terreno de la realidad cotidiana. Entonces acepta todas las condiciones para la génesis del sentimiento ominoso válidas en el vivenciar, y todo cuanto en la vida provoca ese efecto lo produce asimismo en la creación literaria. Pero también en este caso puede el autor acrecentar y multiplicar lo ominoso mucho más allá de lo que es posible en el vivenciar, haciendo que ocurran cosas que no se experimentarían —o sólo muy raramente— en la realidad efectiva. En alguna medida nos descubre entonces en nuestras supersticiones, que

creíamos superadas; nos engaña, pues habiéndonos prometido la realidad cotidiana se sale de ella. Reaccionamos ante sus ficciones como lo hubiéramos hecho ante unas vivencias propias; cuando reparamos en el engaño ya es demasiado tarde, ya el autor ha logrado su propósito, pero me veo precisado a sostener que no ha alcanzado un efecto puro. Permanece en nosotros un sentimiento de insatisfacción, una suerte de inquina por el espejismo intentado, como yo mismo lo he registrado con particular nitidez tras la lectura del cuento de Schnitzler «La profecía» y parecidas producciones que coquetean con lo milagroso. Empero, el escritor dispone de otro recurso mediante el cual puede sustraerse de esta rebelión nuestra y al mismo tiempo mejorar las condiciones para el logro de sus propósitos. Consiste en ocultarnos largo tiempo las premisas que en verdad ha escogido para el mundo supuesto por él, o en ir dejando para el final, con habilidad y astucia, ese esclarecimiento decisivo. Pero, en general, se confirma lo antes dicho: que la ficción abre al sentimiento ominoso nuevas posibilidades, que faltan en el vivenciar.

Todas estas variantes sólo se refieren en sentido estricto a lo ominoso que nace de lo superado. Lo ominoso generado desde complejos reprimidos es más resistente, sigue siendo tan ominoso en la creación literaria —si prescindimos de una condición— como en el vivenciar. Lo otro ominoso, que viene de lo superado, muestra ese carácter en el vivenciar y en la creación literaria que se sitúa en el terreno de la realidad material, pero puede perder parte de su efecto en las realidades ficticias creadas por el escritor.

Es evidente que las puntualizaciones anteriores no han pasado revista exhaustiva a las libertades del creador literario y, con ellas, a los privilegios de la ficción en cuanto a provocar e inhibir el sentimiento ominoso. Frente al vivenciar nos comportamos en cierto modo pasivamente y nos sometemos al influjo del material. En cambio, el creador literario puede orientarnos de una manera particular: a través del talante que nos instila, de las expectativas que excita en nosotros, puede desviar nuestros procesos de sentimiento de cierto resultado para acomodarlos a otro, y con un mismo material a menudo puede obtener los más variados efectos. Todo esto es archisabido, y probablemente los especialistas en estética lo hayan tratado a fondo. Hemos invadido sin quererlo ese campo de investigación, cediendo a la tentación de esclarecer ciertos ejemplos que contradecían nuestras deducciones. Volvamos a considerar algunos de ellos.

Nos preguntamos antes por qué la mano cortada de «El tesoro de Rhampsenit» no produce un efecto ominoso como

en «La historia de la mano cortada», de Hauff. La pregunta nos parece ahora más sustantiva, pues hemos discernido que lo ominoso proveniente de la fuente de complejos reprimidos presenta la mayor resistencia. Es fácil dar la respuesta. Hela aquí: En ese relato no nos acomodamos a los sentimientos de la princesa, sino a la superior astucia de «maese ladrón». Acaso la princesa no dejó de experimentar el sentimiento ominoso, y hasta creemos verosímil que haya sufrido un desmayo; pero nosotros no registramos nada ominoso pues no nos ponemos en el lugar de ella, sino en el del otro. Mediante una constelación diversa se nos ahorra la impresión de lo ominoso en la farsa de Nestroy «El despedazado», cuando el fugitivo, que se tiene por un asesino, ve alzarse frente a sí el presunto espectro de su víctima tras cada escotillón cuyo tapiz levanta, y exclama desesperado: «¡Pero si yo he matado a uno solo! ¿A qué viene esta atroz multiplicación?». Nosotros conocemos las condiciones previas de esta escena, no compartimos el error de «El despedazado», y por eso lo que para él no puede menos que ser ominoso nos produce un efecto irresistiblemente cómico. Y hasta un fantasma «real», como el del cuento de Oscar Wilde «El fantasma de Canterville», tiene que perder todos sus poderes, al menos el de provocar horror, cuando el autor se permite divertirse ironizando sobre él y tomándole el pelo. Tanta es la independencia que en el mundo de la ficción puede alcanzar el efecto sobre el sentimiento respecto de la elección del material. En el universo de los cuentos tradicionales no se provocan sentimientos de angustia y tampoco, por tanto, ominosos. Lo comprendemos, y por eso nos despreocupamos de las ocasiones a raíz de las cuales sería posible algo de esta índole.

Acerca de la soledad, el silencio y la oscuridad [cf. pág. 246], todo lo que podemos decir es que son efectivamente los factores a los que se anudó la angustia infantil, en la mayoría de los hombres aún no extinguida por completo. La investigación psicoanalítica ha abordado en otro lugar el problema que plantean.[31]

31 [Véase el examen del temor de los niños a la oscuridad en el tercero de los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905*d*), *AE*, **7**, págs. 204-5, *n.* 24.]

Escritos breves
(1919)

Prólogo a Theodor Reik, *Probleme der Religionspsychologie* * 1

El psicoanálisis surgió del apremio médico; respondió a la necesidad de procurar auxilio a neuróticos que no hallaban alivio alguno en el reposo, las curas de aguas o la electroterapia. A raíz de una experiencia en alto grado asombrosa de Josef Breuer, había nacido la esperanza de poder asistirlos en medida tanto mayor cuanto más se comprendiera la génesis, no averiguada hasta entonces, de sus síntomas patológicos. Así el psicoanálisis, en su origen una técnica puramente médica, se vio llevado desde el comienzo mismo a la exploración, al descubrimiento de unos nexos escondidos de más vastos alcances.

Su ulterior trayectoria lo alejó del estudio de las condiciones corporales de las enfermedades nerviosas en una medida extraña para el médico. En cambio, pasó a ocuparse de todo el contenido anímico que llena la vida humana, también de las personas sanas, normales e hipernormales. Debió prestar atención a los afectos y pasiones, sobre todo a aquellos que los poetas no se cansaban de describir y celebrar: los afectos de la vida amorosa; se percató del poder de los recuerdos, del insospechado valor de la primera infancia para la configuración de la vida madura, de la intensidad de los deseos, que falsean el juicio de los hombres y prescriben unas vías fijas a su bregar.

Durante todo un lapso, el psicoanálisis pareció llamado a convertirse en una psicología, sin poder indicar en qué la psicología del enfermo se distinguía de la del hombre normal. Pero entonces tropezó con el problema del *sueño*, que es un

* {Problemas de la psicología de las religiones.}

1 [*Ediciones en alemán:* 1919: Leipzig y Viena: Internationaler Psychoanalytischer Verlag (1ª parte: «Das Ritual» {El ritual}, págs. vii-xii); 1928: 2ª ed. (publicada con el título *Das Ritual: Psychoanalytische Studien* {El ritual: estudios psicoanalíticos}), la misma editorial; 1928: *GS*, **11**, págs. 256-60; 1947: *GW*, **12**, págs. 325-9. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6): 1955: «Prólogo para un libro de Theodor Reik», *SR*, **20**, págs. 159-63, trad. de L. Rosenthal; 1968: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, págs. 301-5; 1974: Igual título, *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2812-5.}]

producto anímico anormal creado por hombres normales bajo condiciones fisiológicas recurrentes. Cuando el psicoanálisis solucionó el enigma de los sueños, halló en lo anímico *inconciente* el terreno común en que tenían sus raíces tanto las más elevadas como las más ínfimas mociones del alma, y desde el cual se alzaban las operaciones anímicas más normales y las desviadas patológicamente. Así se fue plasmando de manera cada vez más nítida y completa la imagen de la fábrica anímica. Unas fuerzas pulsionales oscuras, oriundas de lo orgánico, que procuran alcanzar metas congénitas; por encima de ellas, un tren de instancias de formaciones anímicas de superior organización —adquisiciones del desarrollo de la humanidad bajo la compulsión de su historia real— que han acogido porciones de esas mociones pulsionales, las han reformado o hasta les han asignado metas superiores, pero que en cualquier caso las ligan mediante enlaces fijos y gobiernan con sus fuerzas pulsionales siguiendo sus propios propósitos. Sin embargo, esta organización superior que nos es familiar como «el yo» ha desechado por inutilizable otra porción de esas mismas mociones pulsionales elementales, porque no podían adecuarse a la unidad orgánica del individuo o porque se rebelaban contra sus metas culturales. El yo no es capaz de desarraigar esos poderes anímicos no sometidos a él, pero se extraña de ellos, los deja estar en el nivel psicológico más primitivo, se pone a salvo de sus reclamos creando enérgicas formaciones de oposición y protección o busca saldar cuentas con ellos mediante unas satisfacciones sustitutivas. Indomenadas e indestructibles, pero inhibidas en su quehacer en todos los órdenes, estas pulsiones que han caído bajo la *represión*, así como sus agencias representantes {*Repräsentanz*} primitivas dentro del alma, forman el mundo anímico subterráneo, el núcleo de lo *inconciente* propiamente dicho, dispuestas siempre a hacer valer sus reclamos y a empujar hacia adelante, y por cualquier rodeo, hacia su satisfacción. De ahí la labilidad de la orgullosa superestructura {*Oberbau*} psíquica, el avance nocturno de lo prohibido y reprimido en el sueño, la aptitud para contraer neurosis y psicosis tan pronto como la relación de fuerzas entre el yo y lo reprimido sufre un desplazamiento desfavorable a aquel.

Ya la reflexión más somera nos diría que semejante concepción de la vida del alma humana no podía permanecer limitada al ámbito del sueño y de las neurosis. Si había dado en lo cierto, tenía que valer también para el acontecer anímico normal, y aun en las operaciones superiores del

espíritu humano debía ser posible pesquisar un nexo con esos factores discernidos en la patología: con la represión, con los empeños por dominar lo inconciente, con las posibilidades de satisfacción de las pulsiones primitivas. Desde entonces fue una tentación irresistible, un imperativo científico, aplicar los métodos de indagación del psicoanálisis, muy lejos de su suelo materno, a las más diversas ciencias del espíritu. Y hasta el trabajo psicoanalítico en los mismos enfermos recordaba sin cesar esa nueva tarea, pues era inequívoco que las formas singulares de las neurosis dejaban oír los más intensos ecos en las creaciones más valiosas de nuestra cultura. El histérico es sin ninguna duda un poeta, aunque figure sus fantasías en lo esencial por vía de *mimesis* y sin miramiento por la comprensión de sus prójimos; el ceremonial y las prohibiciones del neurótico obsesivo nos imponen el juicio de que se ha creado una religión privada, y aun las formaciones delirantes del paranoico muestran un indeseable parecido exterior, y un íntimo parentesco, con los sistemas de nuestros filósofos. Uno no puede apartar de sí la impresión de que en este caso unos enfermos emprenden, aunque de manera *asocial*, los mismos intentos para solucionar sus conflictos y apaciguar sus esforzantes necesidades que, cuando son realizados válidamente para una mayoría, reciben los nombres de *poesía*, *religión* y *filosofía*.

En 1913, Otto Rank y Hanns Sachs, en una obra en extremo conceptuosa, reunieron los resultados que la aplicación del psicoanálisis a las ciencias del espíritu había brindado hasta ese momento.[2] La mitología, la historia de la literatura y de la religión parecen ser los campos más accesibles. Para el mito no se ha hallado aún la fórmula definitiva que le indicara su sitio dentro de esa conexión. En un importante libro sobre el *complejo del incesto*, Otto Rank (1912*c*) aportó la sorprendente prueba de que la elección del material, en particular en el caso de la creación dramática, está comandada por el ámbito de lo que el psicoanálisis ha llamado *complejo de Edipo*, mediante cuya elaboración en las más diversas modificaciones, desfiguraciones y disfraces, el creador literario procura tramitar su propia y más personal relación con este tema afectivo. El complejo de Edipo, vale decir la actitud afectiva hacia la familia —en sentido estricto, hacia el padre y la madre—, es justamente el material en cuyo dominio fracasa el neurótico individual y que por eso constituye por lo común el núcleo de su neurosis. Ahora

[2] [Freud se propuso un fin análogo con su artículo «El interés por el psicoanálisis» (1913*j*).]

bien, no debe su significación a una coincidencia incomprensible para nosotros, sino que los hechos biológicos de la larga heteronomía y la lenta maduración de la criatura humana, así como de la compleja senda de desarrollo de su capacidad amorosa, se expresan en este realce del vínculo con los padres y traen por consecuencia que la superación del complejo de Edipo coincida con el dominio más acorde al fin sobre la herencia arcaica, animal, del ser humano. Dentro de esta se hallan contenidas por cierto todas las fuerzas que serán indispensables para el posterior desarrollo cultural del individuo, pero primero es preciso que sean separadas y procesadas. Tal y como el individuo la trae consigo, esta herencia arcaica no sirve para los fines de la vida cultural social.

Hace falta otro paso para hallar el punto de partida hacia el abordaje psicoanalítico de la vida religiosa. Lo que hoy es herencia para el individuo fue adquisición nueva otrora, hace una larga serie de generaciones, que se lo han ido trasfiriendo unas a otras. También el complejo de Edipo puede tener su historia de desarrollo, y acaso el estudio de la prehistoria lleve a colegirlo. La investigación científica supone que la vida de la familia humana fue en las remotas épocas primordiales muy diversa de lo que hoy la conocemos, y corrobora esta conjetura mediante hallazgos entre los primitivos que hoy viven. Si se somete el material etnológico y prehistórico disponible sobre este punto a una elaboración psicoanalítica, se obtiene un resultado inesperadamente preciso: en otros tiempos, Dios Padre andaba en persona sobre la Tierra y usó de su señorial poder como jefe de la horda de hombres primordiales hasta que sus hijos, aliados, lo mataron. Además, se descubre que por efecto de este crimen liberador y como reacción frente a él nacieron las primeras ligazones sociales, las limitaciones morales básicas y la forma más antigua de religión: el totemismo. Pero también las religiones posteriores se llenan de ese mismo contenido y se empeñan, por una parte, en borrar las huellas de aquel crimen o en expiarlo, introduciendo otras soluciones para la lucha entre padre e hijos, y por otra parte no pueden dejar de repetir una vez más la eliminación del padre. De ese modo, también en el mito se puede discernir el eco de aquel acontecimiento gigantesco que proyecta su sombra sobre todo el desarrollo de la humanidad.

Esta hipótesis, considerada por mí en 1912 en *Tótem y tabú* (1912-13), apoyándome en las intelecciones de Robertson Smith [1894], es la que Theodor Reik toma como base de sus estudios sobre problemas de la psicología de la reli-

gión, obra de la que aquí se publica el primer volumen.[3] Fieles a la técnica psicoanalítica, estos trabajos parten de detalles de la vida religiosa no comprendidos hasta ahora, a fin de obtener mediante su esclarecimiento alguna noticia sobre las premisas más profundas y los fines últimos de las religiones, y en ningún momento pierden de vista el nexo entre los hombres del tiempo primordial y los primitivos de hoy, así como entre logro cultural y formación sustitutiva neurótica. En cuanto a lo demás, me es lícito remitirme a la «Introducción» del autor y formular la esperanza de que su obra encuentre acogida entre los especialistas.

[3] [El segundo volumen no llegó a publicarse.]

La Editorial Psicoanalítica Internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos[1]

En el otoño de 1918, un miembro de la Asociación Psicoanalítica de Budapest me comunicó que de las ganancias obtenidas por empresas industriales en el curso de la guerra se había apartado un fondo con fines culturales, sobre cuyo empleo él, junto con el burgomaestre de Budapest, el doctor Stephan Bárczy, podía decidir. Ambos habían resuelto consagrar esa considerable suma a los fines del movimiento psicoanalítico y trasferirme su administración. Acepté ese encargo, y ahora cumplo con el deber de agradecer públicamente al burgomaestre (que poco después recibió con tantos honores al Congreso Psicoanalítico realizado en Budapest), así como a ese miembro anónimo que ha prestado un servicio tan grande a la causa del psicoanálisis.[2]

Utilicé ese fondo, que fue puesto a mi nombre y a mi disposición, para fundar una Editorial Psicoanalítica Internacional. Lo consideraba nuestra necesidad más importante en la presente situación.

Nuestras dos publicaciones periódicas, la *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse* e *Imago*, no sucumbieron durante la guerra, como les sucedió a muchas otras empresas científicas. Conseguimos mantenerlas, pese a que, como consecuencia de las trabas, cierre de fronteras y carestía del tiempo de guerra, sufrieron una considerable reducción de tamaño y entre número y número trascurrían intervalos indeseablemente largos. De los cuatro jefes de redacción de esas dos revistas (Ferenczi, Jones, Rank y Sachs), uno, en su carácter de nativo de un Estado enemigo, se vio ais-

1 [«Internationaler Psychoanalytischer Verlag und Preiszuteilungen für psychoanalytische Arbeiten». *Ediciones en alemán:* 1919: *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, pág. 137; 1947: *GW*, **12**, pág. 333. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6): 1955: «La Editorial Psicoanalítica Internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos», *SR*, **20**, págs. 227-9, trad. de L. Rosenthal; 1968: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, págs. 343-5; 1974: Igual título, *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2829-30.}]

2 [Se refiere al doctor Anton von Freund. Véase la nota necrológica que Freud escribió sobre él (1920*c*). El 5º Congreso Psicoanalítico Internacional se reunió en Budapest en setiembre de 1918.]

lado de nosotros; otros dos fueron movilizados y absorbidos por el servicio militar, y el doctor Sachs quedó a cargo de todo el trabajo, que realizó con sacrificio. Algunos de los grupos psicoanalíticos locales se vieron precisados a suspender por completo sus reuniones; el número de colaboradores, así como el de suscriptores, se redujo; cabía prever que la natural insatisfacción del único editor pronto cuestionaría la existencia misma de ambas revistas, tan valiosas para nosotros. Y sin embargo, los más diversos indicios, que nos llegaban hasta de las trincheras del frente, nos decían que el interés de nuestros contemporáneos por el psicoanálisis no había disminuido. Opino que estaba justificado poner fin a esas dificultades y peligros mediante la fundación de una Editorial Psicoanalítica Internacional. Ella ya existe como sociedad de responsabilidad limitada, y es dirigida por el doctor Otto Rank, durante muchos años secretario de la Sociedad {Psicoanalítica} de Viena y corredactor de ambas revistas psicoanalíticas, que ha retomado su actividad al servicio del psicoanálisis tras varios años de servicio militar.

La nueva casa editorial, apoyada en los recursos provenientes de la donación de Budapest, se propone asegurar la aparición regular y una distribución confiable de ambas revistas. Tan pronto como las dificultades de las circunstancias externas lo permitan, les devolverá su anterior tamaño o acaso lo aumente, sin aumentar los costos para el suscriptor. Pero, además, y sin aguardar a que se produzca esa mejoría, la editorial procederá a publicar libros y folletos dentro del campo del psicoanálisis médico y aplicado; y como no es una empresa con fines de lucro, podrá atender a los intereses de los autores mejor que lo que es habitual en las editoriales comerciales.

Al tiempo que se fundaba la editorial psicoanalítica, se decidió instituir, con los intereses de la donación de Budapest, dos premios anuales para trabajos sobresalientes, uno sobre psicoanálisis médico y otro sobre el aplicado. Estos premios —que suman 1.000 coronas austríacas— no se conferirán a los autores, sino a los trabajos en sí mismos, de modo que un mismo autor pueda ser distinguido varias veces con un premio. El otorgamiento del premio para los trabajos publicados dentro de cierto lapso no incumbirá a un comité sino a una sola persona, la que en ese momento administre el fondo. De otro modo, si hubiera de instituirse un jurado formado por los analistas más experimentados y criteriosos, los trabajos de ellos quedarían fuera de competencia, y así podría fracasar el propósito de distinguir los logros ejemplares de la bibliografía psicoanalítica. En caso de que

el juez vacile entre dos trabajos de valor aproximadamente parejo, tendrá la posibilidad de dividir el premio entre ambos sin que el otorgamiento de medio premio signifique una menor estima para el trabajo respectivo.

La intención es adjudicar estos premios todos los años, para lo cual se tomarán en cuenta todos los trabajos publicados en el lapso respectivo y que revistan significación para el psicoanálisis, pertenezca o no el autor a la Asociación Psicoanalítica Internacional.

La primera adjudicación ya se ha realizado y recayó sobre trabajos publicados durante la guerra, de 1914 a 1918. El premio para psicoanálisis médico se dividió entre el trabajo de Karl Abraham, «Untersuchungen über die früheste prägenitale Entwicklungsstufe der Libido» {Indagaciones sobre los más tempranos estadios pregenitales de la libido} (1916), y el folleto de Ernst Simmel, *Kriegsneurosen und «psychisches Trauma»* {Neurosis de guerra y «trauma psíquico»} (1918). El premio para psicoanálisis aplicado se confirió al trabajo de Theodor Reik, «Die Pubertätsriten der Wilden» {Los ritos de pubertad entre los salvajes} (1915-16).

Nota aclaratoria

{Otros dos anuncios sobre el mismo tema, firmados ambos por Freud, aparecieron posteriormente; el primero llevaba por título «Preiszuteilungen» {Otorgamiento de premios} (*Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*, **7**, pág. 381), y el segundo, «Preisausschreibung» {Concurso de premios} (*ibid.*, **8**, pág. 527).* El primero de ellos se publicó a fines de 1921:

«*Otorgamiento de premios*

»Una nueva donación del director de la Policlínica de Berlín (doctor Max Eitingon) me ha permitido reanudar la asignación de premios para trabajos psicoanalíticos destacados, iniciada en 1919 (véase esta misma revista, **5**, pág. 138). El premio instituido para psicoanálisis médico fue asignado a las dos siguientes publicaciones de A. Stärcke (Den Dolder, Holanda): "Der Kastrationskomplex" {El complejo de cas-

* {*Traducciones en castellano:* 1956: «Concesión de premios» y «Concurso de trabajos analíticos», *RP*, **13**, nº 3, págs. 286 y 287, respectivamente, trad. de L. Rosenthal.}

tración} y "Psychoanalyse und Psychiatrie" {Psicoanálisis y psiquiatría},[3] contribuciones ambas a congresos; la primera apareció en el volumen actual (**7**) de esta revista, y la segunda, como separata de ella (nº 4); los premios para psicoanálisis aplicado recayeron sobre los trabajos del doctor G. Róheim (Budapest): "Das Selbst" {El sí-mismo} y "Über australischen Totemismus" {Sobre el totemismo australiano}[4] (conferencia pronunciada en un congreso). El monto de cada premio es de mil marcos».

El segundo anuncio apareció a fines de 1922:

«*Concurso de premios*

»En el 7º Congreso Psicoanalítico Internacional, realizado en Berlín, fijé como tema de concurso "La relación de la técnica analítica con la teoría analítica". Debe indagarse en qué medida la técnica ha influido sobre la teoría y ambas se promueven u obstaculizan hoy recíprocamente.

»Los trabajos que aborden este tema pueden enviarse hasta el 1º de mayo de 1923 a mi dirección, que figura al pie. Deben presentarse de manera bien legible y con un seudónimo o consigna que identifique al autor, cuyo nombre se adjuntará en sobre cerrado. Los ensayos pueden estar escritos en alemán o inglés.

»Los doctores K. Abraham y M. Eitingon me asistirán en la evaluación de los trabajos enviados. El monto del premio es de 20.000 marcos, al valor del momento en que se realizó el Congreso.

»Berggasse 19, Viena IX».

Según una declaración oficial en la misma revista (**10**, pág. 106), no fueron presentados trabajos para hacerse acreedores a este premio; pero el tema se discutió en un simposio realizado durante el 8º Congreso Psicoanalítico, celebrado en Salzburgo en 1924.]

3 [Premios correspondientes a los años 1920 y 1921, respectivamente.]

4 [Premios correspondientes a los años 1921 y 1920, respectivamente.]

James J. Putnam[1]

Entre las primeras noticias que nos llegaron de los países anglosajones tras el cese del bloqueo se encuentra la dolorosa información de la muerte de Putnam, el presidente del gran grupo psicoanalítico panamericano. Tenía setenta y dos años, mantuvo hasta el final la vivacidad de su espíritu y halló una muerte suave por parálisis cardíaca mientras se hallaba entregado al reposo, en noviembre de 1918. Putnam, hasta hace pocos años profesor de neuropatología en la Harvard University de Boston, fue el gran sostenedor del psicoanálisis en Estados Unidos. Sus numerosos trabajos teóricos (algunos de los cuales se publicaron por primera vez en la *Internationale Zeitschrift*) han contribuido enormemente, por su claridad, su riqueza conceptual y la decisión con que Putnam sustentaba sus posiciones, a crear para el psicoanálisis la estima de que hoy goza en Estados Unidos tanto en la formación psiquiátrica como en el juicio público. Pero acaso no influyó menos su ejemplo. Gozaba de universal respeto por su carácter intachable, y era sabido que para él sólo contaban los supremos miramientos éticos. Quienes lo conocieron personalmente debieron juzgar que era una de esas personas de tipo neurótico obsesivo felizmente compensadas, en quienes la nobleza ha pasado a ser una segunda naturaleza y se ha vuelto imposible el pacto con la vulgaridad.

Los analistas europeos se familiarizaron con la apariencia personal de Putnam por su participación en el Congreso de Weimar de 1911. La redacción de la revista espera incluir en su próxima entrega un retrato de nuestro estimado amigo y una apreciación detallada de sus logros científicos.[2]

1 [«James J. Putnam». Publicado con la firma «Der Herausgeber» {«El director»}. *Ediciones en alemán:* 1919: *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, pág. 136; 1928: *GS*, **11**, pág. 276; 1947: *GW*, **12**, pág. 315. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6)*:* 1955: «En memoria de James J. Putnam», *SR*, **20**, págs. 199-200, trad. de L. Rosenthal; 1968: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, pág. 323; 1974: Igual título, *BN* (9 vols.), **7**, pág. 2822.}]

2 [Su autor fue Ernest Jones (1919). Unos dos años más tarde, en un prólogo a una colección de escritos de Putnam, el propio Freud

hizo una apreciación más completa de su obra (Freud, 1921*a*). Freud también tradujo anónimamente uno de los trabajos de Putnam (1910), agregando la siguiente nota al pie (*Zentralblatt für Psychoanalyse*, **1** (1911), pág. 137):

«Conferencia pronunciada en junio de 1910 ante la Canadian Medical Association, Toronto, e impresa en el *Boston Medical and Surgical Journal* del 21 de julio de 1910.

»Como contrapartida frente a los numerosos, injustos e incomprensivos ataques dirigidos al psicoanálisis, y en lugar de unas críticas de nuestra parte que fácilmente avivarían el encono, ofrecemos a nuestros lectores esta conferencia del neurólogo de la Universidad de Boston. J. Putnam no es sólo uno de los neurólogos más descollantes de Estados Unidos, sino también un hombre sumamente respetado por su intachable carácter y sus elevadas normas éticas. Aunque hace tiempo que ha dejado de ser joven, el año pasado se situó sin reserva alguna en la primera fila de los campeones del psicoanálisis».

La frase «Aunque hace tiempo que ha dejado de ser joven», con que comienza la última oración, fue comentada por Freud muy poco después en un breve artículo titulado «Contribución al estudio sobre el olvido de nombres propios» (1911*i*), incluido en la edición de 1911 de *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901*b*), *AE*, **6**, pág. 37. Cf. también Jones (1955), págs. 82-3.]

Victor Tausk[1]

Entre las víctimas —por fortuna no muy numerosas— que la guerra se ha cobrado en las filas de los psicoanalistas es preciso incluir al doctor Victor Tausk, neurólogo de Viena, de talento poco común, quien voluntariamente puso fin a su vida aun antes que se firmase la paz.

Contaba apenas cuarenta y dos años, y desde hacía más de diez pertenecía al círculo íntimo de los partidarios de Freud. Originariamente jurista, el doctor Tausk se había desempeñado ya largo tiempo como juez en Bosnia cuando, bajo la impresión de graves vivencias personales, abandonó su carrera y se dedicó al periodismo, actividad para la cual lo habilitaba particularmente su vasta cultura general. Durante largos años cultivó el periodismo en Berlín, y en esa condición llegó a Viena, donde tomó conocimiento del psicoanálisis y pronto resolvió consagrársele por entero. Hombre maduro ya, y padre de familia, no le arredraron las grandes dificultades y sacrificios que le impondría un nuevo cambio de profesión, con el consiguiente descuido de su peculio durante varios años. El largo estudio de la medicina era para él sólo un medio para poder practicar el psicoanálisis.

Poco antes de estallar la Guerra Mundial, Tausk había obtenido su segundo doctorado[2] y se estableció como neurólogo en Viena, donde, en un lapso relativamente breve, conquistó notoriedad por una práctica en que obtuvo magníficos éxitos. De pronto, la guerra arrancó violentamente al joven y ambicioso médico de esa actividad, que le deparaba plena satisfacción y posibilidades de existencia. Llamado enseguida al servicio activo, el doctor Tausk, que pronto ascendió a médico jefe, cumplió sus deberes médicos con dedicación, reci-

[1] [«Victor Tausk». Publicado con la firma «Die Redaktion» {«La redacción»}. *Ediciones en alemán:* 1919: *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, pág. 225; 1928: *GS*, **11**, pág. 277; 1947: *GW*, **12**, pág. 316. {*Traducciones en castellano* (cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y *n.* 6)*:* 1951: «En memoria de Victor Tausk», *RP*, **8**, nº 1, págs. 88-90, trad. de L. Rosenthal; 1955: Igual título, *SR*, **20**, págs. 201-3, el mismo traductor; 1968: Igual título, *BN* (3 vols.), **3**, págs. 324-6; 1974: Igual título, *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2823-4.}]

[2] [En medicina; ya era doctor en leyes.]

biendo por ello reconocimiento oficial, en los diversos escenarios de la guerra: en el Norte y en los Balcanes (últimamente, en Belgrado). Debe destacarse aquí como un mérito especial que en el curso de la guerra, empeñando su íntegra personalidad y sin miramiento alguno por sí mismo, denunció públicamente los numerosos abusos que por desdicha tantos médicos toleraron en silencio o de los cuales incluso se hicieron cómplices.[3]

El desgaste de varios años en el servicio activo no podía dejar de provocar un serio daño anímico en este hombre en extremo concienzudo. Ya en el último Congreso Psicoanalítico, realizado en setiembre de 1918 en Budapest y que reunió a los analistas tras largos años de separación, el doctor Tausk, que sobrellevaba una enfermedad física desde hacía varios años, mostró signos de una particular irritabilidad. Poco después, a fines del otoño del año pasado, fue dado de baja y regresó a Viena; íntimamente exhausto, se enfrentó con la difícil tarea de fundar una nueva existencia por tercera vez —y ahora en las más desfavorables circunstancias exteriores e interiores—. A ello se sumó que el doctor Tausk, quien deja dos hijos adolescentes para los cuales fue un padre devoto, estaba a punto de contraer nuevo matrimonio. Ya no se sintió capaz de afrontar las múltiples exigencias que le planteaba la dura realidad además de sus padecimientos. La mañana del 3 de julio [de 1919] puso fin a su vida.

El doctor Tausk era miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Viena desde el otoño de 1909 y es conocido para los lectores de esta revista[4] por diversas contribuciones que sobresalen por una observación aguda, un juicio certero y una particular claridad expresiva. En esos trabajos se expresa nítidamente la formación filosófica que el autor supo aunar en feliz equilibrio con los métodos exactos de la ciencia natural. Su afán de fundamentación filosófica y claridad epistemológica lo llevaron a querer asir, pero también dominar, los harto difíciles problemas en toda su profundidad y en su significado más comprehensivo. En su fogoso esfuerzo investigador, muchas veces llegó acaso demasiado lejos en esta dirección; tal vez no era tiempo todavía de proporcionar un fundamento universal de esta índole a la ciencia del psicoanálisis, que aún se halla en devenir. El abordaje psicoanalítico de problemas filosóficos, para el cual Tausk demostró particulares dotes, promete ser cada vez más fecundo; uno de

[3] [Cf. «Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra» (1955*c*), *supra*, págs. 211-2.]
[4] [La *Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse.*]

los últimos trabajos del extinto, que se refiere al psicoanálisis de la función del juicio —leído en el Congreso de Budapest y todavía inédito—,[5] es testimonio de esta orientación de su interés.

Junto a sus dotes e inclinación filosóficas, Tausk mostró también sobresalientes aptitudes médicas y psicológicas, y obtuvo bellos logros en este campo. Su actividad clínica, a la que debemos valiosas investigaciones sobre diversas psicosis (melancolía, esquizofrenia), justificaba las mejores esperanzas y le dio serias perspectivas de obtener la cátedra universitaria {*Dozentur*} para la que se había postulado.

Dotado de brillantes cualidades oratorias, el doctor Tausk prestó un señalado servicio al psicoanálisis dictando cursos en los que, a lo largo de varios años, introdujo a numerosos oyentes de ambos sexos en sus fundamentos y problemática. Su auditorio pudo admirar tanto la destreza pedagógica y la claridad de sus conferencias como la hondura con que trataba cada uno de los temas.

Todos los que conocieron personalmente al extinto apreciaron su carácter franco, su honradez hacia sí mismo y hacia los demás, y su noble naturaleza, singularizada por una inclinación hacia lo perfecto y lo superior. Su temperamento apasionado se exteriorizó en críticas agudas, a veces muy duras, pero que él aunaba a un brillante don expositivo. Estas cualidades personales ejercían notable atracción sobre muchos, aunque tal vez disgustaban a otros. Sin embargo, nadie pudo sustraerse de la impresión de hallarse frente a un hombre de valía.

Varias cartas que ha dejado, en las cuales se declara partidario incondicional del psicoanálisis y formula la esperanza de que en tiempos no muy lejanos halle universal aceptación, testimonian lo que el psicoanálisis significó para él hasta el último instante. Arrebatado prematuramente de nuestra ciencia y del círculo de Viena, este hombre contribuyó en mucho, sin duda, a alcanzar la meta que alentaba aquella esperanza suya. Tiene asegurado el recuerdo en la historia del psicoanálisis y de sus primeras luchas.

5 [Aparentemente nunca fue publicado.]

Bibliografía e índice de autores

[Los títulos de libros y de publicaciones periódicas se dan en bastardilla, y los de artículos, entre comillas. Las abreviaturas utilizadas para las publicaciones periódicas fueron tomadas de la *World List of Scientific Periodicals* (Londres, 1952; 4ª ed., 1963-65). Otras abreviaturas empleadas en este libro figuran *supra*, págs. xiv-xv. Los números en negrita corresponden a los volúmenes en el caso de las revistas y otras publicaciones, y a los tomos en el caso de libros. Las cifras entre paréntesis al final de cada entrada indican la página o páginas de este libro en que se menciona la obra en cuestión. Las letras en bastardilla anexas a las fechas de publicación (tanto de obras de Freud como de otros autores) concuerdan con las correspondientes entradas de la «Bibliografía general» que será incluida en el volumen 24 de estas *Obras completas*.

Esta bibliografía cumple las veces de índice onomástico para los autores de trabajos especializados que se mencionan a lo largo del volumen. Para los autores no especializados, y para aquellos autores especializados de los que no se menciona ninguna obra en particular, consúltese el «Indice alfabético».

{En las obras de Freud se han agregado entre llaves las referencias a la *Studienausgabe* (*SA*), así como a las versiones castellanas de Santiago Rueda (*SR*), Biblioteca Nueva (*BN*, 1972-75, 9 vols.) o *Revista de Psicoanálisis* (*RP*), y a las incluidas en los volúmenes correspondientes a esta versión de Amorrortu editores (*AE*). En las obras de otros autores se consignan, también entre llaves, las versiones castellanas que han podido verificarse con las fuentes de consulta bibliográfica disponibles.}]

Abraham, K. (1916) «Untersuchungen über die früheste prägenitale Entwicklungsstufe der Libido», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, pág. 71. {«La primera etapa pregenital de la libido», en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires: Hormé, cap. 12, pág. 189. En *Contribuciones a la teo-*

ría de la libido, Buenos Aires: Hormé, pág. 9. En *RP*, 3, nº 3, 1945-46, pág. 586.} (262)
Adler, A. (1910) «Der psychische Hermaphroditismus im Leben und in der Neurose», *Fortschr. Med.*, **28**, pág. 486. (100-1, 197)
Andreas-Salomé, L. (1916) «"Anal" und "Sexual"», *Imago*, **4**, pág. 249. (123)
Binet, A. (1888) *Etudes de psychologie expérimentale: le fétichisme dans l'amour*, París. (180)
Bleuler, E. (1913*a*) «Der Sexualwiderstand», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **5**, pág. 442. (191)
Breuer, J. y Freud, S. (1895): *véase* Freud, S. (1895*d*).
Brunswick, R. Mack (1928*a*) «A Supplement to Freud's "History of an Infantile Neurosis"», *Int. J. Psycho-Anal.*, **9**, pág. 439. Reimpreso con agregados en *The Psycho-Analytic Reader*, ed. por R. Fliess, Londres y Nueva York, 1948; Londres, 1950. Ed. en alemán: «Ein Nachtrag zu Freuds "Geschichte einer infantilen Neurose"», *Int. Z. Psychoanal.*, **15**, nº 1, 1929, pág. 1. {«Una contribución a la "Historia de una neurosis infantil" de Freud», en O. Fenichel y otros, *Travestismo, fetichismo, neurosis infantil*, Buenos Aires: Paidós, cap. III, pág. 48. «Suplemento a la "Historia de una neurosis infantil" de Freud», en *Los casos de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Nueva Visión, **1**, pág. 179. «Continuación de la "Historia de una neurosis infantil" de Freud», *RP*, **5**, nº 3, 1947-48, pág. 715.} (111)
Ferenczi, S. (1912*a*) «Über passagère Symptombildung während der Analyse», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, pág. 588. {«Construcciones transitorias de síntomas durante el análisis», en *Sexo y psicoanálisis*, Buenos Aires: Hormé, cap. VII, pág. 139.} (39, 147)
(1919*b*) «Technische Schwierigkeiten einer Hysterieanalyse», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, pág. 34. {«Dificultades técnicas en el análisis de un caso de histeria», en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, cap. XV, pág. 155.} (157)
(1921*b*) «Weiterer Ausbau der "aktiven Technik" in der Psychoanalyse», *Int. Z. Psychoanal.*, **7**, pág. 233. {«Los nuevos adelantos de la "terapéutica activa" en el psicoanálisis», en *Teoría y técnica del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, cap. XVI, pág. 162. «Perfeccionamiento de la "técnica activa" en el psicoanálisis», *RP*, **3**, nº 4, 1945-46, pág. 814.} (157)
(1927) «Zur Kritik der Rankschen "Technik der Psychoanalyse"», *Int. Z. Psychoanal.*, **13**, pág. 1. (46)

Freud, S. (1895*d*) En colaboración con Breuer, J., *Studien über Hysterie* {*Estudios sobre la histeria*}, Viena; reimpresión, Francfort, 1970. *GS*, **1**, pág. 3; *GW*, **1**, pág. 77 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *SE*, **2** (incluye las contribuciones de Breuer). {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 37 (sólo la parte IV: «Zur Psychotherapie der Hysterie»); *SR*, **10**, pág. 7; *BN*, **1**, pág. 39 (estas ediciones no incluyen las contribuciones de Breuer); *AE*, **2** (incluye las contribuciones de Breuer).} (44, 70, 112)

(1896*b*) «Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen» {«Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa»}, *GS*, **1**, pág. 363; *GW*, **1**, pág. 379; *SE*, **3**, pág. 159. {*SR*, **11**, pág. 175; *BN*, **1**, pág. 286; *AE*, **3**, pág. 157.} (70)

(1899*a*) «Über Deckerinnerungen» {«Sobre los recuerdos encubridores»}, *GS*, **1**, pág. 465; *GW*, **1**, pág. 531; *SE*, **3**, pág. 301. {*SR*, **12**, pág. 205; *BN*, **1**, pág. 330; *AE*, **3**, pág. 291.} (94)

(1900*a* [1899]) *Die Traumdeutung* {*La interpretación de los sueños*}, Viena. *GS*, **2-3**; *GW*, **2-3**; *SE*, **4-5**. {*SA*, **2**; *SR*, **6-7**, y **19**, pág. 217; *BN*, **2**, pág. 343; *AE*, **4-5**.} (33-4, 50, 93-4, 119, 146, 150, 235, 244)

(1901*b*) *Zur Psychopathologie des Alltagslebens* {*Psicopatología de la vida cotidiana*}, Berlín, 1904. *GS*, **4**, pág. 3; *GW*, **4**; *SE*, **6**. {*SR*, **1**; *BN*, **3**, pág. 755; *AE*, **6**.} (142, 236, 265)

(1905*d*) *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie* {*Tres ensayos de teoría sexual*}, Viena. *GS*, **5**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 29; *SE*, **7**, pág. 125. {*SA*, **5**, pág. 37; *SR*, **2**, pág. 7, y **20**, pág. 187; *BN*, **4**, pág. 1169; *AE*, **7**, pág. 109.} (6, 75, 97, 105, 116, 123, 176, 180, 191, 251)

(1905*e* [1901]) «Bruchstück einer Hysterie-Analyse» {«Fragmento de análisis de un caso de histeria»}, *GS*, **8**, pág. 3; *GW*, **5**, pág. 163; *SE*, **7**, pág. 3. {*SA*, **6**, pág. 83; *SR*, **15**, pág. 7; *BN*, **3**, pág. 933; *AE*, **7**, pág. 1.} (41, 85, 112)

(1906*a* [1905]) «Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen» {«Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis»}, *GS*, **5**, pág. 123; *GW*, **5**, pág. 149; *SE*, **7**, pág. 271. {*SA*, **5**, pág. 147; *SR*, **13**, pág. 9; *BN*, **4**, pág. 1238; *AE*, **7**, pág. 259.} (87)

(1908*b*) «Charakter und Analerotik» {«Carácter y erotismo anal»}, *GS*, **5**, pág. 261; *GW*, **7**, pág. 203; *SE*,

9, pág. 169. {*SA*, **7**, pág. 23; *SR*, **13**, pág. 120; *BN*, **4**, pág. 1354; *AE*, **9**, pág. 149.} (67, 117-8)

(1908*c*) «Über infantile Sexualtheorien» {«Sobre las teorías sexuales infantiles»}, *GS*, **5**, pág. 168; *GW*, **7**, pág. 171; *SE*, **9**, pág. 207. {*SA*, **5**, pág. 169; *SR*, **13**, pág. 47; *BN*, **4**, pág. 1262; *AE*, **9**, pág. 183.} (43, 121)

(1909*b*) «Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben» {«Análisis de la fobia de un niño de cinco años»}, *GS*, **8**, pág. 129; *GW*, **7**, pág. 243; *SE*, **10**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 9; *SR*, **15**, pág. 113; *BN*, **4**, pág. 1365; *AE*, **10**, pág. 1.} (5, 10, 112, 120, 149)

(1909*d*) «Bemerkungen über einen Fall von Zwangsneurose» {«A propósito de un caso de neurosis obsesiva»}, *GS*, **8**, pág. 269; *GW*, **7**, pág. 381; *SE*, **10**, pág. 155. {*SA*, **7**, pág. 31; *SR*, **16**, pág. 7; *BN*, **4**, pág. 1441; *AE*, **10**, pág. 119.} (70, 94, 112, 143, 191, 239-40)

(1910*c*) *Eine Kindheitserinnerung des Leonardo da Vinci* {*Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*}, Viena. *GS*, **9**, pág. 371; *GW*, **8**, pág. 128; *SE*, **11**, pág. 59. {*SA*, **10**, pág. 87; *SR*, **8**, pág. 167; *BN*, **5**, pág. 1577; *AE*, **11**, pág. 53.} (20, 140)

(1910*d*) «Die zukünftigen Chancen der Psychoanalytischen Therapie» {«Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica»}, *GS*, **6**, pág. 25; *GW*, **8**, pág. 104; *SE*, **11**, pág. 141. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 121; *SR*, **14**, pág. 73; *BN*, **5**, pág. 1564; *AE*, **11**, pág. 129.} (154)

(1911*b*) «Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens» {«Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico»}, *GS*, **5**, pág. 409; *GW*, **8**, pág. 230; *SE*, **12**, pág. 215. {*SA*, **3**, pág. 13; *SR*, **14**, pág. 199; *BN*, **5**, pág. 1638; *AE*, **12**, pág. 217.} (199)

(1911*c* [1910]) «Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia paranoides)» {«Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente»}, *GS*, **8**, pág. 355; *GW*, **8**, pág. 240; *SE*, **12**, pág. 3. {*SA*, **7**, pág. 133; *SR*, **16**, pág. 77; *BN*, **4**, pág. 1487; *AE*, **12**, pág. 1.} (77, 112)

(1911*i*) «Ein Beitrag zum Vergessen von Eigennamen» {«Contribución al estudio sobre el olvido de nombres

propios»} (contenida en 1901*b*, desde la 4ª ed. en adelante), *Zbl. Psychoanal.*, **1**, pág. 407; *GS*, **4**, pág. 37; *GW*, **4**, pág. 37; *SE*, **6**, pág. 30. {*SR*, **1**, pág. 43; *BN*, **3**, pág. 773; *AE*, **6**, pág. 36.} (265)

(1912*a* [1911]) «Nachtrag zu dem autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia paranoides)» {«Apéndice al caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente»}, *GS*, **8**, pág. 432; *GW*, **8**, pág. 317; *SE*, **12**, pág. 80. {*SA*, **7**, pág. 201; *SR*, **16**, pág. 139; *BN*, **4**, pág. 1527; *AE*, **12**, pág. 74.} (112)

(1912*c*) «Über neurotische Erkrankungstypen» {«Sobre los tipos de contracción de neurosis»}, *GS*, **5**, pág. 400; *GW*, **8**, pág. 322; *SE*, **12**, pág. 229. {*SA*, **6**, pág. 215; *SR*, **13**, pág. 230; *BN*, **5**, pág. 1718; *AE*, **12**, pág. 233.} (107, 158)

(1912*d*) «Über die allgemeinste Erniedrigung des Liebeslebens (Beiträge zur Psychologie des Liebeslebens, II)» {«Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)»}, *GS*, **5**, pág. 198; *GW*, **8**, pág. 78; *SE*, **11**, pág. 179. {*SA*, **5**, pág. 197; *SR*, **13**, pág. 70; *BN*, **5**, pág. 1710; *AE*, **11**, pág. 169.} (22)

(1912-13) *Totem und Tabu* {*Tótem y tabú*}, Viena, 1913. *GS*, **10**, pág. 3; *GW*, **9**; *SE*, **13**, pág. 1. {*SA*, **9**, pág. 287; *SR*, **8**, pág. 7; *BN*, **5**, pág. 1745; *AE*, **13**, pág. 1.} (6, 56, 104, 217, 240, 242, 258)

(1913*c*) «Zur Einleitung der Behandlung (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse, I)» {«Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, I)»}, *GS*, **6**, pág. 84; *GW*, **8**, pág. 454; *SE*, **12**, pág. 123. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 181; *SR*, **14**, pág. 119; *BN*, **5**, pág. 1661; *AE*, **12**, pág. 121.} (163)

(1913*d*) «Marchenstoffe in Träumen» {«Materiales del cuento tradicional en los sueños»}, *GS*, **3**, pág. 259; *GW*, **10**, pág. 2; *SE*, **12**, pág. 281. {*SR*, **19**, pág. 125; *BN*, **5**, pág. 1729; *AE*, **12**, pág. 293.} (5, 29, 79)

(1913*i*) «Die Disposition zur Zwangsneurose» {«La predisposición a la neurosis obsesiva»}, *GS*, **5**, pág. 277; *GW*, **8**, pág. 442; *SE*, **12**, pág. 313. {*SA*, **7**, pág. 105; *SR*, **13**, pág. 132; *BN*, **5**, pág. 1738; *AE*, **12**, pág. 329.} (60, 106, 117, 180)

(1913*j*) «Das Interesse an der Psychoanalyse» {«El interés por el psicoanálisis»}, *GS*, **4**, pág. 313; *GW*, **8**,

Freud, S. *(cont.)*
pág. 390; *SE*, **13**, pág. 165. {*SR*, **12**, pág. 73; *BN*, **5**, pág. 1851; *AE*, **13**, pág. 165.} (257)

(1914*a*) «Über *fausse reconnaissance* (*"déjà raconté"*) während der psychoanalytischen Arbeit» {«Acerca del *fausse reconnaissance* (*"déjà raconté"*) en el curso del trabajo psicoanalítico»}, *GS*, **6**, pág. 76; *GW*, **10**, pág. 116; *SE*, **13**, pág. 201. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 231; *SR*, **14**, pág. 113; *BN*, **5**, pág. 1679; *AE*, **13**, pág. 203.} (5, 78)

(1914*c*) «Zur Einführung des Narzissmus» {«Introducción del narcisismo»}, *GS*, **6**, pág. 155; *GW*, **10**, pág. 138; *SE*, **14**, pág. 69. {*SA*, **3**, pág. 37; *SR*, **14**, pág. 171; *BN*, **6**, pág. 2017; *AE*, **14**, pág. 65.} (6, 51, 119, 128, 191, 235)

(1914*d*) «Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung» {«Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico»}, *GS*, **4**, pág. 411; *GW*, **10**, pág. 44; *SE*, **14**, pág. 3. {*SR*, **12**, pág. 100; *BN*, **5**, pág. 1895; *AE*, **14**, pág. 1.} (9, 22, 160)

(1914*g*) «Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse, II)» {«Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)»}, *GS*, **6**, pág. 109; *GW*, **10**, pág. 126; *SE*, **12**, pág. 147. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 205; *SR*, **14**, pág. 139; *BN*, **5**, pág. 1683; *AE*, **12**, pág. 145.} (5, 155, 238)

(1915*a* [1914]) «Bemerkungen über die Übertragungsliebe (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse, III)» {«Puntualizaciones sobre el amor de trasferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)»}, *GS*, **6**, pág. 120; *GW*, **10**, pág. 306; *SE*, **12**, pág. 159. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 217; *SR*, **14**, pág. 147; *BN*, **5**, pág. 1689; *AE*, **12**, pág. 159.} (158)

(1915*b*) «Zeitgemässes über Krieg und Tod» {«De guerra y muerte. Temas de actualidad»}, *GS*, **10**, pág. 315; *GW*, **10**, pág. 324; *SE*, **14**, pág. 275. {*SA*, **9**, pág. 33; *SR*, **18**, pág. 219; *BN*, **6**, pág. 2101; *AE*, **14**, pág. 273.} (241)

(1915*c*) «Triebe und Triebschicksale» {«Pulsiones y destinos de pulsión»}, *GS*, **5**, pág. 443; *GW*, **10**, pág. 210; *SE*, **14**, pág. 111. {*SA*, **3**, pág. 75; *SR*, **9**, pág. 100; *BN*, **6**, pág. 2039; *AE*, **14**, pág. 105.} (26, 97, 190)

(1915*d*) «Die Verdrängung» {«La represión»}, *GS*, **5**,

Freud, S. *(cont.)*
pág. 466; *GW*, **10**, pág. 248; *SE*, **14**, pág. 143. {*SA*, **3**, pág. 103; *SR*, **9**, pág. 121; *BN*, **6**, pág. 2053; *AE*, **14**, pág. 135.} (5, 176)
(1915*e*) «Das Unbewusste» {«Lo inconciente»}, *GS*, **5**, pág. 480; *GW*, **10**, pág. 264; *SE*, **14**, pág. 161. {*SA*, **3**, pág. 119; *SR*, **9**, pág. 133; *BN*, **6**, pág. 2061; *AE*, **14**, pág. 153.} (12, 75, 176)
(1915*f*) «Mitteilung eines der psychoanalytischen Theorie widersprechenden Falles von Paranoia» {«Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica»}, *GS*, **5**, pág. 288; *GW*, **10**, pág. 234; *SE*, **14**, pág. 263. {*SA*, **7**, pág. 205; *SR*, **13**, pág. 141; *BN*, **6**, pág. 2010; *AE*, **14**, pág. 259.} (106, 112)
(1916*d*) «Einige Charaktertypen aus der psychoanalytischen Arbeit» {«Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico»}, *GS*, **10**, pág. 287; *GW*, **10**, pág. 364; *SE*, **14**, pág. 311. {*SA*, **10**, pág. 229; *SR*, **18**, pág. 111; *BN*, **7**, pág. 2413; *AE*, **14**, pág. 313.} (27)
(1916-17 [1915-17]) *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse* {*Conferencias de introducción al psicoanálisis*}, Viena. *GS*, **7**; *GW*, **11**; *SE*, **15-16**. {*SA*, **1**, pág. 33; *SR*, **4-5**; *BN*, **6**, pág. 2123; *AE*, **15-16**.} (6, 9, 55, 57, 89, 128, 155, 190)
(1917*a* [1916]) «Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse» {«Una dificultad del psicoanálisis»}, *GS*, **10**, pág. 347; *GW*, **12**, pág. 3; *SE*, **17**, pág. 137. {*SR*, **18**, pág. 13; *BN*, **7**, pág. 2432; *AE*, **17**, pág. 125.} (90)
(1917*c*) «Über Triebumsetzungen, insbesondere der Analerotik» {«Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal»}, *GS*, **5**, pág. 268; *GW*, **10**, pág. 402; *SE*, **17**, pág. 127. {*SA*, **7**, pág. 123; *SR*, **13**, pág. 125; *BN*, **6**, pág. 2034; *AE*, **17**, pág. 113.} (6, 74)
(1917*e* [1915]) «Trauer und Melancholie» {«Duelo y melancolía»}, *GS*, **5**, pág. 535; *GW*, **10**, pág. 428; *SE*, **14**, pág. 239. {*SA*, **3**, pág. 193; *SR*, **9**, pág. 177; *BN*, **6**, pág. 2091; *AE*, **14**, pág. 235.} (6)
(1918*b* [1914]) «Aus der Geschichte einer infantilen Neurose» {«De la historia de una neurosis infantil»}, *GS*, **8**, pág. 439; *GW*, **12**, pág. 29; *SE*, **17**, pág. 3. {*SA*, **8**, pág. 125; *SR*, **16**, pág. 143; *BN*, **6**, pág. 1941; *AE*, **17**, pág. 1.} (112, 116, 162, 176, 195, 197, 243)
(1919*a* [1918]) «Wege der psychoanalytischen Therapie» {«Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica»},

GS, **6**, pág. 136; *GW*, **12**, pág. 183; *SE*, **17**, pág. 159. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 239; *SR*, **14**, pág. 159; *BN*, **7**, pág. 2457; *AE*, **17**, pág. 151.} (203)

(1919*b*) «James J. Putnam» {Nota necrológica}, *GS*, **11**, pág. 276; *GW*, **12**, pág. 315; *SE*, **17**, pág. 271. {*SR*, **20**, pág. 199; *BN*, **7**, pág. 2822; *AE*, **17**, pág. 264.} (161)

(1919*c*) «"Ein Kind wird geschlagen" (Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen)» {«"Pegan a un niño" (Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales)»}, *GS*, **5**, pág. 344; *GW*, **12**, pág. 197; *SE*, **17**, pág. 177. {*SA*, **7**, pág. 229; *SR*, **13**, pág. 185; *BN*, **7**, pág. 2465; *AE*, **17**, pág. 173.} (7, 26, 101)

(1919*g*) Prólogo a T. Reik, *Probleme der Religionspsychologie* {Problemas de la psicología de las religiones}, *GS*, **11**, pág. 256; *GW*, **12**, pág. 325; *SE*, **17**, pág. 259. {*SR*, **20**, pág. 159; *BN*, **7**, pág. 2812; *AE*, **17**, pág. 255.} (190)

(1920*a*) «Über die Psychogenese eines Falles von weiblicher Homosexualität» {«Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina»}, *GS*, **5**, pág. 312; *GW*, **12**, pág. 271; *SE*, **18**, pág. 147. {*SA*, **7**, pág. 255; *SR*, **13**, pág. 160; *BN*, **7**, pág. 2545; *AE*, **18**, pág. 137.} (112)

(1920*c*) «Dr. Anton von Freund» {Nota necrológica}, *GS*, **11**, pág. 280; *GW*, **13**, pág. 435; *SE*, **18**, pág. 267. {*SR*, **20**, pág. 204; *BN*, **7**, pág. 2825; *AE*, **18**, pág. 263.} (163, 260)

(1920*g*) *Jenseits des Lustprinzips* {*Más allá del principio de placer*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 191; *GW*, **13**, pág. 3; *SE*, **18**, pág. 7. {*SA*, **3**, pág. 213; *SR*, **2**, pág. 217; *BN*, **7**, pág. 2507; *AE*, **18**, pág. 1.} (79, 190, 217-8, 234, 238, 241)

(1921*a*) Prólogo (en inglés) a J. J. Putnam, *Addresses on Psycho-Analysis* {Alocuciones sobre psicoanálisis}, Londres y Nueva York. *GS*, **11**, pág. 262; *GW*, **13**, pág. 437; *SE*, **18**, pág. 269. {*SR*, **20**, pág. 164; *BN*, **7**, pág. 2818; *AE*, **18**, pág. 265.} (161, 265)

(1921*c*) *Massenpsychologie und Ich-Analyse* {*Psicología de las masas y análisis del yo*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 261; *GW*, **13**, pág. 71; *SE*, **18**, pág. 69. {*SA*, **9**, pág. 61; *SR*, **9**, pág. 7; *BN*, **7**, pág. 2563; *AE*, **18**, pág. 63.} (26, 236)

Freud, S. *(cont.)*

(1922*c*) «Nachschrift zur Analyse des kleinen Hans» {«Apéndice al análisis del pequeño Hans»}, *GS*, **8**, pág. 264; *GW*, **13**, pág. 431; *SE*, **10**, pág. 148. {*SA*, **8**, pág. 123; *SR*, **15**, pág. 225; *BN*, **4**, pág. 1440; *AE*, **10**, pág. 118.} (112)

(1923*b*) *Das Ich und das Es* {*El yo y el ello*}, Viena. *GS*, **6**, pág. 351; *GW*, **13**, pág. 237; *SE*, **19**, pág. 3. {*SA*, **3**, pág. 273; *SR*, **9**, pág. 191; *BN*, **7**, pág. 2701; *AE*, **19**, pág. 1.} (7, 93, 179, 191, 236)

(1923*c* [1922]) «Bemerkungen zur Theorie und Praxis der Traumdeutung» {«Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños»}, *GS*, **3**, pág. 305; *GW*, **13**, pág. 301; *SE*, **19**, pág. 109. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 257; *SR*, **19**, pág. 165; *BN*, **7**, pág. 2619; *AE*, **19**, pág. 107.} (50)

(1924*c*) «Das ökonomische Problem des Masochismus» {«El problema económico del masoquismo»}, *GS*, **5**, pág. 374; *GW*, **13**, pág. 371; *SE*, **19**, pág. 157. {*SA*, **3**, pág. 339; *SR*, **13**, pág. 208; *BN*, **7**, pág. 2752; *AE*, **19**, pág. 161.} (194)

(1924*d*) «Der Untergang des Ödipuskomplexes» {«El sepultamiento del complejo de Edipo»}, *GS*, **5**, pág. 423; *GW*, **13**, pág. 395; *SE*, **19**, pág. 173. {*SA*, **5**, pág. 243; *SR*, **14**, pág. 210; *BN*, **7**, pág. 2748; *AE*, **19**, pág. 177.} (186)

(1925*e* [1924]) «Die Widerstände gegen die Psychoanalyse» {«Las resistencias contra el psicoanálisis»}, *GS*, **11**, pág. 224; *GW*, **14**, pág. 99; *SE*, **19**, pág. 213. {*SR*, **19**, pág. 99; *BN*, **7**, pág. 2801; *AE*, **19**, pág. 223.} (128, 135)

(1925*h*) «Die Verneinung» {«La negación»}, *GS*, **11**, pág. 3; *GW*, **14**, pág. 11; *SE*, **19**, pág. 235. {*SA*, **3**, pág. 371; *SR*, **21**, pág. 195; *BN*, **8**, pág. 2884; *AE*, **19**, pág. 249.} (75, 244)

(1925*j*) «Einige psychische Folgen des anatomischen Geschlechtsunterschieds» {«Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos»}, *GS*, **11**, pág. 8; *GW*, **14**, pág. 19; *SE*, **19**, pág. 243. {*SA*, **5**, pág. 253; *SR*, **21**, pág. 203; *BN*, **8**, pág. 2896; *AE*, **19**, pág. 259.} (200)

(1926*d* [1925]) *Hemmung, Symptom und Angst* {*Inhibición, síntoma y angustia*}, Viena. *GS*, **11**, pág. 23; *GW*, **14**, pág. 113; *SE*, **20**, pág. 77. {*SA*, **6**, pág. 227;

SR, **11**, pág. 9; *BN*, **8**, pág. 2833; *AE*, **20**, pág. 71.} (5, 70, 101, 103, 157)

(1927*c*) *Die Zukunft einer Illusion* {*El porvenir de una ilusión*}, Viena. *GS*, **11**, pág. 411; *GW*, **14**, pág. 325; *SE*, **21**, pág. 3. {*SA*, **9**, pág. 135; *SR*, **14**, pág. 7; *BN*, **8**, pág. 2961; *AE*, **21**, pág. 1.} (105)

(1930*a* [1929]) *Das Unbehagen in der Kultur* {*El malestar en la cultura*}, Viena. *GS*, **12**, pág. 29; *GW*, **14**, pág. 421; *SE*, **21**, pág. 59. {*SA*, **9**, pág. 191; *SR*, **19**, pág. 11; *BN*, **8**, pág. 3017; *AE*, **21**, pág. 57.} (85)

(1932*a* [1931]) «Zur Gewinnung des Feuers» {«Sobre la conquista del fuego»}, *GS*, **12**, pág. 141; *GW*, **16**, pág. 3; *SE*, **22**, pág. 185. {*SA*, **9**, pág. 445; *SR*, **19**, pág. 91; *BN*, **8**, pág. 3090; *AE*, **22**, pág. 169.} (85)

(1936*a*) «Brief an Romain Rolland (Eine Erinnerungsstörung auf der Akropolis)» {«Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)»}, *GW*, **16**, pág. 250; *SE*, **22**, pág. 239. {*SA*, **4**, pág. 283; *SR*, **20**, pág. 241; *BN*, **9**, pág. 3328; *AE*, **22**, pág. 209.} (69)

(1937*c*) «Die endliche und die unendliche Analyse» {«Análisis terminable e interminable»}, *GW*, **16**, pág. 59; *SE*, **23**, pág. 211. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 351; *SR*, **21**, pág. 315; *BN*, **9**, pág. 3339; *AE*, **23**, pág. 211.} (5, 12-3, 111, 154, 176, 196)

(1937*d*) «Konstruktionen in der Analyse» {«Construcciones en el análisis»}, *GW*, **16**, pág. 43; *SE*, **23**, pág. 257. {*SA*, «Ergänzungsband» (Volumen complementario), pág. 393; *SR*, **21**, pág. 353; *BN*, **9**, pág. 3365; *AE*, **23**, pág. 255.} (19, 50, 154)

(1950*a* [1887-1902]) *Aus den Anfängen der Psychoanalyse* {*Los orígenes del psicoanálisis*}, Londres. Abarca las cartas a Wilhelm Fliess, manuscritos inéditos y el «Entwurf einer Psychologie» {«Proyecto de psicología»}, 1895. *SE*, **1**, pág. 175 {incluye 29 cartas, 13 manuscritos y el «Proyecto de psicología». *SR*, **22**, pág. 13; *BN*, **9**, pág. 3433, y **1**, pág. 209; incluyen 153 cartas, 14 manuscritos y el «Proyecto de psicología»; *AE*, **1**, pág. 211 (el mismo contenido que *SE*)}. (38, 44, 101, 176)

(1955*a* [1907-08]) Apuntes originales sobre el caso de neurosis obsesiva (el «Hombre de las Ratas»), *SE*, **10**, pág. 259. El texto original alemán fue publicado en la edición francesa bilingüe: *L'homme aux rats. Journal*

Freud, S. *(cont.)*
d'une analyse, trad. al francés, con una introducción, notas y comentario, por E. Ribeiro Hawelka, París: Presses Universitaires de France, 1974. {*RP*, **22**, nº 3, 1955, pág. 159; *AE*, **10**, pág. 195.} (112)
(1955*c* [1920]) «Memorandum on the Electrical Treatment of War Neurotics» {«Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra»}. Publicado por primera vez en traducción al inglés; el manuscrito original permaneció inédito hasta 1972: «Gutachten über die elektrische Behandlung der Kriegsneurotiker», *Psyche*, **26**, nº 12, pág. 942; *SE*, **17**, pág. 211. {*RP*, **13**, nº 3, 1956, pág. 277; *AE*, **17**, pág. 209.} (204, 267)

Gardiner, M. (1952) «Meetings with the Wolf-Man», *Bull. Philad. Ass. Psychoan.*, **2**, pág. 32; reimpreso en *Bull. Menninger Clin.*, **17**, 1953, pág. 41. (111)
(1971) (ed.) *The Wolf-Man and Sigmund Freud*, Nueva York. (111)

Grimm, J. y W. (1877) *Deutsches Wörterbuch*, **4**, Leipzig. (225-6)

Hall, G. S. (1914) «A Synthetic Genetic Study of Fear», *Amer. J. Psychol.*, **25**, pág. 149. (102)

Hitschmann, E. (1913*d*) «Weitere Mitteilung von Kindheitsträumen mit spezieller Bedeutung», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **1**, pág. 476. (5)

Jentsch, E. (1906) «Zur Psychologie des Unheimlichen», *Psychiat.-neurol. Wschr.*, **8**, pág. 195. (219-21, 226-7)

Jones, E. (1914*c*) «Die Stellungnahme des psychoanalytischen Arztes zu den aktuellen Konflikten», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **2**, pág. 6. (160)
(1919) «Professor Dr. James Jackson Putnam», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **5**, pág. 233. (264)
(1955) *Sigmund Freud: Life and Work*, **2**, Londres y Nueva York. (Las páginas que se mencionan en el texto remiten a la edición inglesa.) {*Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires: Hormé, **2**.} (4, 7, 10, 111, 265)

Jung, C. G. (1917) *Die Psychologie der unbewussten Prozesse*, Zurich. (89)

Kammerer, P. (1919) *Das Gesetz der Serie*, Viena. (238)

Mach, E. (1900) *Die Analyse der Empfindung*, 2ª ed., Jena. {*Análisis de las sensaciones*, Madrid: Daniel Jorro.} (247)

Marcinowski, J. (1918) «Erotische Quellen der Minderwertigkeitsgefühle», *Z. Sexualwiss.*, **4**, pág. 313. (190)

Ophuijsen, J. H. W. van (1917) «Beiträge zum Männlich-

kenskomplex der Frau», *Int. Z. ärztl. Psychoanal.*, **4**, pág. 241. {«Observaciones sobre el complejo de masculinidad en las mujeres», en E. Jones y otros, *Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Buenos Aires: Hormé, pág. 87. En *RP*, **6**, nº 2, 1948-49, pág. 484.} (188)

Putnam, J. J. (1910) «On the Etiology and Treatment of the Psychoneuroses», *Boston med. surg. J.*, **163**, pág. 65; *Addresses on Psycho-Analysis*, Londres, Viena y Nueva York, 1921, cap. III. (265)

(1921) *Addresses on Psycho-Analysis*, Londres, Viena y Nueva York. (161, 265)

Rank, O. (1912*a*) «Völkerpsychologische Parallelen zu den infantilen Sexualtheorien», *Zbl. Psychoanal.*, **2**, págs. 372 y 425. (32)

(1912*c*) *Das Inzest-Motiv in Dichtung und Sage*, Leipzig y Viena. (257)

(1914*b*) «Der Doppelgänger», *Imago*, **3**, pág. 97. {*El doble*, Buenos Aires: Orión.} (234-6)

(1926) *Technik der Psychoanalyse I. Die analytische Situation*, Viena. (46)

Rank, O. y Sachs, H. (1913) *Die Bedeutung der Psychoanalyse für die Geisteswissenschaften, Grenzfragen des Nerven.- u. Seelenlebens*, nº 93, Wiesbaden. (257)

Reik, T. (1915-16) «Die Pubertätsriten der Wilden», *Imago*, **4**, págs. 125 y 189. (262)

(1919) *Probleme der Religionspsychologie*, Viena. (190, 255-9)

Róheim, G. (s.d.) «Das selbst». (263)

(s.d.) «Über australischen Totemismus» (conferencia). (263)

Sachs, H. y Rank, O.: *véase* Rank, O. y Sachs, H.

Sanders, D. (1860) *Wörterbuch der Deutschen Sprache*, Leipzig. (221-4)

Schopenhauer, A. (1819) *Die Welt als Wille und Vorstellung*, Leipzig. (2ª ed., Leipzig, 1844.) En *Sämtliche Werke* (ed. por Hübscher) (2ª ed.), **2-3**, Wiesbaden, 1949. {*El mundo como voluntad y representación*, Buenos Aires: Aguilar.} (135)

Seligmann, S. (1910-11) *Der böse Blick und Verwandtes*, Berlín. (239)

Silberer, H. (1910) «Phantasie und Mythos», *Jb. psychoanalyt. psychopath. Forsch.*, **2**, pág. 541. (191)

(1914) *Probleme der Mystik und ihrer Symbolik*, Leipzig y Viena. (93)

Simmel, E. (1918) *Kriegsneurosen und «psychisches Trauma»*, Munich. (213, 262)

Smith, W. Robertson (1894) *Lectures on the Religion of the Semites*, nueva ed. (2ª), Londres. (1ª ed., 1889.) (258)
Stärcke, A. (1921*a*) «Der Kastrationskomplex», *Int. Z. Psychoanal.*, **7**, pág. 9. (262-3)
(1921*b*) «Psychoanalyse und Psychiatrie», separata de *Int. Z. Psychoanal.*, nº 4. (262-3)

Indice alfabético

El presente índice incluye los nombres de autores no especializados, y también los de autores especializados cuando en el texto no se menciona una obra en particular. Para remisiones a obras especializadas, consúltese la «Bibliografía». Este índice fue preparado {para la *Standard Edition*} por la señora R. S. Partridge. {El de la presente versión castellana se confeccionó sobre la base de aquel.}

Abraham, 62
Abraham, K. (*véase* la «Bibliografía»)
Acciones obsesivas, 52, 161
Actividad y pasividad (*véase también* Meta sexual pasiva), 26-7, 44, 99, 107, 187
  su relación con lo masculino y femenino, 45, 101
Acto sexual (*véase también Coitus a tergo*; Escena primordial)
  de los animales, observado por el niño, 55-7, 88-9, 110
  sueños de mujeres tras su primer, 120
  teorías infantiles del, 72-4, 78, 185
  violencia aparente del, 43
Achaques físicos y neurosis, 159
Adán, 64
Adler, A. (*véase también* la «Bibliografía»), objeciones de *Freud* a las teorías de, 6, 9*n*., 22 y *n*. 4, 52, 94 y *n*. 15, 100-1 y *n*. 4, 176, 197 y *n*.
Afecto
  desplazamiento de, 68
  mudanza de, 36, 240
Agorafobia, 161
Agresión, 19-20
«Alteración funcional», 210
Alucinaciones del «*Hombre de los Lobos*»
  árbol del que mana sangre, 79 *n*. 18
  dedo cortado, 79, 110*n*.
Ambivalencia, 32, 108, 232*n*., 242
  de la religión, 62, 106
  entre la actividad y la pasividad, 26
Amor, 129, 255
  de objeto, 119-20, 131
Analogías
  ameba, 131
  análisis químico, 130, 156
  déspota absoluto, 135
  el oso blanco y la ballena, 47
  orígenes de una gran nación, 20
  religión del Egipto antiguo, 108
  velocidad de avance del ejército enemigo, 13
Andersen, H. C., 245
Andreas-Salomé, L. (*véase* la «Bibliografía»)
Angustia (*véase también* Fobias; Terror)
  ante el «mal de ojo», 239, 242 *n*.*
  ante los muertos, 241-3, 246-7
  causada por la represión de un deseo homosexual, 44, 103
  de castración, 88, 102-3, 107, 231-3
  de dañarse o perder los ojos, 231-2
  de muerte, 33, 71, 73, 90, 97, 235
  de la oscuridad, 246, 251
  de ser devorado, 16, 61
  del «*Hombre de los Lobos*» ante las mariposas, 82-3, 88, 102*n*.

del *«Hombre de los Lobos»* luego del sueño de los lobos, 28, 44, 58, 60, 62, 72, 92-4, 101
figuras grotescas vistas en los estados de, 63
histeria de, 9, 102
infantil, 25
sueños de (*véase* Sueño de los lobos)
y fase oral, 97
y fase sádico-anal, 100
y libido narcisista, 207
«Anillo de Polícrates, El» (de *Schiller*), 238 *n.* 17, 245
Animales
acto sexual de los, observado por el niño, 55-7, 88-9, 110
crueldad con los, 17, 25, 60, 65, 99, 102, 144
relación del hombre con los, 132
relación del niño con los, 90, 132
saber instintivo de los, 109
sustitución de los padres por, 90
totémicos, 104, 132
y fase pregenital, 99
Animismo, 240, 242-3, 245, 247-9
Anorexia, 90-1, 96-7, 103, 110*n.*
en niñas púberes, 97
Apatía, 12
Aptitudes intelectuales, inhibición de las, por la neurosis, 21, 66
Aristarco de Samos, 132
Arte, 132, 257
y p icoanálisis, 171
Así habló Zaratustra (de *Nietzsche*), 234 *n.* 8
Asociación Psicoanalítica
de Budapest, 260
Internacional, 262
Atención, 83
Autoerotismo (*véase también* Masturbación), 75 *n.* 12, 120, 178-9
Avaricia y erotismo anal, 117
Azotes (*véase* Castigos corporales; Paliza, fantasías de)

Baal, 222 *n.**
Banquo (en *Macbeth*, de *Shakespeare*), 184-5 *n.**
Bárczy, S., 260
Beatería obsesiva, 17, 54, 79, 90, 104-6
Bellows, 221
Berlín
Congreso Psicoanalítico Internacional de (1922), 263
Policlínica Psicoanalítica de, 262
Biblia, 222 y *n.**, 223, 225 y *n.***, 226, 246
«Biblioteca Psicoanalítica Internacional», 205
«Bibliothèque rose» (de *Ségur*), 178
Binet, A. (*véase* la «Bibliografía»)
Biología, 132-3, 258
Bisexualidad (*véase también* Masculino y femenino), 7, 100, 196-8
«Blancanieves», 246
Bleuler, E. (*véase* la «Bibliografía»)
Boccaccio, G., 41 *n.* 17
Boston Medical and Surgical Journal, 265
Brentano, B., 145-6
Breuer, J. (*véase también* la «Bibliografía»), 259
su empleo del método catártico, 199
Brunswick, R. Mack (*véase* la «Bibliografía»)
Budapest
Asociación Psicoanalítica de, 260
Congreso Psicoanalítico Internacional de (1918), 153, 163 *n.* 13, 167, 203, 205, 213, 260 y *n.* 2, 267-8

Cabaña del tío Tom, La (de *Stowe*), 178
Caca (*véase* Heces)
Canadian Medical Association, 265
Canibalismo, 6, 61, 97
«Caperucita roja», 25, 30-3, 40
Carácter
efecto de las fantasías de paliza sobre el, 192
modificación del, en el *«Hombre de los Lobos»*, 15-8, 23-28, 35, 54

y erotismo anal, 117-8
y «protesta masculina» (*Adler*), 197
Caso
de «*Dora*», 41 *n.* 17, 85 *n.* 2, 112
de «*Elisabeth von R.*», 112
de «*Emmy von N.*», 112
de «*Katharina*», 112
de la vajilla arrojada por la ventana, 143-4, 146
de «*Lucy R.*», 112
de objetos diversos arrojados por la ventana, 147-9
de *Schreber*, 77, 112
del «*Hombre de las Ratas*», 70 *n.* 5, 94*n.*, 112, 143*n.*, 191 *n.* 13, 239-40 y *n.* 19
del «*Hombre de los Lobos*», 1-112, 116, 162 *n.* 10, 176, 195*n.*, 197*n.*, 243 *n.* 27
del *pequeño Hans*, 5, 10 *n.* 4, 112, 120 y *n.*, 149 y *n.* 8
Castigo, deseo de (*véase también* Culpa, sentimiento de), 27, 45, 159, 186
Castigos corporales
en la escuela, 177-8, 187
y educación hogareña, 178
Castración (*véase también* Complejo de castración)
amenaza de, 19, 24, 43, 72, 80, 85-9, 98, 102, 110*n.*, 231
convencimiento de la existencia de la, en el «*Hombre de los Lobos*», 36, 43 y *n.* 17, 55, 72-3, 78, 91, 100
defecación como arquetipo de la, 78
desestimación de la, en el «*Hombre de los Lobos*», 24, 78
en la prehistoria, 80
figurada por el enceguecimiento, 231-2
figurada por la duplicación del símbolo genital, 235
figurada por un sombrero que se vuela, 19
Catarsis (*véase* Método catártico)
Cc (*véase* Conciencia como sistema)
Celos
de la madre, 76, 147, 184
de los hermanos, 18, 21-4, 76, 143-9, 184
Censura, 235
Ceremoniales obsesivos (*véase también* Beatería obsesiva; Espiración obsesiva), 52, 257
Circuncisión y complejo de castración, 80-1
Civilización (*véase* Cultura)
Clara (en «El Hombre de la Arena», de *Hoffmann*), 229, 232
Cloaca, teoría de la (*véase también* Nacimiento, teorías infantiles del), 73-4, 78
Clorinda (en *Jerusalén liberada*, de *Tasso*), 79 *n.* 19
Coincidencias, ominosidad de las, 237-9, 246-7
Coito (*véase* Acto sexual)
Coitus a tergo, 37, 40, 45, 53-5, 57, 85
«Cola» (*véase* Nalgas)
Comer, perturbaciones en el (*véase* Anorexia)
Compasión, origen narcisista de la, 81
Complejo de castración, 24, 31, 34, 43-4, 72-3, 78-80, 88, 103, 107, 231-3
y circuncisión, 80-1
y desafío anal, 122
y lo ominoso, 233, 242-3, 245, 247-8, 251
Complejo de Edipo, 108, 189, 191, 195, 199, 257-8
«completo», 7, 93 *n.* 14
es el núcleo de las neurosis, 190, 200, 257
negativo, 7
positivo, 80
«Complejo de masculinidad», 188
Compulsión
de repetición, 217, 234, 238
religiosa (*véase* Beatería obsesiva)
Compulsiones (*véase* Acciones obsesivas)
Conciencia
acceso a la, 183, 186-7, 195
como sistema (*Cc*), 73, 95
como «vista de aduanas» (*Hoffmann*), 234 *n.* 7
e inconciente, 73, 95
el tratamiento psicoanalítico lleva lo reprimido a la, 47-50, 130, 155, 157
es el órgano de la percepción interna, 133-5

Conciencia moral (*véase también* Ideal del yo; Superyó), 191, 235
Conducta díscola en los niños, 27, 82, 146, 148-9, 178
Conflicto
  entre el yo y la libido, 100
  entre pulsiones, 130, 133-5, 206, 256
  yoico, 206-7
Congreso Psicoanalítico Internacional
  de Berlín (1922), 263
  de Budapest (1918), 153, 163 *n.* 13, 167, 203, 205, 213, 260 y *n.* 2, 267-8
  de Munich (1913), 160 *n.* 8
  de Nuremberg (1910), 154
  de Salzburgo (1924), 263
  de Weimar (1911), 264
Constipación, 68-74, 77-8, 103, 120
Construcciones en el tratamiento psicoanalítico, 49-51
Contenido manifiesto del sueño, 33-5, 41 y *n.* 17
Conversión histérica (*véase también* Histeria), 103
Copérnico, N., 132
Coppelius (en «El Hombre de la Arena», de *Hoffmann*), 228 230, 232
Coppola, G. (en «El Hombre de la Arena», de *Hoffmann*), 229-30, 232
Creación literaria (*véase* Literatura)
Cronos, 32*n.*
Cuentos de Hoffmann, Los (de *Offenbach*), 227
Cuentos tradicionales, 24, 28-33, 38-41, 132, 245, 249, 251
Culpa, sentimiento de
  causado por el deseo de muerte, 80
  causado por el onanismo, 191
  causado por las mociones incestuosas, 104, 185-8, 191
  y depresión, 6
  y deseo de castigo, 27, 159
  y fantasías de paliza, 177, 185-188, 191-3
  y mudanza del sadismo en masoquismo, 99, 191
Cultura, 108, 132, 257-9
Cumplimiento de deseo
  en los cuentos tradicionales, 245, 249
  en los sueños, 35, 43 *n.* 17
  y lo ominoso, 238-9, 247
Curas de aguas, 255

Dante Alighieri, 249
Darwin, C., 132
David, 222 *n.**
Defecación (*véase también* Constipación; Heces)
  como arquetipo de la castración, 78
  como expresión de desafío, 71, 75, 99
  excitación sexual exteriorizada en, 37, 57, 74-5, 99
  placer asociado a la, 70
  y primer amor de objeto, 120
Degeneración, 133
Degradación, tendencia a la, y elección de objeto, 22, 86-90
Delirio
  de ser notado, 191, 235
  paranoico, 257
  querulante paranoico, 192
Dementia praecox (*véase también* Esquizofrenia), 21, 207
«Demonio, El» (de *Lermontov*), 65*n.*
Demonios y dioses, 236
Depresión (*véase también* Melancolía), 6, 10, 17
  recurrente, 36, 83
Desafío
  defecación como expresión de, 71, 75, 99
  retención de las heces como expresión de, 120, 122
  y complejo de castración, 122
Desalojo, esfuerzo de (*véase* Represión)
Desarrollo sexual (*véase* Vida sexual, doble comienzo de la)
Desazón (*véase también* Depresión), 21
Desfiguración
  en las fantasías, 187
  en los recuerdos infantiles, 10-11, 49
  en los sueños, 33-4, 41 *n.* 17
Desmentida, 235
«Despedazado, El» (de *Nestroy*), 251

Desplazamiento
de afecto (*véase también* Mudanza de afecto), 68
de la libido, 78, 159
en los sueños, 43 *n.* 17, 55-6
Deuticke, F., 9*n.*
Diablo, 17, 65
Dinero
equiparado con el hijo, 76-7
equiparado con las heces, 67-70, 76, 118, 120-2
y erotismo anal, 67, 117, 120-1
Dios
ambivalencia hacia, 106
como sustituto del padre, 62, 104
equiparado con el animal totémico, 104
equiparado con el padre de la horda primordial, 258
pensamientos sacrílegos del «*Hombre de los Lobos*» sobre, 17, 62-4, 77, 106
temor del «*Hombre de los Lobos*» a, 60, 62, 80
Dioses
griegos, 249
y demonios, 236
Dislocación (*véase* Desfiguración)
«Doble», ominosidad del, 234-7, 247*n.*
«*Dora*», caso de, 41 *n.* 17, 85 *n.* 2, 112
Duda como arma de la resistencia, 70, 147 *n.* 6

Editorial Psicoanalítica Internacional (*véase* Internationaler Psychoanalytischer Verlag)
Educación
hogareña y castigos corporales, 178
y religión, 104
Efectos con posterioridad (*véase también* Fantaseo retrospectivo), 37, 42, 46, 55, 72, 88, 98-9, 102
Egipto antiguo, 108, 235
Eissler, K. R., 209*n.*
Eitingon, M., 262-3
Elección de objeto
determinación de la, 22-4, 26, 40, 92-4, 103 *n.* 5, 185, 196
incestuosa (*véase* Mociones incestuosas)
tendencia a la degradación y, 22, 86, 90
y el yo, 131, 191
Electroterapia, 255
«*Elisabeth von R.*», caso de, 112
Elixires del diablo, Los (de *Hoffmann*), 233-4 y *n.* 7
«*Emmy von N.*», caso de, 112
Enajenación, 69 y *n.* 4
Enamoramiento
compulsivo, 40, 55, 84-7, 107
condiciones del (*véase* Elección de objeto, determinación de la)
Enemas (*véase* Lavativas)
Entropía, 105
Enuresis, 84-5 y *n.* 2
Epilepsia, ominosidad de la, 227, 243
Erección sexual, 75
Erotismo anal (*véase también* Fase sádico-anal), 6, 25, 40, 44 *n.* 20, 62, 67, 78, 99, 117-23
desafío exteriorizado en, 71, 75, 99, 120, 122
y cualidades del carácter, 117-8
y dinero, 67, 117, 120-1
y homosexualidad, 72, 76-7, 103
Erotismo uretral, 75, 85, 88
Escena primordial
como fantasía proveniente de la observación de animales, 55-7, 88-9, 110*n.*
como origen del complejo de castración, 43-4, 72-3, 81
interrumpida por una defecación del niño, 37, 74
postura de los padres en la (*véase Coitus a tergo*)
presenciada por el «*Hombre de los Lobos*», 35-43 y *n.* 19, 53-4, 58, 63, 66, 72-4, 89-90, 92, 98-100, 109
presenciada por un niño, 4-5, 38 *n.* 12
su efecto patógeno sobre el «*Hombre de los Lobos*», 42-43, 45-6, 53, 92-3
y el deseo de ser poseído por el padre, 40, 60, 72, 76, 92
y episodio del «*Hombre de los Lobos*» con *Grusha*, 83-90
y fantasía primordial, 6, 39 *n.* 14, 48-57, 87-9, 93-4, 109 *n.* 12, 110*n.*
Espectros (*véase* Fantasmas)

Espiración obsesiva, 17, 63, 81, 110*n*.
Espíritu Santo, 63
Espíritus (*véase* Fantasmas)
Esquizofrenia (*véase también Dementia praecox*), 268
Estética, 219-20, 246, 250
Etnología y psicoanálisis, 258
Ewers, H. H., 236 *n.* 11
Examen de realidad, 247-8
Excitación sexual, 37 *n.* 11, 88
  de la fase oral, 6, 61, 97
  exteriorizada en defecación, 37, 57, 74-5, 99
  exteriorizada en micción, 75, 85, 88
Exhibicionismo, 71

Fantaseo retrospectivo, 56, 87, 94*n*.
Fantasías
  anagógicas, 93
  de la pubertad, 19
  de paliza, 25, 45, 60, 177-200
  de regreso al seno materno, 91-94, 243, 248
  de renacimiento, 91-4
  inconcientes, 187, 189-96, 198-200
  infantiles, 48-50
  masoquistas, 25, 99, 193, 195-6
  primordiales, 6, 39 *n.* 14, 48-57, 87-9, 93-4, 109 *n.* 12, 110*n*.
  provenientes del erotismo anal, 118
  y formación de síntoma, 94*n*., 198-9
  y lecturas, 53, 179
  y lo ominoso, 236, 248
  y regresión, 48, 51-2, 56, 187, 192, 194-6
Fantasma de Canterville, El (de *Wilde*), 251
Fantasmas, 241-2, 249, 251
Fase
  genital, 45, 60, 98-103, 106, 117-21, 185-7, 191
  oral, 6, 61, 97
  pregenital, 24, 60, 98-9, 117, 121-2
Fase sádico-anal
  en el *«Hombre de los Lobos»*, 25-6, 45, 60, 65, 67, 98-9, 101-2, 104, 106
  y angustia, 100
  y fantasías de paliza, 179, 183, 186-7, 190-2, 194-5, 199
  y predisposición a la neurosis obsesiva, 40, 54, 60, 67, 106, 121, 180
Fatalidad de la represión, 185
Fausto (de *Goethe*), 243 y *n.* 25
Fenómeno funcional (*Silberer*), 191
Ferenczi, S. (*véase también* la «Bibliografía»), 154, 167-8, 175, 203, 205, 217, 260
Fetichismo, 180, 189
Fijación
  aptitud para la, 105, 108
  y neurosis, 130
  y perversión, 179-80, 189-90
Filosofía
  y paranoia, 257
  y psicoanálisis, 96, 171, 267-8
Fliess, R. (*véase* la «Bibliografía», *Brunswick, R. Mack*)
Fliess, W., 6, 38 *n.* 13, 176, 196*n*.
Flügel, 221
Fobia a los lobos, 5, 18, 25, 52, 54, 58, 90
  como angustia ante el padre, 32, 34, 39-40, 44-5, 56, 97, 102-4
  como angustia de castración, 88, 102-3
  como angustia de ser devorado, 16, 61
  refrescamiento de la, en la escuela secundaria, 39
  y libros de cuentos, 16, 29-33, 38-40
  y sueño de los lobos, 100, 110*n*.
Fobias (*véase también* Agorafobia; Angustia; Terror)
  a las mariposas, 16-7, 82, 88, 91, 102, 110*n*.
  a las orugas, 17, 76
  a las sabandijas, 76*n*.
  a los animales, 5, 9-10, 16, 32, 90
  a los caballos, 5, 17
  a los escarabajos, 17
  a los leones, 38, 102
  cura de las, 161
Folklore, 85 *n.* 2
Formación de compromiso, 62, 77, 106
Formación médica y psicoanálisis, 169-71

Formación reactiva, 179
Freund, A. von, 154, 163 *n.* 11, 260 y *n.* 2
Frustración, contracción de neurosis por, 107, 158
Fuego e incontinencia de orina, 85 *n.* 2

Gardiner, M. (*véase* la «Bibliografía»)
Genitales femeninos
ominosidad de los, 244
símbolos de los, 83, 129
Georges, K. E., 221
Gicklhorn, J., 209*n.*
Gincburg, M., 5
Goethe, J. W. von, 141-50, 243 y *n.* 25
hermanos de, 144-6
Gonorrea
como ocasionamiento de la neurosis, 9, 84 y *n.* 1, 91, 107, 110*n.*
y castración, 91
Götter im Exil, Die (de *Heine*), 236 *n.* 12
Grimm, J. y *W.* (*véase* la «Bibliografía»)
Grisebach, E., 227*n.*, 233*n.*
«*Grusha*», niñera del «*Hombre de los Lobos*», 83-8, 98, 102 y *n.* 5, 107, 110*n.*
como sustituta de la madre, 83, 89
Guerra Mundial
Primera, 9, 110*n.*, 115, 140, 153, 209, 219*n.*, 244, 266-7
Segunda, 111
Guillermo Tell (de *Schiller*), 225
Gutzkow, C., 223-4

Habla, aprendizaje del, 207-10
Hambre, 129
Hamlet (de *Shakespeare*), 13 *n.* 8, 230, 249
Hans, pequeño, caso del, 5, 10 *n.* 4, 112, 120 y *n.*, 149 y *n.* 8
Hauff, W., 243 y *n.* 26, 245, 251
Heces (*véase también* Constipación; Defecación)
como regalo, 75-6, 118, 120-3
dejadas por los asaltantes en el lugar del delito, 75
el niño las trata como a una parte de su cuerpo, 78 *n.* 16
equiparadas con el dinero, 67, 70, 76, 118, 120-2
equiparadas con el hijo, 75, 77, 78, 91-2, 118, 120-3
equiparadas con el pene, 78, 118, 121-3
incontinencia de las, 70-1, 74, 81, 85 *n.* 2
retención de las, como expresión de desafío, 120, 122
y mudanza del sadismo al masoquismo, 99
Heine, H., 236 *n.* 12
Heller, H., 9*n.*
Herencia, 6, 21, 54, 102*n.*, 133-4
filogenética, 80, 89, 94*n.*, 108, 110, 189-90, 199, 258
Hering, E., 238
Herodoto, 238 *n.* 17, 245, 251
Hidroterapia (*véase* Curas de aguas)
Hijo
deseo del, en la mujer, 119-23
equiparado con el dinero, 76-7
equiparado con el pene, 78, 118-9, 121-2
equiparado con las heces, 75, 77-8, 91-2, 118, 120-3
predilecto de la madre, 150
Himen, 93 *n.* 12
Hipnosis, 13, 163
Histeria, 70, 103, 107, 161, 177, 180, 257
de angustia, 9, 102
«Historia de la mano cortada, La» (de *Hauff*), 243 y *n.* 26, 245, 251
Historia sagrada, su efecto sobre el «*Hombre de los Lobos*», 58, 79, 104, 110*n.*
Hitschmann, E. (*véase también* la «Bibliografía»), 145-6
Hoffmann, E. T. A., 227-34, 236
«Hombre de la Arena, El» (de *Hoffmann*), 227-34
«*Hombre de las Ratas*», caso del, 70 *n.* 5, 94*n.*, 112, 143*n.*, 191 *n.* 13, 239-40 y *n.* 19
«*Hombre de los Lobos*», 1-112, 116, 162 *n.* 10, 176, 195*n.*, 197*n.*, 243 *n.* 27
abuelos del, 15-6, 20, 30, 33-6, 40, 45
aya del (*véase* «*Ñaña*»)

- gobernanta inglesa del, 15, 19-21, 24, 43, 71, 75, 110*n.*
- niñera del (*véase* «*Grusha*»)
- preceptor alemán del, 64-5

«*Hombre de los Lobos*», hermana del
- celos del «*Hombre de los Lobos*» hacia la, 18, 21-3, 76
- enfermedad y muerte de la, 21-23, 68, 77
- mociones incestuosas del «*Hombre de los Lobos*» hacia la, 19, 22
- seducción del «*Hombre de los Lobos*» por la, 19-27, 45, 54, 59 *n.* 1, 64, 81, 87, 89-91, 99, 110*n.*
- su martirización del «*Hombre de los Lobos*» con la imagen del lobo, 16, 30, 38

«*Hombre de los Lobos*», madre del
- enfermedad de la, 14, 79, 110*n.*
- equiparada con el lobo, 45
- identificación del «*Hombre de los Lobos*» con la, 71-2, 76, 92
- influencia religiosa de la, 61, 104, 106
- mociones incestuosas del «*Hombre de los Lobos*» hacia la, 93
- y dinero, 68, 77
- y escena primordial, 37, 40, 43, 61, 72

«*Hombre de los Lobos*», padre del
- angustia del «*Hombre de los Lobos*» ante el, 17-8, 32, 39, 45, 56, 80-1, 97, 109
- compasión del «*Hombre de los Lobos*» por el, 63, 81
- corta en pedazos una serpiente, 24, 43
- deseo de muerte del «*Hombre de los Lobos*» contra el, 80
- deseo del «*Hombre de los Lobos*» de obtener satisfacción sexual del, 26, 34-5, 41, 43*n.*, 45, 60-2, 72, 77-9, 92-3, 104, 106
- deseo del «*Hombre de los Lobos*» de tener un hijo del, 76, 92
- enfermedad del, 10, 14, 17-8
- equiparado con Dios, 61-3, 104-105
- equiparado con el lobo, 32, 34, 39, 45, 56, 97, 102-4
- identificación del «*Hombre de los Lobos*» con el, 26, 60, 63, 98
- muerte del, 68, 77
- y escena primordial, 37, 40, 54, 66, 72, 74

Hombre primitivo, 242, 247-8, 258-9
- narcisismo del, 130-1, 235, 240
- y los animales, 132

Homosexualidad
- del «*Hombre de los Lobos*», 27, 35, 42, 43 *n.* 17, 44-6, 60-1, 66, 72, 76-7, 92
- e identificación con la mujer, 45, 60, 72, 75, 77, 92, 196
- origen infantil de la, 180, 189-190, 194
- reprimida, 35, 44-5, 61, 66, 72-74, 100-8, 196
- sublimada en la religión, 61, 104-5
- y erotismo anal, 72, 76-7, 103

Horda primordial, 258

Hug-Hellmuth, H. von, 148-9

Huida del mundo (*véase* Realidad, extrañamiento de la)

Huss, J., 84 y *n.**

Icc (*véase* Inconciente)

Ideal del yo (*véase también* Superyó), 6, 236 *n.* 10

Identificación, 6
- con el pene propio, 93
- del hombre con la mujer, 196
- del «*Hombre de los Lobos*» con el padre, 26, 60, 63, 98
- del «*Hombre de los Lobos*» con *Jesucristo*, 61-2, 104, 106
- del «*Hombre de los Lobos*» con la madre, 45, 60, 71-3, 75, 77-78, 92

Ignotus, H., 127

Imago, revista, 260

Impotencia, 193

Incesto (*véase* Mociones incestuosas)

Inconciente (*véase también* Procesos psíquicos inconcientes)
- atemporalidad de lo, 12
- carácter arcaico de lo, 108-9, 199
- el «no» no existe en el, 75 *n.* 13

equivalencia de conceptos en lo, 118
y conciencia, 73, 95
y los sueños, 256
Incorporación, 6
«Inercia psíquica», 105-6
Inferioridad, sentimiento de, 190
Inmortalidad, creencia en la, 241-242
«Insania maníaco-depresiva», 10
Inspiración obsesiva (*véase* Espiración obsesiva)
Instintivo, lo, 109
Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse, 260, 264, 267 *n.* 4
Internationaler Psychoanalytischer Verlag, 203, 205, 260-3
Interpretación de los sueños, 4, 32-5, 156
«Intervenir en la conversación», 70 *n.**
Inversión (*véase* Trastorno hacia lo contrario)
Inversión sexual (*véase* Homosexualidad)
Investigación científica, 131-5
Investigaciones sexuales de los niños, 24, 33, 37 *n.* 11, 42*n.*, 61, 66, 76, 99, 121-2

Jentsch, E. (*véase también* la «Bibliografía»), 230, 233
Jerusalén liberada (de *Tasso*), 79 y *n.* 19
Jesucristo, 59-64, 73, 106
circuncisión de, 80
identificación del «*Hombre de los Lobos*» con, 61-2, 104, 106
pensamientos sacrílegos del «*Hombre de los Lobos*» sobre, 60, 73
Jones, E. (*véase también* la «Bibliografía»), 203, 206-7, 260
José, 62
José II, emperador, 163 y *n.* 12
Josef Montfort (de *Schaeffer*), 242 y *n.* 24, 243
Judíos, 80-1
Julio César (de *Shakespeare*), 249
Jung, C. G. (*véase también* la «Bibliografía»), objeciones de *Freud* a las teorías de, 6, 9*n.*, 52, 92, 94 y *n.* 15, 105

Kammerer, P. (*véase* la «Bibliografía»)
«*Katharina*», caso de, 112
Klinger, F., 226
Kraepelin, E., 10 *n.* 3

Lavativas, 69-70, 87, 91-2
Lecturas y fantasías, 53, 179
Lenguaje (*véase* Palabras-puentes; Uso lingüístico)
Leonardo da Vinci (*véase* la «Bibliografía», *Freud*, 1910*c*)
Lermontov, M., 23 y *n.* 5, 65*n.*
Libido (*véase también* Neurosis, etiología sexual de las; Pulsión sexual)
conflicto entre el yo y la, 100
de objeto, 131
desarrollo de la, 117
desplazamiento de la, 78, 159
el yo como reservorio de la, 131
fijación de la, 24, 26, 105, 130, 181, 183
narcisista, 44, 207
reflujo de la, 119-20
represión de la, 101, 103
su extrañamiento de la realidad, 51-2
su liberación mediante el tratamiento psicoanalítico, 66, 159
teoría de la, 129-31, 207
yoica, 130-1, 207
Libre albedrío, ilusión del, 236
Literatura
lo ominoso en la, 246, 248-51
y psicoanálisis, 257
Lobo en los cuentos tradicionales, 16, 24, 29-31, 39-40
«Lobo y los siete cabritos, El», 25, 31-3, 38-9, 41, 42*n.*
Locura, ominosidad de la, 227, 243
Londres, Sociedad Real de Medicina de, 203
Lucas, 221
«*Lucy, R.*», caso de, 112

Macbeth (de *Shakespeare*), 184-5 *n.**, 230, 249
Mach, E. (*véase* la «Bibliografía»)
Madre
celos de la, 76, 147, 184
en las fantasías de paliza, 187, 193-5, 198

hijo predilecto de la, 150
mociones incestuosas del niño hacia la, 185-7, 199
nodriza como sustituto de la, 109
«Maese raposo», 24
Magia, 131, 146, 240, 242
Mal, problema del, 59
«Mal de ojo», 239, 242 *n.* *
Malaria, 36 y *n.* 7, 56, 63, 110*n.*
Malheurs de Sophie, Les (de *Segur*), 178*n.*
«*Mana*», 240
Marcinowski, J. (*véase* la «Bibliografía»)
Margarita (en *Fausto*, de *Goethe*), 243
María, 62
Masculinidad narcisista, 45, 60, 78, 98, 101, 107, 120
Masculino y femenino (*véase también* «Complejo de masculinidad»; Mujer; Niñas; Niños varones), 45, 60-1, 73-9, 100-102, 106-7, 119-20, 194, 197
Masoquismo (*véase también* Meta sexual pasiva)
carácter displacentero del, 190-1
del «*Hombre de los Lobos*», 25-28, 45, 60-1, 65, 99, 102-5
mudanza del sadismo en, 99, 190-3
y fantasías de paliza, 176, 179, 182, 186-8, 190, 192-6
Matrimonio infeliz y neurosis, 159
Matrona, 84-6
Mefistófeles (en *Fausto*, de *Goethe*), 243
Melancolía (*véase también* Depresión), 207, 268
Memoria y sueños, 50
Meta sexual
canibalismo como, 6, 61, 97-8
normal, 185
Meta sexual pasiva (*véase también* Actividad y pasividad; Masoquismo), 24-8, 60-1, 65, 72, 75, 100, 102, 106-7
como resultado de la seducción, 23-4, 26, 44-5, 87, 98-9
en la mujer, 190-1
y defecación provocada por la excitación sexual, 75, 99
y fantasías de paliza, 187, 190, 195, 198
Método catártico, 199, 206
Métodos «activos» en el tratamiento psicoanalítico, 154, 157-61
Micción
como intento de seducción, 85
como «regalo», 75 *n.* 12, 120
y excitación sexual (*véase* Erotismo uretral)
y fuego, 85 *n.* 2
y teorías sexuales infantiles, 85, 185
y vergüenza, 85 *n.* 2
Mitos, 85 *n.* 2, 132, 171, 257
griegos, 32*n.*, 131, 186 *n.* 7
Mociones incestuosas (*véase también* Complejo de Edipo)
de la niña hacia su padre, 184-186, 188, 192, 195
del hombre hacia la hermana, 22-3
del niño varón hacia su madre, 185-7, 199
del niño varón hacia su padre, 27, 35, 41, 43 *n.* 17, 44, 60-2, 66, 72, 92, 194-5, 232*n.*
sentimiento de culpa causado por las, 104, 185-8, 195
Muchachas de servicio y campesinas como objetos sexuales, 22, 84-7
Mudanza de afecto (*véase también* Desplazamiento de afecto), 36, 240
Muerte
angustia de, 33, 71, 73, 90, 97, 235
descreencia en la, 241-2
deseo de, 80, 232*n.*, 239
vida después de la, 242
y lo ominoso, 240-3, 246
Muertos, angustia ante los, 241-3, 246-7
Mujer
como hombre castrado, para el niño, 45, 72, 79, 122
deseo del hijo en la, 119-23
envidia del pene en la, 119-22
hostilidad del «*Hombre de los Lobos*» hacia la, 64
identificación del «*Hombre de los Lobos*» con la, 45, 60-1, 71-5, 77, 92, 196
meta sexual pasiva en la, 190-191
Mundo exterior (*véase también* Realidad), 133, 236

Munich, Congreso Psicoanalítico Internacional de (1913), 160 *n.* 8
Muñecas
ominosidad de las, 227, 230, 233, 245
y los niños, 233
Muret-Sanders, 221

Nacimiento, teorías infantiles sobre el (*véase también* Cloaca, teoría de la), 25, 93, 99, 121, 123
Nachtstücken (de *Hoffmann*), 227
Nalgas, 20, 24, 40, 45, 54, 179
Narcisismo (*véase también* Libido narcisista; Masculinidad narcisista; Neurosis narcisista)
de los niños, 26, 131, 235
del hombre primitivo, 130-1, 235, 240
e investigación científica, 131-3
tres afrentas al, 128, 131-5
y amor de objeto, 120
y el yo, 101-2, 130-1, 207
y masoquismo, 190
Narciso, 131
Nathaniel (en «El Hombre de la Arena», de *Hoffmann*), 227-230, 232*n.*
Negación y represión, 75 *n.* 13
Nestroy, J., 251
Neurosis
curabilidad de las, 130
el complejo de Edipo es el núcleo de las, 190, 199, 257
etiología sexual de las, 130-1, 133, 190, 199, 206-7, 256
gonorrea como ocasionamiento de la, 9, 84 y *n.* 1, 91, 107, 110*n.*
inhibición de las aptitudes intelectuales por la, 21, 66
narcisista, 207
traumática, 207-8
y achaques físicos, 159
y frustración, 107, 158
y herencia filogenética, 89, 110
y matrimonio infeliz, 159
y regresión, 52, 118
y vivencias infantiles, 48-9, 52-53, 56, 89
Neurosis de guerra
causación psíquica de las, 210-211, 213
desaparecen al cesar la guerra, 205, 213
electroterapia de las, 211-3
psicoterapia de las, 163, 213
y el yo, 206-8
Neurosis infantil, 13, 27, 32, 52-6, 94*n.*, 120 *n.* 13
su nexo con la neurosis del adulto, 10-1, 52, 67, 70, 90, 107
Neurosis obsesiva
duda en la, 70
e histeria, 70, 107
en el «*Hombre de los Lobos*», 10, 17, 21, 58-67, 80, 90, 103, 110*n.*
fase sádico-anal y predisposición a la, 40, 54, 60, 67, 106, 121, 180
y herencia, 21, 54
y presentimientos, 239
Nietzsche, F., 234 *n.* 8
Niñas
celos de la madre en las, 184
fantasías de paliza en las, 182-8, 192, 194-6, 198
su desautorización de lo sexual en la pubertad, 97
su deseo de tener un hijo del padre, 185
sus mociones incestuosas hacia el padre, 184-6, 188, 192, 195
Niños (*véase también* Perversiones infantiles; Sexualidad infantil; Teorías infantiles; Vivencias infantiles)
angustia ante la oscuridad en los, 246, 251
compulsión de repetición en los, 238
conducta díscola de los, 27, 82, 146, 148-9, 178
investigaciones sexuales de los, 24, 33, 37 *n.* 11, 42*n.*, 61, 66, 76, 99, 121-2
narcisismo de los, 26, 131, 235
procesos psíquicos concientes e inconcientes en los, 95
su desafío a las prohibiciones, 65
subestimación de los, 94
sueños de los, 4-5, 11
tratamiento psicoanalítico de los, 10-1
y las muñecas, 233
y los animales, 90, 132

Niños varones
  fantasías de paliza en los, 181-8, 192-8
  su identificación con el padre, 26, 60
  sus mociones incestuosas hacia el padre, 27, 35, 41, 43 *n.* 17, 44, 60-2, 66, 72, 92, 194-5, 232*n.*
  sus mociones incestuosas hacia la madre, 185-7, 199
Nodriza como sustituta de la madre, 109
Nuremberg, Congreso Psicoanalítico Internacional de (1910), 154

«*Ñaña*», aya del «*Hombre de los Lobos*», 15-6 y *n.**, 18, 20, 25-7, 54, 60
  amenaza de castración de la, 24, 43, 80 *n.* 20, 98, 110*n.*
  influencia religiosa de la, 58-61, 64, 106
  y el sueño de los lobos, 29, 35

Ochsenstein, von, hermanos (en *Poesía y verdad*, de *Goethe*), 141-2, 144
Offenbach, J., 227
Olimpia (en «El Hombre de la Arena», de *Hoffmann*), 227, 229-30, 232 y *n.*
Ominosidad
  de la epilepsia, 227, 243
  de la locura, 227, 243
  de la repetición, 234, 236-8, 241-2, 245, 247, 251
  de las coincidencias, 237-9, 246-7
  de las muñecas, 227, 230, 233, 245
  de los genitales femeninos, 244
  del «doble», 234-7, 247*n.*
  del psicoanálisis, 243
Ominoso, lo
  en la creación literaria, 246, 248-51
  terror ante, 219-20
  y complejo de castración, 233, 242-3, 245, 247-8, 251
  y el cumplimiento de un deseo, 238-9, 247
  y la «incertidumbre intelectual» (*Jentsch*), 220-1, 226-7, 231, 233, 246
  y la muerte, 240-3, 246
  y lo familiar, 220, 241, 246
  y omnipotencia del pensamiento, 240 y *n.*, 242, 245, 249
  y represión, 185, 235 *n.* 10, 240-241, 244-8, 250-1
Omnipotencia del pensamiento, 131, 240 y *n.*, 242, 245, 249
Onanismo (*véase también* Autoerotismo), 24-6, 177, 183, 186-7, 191, 193
  y sentimiento de culpa, 191
Ophuijsen, J. H. W. van (*véase* la «Bibliografía»)
Organización sexual, fases de la (*véase* Fase)
Orina (*véase* Micción)

P (*véase* Percepción, sistema)
Padre
  «bueno» y «malo», 232*n.*
  de la horda primordial, asesinato del, 258
  deseo de la niña de tener un hijo del, 185
  Dios como sustituto del, 62, 104
  es la imagen primordial de las figuras grotescas y caricaturas burlonas, 63
  identificación del niño varón con el, 26, 60
  mociones incestuosas de la niña hacia el, 184-6, 188, 192, 195
  mociones incestuosas del niño hacia el, 27, 35, 41, 43-4, 60-2, 66, 72, 92, 194-5, 232*n.*
  y fantasías de paliza, 181-8, 192-8
Padres e hijos, relaciones entre (*véase también* Complejo de Edipo), 32, 257-8
Palabras-puentes, 69 *n.* 2 y 3, 75, 81 *n.**, 83
Paliza, fantasías de (*véase también* Castigos corporales), 25, 45, 60, 177-200
Parálisis como síntoma psíquico en las neurosis de guerra, 210
Paranoia, 77, 192, 207, 257

Pasteur, L., 30
Peligro mortal y etiología de las neurosis, 207-8
Pene
envidia del, en la mujer, 119-22
equiparado con las heces, 78, 118, 121-3
equiparado con un hijo, 78, 118-9, 121-2
fantasía de ser azotado en el, 25, 45, 60 *n.* 3
identificación del hombre con su, 93
Pensamientos oníricos latentes, 33, 41 y *n.* 17
Pensamientos sacrílegos obsesivos, 17, 62-5, 77, 106
Pequeño Hans, caso del, 5, 10 *n.* 4, 112, 120 y *n.*, 149 y *n.* 8
Perversiones, 175, 179-80, 188-90, 193, 199
infantiles, 179, 189, 191
Perrault, C., 25, 30-3, 40
Piezas nocturnas (en *Sämtliche Werke*, de *Hoffmann*), 227*n.*
Pigmalión, 245
Placer, principio de, 155
Poesía y verdad (de *Goethe*), 141-150
Policlínica Psicoanalítica de Berlín, 262
Pordioseros (*véase* Tullidos)
Posterioridad (*véase* Efectos con posterioridad)
Preconciente, 96
Prehistoria, 80, 258-9
Presentimientos y neurosis obsesiva, 239
Principio de placer, 155
Procesos psíquicos inconcientes, 48, 134-5, 155, 205, 255-6
«Profecía, La» (de *Schnitzler*), 250
«Protesta masculina» (*Adler*), 100, 197-9
Proyección, 37 *n.* 10, 236, 239
Psicoanálisis (*véase también* Técnica psicoanalítica; Tratamiento psicoanalítico)
de lo profundo, 47
lleva lo reprimido a la conciencia, 47-50, 155, 157
ominosidad del, 243
resistencia contra los hallazgos del, 11, 47-8, 50-2, 128-36
su aplicación a las masas, 163
su enseñanza en la universidad, 169-71
y arte, 171
y etnología, 258
y filosofía, 96, 171, 267-8
y formación médica, 169-71
y literatura, 171
y psiquiatría, 170-1
y religión, 171, 257-9
Psicología del yo, 120, 235 *n.* 10
Psicosis (*véase también Dementia praecox*; Esquizofrenia; Insania; Melancolía; Paranoia), 256, 268
Psiquiatría y psicoanálisis, 170-1
Pubertad, 21, 40, 44 *n.* 19, 65, 90, 97, 107, 121, 189-90
fantasías de la, 19
y onanismo, 191
Pulsión
de nutrición, 97
del yo, 129-31
sexual, 100, 129-31, 134-5, 206
Pulsiones
conflicto entre las, 130, 133-5, 206, 256
parciales, 26, 180, 186, 188
represión de las, 205-6, 256
trasposición de las, 117-23
Putnam, J. J. (*véase también* la «Bibliografía»), 160, 161*n.*, 264-5

Química y vida anímica, 76, 110, 118-20, 157, 164

Rank, O. (*véase también* la «Bibliografía»), 230*n.*, 260-1
Reacción terapéutica negativa, 65
Realidad (*véase también* Mundo exterior)
examen de, 247-8
extrañamiento de la, 51-2, 91
psíquica y material, 243-50
sentimiento de, en los sueños, 33, 50
Recuerdos encubridores, 15, 19, 49, 76, 82-3, 110*n.*, 142
Refugio en la enfermedad, 205, 211
Regla de abstinencia, 158
Regresión, 25, 44-5, 48, 51-3, 56, 75, 97, 118-21, 187, 190, 192, 194-6

Reik, T. (*véase también* la «Bibliografía»), 221
Reina, Casiodoro de, 222 *n.**
Religión (*véase también* Beatería obsesiva; Pensamientos sacrílegos obsesivos)
ambivalencia de la, 62, 106
críticas del «*Hombre de los Lobos*» a la, 58-64, 104-6
y educación, 104
y la muerte, 242
y psicoanálisis, 171, 257-9
y sublimación, 61, 104-6
Renacimiento, fantasías de, 91-4
Repetición, ominosidad de la, 234, 236-8, 241-2, 245, 247, 251
Representación-palabra, 185
Represión
como reacción frente a un trauma, 208
como regreso a un estadio instintivo, 109
concepción de *Adler* sobre la, 100-1, 176, 197-9
concepción de *Fliess* sobre la, 196-7
de la envidia del pene, 119
de mociones homosexuales (*véase* Homosexualidad)
de mociones incestuosas, 185-190, 192-3, 195
de mociones pulsionales anal eróticas, 117
del complejo de castración, 78 80
motivos de la, 100-1, 176, 196-9
proceso de la, 73-4, 176, 191
se expresa en la relación de oposición, 75 y *n.* 13
y bisexualidad, 7, 100, 196-8
y el yo, 100-4, 130, 256
y fantasías, 48-9, 179-88, 192-193, 195-6
y lo ominoso, 185, 235 *n.* 10, 240-1, 244-8, 250-1
y negación, 75 *n.* 13
y perversiones, 179
y sublimación, 179
y sueños, 73
Resistencia
contra los hallazgos del psicoanálisis, 11, 47-8, 50-2, 128-136
en el tratamiento psicoanalítico, 13, 70, 84, 87, 147, 157, 177
la duda como arma de la, 70, 147 *n.* 6
«Respuesta» del síntoma, 70
Rhampsenit, 245, 250
Róheim, G. (*véase* la «Bibliografía»)
Rolland, R., 69 *n.* 4
Rost, 221

Sachs, H. (*véase también* la «Bibliografía»), 144, 260-1
Sachs-Villatte, 221
Sadismo (*véase* Animales, crueldad con los; Fase sádico-anal; Masoquismo)
Sagas (*véase* Cuentos tradicionales)
Salzburgo, Congreso Psicoanalítico Internacional de (1924), 263
Sämtliche Werke (de *Hoffmann*), 227*n.*
Sanders, D. (*véase* la «Bibliografía»)
Santísima Trinidad, 17, 65
«Sastre y el lobo, El», 30-4, 41, 42*n.*, 45, 80 *n.* 22, 94
Schaeffer, A., 242 y *n.* 24, 243
Schelling, F., 224-6, 241
Schenkl, 221
Schiller, J. C. F. von, 225-6, 238 y *n.* 17, 239, 245
Schnitzler, A., 250
Schönfeld (en *Los elixires del diablo*, de *Hoffmann*), 234 *n.* 7
Schopenhauer, A. (*véase* la «Bibliografía»)
Schreber, caso de, 77, 112
Seducción
del «*Hombre de los Lobos*» por su hermana, 19-27, 54, 59 *n.* 1, 81, 86-7, 89-91, 98-99, 110*n.*
en la infancia, realidad o fantasía de la, 89
intentos infantiles de, 23-4, 27, 85
Ségur, S. de, 178 y *n.*
Seligmann, S. (*véase* la «Bibliografía»)
Seno materno, fantasías de regreso al, 91-4, 243, 248
Sexualidad infantil (*véase también* Perversiones infantiles), 6, 109, 190, 199

Shakespeare, W., 13 *n.* 8, 184-185 *n.**, 230, 249
Silberer, H. (*véase* la «Bibliografía»)
Simbolismo
en el lenguaje, 118
en los sueños, 36 *n.* 7, 76*n.*, 118, 231, 235
y lo ominoso, 244
Símbolos
animales, 99
árbol, 41*n.*
arrojar y romper objetos, 141-9
caracol, 65
caramelos y bombones, 97
carros cargados, 149 y *n.* 9
cofia fetal, 69, 91-2
«doble», 234-5
enceguecimiento, 231-2
mariposa, 82-3
ojo, 231
oruga, 76, 82
«pequeño», 118-9
rabo, 19, 29, 31, 40, 42*n.*
sabandijas, 76*n.*
sastre, 80 *n.* 22
serpiente, 24, 26, 43
velo, 69, 91-2
viento, 36 *n.* 6
Símbolos de los genitales femeninos, 83, 129
Simmel, E. (*véase también* la «Bibliografía»), 203, 205-6
Simulación de la enfermedad, 212
Síntesis en el tratamiento psicoanalítico, 51, 67, 96, 156
Síntoma(s)
como satisfacciones sustitutivas, 130
formación de, 52, 94*n.*, 119, 198-9, 206
«pasajeros» (*Ferenczi*), 39, 74
«respuesta» del, 70
y el psicoanálisis, 96, 156-8
Smith, W. Robertson (*véase* la «Bibliografía»)
Sobrecompensación, 40, 98
Sobredeterminación, 54
Sociedad Psicoanalítica de Viena, 7, 139, 148, 261, 267
Sociedad Real de Medicina de Londres, 203
Spalanzani (en «El Hombre de la Arena», de *Hoffmann*), 229, 232*n.*
Stärcke, A. (*véase* la «Bibliografía»)
Stowe, H. Beecher, 178
Strand Magazine, 244
Student von Prag, Der (de *Ewers*), 236 *n.* 11
Sublimación
y religión, 61, 104-6
y represión, 179
Sueño de los lobos, 4, 29-31, 58, 59 *n.* 1, 62, 71*n.*, 85 *n.* 3, 87, 110*n.*
interpretación del, 30-46, 71-4, 76, 80, 94, 100-2
y escena primordial, 35-46, 60, 72-3, 76, 81, 93, 99
y fantasía primordial, 39 *n.* 14, 55, 87-9
Sueño de una noche de verano (de *Shakespeare*), 230
Sueños (*véase también* Contenido manifiesto del sueño; Pensamientos oníricos latentes; Trabajo del sueño)
cumplimiento de deseo en los, 35, 43 *n.* 17
de los niños, 4-5, 11
de mujeres tras sus primeras cohabitaciones, 120
desfiguración en los, 33-4, 41 *n.* 17
desplazamiento en los, 43 *n.* 17, 55-6
fenómeno funcional en los (*Silberer*), 191
sentimiento de realidad en los, 33, 50
simbolismo en los, 36 *n.* 7, 76*n.*, 118, 231, 235
son guiables, 50 y *n.* 3
son una modalidad del recuerdo, 50
trastorno hacia lo contrario en los, 34, 42-3 *n.* 17
y lo inconciente, 256
y represión, 73
Sueños del «*Hombre de los Lobos*» (*véase también* Sueño de los lobos)
avispa mutilada, 86
coito entre cuerpos celestes, 81
deseo de desvestir a su hermana, 19
diablo y caracol, 65
león rugiendo, 38
oruga gigantesca, 65

Sueños diurnos (*véase también* Fantasías), 65-6, 187-8
Sugestión, 50, 163
Suicidio, 21, 23, 212
Supersticiones, 237, 239, 249
Superyó (*véase también* Ideal del yo), 191 *n.* 11, 236 *n.* 10

Tancredo (en *Jerusalén liberada*, de *Tasso*), 79 y *n.* 19
Tasso, T., 79 y *n.* 19
Tausk, V., 266-8
Técnica psicoanalítica (*véase también* Tratamiento psicoanalítico), 5-6, 13-4, 19, 49-51, 153-63, 206, 262-3
  activa, 154, 157-62
  y regla de abstinencia, 158
Telepatía, 234
Temblores como síntoma psíquico en las neurosis de guerra, 210
Tempestad, La (de *Shakespeare*), 230
Teorías infantiles
  del coito, 72-4, 78, 185
  del nacimiento, 25, 93, 99, 121, 123
Terquedad y erotismo anal, 117, 120
Terror (*véase también* Angustia; Fobias)
  a ser enterrado vivo, 243
  ante lo ominoso, 219-20
Theater (de *Klinger*), 226
Tollhausen, 221
Totemismo, 56, 104, 132, 258
Trabajo del sueño, 43 *n.* 17
Tramp Abroad, A (de *Twain*), 237*n.*
Trasferencia, 12-3, 46*n.*, 65, 97, 110*n.*, 121, 155, 159
  neurosis de, 208
Trasposición de las pulsiones, 117-123
Trastorno hacia lo contrario (*véase también* Vuelta hacia lo negativo), 34, 42-3 *n.* 17
Trastornos intestinales como síntomas neuróticos, 68-74, 77-78, 103, 120
Tratamiento psicoanalítico (*véase también* Técnica psicoanalítica), 11-2, 107-8, 130-1, 205
  como contra-compulsión, 161-2
  construcciones en el, 49-51
  de los niños, 10-1
  duración del, 6, 11-3, 181
  hace conciente lo reprimido, 47-50, 130, 155, 157
  resistencia en el, 13, 70, 84, 87, 147, 157, 177
  síntesis en el, 51, 67, 96, 156
Trauma, 207-8
  sexual (*véase también* Escena primordial; Seducción), 87, 99, 101 *n.* 3, 109
«Tres deseos, Los», 245
Tullidos
  como sustitutos del padre, 81, 89-90
  espiración obsesiva ante los, 63, 81
Twain, M., 237 y *n.* 13

Universidad, enseñanza del psicoanálisis en la, 169-71
Uso lingüístico (*véase también* Palabras-puentes), 97, 118-9, 220-6, 241
Utero (*véase* Seno materno)

Vagina, 45, 73, 78, 121, 123
Vergüenza, 85 *n.* 2, 177
Vida sexual, doble comienzo de la, 190
Viena, Sociedad Psicoanalítica de, 7, 139, 148, 261, 267
Virginidad, 93 *n.* 12
Vivencias infantiles
  atribuidas al analista, 50-1
  importancia de las, 48-9, 52-3, 142-3, 181-2, 255
  valor de realidad de las, 48-57, 87-9, 94*n.*
  y génesis de las aberraciones sexuales, 180, 189-90, 194-5
  y neurosis, 48-9, 52-3, 56, 89
  y recuerdos de los familiares, 15 *n.* 3
Voluntad, 133-5
  «inconciente» (*Schopenhauer*), 135
«Voluntad de poder» (*Adler*), 22, 129
Voyeurismo, 41 *n.* 17
Vuelta hacia lo negativo, 75

Wagner-Jauregg, J. von, 212 y *n.*
Wallensteins Lager (de *Schiller*), 226
Weimar, Congreso Psicoanalítico Internacional de (1911), 264
Wilde, O., 251

Yo
como reservorio de la libido, 131
conflicto dentro del (*véase* Conflicto yoico)
conflicto entre las pulsiones y el, 100, 130, 206, 256
ideal del (*véase también* Superyó), 6, 236 *n.* 10
instrucción del, por el psicoanálisis, 134-5
libido del (*véase* Libido yoica)
mociones acordes con el, 100
no es el amo en su propia casa, 135
psicología del, 120, 235 *n.* 10
psicosíntesis en el, 157
pulsión del, 129-31
y el «doble», 235-6
y elección de objeto, 131, 191
y erotismo anal, 117, 122
y la conciencia moral, 191, 235
y narcisismo, 101-2, 130-1, 207
y neurosis de guerra, 206-8
y represión, 100-4, 130, 256

Zentralblatt für Psychoanalyse, 4-5, 265
Ziehen, T., 10 *n.* 3
Zoofobias (*véase* Fobias a los animales)
Zona anal, 72

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en octubre de 1992.

Tirada de esta edición: 4.000 ejemplares.